UN PUENTE SOBRE EL TIEMPO

KALIANE BRADLEY





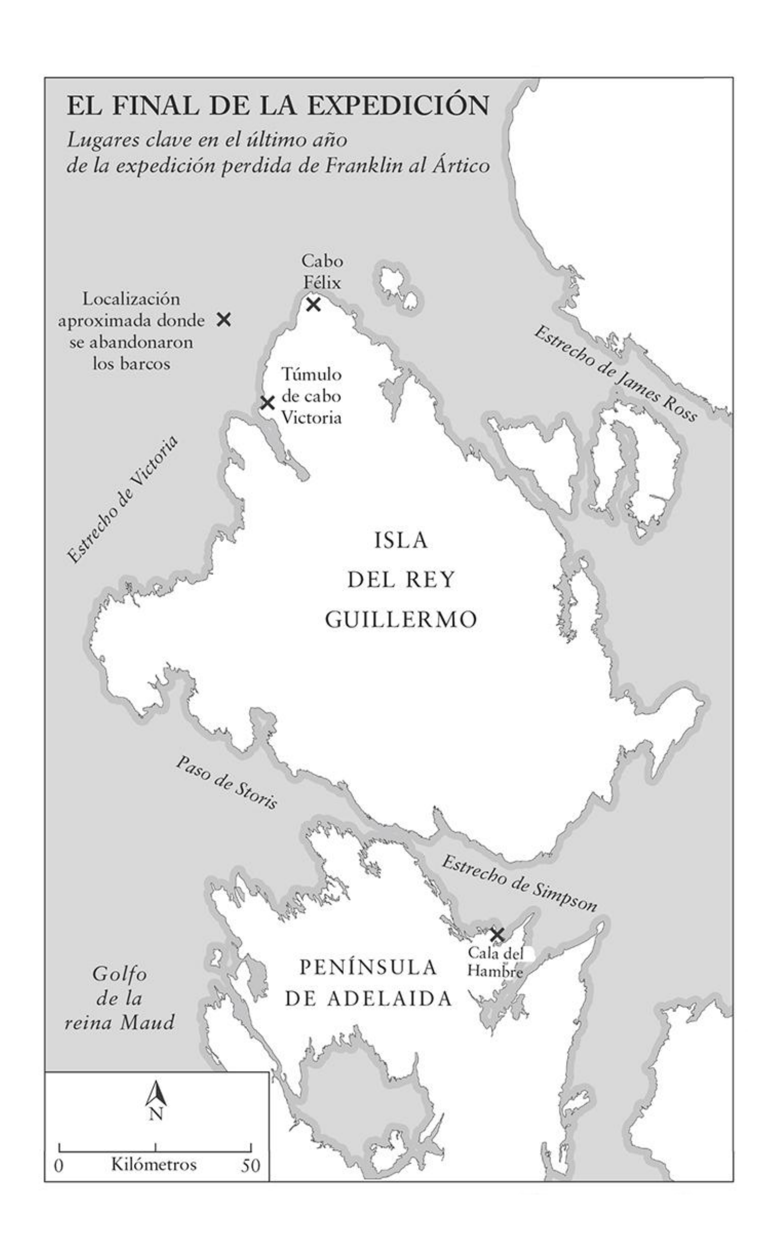
Kaliane Bradley

UN PUENTE SOBRE EL TIEMPO

Traducción del inglés de
Eugenia Vázquez Nacarino



A mis padres


EL FINAL DE LA EXPEDICIÓN
Lugares clave en el último año
de la expedición perdida de Franklin al Ártico
Cabo Félix
Localización aproximada donde se abandonaron los barcos
Túmulo de cabo Victoria
Estrecho de James Ross
Estrecho de Victoria
ISLA DEL REY GUILLERMO
Paso de Storis
Estrecho de Simpson
Cala del Hambre
PENÍNSULA DE ADELAIDA
Golfo de la reina Maud
N
0
Kilómetros
50

I

Quizá no sobreviva esta vez.

Se da cuenta de que no le preocupa morir. A lo mejor porque tiene la mente embotada por el frío. Los pensamientos llegan como medusas translúcidas, flotando a la deriva; mientras el viento ártico le azota las manos y los pies, se decantan contra el cráneo. Serán lo último en congelarse.

Sabe que está caminando, aunque ya no siente nada. El hielo de delante rebota y retrocede, así que debe de estar avanzando. Lleva una escopeta a la espalda y un macuto en bandolera. El esfuerzo es a la vez titánico e insignificante.

Está de buen humor. Si no tuviera dormidos los labios, silbaría.

Oye el estruendo de unos cañones a lo lejos. Tres seguidos, como estornudos. El barco está mandando señales.

1

La entrevistadora dijo mi nombre y me quedé en blanco. Nunca digo mi nombre, ni siquiera mentalmente. Además, lo había pronunciado bien, para variar.

—Me llamo Adela. —Llevaba un parche en el ojo y tenía el pelo rubio, del mismo color y textura que la paja seca—. Soy la vicesecretaria.

—¿De...?

—Siéntate.

Era mi sexta ronda de entrevistas. Me presentaba a un puesto de promoción interna. Todo el papeleo llevaba el sello de «Credencial de seguridad requerida» —usar el de ALTO SECRETO en los documentos de rangos salariales se considera de mal gusto—, y nunca me habían concedido ese nivel de seguridad, así que nadie me decía en qué consistía el trabajo. De todos modos, como me ofrecían casi el triple de sueldo, no me importaba vivir en la ignorancia. Para llegar hasta aquí había sacado unas notas impecables en los exámenes de «Primeros auxilios», «Tutela de personas vulnerables» y «Vida en el Reino Unido» del Ministerio del Interior. Sabía que trabajaría estrechamente con uno o varios refugiados de especial interés para el gobierno y con necesidades particulares, pero desconocía de dónde estaban huyendo. Sospechaba que serían desertores políticos provenientes de Rusia o China.

Adela, vicesecretaria de Dios sabe qué, se prendió detrás de la oreja un mechón rubio que crujió como la paja.

—Tu madre fue refugiada, ¿verdad? —me dijo, que es una forma demencial de empezar una entrevista de trabajo.

—Sí, señora.

—De Camboya —añadió.

—Sí, señora.

Me habían hecho esa pregunta un par de veces a lo largo del proceso de selección. Normalmente la gente lo preguntaba esperando que los corrigiera, porque nadie es de Camboya. «No pareces camboyana», me había dicho un fantoche en una de las entrevistas del principio, antes de ponerse rojo como una luz de freno al darse cuenta de que lo estaban grabando para supervisar la formación del personal. Ese comentario iba a costarle una amonestación. Suelen hacérmelo a menudo, y en el fondo lo que quieren decir es: «Pareces de una etnia blanca de llegada tardía, tal vez española, y además no das la impresión de cargar con el trauma de un genocidio; afortunadamente, porque ese tipo de cosas incomoda a la gente.»

No hubo más seguimiento del genocidio (¿Algún familiar sigue allí *mohín comprensivo*? ¿Alguna vez vas de visita *sonrisa de simpatía*? Un país precioso *ensombreciéndose hasta las lágrimas* cuando lo visité *visibles en el párpado inferior* una gente tan amable...). Adela se limitó a asentir. Me pregunté si se decantaría por la cuarta opción, menos habitual, de decretar que era un país sucio.

—Mi madre nunca se referiría a sí misma como refugiada, ni siquiera como ex refugiada —agregué—. Me ha extrañado mucho oír ese comentario.

—Tampoco es probable que las personas con las que trabajes utilicen ese término. Nosotros preferimos «expatriado». En respuesta a tu pregunta, soy la vicesecretaria de Expatriación.

—¿Y son expatriados de...?

—La historia.

—¿Perdón?

Adela se encogió de hombros.

—Hacemos viajes en el tiempo —dijo, como si hablara de la máquina de café—. Bienvenida al Ministerio.

Cualquiera que haya visto una película en la que se viaja en el tiempo,

o leído un libro donde aparecen viajes en el tiempo, o se haya abstraído en algún transporte público atascado contemplando la idea de viajar en el tiempo, sabrá que en cuanto intentas analizarlo según los principios de la física te metes en un jardín. ¿Cómo funcionaría? ¿Cómo va a funcionar? Yo existo simultáneamente al principio y al final de este relato, lo cual es una especie de viaje en el tiempo, y estoy aquí para decirte: no le des más vueltas. Basta con que sepas que, en tu futuro cercano, el gobierno británico desarrolló los medios para viajar en el tiempo, pero aún no los había puesto en práctica.

A fin de evitar el caos que entrañaría cambiar el curso de la historia —si es que la «historia» puede considerarse una narración cronológica coherente y única: otro jardín—, se acordó que lo más conveniente sería extraer a esos individuos de zonas de guerra, desastres naturales y epidemias históricas. Esos expatriados al siglo XXI habrían muerto de todos modos en sus respectivas líneas temporales. Eliminarlos del pasado no debía causar ningún impacto en el futuro.

Nadie tenía ni idea de cómo afectaría viajar en el tiempo al cuerpo humano. Por eso la segunda razón para elegir a individuos que hubiesen muerto en su línea temporal era que podían acabar muriendo en la nuestra, como esos peces abisales que aparecen varados en la arena de la playa. Quizá nuestro sistema nervioso no podía soportar el tránsito por tantas épocas. Si sufrían una especie de síndrome de descompresión temporal y se derretían hasta convertirse en una gelatina rosada en un laboratorio del Ministerio, no sería un asesinato, al menos a nivel estadístico.

En el supuesto de que los «expatriados» sobrevivieran, eso significaría que iban a ser personas de pleno derecho, lo cual siempre es un engorro. Cuando se trata con refugiados, sobre todo si llegan en masa, es mejor no pensar en ellos como personas. Complica el papeleo. Sin embargo, desde la perspectiva de los derechos humanos, los expatriados cumplían con los requisitos para solicitar asilo del Ministerio del Interior. Por tanto, sería éticamente cuestionable evaluar sólo las secuelas fisiológicas del viaje en el tiempo. Para saber si se habían adaptado de verdad, los expatriados debían vivir en el futuro, supervisados en todo momento por un acompañante, que

resultaba ser el puesto para el que me habían elegido en la entrevista. «Puentes», nos llamaban, tal vez porque el epígrafe de «auxiliar» estaba por debajo de nuestro rango salarial.

Desde el siglo XIX el lenguaje ha recorrido un largo camino. «Sensato» solía significar «sensible». «Gay» significaba «alegre». «Asilo de locos» y «solicitante de asilo» parten del mismo significado básico de «asilo»: un refugio inviolable donde encontrar amparo.

Nos habían contado que traíamos a los expatriados a un lugar seguro. Nos negamos a ver la sangre y el pelo en el suelo del manicomio.

Fue una alegría que me dieran el puesto. En el Departamento de Idiomas del Ministerio de Defensa me había estancado. Trabajaba como traductora-consultora especializada en el sudeste asiático, concretamente en Camboya. Las lenguas de las que traducía las había aprendido en la universidad. A pesar de que en casa mi madre nos hablaba en jemer, no lo practiqué durante mis años de formación. Llegué a mi herencia cultural como extranjera.

Me gustaba mi trabajo en Idiomas, pero quería ser agente de operaciones, y al haber suspendido dos veces los exámenes no sabía muy bien hacia dónde encaminar mi carrera. No era eso lo que se esperaba de mí en casa. Desde muy niña mi madre me había dejado claras sus ambiciones. Quería que fuera primera ministra. Como primera ministra, podría «meter baza» en la política exterior británica, y además llevaría a mis padres a lujosas cenas gubernamentales. Tendría chófer. (A mi madre no le gustaba conducir; el chófer era importante.) Por desgracia también me inculcó las repercusiones kármicas de las habladurías y las mentiras —el cuarto precepto budista es inequívoco en este sentido—, y así, a los ocho años, mi carrera política acabó antes de empezar.

A mi hermana pequeña se le daban mejor las trampas. Yo era obediente con el lenguaje, mientras que ella era esquiva, rebelde. Por eso me hice traductora y ella escritora; o al menos intentó ser escritora porque acabó siendo correctora. A mí me pagaban bastante más que a

ella y mis padres entendían en qué consistía mi trabajo, así que yo diría que el karma se puso a mi favor. Mi hermana soltaría un comentario tipo «Anda y que te den», pero seguro que lo diría en plan simpático.

Hasta el mismo día en que íbamos a reunirnos con los expatriados seguíamos dándole vueltas a la palabra «expatriado».

—Si son refugiados, deberíamos llamarlos «refugiados» —dijo Simellia, otra de los puentes—. Tampoco es que vayan a mudarse a una casa de verano en la Provenza.

—Tened en cuenta que ellos no necesariamente se considerarán refugiados —comentó la vicesecretaria Adela.

—¿Alguien les ha preguntado qué se consideran?

—Se ven como víctimas de un secuestro, la mayoría. Mil novecientos dieciséis cree que está en territorio enemigo. Mil seiscientos sesenta y cinco piensa que está muerta.

—¿Y nos los entregan hoy?

—El equipo de Bienestar cree que el proceso de adaptación se resentirá si los retienen más tiempo en el pabellón —dijo Adela, seca como un sistema de archivo.

Debatíamos la cuestión —o mejor dicho, Simellia y Adela la debatían— en una de las interminables salas del Ministerio: de color gris piedra, con luces empotradas en el techo, modular en la medida que insinuaba que al abrir una puerta se accedía a otro espacio idéntico, y de ahí a otro, y de ahí a otro más. Ese tipo de salas están diseñadas para incentivar la burocracia.

Se suponía que iba a ser la última reunión presencial de los cinco puentes: Simellia, Ralph, Ivan, Ed y yo. Todos habíamos pasado por un proceso de seis rondas de entrevistas en las que nos habían taladrado hasta la saciedad. «¿Está o ha estado alguna vez condenada o involucrada en alguna actividad que pudiera poner en riesgo su nivel de seguridad?» Después, nueve meses de preparación: inacabables grupos de trabajo, verificaciones de los antecedentes, construcción de puestos fantasma en nuestros antiguos departamentos

(Defensa, Diplomacia, Interior). Y ahora estábamos allí, en una sala donde se oía el zumbido de la electricidad en las bombillas, a punto de hacer historia.

—¿No cree que lanzarlos al mundo cuando creen que están en el más allá o en el frente occidental podría impedir que se adapten? —preguntó Simellia—. Lo pregunto tanto en calidad de psicóloga como de persona con un grado normal de empatía.

Adela se encogió de hombros.

—Podría ser. Pero este país nunca hasta ahora ha aceptado expatriados de la historia. Podrían morir por mutaciones genéticas dentro de un año.

—¿Debemos esperar que eso suceda? —pregunté alarmada.

—No sabemos qué esperar. En eso consiste precisamente vuestro trabajo.

En la sala que el Ministerio había preparado para la entrega se respiraba un aire de ceremonia antigua: paneles de madera, cuadros al óleo, techos altos. Tenía bastante más lustre que las salas modulares. Sin duda lo había organizado alguien del equipo administrativo con sentido de la teatralidad. Por su estilo y el modo en que las ventanas atenuaban la luz del sol, esa estancia probablemente no se había tocado desde el siglo XIX. Mi supervisor, Quentin, ya estaba allí. Parecía irritado, que es como se manifiesta la excitación.

Dos agentes condujeron a mi expatriado por la puerta del otro extremo de la sala antes de que me hubiera hecho a la idea de que llegaba.

Estaba pálido, demacrado. Le habían cortado el pelo tan al rape que apenas se le notaban los rizos. Giró la cabeza para mirar la habitación y vi un perfil de nariz imponente, como si en medio de la cara hubiera crecido una flor de invernadero, portentosa y atractiva. Todos sus rasgos eran excesivos y, en cierto modo, le daban una apariencia hiperrealista.

Se puso muy erguido y clavó los ojos en mi supervisor. Algo en mí le había hecho mirarme y apartar la vista rápidamente.

Di un paso adelante y el eje de su mirada cambió.

—¿Comandante Gore?

—Sí.

—Soy su puente.

Graham Gore (comandante, Marina Real; c.1809-c.1847) llevaba cinco semanas en el siglo XXI, aunque, al igual que los demás expatriados, estaba lúcido desde hacía apenas unos días. El proceso de extracción había requerido dos semanas de ingreso hospitalario. Dos de los siete expatriados originales no lo habían superado, de manera que sólo quedaban cinco. Gore había llegado con neumonía, quemaduras severas por el frío, primeras fases de escorbuto y dos dedos de los pies rotos, con los que por lo visto había estado caminando tan campante. También hubo que curarle las laceraciones causadas por una táser: disparó a dos de los miembros del equipo que había ido a expatriarlo y un tercero se vio obligado a soltarle una descarga.

Había intentado huir del pabellón del Ministerio tres veces y hubo que sedarlo. Cuando dejó de debatirse, los psicólogos y los victorianistas le dieron las coordenadas esenciales. Para facilitar la adaptación, los expatriados sólo recibían información inmediata y práctica. Llegó a mí con los conocimientos básicos sobre la red eléctrica, el motor de combustión interna y el sistema de fontanería. No sabía nada de las Guerras Mundiales, la Guerra Fría, la liberación sexual de los años sesenta o la guerra contra el terrorismo. Habían empezado hablándole del desmantelamiento del Imperio británico y no había ido muy bien.

El Ministerio había puesto a nuestra disposición un chófer que nos llevaría a la casa. Gore sabía que existían los automóviles, pero era la primera vez que se montaba en uno. Miraba por la ventanilla, pálido por lo que supuse que era asombro.

—Si tiene alguna pregunta, no dude en hacerla —le ofrecí—. Soy consciente de que es mucho lo que hay que asimilar.

—Me complace descubrir que, incluso en el futuro, los ingleses no han perdido el sutil arte de la ironía —dijo sin mirarme.

Tenía un lunar en el cuello, cerca del lóbulo de la oreja. En el único daguerrotipo suyo que se conservaba aparecía vestido a la moda de 1840, con un corbatón bien ceñido. Me quedé embobada mirando el lunar.

—¿Esto es Londres? —preguntó finalmente.

—Sí.

—¿Cuánta gente vive aquí ahora?

—Cerca de nueve millones de personas.

Echó atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Es una cifra excesiva para ser real —murmuró—. Voy a correr un tupido velo sobre lo que acabas de decirme.

El alojamiento que nos había proporcionado el Ministerio era una casa victoriana de ladrillo rojo originalmente construida para los trabajadores del barrio. Gore la habría visto terminada si hubiera llegado a octogenario. El caso es que tenía treinta y siete años y no había conocido las crinolinas, ni *Historia de dos ciudades*, ni la emancipación de la clase obrera.

Salió del coche y miró la calle de arriba abajo con gesto cansado, como de hombre que llega de viajar por todo el continente y aún no ha encontrado su hotel. Bajé de un salto y lo seguí. Intenté ver lo que él veía. Quizá me haría preguntas sobre los coches aparcados o sobre las farolas.

—¿Tienes llaves? —preguntó en cambio—. ¿O ahora las puertas funcionan con contraseñas mágicas?

—No, tengo…

—Ábrete sésamo —susurró con voz siniestra en la boca del buzón.

Una vez dentro le dije que prepararía té. Me pidió permiso para echarle un vistazo a la casa. Se lo concedí. Dio una vuelta rápida. Pisaba con firmeza, como si esperase resistencia. Cuando volvió a la cocina-comedor y se apoyó en el quicio de la puerta, me quedé paralizada. Miedo escénico, pero también la impresión que me produjo de repente su presencia imposible. Cuanta más conciencia tomaba de que él estaba allí, obstinadamente, más me parecía que mis

sentidos abandonaban mi cuerpo. Me estaba ocurriendo algo inverosímil, que sin embargo experimentaba con todo mi ser, e intentaba verme desde fuera para darle sentido. Pesqué la bolsita de té y la llevé hasta el borde de la taza.

—¿Vamos a… cohabitar? —quiso saber.

—Sí. Cada expatriado convive con su puente durante un año. Nosotros estamos aquí para ayudar a que se adapten a su nueva vida.

Se cruzó de brazos y me miró. Tenía ojos color avellana, con pintitas verdes, y pestañas espesas. Me parecieron al mismo tiempo llamativos y reservados.

—¿Estás soltera? —preguntó.

—Sí. No es una situación indecorosa, en este siglo. Una vez que lo consideren preparado para entrar en la vida pública, deberá referirse a mí como su compañera de piso, tanto fuera del Ministerio como con cualquiera que no esté involucrado en el proyecto.

—«Compañera de piso» —repitió con desdén—. ¿Qué implica eso?

—Que somos dos personas sin pareja, que compartimos los gastos de alquiler de una vivienda y no nos une ninguna relación sentimental.

Pareció aliviado.

—Bueno, al margen de las costumbres, no estoy seguro de que sea decente —sentenció—. Pero, si se permite que aquí vivan nueve millones de personas, quizá sea una necesidad.

—Ahí al lado tiene una caja blanca con un asa. Es un frigorífico, lo llamamos «nevera». ¿Podría abrir la puerta y sacar la leche, por favor?

Abrió la nevera y echó una ojeada dentro.

—Una fresquera —comentó con interés.

—Prácticamente. Aunque eléctrica. Creo que ya le explicaron que la electricidad…

—Sí. También sé que la Tierra gira alrededor del Sol. Para ahorrarte un poco de tiempo.

Abrió un cajón.

—Siguen existiendo las zanahorias entonces. Y la col también. ¿Cómo reconoceré la leche? Espero que me digas que todavía tomáis la leche de la vaca.

—Así es. La botella pequeña, en el estante superior, tapa azul.

Enganchó el dedo en el asa y me la acercó.

—¿La doncella tiene el día libre?

—No hay doncella. Ni cocinera. Nos encargamos nosotros mismos de la mayoría de las tareas domésticas.

—Vaya —dijo, y palideció.

Le presenté a la lavadora, la cocina de gas, la radio y la aspiradora.

—Aquí están tus doncellas —dijo.

—No va desencaminado.

—¿Dónde están las botas de mil leguas?

—Aún no las tenemos.

—¿Capa de invisibilidad? ¿Alas de Ícaro resistentes al sol?

—Tampoco.

Sonrió.

—Habéis esclavizado el poder del rayo y lo habéis utilizado para evitaros el tedio de contratar a sirvientes —dijo.

—A ver… —Tomé aire y me embarqué en un discurso pensado de antemano sobre movilidad social y trabajo doméstico, tocando por encima cuestiones como el salario mínimo, el tamaño de un hogar medio y la incorporación de las mujeres al mercado laboral. Me pasé cinco minutos hablando sin parar y acabé zozobrando en el mismo registro trémulo con el que solía suplicar a mis padres que me dejaran volver más tarde a casa.

Cuando terminé, sólo hizo un comentario:

—¿Un desplome del empleo tras la «primera» Guerra Mundial?

—Ah.

—Quizá sea mejor que eso me lo expliques mañana.

Apenas recuerdo nada más de las primeras horas que pasé con él. Nos separamos y pasamos el día esquivándonos tímidamente como burbujas en una lámpara de lava. Esperaba que el viaje en el tiempo le provocara un brote psicótico y me soltara un rapapolvo o me inmovilizara con intención asesina en cualquier momento. No paraba de tocar las cosas, pasando la mano por encima de todo de forma

compulsiva, un gesto que más tarde supe que obedecía a las secuelas nerviosas de la congelación. Tiró de la cadena del váter quince veces seguidas, silencioso como un cernícalo mientras se llenaba la cisterna, ya fuera por asombro o por vergüenza. A las dos horas intentamos sentarnos en la misma habitación. Levanté la mirada cuando resopló por la nariz y alcancé a ver cómo apartaba los dedos de la bombilla de la lámpara. Se retiró un rato a su dormitorio y yo fui a sentarme al porche de atrás. Era una suave tarde de primavera. Unas palomas torcaces de ojos bobos se deslizaron torpemente por el césped hundidas en el trébol.

Arriba, oí que arrancaba una cauta polonesa en viento madera, luego titubeaba y acabó por cesar. Instantes después, sus pasos en la cocina. Las palomas levantaron el vuelo con un aleteo que sonó a risas ahogadas.

—¿La flauta me la ha proporcionado el Ministerio? —preguntó a mi espalda.

—Sí. Les dije que podría ayudarle a aterrizar.

—Gracias. Tú... ¿sabías que tocaba la flauta?

—Se menciona en algunas de sus cartas; tanto en las suyas como en las que se habla de usted.

—¿Leíste las cartas donde se aludía a mi piromanía y mi escabrosa historia con las peleas de gallos clandestinas?

Me volví y lo miré fijamente.

—Era una broma —aclaró.

—Ah. ¿Y va a haber muchas de ésas?

—Depende de la frecuencia con la que me sueltes frases parecidas a «He leído su correspondencia personal». ¿Puedo acompañarte?

—Por favor.

Se sentó a mi lado dejando una distancia respetable entre ambos. Los ruidos del vecindario sonaban todos a otra cosa. El viento corría entre los árboles como un arroyo. Las ardillas parloteaban como niños. Las conversaciones lejanas recordaban el crujido de guijarros bajo los pies. Sentí que debía traducírselos, como si viniera de otro planeta.

Tamborileaba con los dedos en la baranda del porche.

—Supongo —dijo con tiento— que vuestra época ha evolucionado

dejando atrás vicios de tan mal gusto como el tabaco.

—Llega quince años tarde. Es una costumbre que se está quedando desfasada. Pero tengo una buena noticia para usted.

Me levanté —me di cuenta de que giraba la cabeza para no ver mis pantorrillas desnudas—, saqué un paquete de cigarrillos y un mechero de un cajón de la cocina y volví.

—Tome. Otra cosa que conseguí del Ministerio. Se podría decir que los cigarrillos sustituyeron a los puros en el siglo XX.

—Gracias. Seguro que me adaptaré.

Se entretuvo averiguando cómo quitar el precinto de celofán, que se guardó cuidadosamente en el bolsillo, prendió el zippo y frunció el ceño al ver el rótulo de advertencia. Me quedé mirando el césped y sentí como si me estuviera operando los pulmones sin anestesia.

Unos segundos más tarde soltó el humo con evidente alivio.

—¿Mejor?

—Me avergüenza expresar hasta qué punto. En mis tiempos, las jóvenes de buenos modales no toleraban el tabaco, pero veo que han cambiado muchas cosas. El largo de las faldas, por ejemplo. ¿Fumas?

—No...

Por primera vez me sonrió mirándome a los ojos. Los hoyuelos marcaban sus mejillas como un par de apóstrofos.

—Qué tono tan intrigante. ¿Fumabas?

—Sí.

—¿Dejaste de fumar porque todos los paquetes de cigarrillos llevan esta advertencia escandalosa?

—Más o menos. Como he dicho, ahora fumar está desfasado, porque hemos descubierto que es muy perjudicial para la salud. Maldita sea, ¿me da uno, por favor?

Sus hoyuelos —y su sonrisa— se habían desvanecido con el «maldita sea». Supongo que le impresionó igual que si hubiera soltado «joder». Me pregunté qué ocurriría cuando se me escapara un «joder», como acostumbraba a pasar al menos cinco veces al día. A pesar de todo, me ofreció un pitillo y me dio fuego con una galantería anacrónica.

Fumamos en silencio, sin prisa. En un momento dado, levantó un

dedo hacia el cielo.

—¿Qué es eso?

—Es un avión. Una aeronave, para darle su nombre completo. Es... bueno. Una embarcación que navega por el cielo.

—¿Hay gente a bordo?

—Alrededor de un centenar de personas, seguramente.

—¿Dentro de esa flechita?

Lo observó entornando los ojos mientras apuntaba con el cigarrillo.

—¿A qué altura está?

—A unos diez mil metros, más o menos.

—Eso pensaba. Vaya, vaya. Pues sí que habéis hecho algo interesante sometiendo el poder del rayo. Debe de volar muy rápido.

—Sí. Un vuelo de Londres a Nueva York dura ocho horas.

Se atragantó y empezó a toser soltando una bocanada de humo.

—Uf... No me cuentes nada más por ahora, te lo ruego —dijo—. Ya es suficiente por hoy.

Apagó el cigarrillo en el porche.

—Ocho horas —murmuró—. En el cielo no hay mareas, supongo.

Pasé la noche en una desagradable duermevela mientras mi cerebro se balanceaba al filo de la conciencia como un insecto en la orilla de un estanque. Más que despertarme, renuncié al sueño.

En el rellano había una enorme sombra en forma de lengua que se extendía desde la puerta cerrada del cuarto de baño hasta mi dormitorio. Puse el pie encima y noté un chof.

—¿Comandante Gore?

—Ah —llegó su voz apagada desde el otro lado de la puerta—. Buenos días.

La puerta del baño se abrió de golpe con cierta culpabilidad.

Gore ya estaba completamente vestido y sentado en el borde de la bañera fumando. En el fondo de la bañera se veían posos de ceniza y espuma de jabón. Había dos colillas aplastadas en la jabonera.

Como pronto descubriría, ésa iba a ser su rutina: levantarse temprano, bañarse y tirar la ceniza en la bañera. No hubo manera de

convencerlo de que no madrugara tanto, ni de que usara la ducha —que no le gustaba e insinuaba que era «antihigiénica»—, ni de que echara la ceniza en los ceniceros que puse a tal fin en el borde de la bañera. Le avergonzaba ver mi maquinilla, se afeitaba con navaja e insistía en que usáramos jabones distintos.

Todo eso estaba por venir. Aquella primera mañana, Gore fumaba sin parar mientras el agua manaba de una tubería. La cisterna del inodoro estaba volcada, reluciente como una ballena muerta. Un olor fétido subía del suelo.

—Quería saber cómo funcionaba —dijo cohibido.

—Ya veo.

—Me temo que me he dejado llevar.

Gore era un oficial de la Edad de la Vela, no un ingeniero. Estoy segura de que sabía mucho de aparejos náuticos, pero probablemente nunca había manejado un instrumento tecnológico más complejo que el sextante. A un hombre en su sano juicio no suele darle el arrebato de desmontar las cañerías. Le sugerí que se lavara las manos en el aseo de abajo; que yo llamaría a un fontanero y que quizá luego podíamos ir a dar un buen paseo por un descampado cercano.

Sopesó la propuesta a conciencia apurando las últimas caladas del cigarrillo.

—Sí, me gustaría —dijo al fin.

—Antes bajaremos a lavarnos las manos.

—Era agua clara —comentó apagando la colilla.

Evitaba mirarme a la cara, pero me fijé en su piel sonrosada bajo el lunar del cuello.

—Es por si hay gérmenes.

—¿«Gérmenes»?

—Mmm... Bacterias. Criaturas muy muy pequeñas que viven en... en todas partes, a decir verdad. Visibles sólo a través de un microscopio. Las malas propagan enfermedades. Cólera, tifus, disentería.

Puso cara de pasmo y poco le faltó para invocar al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Se miró las manos y luego estiró lentamente los brazos hasta apartarlas de su cuerpo como si fueran un par de ratas rabiosas.

Lo consoló la idea de tomar «aire fresco», una vez que salimos a caminar por el descampado. La teoría de los gérmenes lo había impresionado más que la electricidad. Cuando nos cruzamos con el primero de los paseantes de perros de la mañana, yo estaba entusiasmada, gesticulando con las manos, explicándole la causa de las caries.

—No creo que sea muy gentil de tu parte decir que tengo gérmenes en la boca.

—Todo el mundo tiene gérmenes en la boca.

—Habla por ti.

—Hay gérmenes en sus zapatos y debajo de sus uñas. Así es como evoluciona el mundo. Un ambiente aséptico es... en fin: un ambiente muerto.

—Conmigo que no cuenten.

—¡No tiene elección!

—Pienso escribir una carta expresando mi más enérgica protesta.

Caminamos un poco más. Vi que sus mejillas habían empezado a recuperar el color, aunque se advertían las huellas de la tensión y el insomnio en sus ojos. Cuando se dio cuenta de que lo escrutaba, enarcó las cejas, y yo sonreí tímidamente.

—Cuidado. Se te ven los gérmenes —dijo.

—¡Qué bien!

Compramos cruasanes y té en un puesto de comida ambulante estacionado junto al parque infantil. Estos conceptos le resultaban familiares, o bien se explicaban por el contexto, y conseguimos desayunar sobre la marcha sin más revelaciones.

—Me han dicho que hay otros... expatriados —dijo finalmente.

—Sí, cinco en total.

—¿Podría saber quiénes son, por favor?

—Una mujer de 1665, extraída de la gran peste de Londres. Mmm.... Un hombre, teniente, creo, de 1645, de la batalla de Naseby. Opuso más resistencia incluso que usted. Un capitán del ejército, de 1916, de la batalla del Somme. Y alguien del París de Robespierre, de 1793; una mujer con un buen perfil psicológico.

—¿No «extrajeron» a nadie más de la expedición?

—No.

—¿Puedo saber por qué?

—Bueno, se trata de un proyecto experimental. Queríamos seleccionar individuos de periodos tan diversos como nos fuera posible.

—¿Y me eligieron a mí en lugar de, pongamos por caso, al capitán Fitzjames?

Parpadeé sorprendida.

—Sí. Teníamos pruebas documentales de que usted… había abandonado la expedición.

—De que había muerto.

—Ajá. Sí.

—¿Cuáles fueron las circunstancias de mi muerte?

—No las especificaron. Se refirieron a usted como «el difunto comandante Gore».

—¿Quiénes?

—El capitán Fitzjames, el capitán Crozier. Ambos quedaron al frente de la expedición tras la muerte de sir John Franklin.

Habíamos caído en una marcha lánguida y noté que se quedaba taciturno.

—El capitán Fitzjames habló maravillas de usted —me atreví a decir —. «Un hombre con mucho aplomo, muy buen oficial y de lo más encantador.»

Eso, por fin, hizo aparecer los hoyuelos de su sonrisa.

—Entonces ¿escribió sus memorias a su regreso? —dijo Gore, con alegría.

—Ah, comandante Gore.

—¿Sí?

—Creo que debería… ¿podríamos sentarnos? En ese banco de ahí.

Se detuvo tan en seco que me di una patada en el tobillo al pararme.

—Está a punto de contarme que el capitán Fitzjames sufrió algún percance, ¿verdad?

—Vamos a sentarnos. Aquí.

—¿Qué ocurrió?

Sus hoyuelos habían desaparecido. Al parecer no me iba a recrear mucho contemplándolos.

—Algo le ocurrió a… todo el mundo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, con un punto de impaciencia.

—La expedición se perdió.

—¿Se perdió?

—En el Ártico. No regresó nadie.

—Había ciento veintiséis hombres a bordo de dos de los barcos más poderosos de la armada británica —señaló—. ¿Me estás diciendo que ninguno regresó a Inglaterra? ¿El capitán Crozier? Él ya había estado en la Antártida…

—No sobrevivió nadie. Pensé que se lo habían dicho en el Ministerio.

Me miró fijamente. Los anillos verdes de sus ojos brillaron como castañas cuando ladeó la cabeza.

—Cuéntame qué sucedió —dijo despacio—. Cuando… me fui.

—A ver. Sí. De acuerdo. Le recogimos en 1847, en cabo Félix. Sabíamos que allí había existido un campamento de verano, pero no estábamos seguros de por qué…

—Era un observatorio magnético. También servía de base para las partidas de caza.

—Bien, de acuerdo. Pues no estábamos seguros de por qué lo habían abandonado a toda prisa. Cuando se localizó el lugar, en 1859, se encontraron con que habían dejado allí todo el equipo. Tiendas de campaña. Instrumentos científicos. Pieles de oso. Los historiadores nunca supieron con certeza por qué, pero pensamos…

—Fue por vosotros —dijo cayendo en la cuenta—. Pensé que eran… relámpagos. Luego vi aquella… puerta de luz azulada.

—Sí.

—Vi unas siluetas en la puerta. Había una… red enorme… Me hice daño.

—Lo siento. No podíamos mandar a nadie al otro lado del portal; no sabíamos qué podía sucederle. Creo que era una malla de acero, ¿verdad? Para impedir que usted pudiera cortarla y escapar.

Volvió a escrutarme en silencio. Me apresuré a añadir:

—No estábamos seguros de haber sido la causa de que sus hombres abandonaran el campamento hasta que hicimos la incursión. Ése es siempre uno de los «grandes misterios», así que pensamos que podíamos arriesgarnos y…

—¿Tu gente aniquiló a toda la expedición? —preguntó. Mantenía una extraña serenidad, pero advertí que se le encendían las mejillas—. Conozco a mis oficiales. Los conocía. Habrían salido en mi busca. Habrían enviado una brigada a buscarme.

—Estoy segura de que fueron en su busca, pero el portal ya se había cerrado.

—¿Cómo murieron, entonces?

—Bueno. No llegó el deshielo. Los dos barcos quedaron atrapados en la banquisa. En el invierno de 1847 la expedición había perdido nueve oficiales y quince hombres. No sé cuántos murieron mientras usted aún estaba…

—Freddy… el señor Des Voeux y yo habíamos dejado una nota para el Almirantazgo en la tierra del rey Guillermo. En un túmulo de piedras del cabo Victoria. Contenía…

—Sí, la expedición encontró su nota en abril de 1848. Crozier y Fitzjames la usaron para dejar constancia de que habían abandonado los barcos y de que toda la tripulación partía hacia el sur, hacia el río Back. La tierra del rey Guillermo es… bueno, una isla, por cierto.

Me dio la espalda y sacó el paquete de cigarrillos del abrigo.

—El río Back estaba a ochocientas millas —dijo al fin.

—Sí. No lo lograron. Murieron de hambre en la travesía.

—¿Todos?

—Todos.

—No puedo imaginar al capitán Fitzjames muriendo de algo tan macabro como inanición. ¿O a Harry Goodsir? Era uno de los hombres más inteligentes que he…

—Todos sin excepción. Lo lamento.

Contempló el descampado y exhaló lentamente.

—Parece que me he librado de una muerte miserable —concluyó.

—Lo sien… ¿De nada?

—¿Cuánto aguantaron?

—Testimonios inuit sugieren que un reducido grupo de hombres regresó a las embarcaciones y sobrevivió a un cuarto invierno. Pero todos habían muerto en 1850.

—¿Qué es un testimonio «inuit»?

—Ah. Ustedes los llamaban «esquimales». Lo correcto es llamarlos «inuit».

Para mi sorpresa, se sonrojó profundamente y se quedó con gesto apesadumbrado, lo que me pareció una muestra de culpabilidad desproporcionada, teniendo en cuenta que los victorianos carecían de corrección política. Pero lo único que dijo fue:

—¿No mandó partidas de rescate, el Almirantazgo?

—Mandó varias. Lady Franklin financió otras tantas. Sin embargo, todas fueron en la dirección equivocada.

Cerró los ojos y sopló una voluta de humo en dirección al cielo.

—La mayor expedición de nuestra era —dijo.

No había rastro de emoción en su voz: ni rabia, ni tristeza, ni ironía. Nada.

—Te pido disculpas por mi reacción. Ha sido... un golpe, pero debería haberlo soportado con más estoicismo. Después de todo, sabíamos a lo que nos enfrentábamos. Espero que no sintieras que me enfadaba contigo —me dijo más tarde, ese mismo día.

—No. Sólo lamento que haya oído la historia de forma tan desordenada.

Se apartó y me observó. Si hubiera sido otro tipo de hombre, habría jurado que me estaba dando un repaso, pero le faltaba lascivia. Simplemente me miraba de los pies a la cabeza por primera vez.

—¿Por qué eres tú mi puente? ¿Por qué no me asignaron a alguien con un cargo oficial? Mientras me estaba... recuperando insistieron mucho en el secretismo del «proyecto», como decís vosotros.

—Supongo que soy un cargo oficial, en cierto modo. Soy una profesional, en cualquier caso. Trabajé en el Departamento de Idiomas como traductora-consultora. Mi especialidad es el sudeste asiático continental.

—Ya veo. Bueno, en realidad, no, no lo veo. ¿Qué significa todo eso?

—Tengo acceso a información confidencial y he trabajado con... personas desplazadas. La intención del Ministerio en un principio era que los expatriados convivieran con terapeutas, pero al final pensaron que tenía más sentido que contasen con... un amigo.

Me miró con desconcierto y me ruboricé, porque también a mí me había sonado a ruego. Y añadí:

—Ya sabía mucho de usted. Había leído sobre la expedición. Se han escrito infinidad de libros sobre el tema. Roald Amundsen, que descubrió el Polo Norte y el Polo Sur, emprendió su viaje porque estaba obsesionado con la expedición de John Franklin. Él...

—Juegas con ventaja —me dijo.

—Así es.

Aparecieron los hoyuelos. No con una alegría desbordante, pero aparecieron.

—¿Y quién encontró el paso del Noroeste? Ése era nuestro objetivo en un principio.

—Robert McClure, en 1850.

—¡¿Robbie?!

—Efectivamente. Lo encontró durante una de las partidas que salieron en su búsqueda. Les dijo a los inuit que estaba buscando a un «hermano perdido». Como usted era el único miembro de la expedición a quien había conocido personalmente, siempre supuse...

—Ah —murmuró.

Guardé silencio. Ese «ah» sonó como si le hubiera clavado una aguja. Para mí sólo eran nombres que salían en los libros de historia, mientras que para él hacían referencia a personas que aún sentía vivas. Le embargó un vértigo desolador. Me dio tanta vergüenza que acepté como una autómata el cigarrillo que me ofrecía, a pesar de que, como ya he dicho, había dejado de fumar hacía años.

Cuanto más lo conocía, más me daba cuenta de que Gore era la persona más plena y realizada con la que me había topado nunca. En

su época había sido aficionado a la caza, dibujaba, tocaba la flauta travesera, que además se le daba muy bien, y gozaba de la compañía de la gente. Ahora la caza estaba descartada por completo y su vida social limitada por orden del Ministerio. Al final de la primera semana saltaba a la vista que iba a perder la cabeza si no podía hablar con nadie más que conmigo.

—¿Cuándo conoceré a los otros expatriados?

—Pronto...

—¿Se supone que voy a estar ocioso un año entero? ¿Existe todavía el servicio naval?

—Pensábamos que necesitaría más tiempo para adaptarse...

—¿Sigue habiendo olas en el mar? ¿Todavía flotan en el agua, los barcos?

La primera cosa que lo frenó fue la capacidad de los servicios de retransmisión por internet. En concreto, Spotify. Le hice un breve repaso desde la evolución del fonógrafo —que habría llegado a ver si no hubiera fallecido en la década de 1840—, el tocadiscos, el casete, el CD y los MP3, antes de llegar a la música en *streaming*.

—¿Cualquier pieza de música? ¿Cualquier interpretación, de cualquier época, en cualquier momento que desees?

—Bueno, no todas, pero es una biblioteca muy grande.

Estábamos sentados en el sofá, uno al lado del otro, con un portátil del Ministerio sobre mis rodillas. Le gustó el ordenador portátil, como concepto. Mostraba un cauto interés en Google y Wikipedia, pero la dificultad para dar con las letras en el teclado coartaba su curiosidad. Comentó el desconcierto que le provocaba mi destreza para mecanografiar a toda velocidad y sin mirar las teclas.

—¿Podrías indicarle a la máquina que toque la *Sonata en mi bemol mayor* de Bach?

Le di al *play* en la primera versión que me sugirió Spotify.

Nos acomodamos, si por «acomodar» puede entenderse la rigidez y la tensión con que compensábamos el peso del otro sobre los cojines. Al cabo de un rato, se tapó los ojos con las manos.

—Y uno puede simplemente... reproducirla de nuevo. Hasta el infinito —musitó.

—Sí. ¿Le gustaría volver a oírla?

—No. No creo que sea muy respetuoso.

—¿Quiere que ponga otra cosa?

—Sí —contestó sin moverse—. Ordena a la máquina que ponga algo que sea de tu agrado.

No me pareció el momento de escuchar a Kate Bush. Puse la *Sonata en la mayor* de Franck.

—¿Cuándo se compuso?

—No estoy segura de la fecha exacta. Hacia 1880 quizá. Después de que usted… después de su… después.

—A mi hermana Anne le habría encantado. Era una gran amante del violín sentimental.

Desvié la mirada.

—Voy a dar un paseo —dijo con la voz cargada de emoción cuando terminó la música.

Salió y tardó varias horas en volver. Empezó a levantarse un aire cortante y fresco. Nubes plomizas se acumulaban en el cielo. Se avecinaba una tormenta. Estaba inquieta; no conseguía pasar más de dos minutos en la misma habitación. Había caído en que mi deber era no perderlo de vista después de oírlo cerrar la puerta.

Cuando regresó, entró como un vendaval. Apretaba la mandíbula, lo que era indicio de su enorme agitación, como ya me había percatado.

—Esta ciudad está abarrotada… —dijo desde el pasillo, con el abrigo y las botas—. Es incluso peor que la última vez que estuve aquí. Hay edificios por todas partes. No se ve el horizonte. Sólo edificios y gente hasta donde alcanza la mirada, y grandes torres de metal atadas con sogas. Carreteras grises inmensas, cubiertas de tráfico metálico. Aquí no hay espacio. ¿Cómo se puede respirar? ¿Toda Inglaterra es así? ¿Y el resto del mundo?

—Londres es una capital. Por supuesto que está abarrotada. Siguen quedando sitios despoblados, de todos modos.

Sin darme cuenta, cerraba y abría el puño espasmódicamente.

—¿Dónde? Me gustaría ir a un sitio donde no me sintiera como en la platina de un microscopio.

—Actualmente los expatriados tienen restringida la libertad de

movimiento. Se lo habrán dicho. No puede traspasar los límites.

Me fulminó con la mirada, perplejo.

—Voy a darme un baño —dijo al fin.

Cuando aún trabajaba en Idiomas, me contrataron como traductora de referencia para un proyecto entre el Departamento de Comercio y una Comisión Forestal de la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental. Me costó traducir el concepto de «desplazado interno», que en ese proyecto se refería a las personas que se habían visto obligadas a abandonar sus aldeas a causa de la tala de árboles (algo difícil de explicar, ya que otras personas, a menudo de las mismas aldeas, habían conseguido estabilidad económica y un trabajo fijo justo gracias a la tala). «Progreso» fue otra palabra difícil de traducir.

Me detuve en el concepto «desplazado interno» hasta descomponerlo semánticamente. Luchaba con un significado fantasma: un ser humano cuya interioridad no se correspondía con su exterioridad, que estaba internamente (en sí misma) desplazada. Pensaba en mi madre, empeñada en llevar a cuestas, como un cesto de verduras, su patria perdida.

Gore era un desplazado interno en ese sentido. A veces me daba la impresión de que contemplaba el mundo moderno como a través de un telescopio, apostado en la cubierta de un barco, en algún lugar a principios del siglo XIX. Debió de hacerlo incluso en su época, cuando arribaba a los puertos y advertía con sorpresa que, durante esos meses o años pasados en alta mar, las mujeres habían vuelto a llevar las mangas anchas o tal país europeo había declarado la guerra a tal otro una vez más. Me contaba historias como si tratara de fosilizarse en ámbar. Me recordaba a mi madre, pero no se lo dije.

Le hablé de la Comisión Forestal y me escuchó con atención.

—Eras bastante importante —sugirió.

—No hace falta que me halague. Era sólo una traductora.

—Uno comprende su utilidad a través de la opinión de los demás. Piensa en la expedición a Adén, por ejemplo. Fue un éxito y mi capitán insistió en que me ascendieran a primer oficial, como si mi

papel allí hubiera sido trascendental.

Sonreí sin levantar la vista. Nos habían avisado sobre las «situaciones pedagógicas», donde tal vez descubriríamos que los valores de los expatriados no coincidían con los de la Gran Bretaña moderna y multicultural. Control había identificado la conquista de Adén y la primera guerra del Opio en el caso de Gore. «Evita el lenguaje confrontativo o acusatorio. Evita entrar en discusiones sobre sistemas de valores personales.» En enero de 1839, los británicos decidieron ocupar el puerto de Adén, que formaba parte del sultanato de Lahej. Era un puerto valioso para la ruta comercial hacia Extremo Oriente. Por lo que yo sabía del Imperio británico, cualquier país del mundo podía ser valioso o irrelevante, pero rara vez se concebía como autónomo. El Imperio veía el mundo como mi padre las gomas elásticas que se le caen al cartero durante la ronda: «¡Con lo útiles que son y nadie las aprovecha! Me las quedo.»

—¿Así que tuvo un papel destacado en Adén? —pregunté como una cobarde.

—La modestia es una virtud y debo advertirte que soy un hombre muy virtuoso.

—Y yo debería advertirle que en nuestra época no está bien visto volar por los aires un puerto árabe sólo porque el Imperio quiere apropiárselo.

—En cambio, intervenir en la Comisión de Comercio de otro país para aumentar la competitividad del reino se considera diplomático.

—A ver… —dije, y me disponía a protestar diciendo que había sido una intervención «medioambiental», aunque eso entrañara tener que explicarle lo que era «el medio ambiente», cuando vi que me miraba con cierta admiración, y me contuve.

Debo decir que mi cara me hace pasar por blanca, sea o no de llegada tardía. No sabía cómo contarle a Gore que lo había engañado con mis facciones. Tampoco estaba segura de que me apeteciera. Como mucha otra gente, se había hecho una idea de mí que me dejaba margen de maniobra. Más tarde, cuando descubriera la verdad —como suele pasar—, su error lo dejaría aturdido. Esa momentánea vulnerabilidad del otro puede ser muy útil, a nivel interpersonal,

siempre que no te ablandes. Si fuera más melodramática, podría usar expresiones como: «tras las líneas enemigas», por ejemplo, o «agente doble». Tal vez mi hermana hablaría en esos términos, o me tacharía directamente de impostora.

Además, había leído esas dos cartas que se conservaban de Gore. Escribió a su padre para contarle que se sentía satisfecho con el resultado en Adén. Ciento cincuenta árabes murieron en la batalla, mientras que los británicos no sufrieron ni una sola baja. Fue un baño de sangre.

—Tu trabajo parece muy interesante. ¿Cómo lo conseguiste? —dijo.

Gore no veía la televisión. Le parecía un invento de mal gusto.

—Podéis enviar dioramas a través del éter y lo utilizáis para mostrar las desgracias de la gente.

—Nadie le obliga a ver *EastEnders*.

—Cualquier criatura o mujer soltera virtuosa puede encender el aparato y encontrarse con ejemplos escabrosos de comportamiento delictivo.

—Nadie le obliga tampoco a ver *Los asesinatos de Midsomer*.

—O monstruosidades deformes que atentan contra la voluntad de Dios…

—¿Qué?

—*Barrio Sésamo* —dijo, y se palpó los bolsillos en busca de tabaco para disimular la risa.

Finalmente, a falta de nada mejor que hacer, se dedicó a husmear en las estanterías de los libros. Me anoté una victoria con Arthur Conan Doyle. Intenté que leyera la serie de Aubrey-Maturin, empezando por *Capitán de mar y de guerra*, pero le despertaba demasiada nostalgia. Le gustó *Grandes esperanzas*, pero no llegó a la quinta parte de *Casa desolada*. Le sugerí a las Brontë y fue como si le hubiera pedido que atrapara a una paloma y descifrara su gorjeo. No tuvo paciencia con Henry James, pero le gustó Jack London. Por curiosidad hice que probara con Hemingway, a quien calificó de «impactante», y lo leía hasta en la bañera.

Un día, por capricho, le regalé *Animal acorralado*, de Geoffrey Household. Era el equivalente literario a jugar con fuego: había postergado darle explicaciones sobre las guerras mundiales y tampoco le había hablado del contexto en que un tirador y cazador inglés anónimo había decidido dispararle a un dictador europeo en la década de 1930. Sin embargo, se había quejado tanto de no poder cazar que pensé que la premisa podría interesarle.

Un par de días después, recibí el correo electrónico que anunciaba oficialmente la siguiente fase del proyecto.

—¿Comandante Gore? Tengo buenas noticias. El Ministerio nos ha convocado para la semana que viene. —No levantó la vista—. Huy. Veo que no ha avanzado mucho en la lectura de *Animal acorralado*.

—Ah, ya lo terminé —contestó abstraído—. Y lo he vuelto a empezar.

II

Gore trepa a bordo con esfuerzo y ve a los marineros de la guardia con manoplas y el rostro embozado. El barco, atrapado en la banquisa, se inclina vertiginosamente hacia un lado donde las olas heladas han batido contra el casco. Bajo cubierta —el interior se encuentra tan bien aislado de la intemperie y tan abarrotado de cuerpos que el ambiente está caldeado—, Gore encuentra a la tripulación presa por el fervor de una extraña prisa. El capitán Fitzjames ha convocado con urgencia una reunión de mando.

Le entrega su macuto al mayordomo de oficiales e insiste en asistir a la reunión, tratando de sacudirse la demencia glacial. Sin mirarse al espejo sabe que tiene la boca azulada como un cadáver.

En la enfermería, Stanley, el cirujano del barco, le pregunta qué día es.

—Veinticuatro de julio de 1847 —dice, tras una pausa demasiado larga.

—Te falta firmeza en la dicción —murmura el médico.

A un oficial no se le dice «No se le entiende nada». Gore intenta sonreír. Se le abren las grietas de los labios. Pero nadie le prohíbe asistir a la reunión de emergencia.

Se celebra en el camarote principal del Erebus, una sala sumamente desangelada. Sir John Franklin falleció en ella, sucumbiendo a la edad y a las inclemencias del tiempo, hace más de un mes. Aún no se les ha aparecido su espectro paternal. James Fitzjames, su comandante y ahora capitán del *Erebus*, ocupa el camarote como un huérfano encerrado en una cripta.

Crozier, el capitán del *Terror*, está ahora al frente de la expedición y ha enviado al teniente Irving al *Erebus*. Éste es un hombre tímido, con grandes patillas y la triste costumbre de citarles la Biblia a los marineros.

—Me temo que no son buenas noticias —dice Irving.

—Las raciones —interviene Fairholme, el tercer teniente del *Erebus*, un hombre corpulento y desgarbado más alto que la mayoría de los oficiales. Acto seguido se encoge, y al verlo Gore piensa en un gran danés sorprendido robando comida.

—Con su permiso. —Irving suspira—. Dios ha querido ponernos a prueba en nuestra determinación. Pero los caminos del Señor no son los nuestros, y la sabiduría del mundo es necedad ante…

Gore apoya la palma de la mano en la mesa de caoba. Suavemente, pero con decisión. En la voz de Irving hay un trémulo rumor que denota pánico: el de un predicador suplicando a los elementos.

—James —dice dirigiéndose a Fairholme (no se atrevería a tutear a Fitzjames en una reunión de mando), pero es Fitzjames quien responde.

—Se trata de las raciones enlatadas —dice éste—. Se ha descubierto que hay algunas incomibles. Más de lo habitual —añade, con una débil sonrisa—. Podridas. En ambos barcos, así que en lugar de atribuirlo a alguna circunstancia nociva durante el viaje, hemos deducido que ya debían de estar en mal estado cuando zarpamos.

Gore levanta la mano. Ha dejado en la mesa una mancha del color de la carne del tamarindo. Siente un dolor acre y persistente en la palma de la mano, que por un momento confunde con un sabor.

—¿Cuántas latas están estropeadas? —pregunta.

Fitzjames no contesta. Ocupa el lugar de sir John. Sus rizos han perdido lustre, pero aún conservan un inquietante tono cobrizo.

—¿Había mucha caza, Graham? —pregunta en cambio.

Gore piensa en el peso del saco que ha traído y lo valioso que le parecía.

—Tres perdices —dice—, y he visto un págalo, pero

estaba demasiado lejos para acertar el tiro. Nada más. Ni siquiera he encontrado huellas.

—¿En cuatro horas y media?

—¿Tanto tiempo he estado fuera?

Vuelven a guardar silencio. Antes esta sala de oficiales desbordaba jovialidad. Nadie podía contar una anécdota que no encontrara una réplica, como en un acueducto de palabrería hueca. Ahora, en cambio, incluso una obviedad rechina como si rascaran cera en el granito. Los incesantes lamentos y crujidos de la madera del barco varado en el hielo les roban el sueño y el silencio entre los párrafos; y sin esos periodos de barbecho, cualquier discurso es frágil.

—No tenemos raciones para que las tripulaciones de ambos barcos aguanten un tercer año —indica Fitzjames—. ¿Está de acuerdo conmigo el capitán Crozier?

—Sí, señor —responde Irving amargamente.

Fitzjames tamborilea con los dedos sobre la mesa. Al igual que Fairholme, es un hombretón grande como una catedral, pero parece un chiquillo cuando está preocupado. Su linaje es un misterio; se rumorea que es hijo ilegítimo: parece que pasó muchas angustias de niño, y ahora vuelven a reflejarse en su rostro.

—¿Raciones de dos tercios? —dice.

—La sugerencia del capitán Crozier es que reduzcamos a dos tercios, sí, señor.

Ante esto, Stanley se inclina. Es un hombre quisquilloso, malhumorado y apuesto que no disfruta de su trabajo.

—Debo recalcar a los presentes que la debilidad que aqueja a los que están en la enfermería sin duda encontrará puntos de apoyo si reducimos las raciones de los hombres.

—Y si no reducimos las raciones, esos hombres morirán de hambre —dice Fitzjames—. Me gustaría que cuando llegue el deshielo la mayoría regrese a Inglaterra. Éste es el sacrificio que debemos hacer.

Gore se mira la palma de la mano izquierda. El dolor acre sigue ahí, calando las vendas. También la sangre, pero le parece truculento fijarse en eso.

—¿Y si no llega nunca el deshielo? —pregunta con discreción.

Fuera cruje el hielo: las fauces del Ártico rechinan como las de un gato cuando ve un pájaro. El gato del barco murió con convulsiones el segundo invierno. A Gore le gustaba aquel gato. Le había tomado cariño, sobre todo porque su perro había muerto la primavera anterior.

Crec, crac. La nave brama de agonía.

2

Tomamos el metro de Londres hasta el Ministerio. Le di tapones de espuma para los oídos.

De hecho viajar en metro no lo desconcertó, ni siquiera antes de ponerse los tapones, pero tuve que explicarle un chiste de un anuncio de colchones y, a su vez, el concepto de «ligar», y eso fue un poco incómodo, porque me vi obligada a gritar para hacerme oír por encima del ruido del tren. Por la expresión de su cara, después de darle las claves para entender el anuncio, comprendí que hubiera preferido no preguntar.

Cuando llegamos al Ministerio, una escolta con uniformes sutilmente blindados lo acompañó a conocer a los demás expatriados. Imaginé que lo someterían a una sesión de terapia de grupo. Gore, que estaba de buen humor, debía de prever algo más parecido a una tertulia de salón.

Subí la rampa para ir a ver a Quentin, mi supervisor. Los despachos de los supervisores estaban en uno de los sanctasanctórums del Ministerio. Todos tenían paredes de vidrio que me hacían sentir como un pez deslucido en un acuario.

Quentin me trataba con una familiaridad impaciente, como si los dos estuviéramos pegajosos y nos dejáramos churretes con cada roce. Antes había sido agente de operaciones. No me quedaba claro si el puesto de supervisor era una prueba de que le había ido bien o mal.

—Hola, Quentin.

—Ah, la célebre demoledora de retretes de Londres.

—Vale, ya.

—No, sinceramente, me alegro de que no fuera nada serio. ¿Ha

vuelto a dar muestras de impulsos violentos?

—No fue violento. Ni siquiera me despertó. Sólo fue muy minucioso.

—¿Algún signo de deterioro cognitivo?

—Cuando los del equipo de Bienestar lo pusieron bajo mi custodia, me dijeron que le habían informado sobre la suerte que había corrido la expedición. Sin embargo, él me dijo que no sabía nada. Daba por hecho que sus compañeros habían sobrevivido.

—Vaya. Pues... sí que es un problema. Se lo dijeron. Tres veces. Después de las dos primeras tuvo lugar su segundo y tercer intento de fuga. Las dos veces estaba... desorientado. Parecía un poco tocado por el tránsito. Como la tercera vez no se escapó, supusimos que ya lo había asimilado.

—¿Le ha pasado lo mismo a algún otro expatriado?

—Mil novecientos dieciséis sigue preguntando cuándo lo destinarán de nuevo al frente. No hay manera de que se le meta en la cabeza que la guerra terminó hace un siglo. ¿Alguna otra cosa? ¿Brotes depresivos o maníacos?

—Es el hombre más sereno que he conocido.

—Mejor para ti. De acuerdo, se lo plantearé a la vicesecretaria. Tal vez sería una buena idea hacerles a todos los expatriados una resonancia magnética. Vigila de cerca cualquier cambio de conducta. Informa inmediatamente de cualquier indicio de deterioro físico o mental.

—¿Qué pasará si empiezan a volverse locos?

Quentin hizo una mueca.

—Regresarán al pabellón —dijo para salir del paso—. Si los efectos del viaje en el tiempo merman gravemente su calidad de vida, es mejor que permanezcan en un entorno de contención donde puedan estar... atendidos.

El tema quedó aparcado encima de la mesa.

—¿Leíste mi correo electrónico sobre el presupuesto? —le pregunté—. ¿Y donde te hablaba de buscar a alguien que se ocupe de la limpieza? No una «limpieza» de las del Ministerio. Alguien que pase la aspiradora.

—¿Él no quiere limpiar?

—Cree que es inapropiado que la gente de «nuestra posición» friegue suelos. Intenté explicarle que nunca en mi vida he tenido una asistenta, y que mi madre había sido mujer de la limpieza. No hubo suerte. Tardó medio día en hacerse a la idea de que tengo un título, pero ahora cree que soy profesora emérita. ¿Sabes que la primera vez que se embarcó tenía once años?

—Parece que este hombre te ha impresionado —dijo mi supervisor con sorna.

—Llevamos dos semanas respirando el mismo aire viciado. Sería raro que no me impresionara.

—¿No te llega con su presupuesto actual?

—Con lo que fuma…

—Deberías aconsejarle que lo deje.

—¿Qué? ¿Y mermar su «calidad de vida»?

Eso le arrancó una carcajada de desdén.

—*Touché*. Lo miraré.

Tras dejar a Quentin, fui a la reunión de los puentes, presidida por la vicesecretaria, Adela, cuya simpatía no mejoraba con el trato. Era una mujer menuda, enjuta y correosa que me hacía pensar en un elegante caimán. Cuando me incorporé al proyecto de los viajes en el tiempo, me enteré de que había sido agente de operaciones en el pasado —la vieja guardia— y que había perdido un ojo en Beirut en 2006. El sofisticado parche negro casi distraía la atención de su rostro, cuya insólita arquitectura insinuaba una cirugía reconstructiva más que estética.

Entre los puentes saltaban chispas. Ningún otro expatriado había sufrido un ataque de nervios sin perder la cortesía desmontando un retrete, pero mis colegas contaron que uno había intentado hablar con Dios a través de Radio 3 y que otro se había peleado con un coche aparcado.

—El trastorno por estrés postraumático complejo es… —empezó a decir Simellia.

—Complejo —zanjó Adela—. Gracias por tu aportación. Dados los antecedentes de los expatriados, cabía esperar que sufrieran traumas psíquicos. Os recuerdo que lo que nos interesa es la viabilidad de transportar un cuerpo humano a través del tiempo. Nuestra meta es saber si viajar en el tiempo implica consecuencias relevantes para el expatriado o su entorno…

—¿Podemos devolverlos de nuevo a su época? Lo pregunto en nombre de mi expatriado, no porque… —dijo Ivan.

—No.

—¿Por qué no? —insistió Ivan, y añadió—: Señora.

—No podemos correr el riesgo de que haya repercusiones temporales —contestó Adela—. Se supone que están muertos. Mientras sigan aquí, a efectos prácticos es como si estuvieran muertos en su propio tiempo. Una vez más debo recalcar que sólo tenéis que centraros en hacer un pronóstico a largo plazo de la vida del expatriado en nuestra época. Desde luego vuestro cometido no podría ser más claro.

—¿Qué pasa si sobreviven? —pregunté.

—Entonces tendrás la grata recompensa de haber contribuido a un proyecto humanitario.

—¿Y si mueren?

—Entonces habrás contribuido a un proyecto científico. La teletransportación de los átomos fracasó, etcétera.

—Si sobreviven, ¿qué haremos con el portal? —preguntó Simellia.

—El uso del portal no te concierne —dijo Adela, arsénico puro recubierto de miel—. No le concierne a nadie hasta que hayamos determinado que funciona como es debido. Ocuparéis un lugar en los libros de historia, Simellia, siempre que podamos garantizar que la historia continúa.

Bajé al vestíbulo central con Simellia, que había abandonado la sala de reuniones como un buzo liberándose de un pulpo gigante. El expatriado de Simellia era el capitán Arthur Reginald-Smyth, extraído de la batalla del Somme. Según el equipo de expatriación que lo sacó,

ésa fue la peor misión de todas: allí había más vísceras que en la batalla de Naseby y más alaridos que en las guillotinas. Cuando la puerta se cerró, colgaba un ojo humano de un pliegue del uniforme de combate de la agente. La onda expansiva de una explosión de mortero lo había proyectado a través del portal.

—¿Cómo va todo? —le pregunté.

Simellia me lanzó una mirada que era toda cejas.

—Bueno, va. Sobre todo, diría que va.

Acompasé mi paso al suyo. Simellia era un poco mayor que yo, pero mucho más veterana. Antes de incorporarse al proyecto, había ocupado un puesto directivo en el Departamento de Ciencias del Comportamiento. Me imponía un poco y disimulaba mi timidez con un descaro postizo, porque me figuraba que era una mujer impaciente con el apocamiento de otras mujeres. Mientras caminábamos, podía oír la succión húmeda de mis pies al despegarse de la suela del zapato.

—¿Te has dado cuenta de que Adela ha vuelto a hacerse algo en la cara? —me preguntó Simellia.

—Sí. No sé qué clase de relleno usa, pero parece vivo. Te juro por Dios que los pómulos se le movían.

—Es una mujer interesante —dijo Simellia, lo que podía significar cualquier cosa.

Probé con otro tema.

—¿Qué te apuestas a que el Ministerio del Interior acabará absorbiéndonos?

—¿A qué te refieres?

—Si este año los expatriados no mueren de una enfermedad traída de otra época, pasaremos a depender del Ministerio del Interior. La inmigración a través de la historia no deja de ser inmigración. Me apuesto cincuenta libras.

Una de las cejas de Simellia hizo una señal semafórica.

—No creo que vayamos a traer a tanta gente como para necesitar personal del Ministerio del Interior.

—Inglaterra está cerrada, ¿no?

—Sí, política de tiempos hostiles.

—Pues entonces hay que volver de cabeza a los tiempos oscuros.

Simellia esbozó una sonrisa enigmática.

—Ahí tienes a tu chico —dijo.

Habíamos llegado al vestíbulo central. Gore estaba de pie bajo un rayo de sol, contemplando el techo de acero y cristal. Parecía deslumbrado como un crío por ese trozo de cielo abierto en el cráneo del edificio.

—Un rompecorazones de culo escurrido —dijo Simellia con sorna, y me hizo reír—. Nos vemos en la próxima reunión de trabajo en equipo.

—Claro. Nos vemos.

Taconeé por el suelo reluciente hasta llegar a su lado. Me miró y dijo en voz baja:

—Me han puesto de vuelta y media por querer fumar dentro.

—Ya, hoy en día no se puede.

—Pues que me manden de vuelta al Ártico.

—¡Ja!

Fuimos a almorzar a un pequeño bistró cerca del Ministerio. Gore venía de la época del *service à la française*, los comedores privados y en la que todo se ponía en moldes de gelatina. Cuando empecé a explicarle, con paciencia maternal, cómo funcionaban los restaurantes del siglo XXI, me interrumpió:

—He comido canguro en las orillas deshabitadas del río Albert. Entiendo cómo funcionan el cuchillo y el tenedor. Siéntate, por favor.

Me acercó la silla antes de acomodarse y ponerse a leer la carta con interés de explorador. Creo que no iba desencaminada, era sólo que Gore afrontaba cualquier incertidumbre como un desafío. No recuerdo la primera vez que fui sola a un restaurante, pero se me ha quedado grabada la primera vez que bebí alcohol en un bar siendo menor de edad. Pedí una pinta de Guinness porque era lo que tomaba mi padre. Me pareció horrible, sabía a Marmite a rabiar, pero me pasé años pidiendo lo mismo porque aquella vez me sirvieron y no quería romper mi buena racha.

—¿Cómo están los otros expatriados?

—Sobrecogidos. La pareja del siglo XVII se detesta. Sospecho que la joven, Margaret no sé qué, ha florecido bajo las impresionantes

libertades de vuestra época, y el teniente Cardingham no lo aprueba. Sin embargo, he congeniado con el capitán Reginald-Smyth. Me recuerda al teniente Irving.

—¿En qué sentido?

—Bien hablado, tímido, atormentado por un suceso del pasado.

Eso me hizo gracia, aunque conocía la historia del ojo colgante durante la expatriación. No le pregunté si el capitán le había explicado la Primera Guerra Mundial; tal vez se la habían contado y no había retenido la información. Yo no sabía hasta qué punto su cerebro, detrás de aquella ancha frente blanca, había sido sacudido y quedado magullado como un melocotón demasiado maduro.

Llegaron los platos que habíamos pedido y Gore ensartó inquisitivamente un falafel con el tenedor.

—Creo que estaría bien que nos hiciéramos amigos. Me dijo que se encargaría de que su puente nos llevara a… —continuó, y aquí enarcó las cejas— una «casa pública», un pub. Estoy deseando ver qué visiones del pecado reserva esta época para la humilde taberna.

—Caramba. A lo mejor irán a algún sitio con Sky Sports.

—Me niego a averiguar qué es eso.

—Y conocerá a Simellia.

—El puente del capitán Reginald-Smyth, ¿no?

—Ajá. Es una mujer interesante. Le gustará —dije, sin tener ni idea de si le gustaría—. Así que codeándose con el capitán Reginald-Smyth… Quiere ganarse el favor de sus superiores, ¿eh?

Le dio un bocado al falafel y me dedicó una sonrisa traviesa mientras masticaba. Tragó y dijo:

—El rango de comandante de la Marina Real equivale al de teniente coronel del ejército. Estoy por encima de todos. Algo que tampoco creo que le haga mucha gracia al teniente Cardingham.

De vuelta en el lugar en el que todavía me costaba sentirme «en casa», Gore me preguntó tímidamente si los acompañaría «a tomar una copa». Había logrado disimular su vergüenza cuando yo pagué la cuenta de la comida —con la tarjeta que me había proporcionado el

Ministerio para los gastos—, y parecía estar asimilando a marchas forzadas que la reputación de una mujer respetable no se vería perjudicada por acudir a un pub en compañía de hombres solteros.

Contesté con evasivas. Mil novecientos dieciséis —Reginald-Smyth— no estaba en plena posesión de sus facultades. Me contaron que se había echado a llorar en la calle la primera vez que oyó el petardeo de un coche. Había aprendido a usar una lavadora enseguida, y no paraba de lavar compulsivamente las sábanas. Simellia pensaba que debía de estar relacionado con la culpa del superviviente: estaba obsesionado con los piojos que lo habían atormentado en el frente occidental —más que muertos ya— y que temía que lo hubieran seguido hasta el futuro. En cualquier caso, no estaba segura de si debía cargar al pobre hombre con otra acompañante a quien poner buena cara. Le envié un correo electrónico a Simellia para preguntarle qué opinaba, y me propuso que quedáramos nosotras antes para tomar una copa y comentar esas otras copas que vendrían luego.

A la noche siguiente me reuní con ella en el pub que me había propuesto, un tugurio cochambroso y anticuado cerca del Ministerio, con el aire tremendamente viciado y asientos de cuero. Era como estar dentro del codo de un jersey remendado. Sólo había otro cliente, sentado en un rincón, que se metía patatas fritas en la boca de una forma siniestra. Las bebidas estaban escritas a mano en una pizarra colgada encima de la barra. De lejos parecía que mis opciones incluían *mmllmmT*, *suaauug* y *wwij*.

—¿Me pones media de Guinness?

El joven de detrás de la barra, que sacaba brillo a un vaso con una insistencia exagerada, me dedicó una sonrisa alentadora.

—Desde luego.

La sirvió como si fuera un extra de *Casablanca.*

«¿De verdad te gusta tu trabajo?», quise preguntarle, pero en lugar de eso me escabullí hasta una mesa esquinera y bebí un trago de ese selecto y rabioso Marmite del local.

Mientras esperaba, me puse a redactar el informe. Los puentes debíamos mandar cada semana un informe interno a Control a través de nuestros supervisores. Existía un protocolo aparte para alertar de

posibles emergencias ocasionadas por viajar en el tiempo, como que nuestros expatriados se pusieran del revés, pero implicaba un sinfín de códigos y permisos tan inabarcable que Quentin me había dicho que lo llamara si Gore empezaba a jugar a la rayuela entre dimensiones temporales. Incluso me había dado su número personal a tal efecto, lo que suponía una emocionante transgresión de las normas.

INFORME INTERNO: 1847
(Graham Gore, «Expedición Franklin»)

Estándar [x]
Medidas especiales [ ]

Si este informe incluye material transexpatriado, indique el expatriado en cuestión:

1645 (Thomas Cardingham, «Batalla de Naseby») [ ]
1665 (Margaret Kemble, «Gran plaga de Londres» [ ]
1793 (Anne Spencer, «Revolución Francesa») [ ]
1916 (Arthur Reginald-Smyth , «Batalla del Somme») [x]

Observaciones sobre la fisiología/apariencia física del sujeto
Tras un examen más minucioso, veo que se sonroja con facilidad. Antes no se le notaba porque habla con mucha calma. Al igual que en el informe de la semana pasada, su cara muestra señales de sueño irregular o insomnio (ojeras, bolsas). Ya no engulle la comida como si llevara años pasando hambre en el Ártico, aunque sigue quedándose muy callado y serio con los postres. No ha aumentado de peso; me gustaría tener la oportunidad de comentar las pautas de nutrición con el equipo de Bienestar. No ha vuelto a mostrar perplejidad con la ropa. Las grietas en los nudillos y el dorso de las manos pueden ser eczemas o deberse a que se lava las manos con demasiado celo; por favor, ¿podría el equipo de Bienestar abordar el tema de los gérmenes de manera que no se sulfure?

Observaciones sobre el estado mental del sujeto

*Es tranquilo, agradable. Se adapta bien. Ha dado muestras de frivolidad, sentido del humor. Desea entablar amistad con otros expatriados (especialmente con 1916). En el último informe del equipo de Bienestar (véase el correo electrónico del 14 de abril) se insinuaba que la labor del puente no había bastado para crear una base sólida que garantice un avance terapéutico significativo. Me permito rebatirles: preguntarle a 1847 sobre la relación con su madre cuando prácticamente ha pasado toda su vida en el mar, desde los 11 años para ser exactos, es un punto de partida improductivo. **aviso a control** Su memoria a corto plazo ha mostrado algunos indicios de lesión o deterioro, sobre todo en relación a la información que se le transmitió al llegar...*

—Qué encantadora estampa de minuciosidad. —Me llegó una voz desde arriba.

—¡Simellia! Hola.

Como siempre, venía vestida de lo más chic. A menudo llevaba chaquetas y faldas de corte arquitectónico en tonos vidriera y la gama de colores daba otro aire a la estancia. Era poco probable que la llamaran «señorita». Probablemente sería «señora», por la cuenta que le traía al chico de detrás de la barra. Volvió con una copa de vino tinto fresco, una bebida que yo no sabía que uno podía tomar a propósito.

—¿Crees que el tipo de esa mesa es un espía? —le pregunté.

Simellia le echó una ojeada.

—No. Es un alcohólico. Pero el de detrás de la barra sí que lo es.

—¿Sí? ¿Es por cómo pasa el paño, como si fuera una coreografía?

—Es por ese delantal. Salta a la vista que es un disfraz. Además, lo adiestró Ralph. En Defensa.

Me atraganté con la media pinta. Ralph, un antiguo agente sarcástico y lánguido, era el puente que menos me gustaba. De alguna manera se las había ingeniado para que le asignaran a la única expatriada joven.

—Espera. ¿Estás de broma?

—No. Por lo visto fue muy incómodo cuando Ralph vino aquí a

buscar una garrafa de Merlot para la comida y lo vio. Ese chico forma parte del equipo de rastreo de Defensa. Como sabes, no les hace mucha gracia que el Ministerio sea una institución aparte. Creían que la puerta del tiempo caería bajo su competencia.

—Perdona, quizá estoy espesa, Simellia, pero si sabes que este tugurio está regentado por espías, ¿por qué hemos venido aquí a tomar algo?

—Porque quiero ver qué pasa.

—Ah. Vaya.

—Ahora bébete la cerveza y pon cara de sospechosa.

Me reí y el espía evitó mirar a su alrededor.

—Vale, vale —dije—. Voy a levantarme el cuello de la camisa. ¿Qué tal así? Espera, voy a agazaparme un poco. ¿Qué tal así?

—Estupendo. Pareces a punto de venderme las revistas guarras que traes escondidas en la gabardina, y ni siquiera llevas gabardina.

Tomó un poco de vino y me puso el cuello de la camisa en un ángulo más furtivo.

—Ya sabes lo que escribirá sobre nosotras de todos modos —dijo con calma—, hagamos lo que hagamos o vistamos como vistamos. «La mujer birracial y la mujer negra que trabajan en el Ministerio.»

Enderecé los hombros en el acto.

—Ah. Bueno. Aunque yo tengo el privilegio de pasar por blanca... —Hice una pausa; normalmente la gente suele querer decirme si coincide o no con esa apreciación. Simellia, en cambio, esperó a que acabara la frase—: Así que tendrá que escribir sobre mi gabardina pornográfica —concluí con desgana—. Dime, ¿qué te parece, mmm... toda la situación? ¿Tu expatriado está bien?

—Se refería a «los negros» hasta que le llamé la atención, pero no creo que pretendiera ser despectivo, si es eso lo que me preguntas. ¿Cómo lleva tu expatriado la noticia de tu miscegenación?

Le di un buen trago a la Guinness.

—Bueno. No la lleva. No le he hablado de eso.

Simellia asintió despacio, como si le hubiera pedido que hiciera una división con decimales. Cuando volvió a hablar, advertí un sutil cambio de registro, de la charla desenfadada al consejo profesional.

—Entiendo por qué aún no se lo has comentado —me dijo—. Pero te recomiendo que no lo postergues mucho más. Psicológicamente, es importante para ambos que tú seas capaz de habitar tu identidad y que él sea capaz de aceptarte dignamente y de todo corazón. Nosotros no debemos adaptarnos a ellos. Están aquí para adaptarse al mundo. Persona a persona. Así es como se hace.

—¿Se hace?

—Un mundo nuevo.

Tenía un leve brillo en los ojos, una repentina distancia en la mirada. «Dios, se lo cree de verdad», pensé.

Yo creía que me habían dado el trabajo de puente porque era una excepción, y no una regla. Si lo hubiera conseguido por idolatrar mi marginalización, arrancándome capas de piel para mostrar la red de mis venas, no me habría extrañado que el Ministerio lo utilizara en mi contra más adelante. Nunca cuentes en tu lugar de trabajo o a un amante nada que pueda poner fin a tu relación hasta que estés dispuesto a marcharte. Al principio intento no dar demasiadas pistas que desvelen el contexto, y no me gusta atraer la atención hacia los puntos débiles. ¿Por qué iba a querer señalar los lugares donde mi carne era delicada y mis órganos vulnerables? Si mi amiga blanca mencionaba distraídamente que el sushi era «exótico», ¿no bastaba con que comiera algo más allá de la desabrida carne roja? En cualquier caso, un poco de exotismo tampoco me molestaba: apenas el punto justo para sacarlo a relucir en las evaluaciones anuales si se discutía un aumento de sueldo o un cambio de título.

El espía detrás de la barra, que había estado haciéndose notar revisando la caja y sacando brillo a unos vasos ya relucientes, puso música. Simellia se animó de repente.

—¡Eh! ¡«Electric Boogie»!

—¿Qué?

Se rió. Simellia sonreía siempre, pero casi nunca se reía, así que recuerdo claramente ese momento. De repente me di cuenta de hasta qué punto era una fachada su imagen de funcionaria elegante y eficiente: detrás, quizá, había una mujer desbordada por los mensajes de texto de un hermano ingobernable, una mujer que había

renunciado a salir con alguien por quinta vez en otros tantos años, una mujer que tenía que reprimir su impaciencia cuando las evangelistas de los productos de belleza Drunk Elephant intentaban explicarle las milagrosas propiedades hidratantes de la manteca de cacao. Antes no me había dado cuenta realmente de que esa otra Simellia estaba ahí, pero ahora sentía sus barricadas.

—Me parece increíble que alguien pueda llegar a tu edad sin haber escuchado «Electric Boogie» —dijo—. ¿No conoces ese baile?

—Disculpa. ¿Cómo que mi edad? El protegido de Ralph me ha llamado «señorita».

—Levántate.

—¿Qué?

—Voy a enseñarte.

—Simellia. ¿En el pub? ¿Qué pondrá el chico en su informe para Defensa?

—Pondrá: «La mujer birracial y la mujer negra que trabajan en el Ministerio.» Confía en mí.

Al final decidimos que la primera visita a un pub del capitán Reginald-Smyth y el primer encuentro en público de dos expatriados ya serían bastante abrumadores como para agregar un nuevo puente. Así que la noche que Gore salió con los dos me encontraba con unos amigos en la cocina gris y amarilla de su casa alrededor de una botella de vino de medio pelo. Fingí normalidad —de hecho, estaba obligada a disimular por contrato—, pero tenía todos los sentidos puestos en imaginar qué estaría haciendo, viendo y preguntando Gore. Cuando me quemé la lengua con la pizza que mi amigo había calentado en el horno, fantaseé con la idea de que estábamos tan compenetrados que, allá donde estuviera, Gore se había quemado también la lengua.

El Ministerio ofrecía sesiones voluntarias de terapia a todos los puentes, ya que nuestro trabajo exigía una gran implicación emocional y psicológica. No me había apuntado. Consideraba que el vínculo personal no debía supervisarse profesionalmente, o que, de alguna manera, dado el historial de sufrimiento de mi familia, estaba

preparada para sufrir. El miedo y la tragedia eran el telón de fondo de mi vida. Cuando tenía doce años, pelando ajos en la mesa del comedor, mi madre me contó la historia de una de sus hermanas, una hermosa joven que se había casado con un hombre rico. La mataron los cuadros militares que saquearon Phnom Penh, por supuesto. «Me pregunto si la violaron antes de fusilarla», musitó mi madre. «Sí, ¿la violaron?», pensé de lo más seria a mis doce años. Y yo siempre sería la niña de doce años que se había hecho esa pregunta acerca de su tía en la mesa del comedor. Un síntoma poco reconocido de los traumas heredados es la ineptitud social.

Al volver a casa encontré un paquete de cigarrillos abierto en la mesa del comedor y me senté cómodamente a fumar, escuchando el lamento de mi conciencia. Gore regresó cuando tenía el pitillo a medias.

—¿Comandante Gore?

—Buenas noches. ¿Un cigarrillo después de cenar?

—A ver... Mis amigos no son fumadores y no saben que he recaído.

—Ah. Guardaré tu secreto.

Habló con solemne claridad, en un tono un poco más alto de lo habitual. Estaba borracho, pero lo disimulaba bien. De no haber estado conviviendo con él, de no depender mi sueldo de registrar todos sus movimientos, quizá no me habría dado cuenta.

Abrió el estrecho cajón donde guardábamos las botellas de licor. Tintinearon alegremente. El Ministerio se había resistido a proporcionarlas, pero, como les recalqué, Gore había estado en la Marina Real en la época en que se les administraba generosas raciones de ron; sin duda bebía.

Cogió un whisky, fue hacia el congelador y se detuvo.

—¿Me acompañas?

—No, yo... mejor dicho, sí, por favor.

Iba bastante borracha también, pero él nunca me había ofrecido nada más fuerte que un té.

Se acercó a la mesa con dos vasos helados y me puso la botella delante. Le pasé los cigarrillos y encendió uno con brío.

—Tenemos que conseguir un decantador. Me siento como un beodo,

sirviendo de la botella. Toma.

—Gracias. ¿Se lo ha pasado bien?

—Sí. Me gusta Arthur.

—¿Y su puente?

—También me gusta. Es una negrita...

Me atraganté.

—Ya no usamos ese diminutivo. Decimos simplemente «negra», como adjetivo. Se diría: «es una mujer negra».

—Eso suena un tanto grosero. O brusco, de alguna manera. ¿Decir «una negrita» es despectivo?

—La gente pensará que es racista.

—¿«Racista»?

—Ah. Uf. Que tiene prejuicios contra la gente de otras razas.

Frunció el ceño.

—¿No ocurre así con todas las razas, que están familiarizadas con sus hábitos y costumbres y desconocen los de las demás?

—Hoy en día nosotros intentamos mirar más allá de la raza de una persona y considerarla sólo por sus méritos.

—¿«Nosotros»?

—El Ministerio, por ejemplo. La Administración Pública brinda igualdad de oportunidades a sus empleados.

Murmuró para sí «igualdad de oportunidades a sus empleados» y me sonrojé hasta el tuétano.

—Ella es doctora —dijo—. De la mente. Se me ha olvidado el término...

—¿Psiquiatra? ¿Psicoterapeuta?

—Eso último, creo... Pero dijo que era la única persona de su raza en todo el departamento. No sólo la única «mujer negra», como dices, que es puente, sino la única en el... escuadrón de los doctores de la mente.

—Ah, sí, en Majaras y Matones predomina el blanco. Obviamente, en la fase de admisión hay menos candidatos negros, por razones estructurales... Todo comienza en la escuela, incluso; la población negra encuentra trabas en el camino desde el principio, y eso continúa después, al salir de la escuela, al salir de la universidad... Es el cuento

de nunca acabar. Sólo llevamos cincuenta años pensando en serio sobre este tema y cada generación percibe que la anterior no hizo lo suficiente. Es probable que dentro de un siglo nos consideren criminales —expliqué atropelladamente.

Sentía a Simellia tan presente como si estuviera allí, evaluando nuestra conversación. Gore estaba absorto en su whisky y nada de lo que le había dicho debía de tener mucho sentido para él, pero yo quería que Simellia me pusiera una buena nota por mi antirracismo (una aspiración del todo lógica y del todo alcanzable).

Gore miró fijamente su vaso, girando la muñeca para que el cubito recorriera el perímetro.

—¿Majaras y Matones? —dijo al fin.

Se me destensaron los hombros.

—Ja. El apodo que da el Ministerio al Departamento de Ciencias del Comportamiento.

Arqueó las cejas observando el hielo mientras inclinaba el vaso adelante y atrás. Saqué un segundo cigarrillo y me dio fuego con una cortesía innata.

—Cuando era joven —dijo al cabo—, pasé una temporada en el Escuadrón Preventivo. Se creó para acabar con la trata de esclavos en el África Occidental.

Bebió de un trago la mitad de whisky y dejó el vaso en la mesa.

—Estaba pensando en el *Rosa*. Lo capturaron cuando yo tenía… veinticinco años. El día de Navidad, eso lo recuerdo perfectamente. Navegaba bajo pabellón español, con unos trescientos… «africanos» en la bodega. Yo iba a bordo del *Despatch*, a las órdenes del comandante Daniell. Los trasladamos al puerto de Barbados. En aquella época me llevaba muy bien con el cirujano ayudante, John Lancaster. Teníamos la misma edad y era un muchacho excelente. Era el único oficial que hablaba español. Se empeñó en hacerme comer un coco. ¿Alguna vez has comido un coco?

—Sí.

—Nunca me las había visto con una fruta que se resistiera tanto a ser comida. ¿Por dónde iba? Ah, sí. El comandante Daniell y el cirujano mayor desembarcaron en febrero y me dejaron como teniente

en funciones. Era justo la época en que se juzgaba el caso del *Rosa*. John y yo tuvimos que subir a bordo y contar a los negr... a los cautivos. Les dieron las provisiones necesarias y los confinaron en el barco, junto con la tripulación del *Rosa*, durante su retención. Pero no podían abandonar el barco, ya ves, y...

Se detuvo, apuró el resto del whisky y echó mano a la botella.

—Creo que se me subió un poco el poder a la cabeza. Nunca me habían confiado el mando de un barco, independientemente de que estuviera atracado o de que su capitán fuera a regresar pronto. A la sensación de vértigo se le sumaba el peso atroz de la responsabilidad. Cuando vi a los cautivos, observé que sus literas eran... deficientes. Sin duda habían sufrido mucho, y me di cuenta de que estaban agotados y enfermos. Dos de ellos habían muerto desde que habíamos capturado el *Rosa*. Sin embargo, la frase que ocupaba mi cabeza era: «He de hacer bien el recuento.» Y tal vez, de manera fugaz, también me decía: «Pobres desgraciados.» Pero en mi corazón había más obligación que caridad cristiana, tanto si eran hombres, mujeres o niños...

Se interrumpió.

—Está pensando en Simellia.

—He tenido marineros negros bajo mi mando. Eso es otra cosa. Pero aquellos pobres desgraciados de la bodega... No sé... ¿Ella me habría tratado con tanta amabilidad si hubiera sabido que los miraba como cabezas de ganado?

—Simellia conoce las costumbres de esa época.

Asintió, bastante sombrío, y se llevó el vaso a la boca. Pero en lugar de beber me miró por encima del borde.

—Espero que no te importe que haga esta observación —me dijo—. Pero creo que no me equivoco al afirmar que tú tampoco eres inglesa de pura cepa.

—Enhorabuena —dije con la mayor neutralidad posible—. ¿Qué me ha delatado? ¿La forma de los ojos?

—El color de tu boca.

El hielo chocó glacialmente contra el fondo de mi vaso. Eso nunca lo había oído.

No le gustaba la lengua del siglo XXI. «Victoriano» le parecía una descalificación, y a decir verdad la gente aplicaba indiscriminadamente el término a cualquier periodo comprendido entre 1710 y 1916. Pero buena parte de lo que yo consideraba la quintaesencia de lo «victoriano» estaba en su futuro y era, a sus ojos, colosal, desproporcionado, impío e indigno de un caballero. No entendía a qué me refería con «música clásica», que para él significaba algo relacionado con el clasicismo formal y para mí significaba que tenía violines. Odiaba «mensajear» como verbo, «sexo» como acto y «tomate» como ingrediente de ensalada. Una tarde, al llegar de un paseo, me preguntó con aire meditabundo:

—Unas jóvenes encantadoras, en el descampado, se dirigieron a mí bastante alborotadas… ¿Qué significa «madurito cañón»?

No hace falta que mencione que a mí me llamaba «mestiza». Quizá tampoco haga falta que diga que tardé un tiempo en corregirlo. Yo misma había usado la palabra antes de aprender a evitarla. La gente olvida lo reciente que es la invención del concepto «multirracial», y cuando entré en el Ministerio ni siquiera debíamos usarlo. Debíamos hablar de «personas de origen étnico mixto».

Tardé un tiempo en corregirlo porque no estaba segura de cómo me definía a mí misma. La gente «multirracial» técnicamente no pertenece a ninguno de los espacios originarios, pero tampoco pertenece necesariamente a un espacio «multirracial»: hay demasiado alarde en el término. Solía pensar que cada persona de raza mixta constituía una isla habitada por un único individuo. Quizá fuera porque la diáspora camboyana aquí es mínima, o quizá porque yo quería, obstinadamente, ser una excepción.

Graham utilizaba además otras expresiones que, sin llegar a ser incorrectas, tampoco eran correctas, como «tu gente» o «tu cultura». Cuando le hice notar con una tirantez palpable que nuestra gente y nuestra cultura eran las mismas, contestó con delicadeza:

—Pues a mí no me lo parece.

Luego vinieron las búsquedas de imágenes sobre Camboya, la comida, la indumentaria y las costumbres. Al principio tuve que hacerlo yo, porque él aún no sabía, y la lengua en internet tampoco

estaba de mi parte. «Exótico», «amable», «conservador», «tenaz». El vocabulario con que planteaba sus preguntas también dejaba bastante que desear. Tuve que corregirle «ancestro» por «abuelo», «sagrado» por «cortés», «jefes tribales» por «granjeros». Al final, con los ojos llenos de expectante curiosidad, me preguntó si podría conocer a mi familia. A pesar de que estaba prohibido, le enseñé de mala gana una foto de mis padres y mi hermana que llevaba en el móvil personal, con la pantalla tan rajada que parecía una supernova. Sonriendo, señaló a mi hermana.

—¡Ah, sois dos! —exclamó con tal deleite que me apresuré a guardar el teléfono.

Una de las muchas hipótesis que había cobrado fuerza en los inicios de los viajes en el tiempo era que el lenguaje daba forma a la experiencia: que el ser humano no se limitaba a describir, sino que creaba su mundo a través del lenguaje, como Adán en el jardín del Edén cuando llamó al pan, pan y al vino, vino, o lo que sea que pasara en los días de la Creación. En el fondo, la teoría prometía que la materia prima del universo podía tallarse para construir un hogar verbal poblado por una extensa familia de conceptos. Visto lo visto, creo que deberíamos haber dedicado más tiempo a explicar a los expatriados por qué no debían utilizar palabras que ahora se consideraban insultantes. La verdad es que algunos nunca acabaron de captar la idea.

Los expatriados, errantes como el polvo en el tiempo narrativo, fueron instruidos sin piedad en la descripción. Según la hipótesis, cuanto más preciso fuera su vocabulario, más probabilidades tendrían de adaptarse a la nueva cronología. La palabra que utilizábamos era «integrar» —se integrarían si decían «teléfono» en lugar de «artilugio impío» o «coche» en lugar de «carruaje sin caballos»—, pero en realidad queríamos decir que sobrevivirían. Los puentes debían funcionar como diccionarios de lo cotidiano. Para los expatriados, Simellia y yo éramos tan insólitas en ese contexto que nos hacían aún más preguntas («¿A las mujeres no se os recalentará el cerebro?», Mil seiscientos cuarenta y cinco; «¿Cuándo os liberasteis de las cadenas para usar estos, cómo los llamáis, "trajes pantalón"?», Mil setecientos

noventa y tres). A mí me incomodaba esa afectada tolerancia con que hablaban de nuestro sexo y el color de nuestra piel. No es que yo quisiera ser alguien como Ralph, ni tampoco quería hacerme mala sangre, pero ingenuamente había supuesto que la autoridad nos haría iguales.

Dos veces por semana los sentábamos cómodamente en un despacho ante un escritorio con una pantalla y una tetera. El té no era esencial para el experimento, pero los expatriados parecían más dispuestos a cooperar si se les servía un buen té con una taza y un platito de porcelana, incluso Mil seiscientos cuarenta y cinco y Mil seiscientos sesenta y cinco, que no tenían ese gusto adquirido. Era bochornoso, un tópico sobre la idiosincrasia inglesa propio de una viñeta de *Punch*, pero surtía efecto.

El puente se sentaba detrás de un falso espejo con los miembros del equipo de Bienestar que dirigían el experimento. Desde allí los observábamos mientras describían en voz alta las imágenes de la vida del siglo XXI que iban apareciendo en la pantalla. Anotábamos los anacronismos, los gazapos y todo lo que desconocían, pero sin señalárselo: le correspondía al puente «corregirlos activamente» durante las futuras rutinas cotidianas.

De entrada, el experimento lingüístico tenía algo escalofriante, una emoción casi sensual. Hay algo vengativo en establecer una única interpretación. Eleva tu relato a la categoría de canon y, aunque sea de un modo ínfimo, habrás desterrado a tu muerte del tiempo, siempre y cuando alguien recuerde el relato. Desde luego a mí me ayudó a comprender por qué la gente escribe, y por qué los amantes celosos obligan a confesar tantas cosas que no son ciertas, y por qué el currículo de la historia de Gran Bretaña es como es.

Sin embargo, tras las primeras sesiones, el encanto neo*noir* Voight-Kampff del experimento lingüístico dejó de ser divertido y se volvió fastidioso tanto para el puente como para el expatriado. Gore hizo de las suyas. Empezó a describir las imágenes de la pantalla mediante caricaturas: qué diría una sirena en una cafetería, por ejemplo. Me fascinaba y a la vez me molestaba su habilidad para enfrascarse en juegos de salón cuando estaba en el laboratorio. Yo tenía una

experiencia limitada del encanto —esa chispa anticuada que aflige a los excéntricos— y mis toscas defensas contra atributos similares —el coqueteo, la cortesía, la obsequiosidad— no funcionaban, porque el encanto de Gore carecía de objeto. Era como pretender atrapar la niebla en un frasco. Y él seguía, erre que erre: Ana Bolena descubriendo la moda fabricada en serie, un caballo en un Apple Store. Era gracioso, ése era el problema. Los hombres graciosos son malos para la salud. «Por favor, limítese a decirnos lo que ve», le decía tratando de persuadirlo un miembro del equipo de Bienestar por el micrófono, pero Gore seguía echando leña al fuego con sus extravagancias victorianas mientras yo me mordía las uñas.

Uno de esos martes pedantes le pusieron en la pantalla una mujer soldado: rubia, con el ceño fruncido, llevaba uniforme de combate y ametralladora y estaba arrodillada en la maleza. Gore guardó silencio y la observó un rato por encima de la taza de té.

—¿Comandante? —preguntó la operadora del equipo de Bienestar.

Gore se volvió hacia nosotros y suspiró.

—Una mujer al pie del cañón —dijo.

La operadora se rió, aunque no debería, y para disimular la vergüenza me hizo un gesto de aprobación con los pulgares. La vi de reojo, porque estaba intentando captar la mirada de Gore y recordar si le había dicho que era un espejo bidireccional.

A lo largo de los dos primeros meses observé que iba adquiriendo atributos, como un daguerrotipo que se revelaba poco a poco ante mis ojos. Los domingos por la mañana, por ejemplo. Un domingo me levanté antes de las diez (algo inusual en mí) y deambulé por la cocina, demasiado dispersa por el suave y anaranjado sol primaveral como para pensar en el desayuno. Gore llegó de la calle y me encontró mirando absorta la tetera.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Qué tal el paseo?

—No, vengo de la iglesia.

Me sentí extrañamente avergonzada, como si acabara de decirme

que pasaba las mañanas de los domingos en un parque infantil. Sonrió y dijo:

—Me he dado cuenta del terrible laicismo que impera en esta época. No hace falta que pongas esa cara de culpabilidad.

Salía a dar largos paseos y volvía con bocetos de torres de alta tensión y gasómetros desmantelados: en tinta negra, precisos y melancólicos, con el mismo trazo escrupuloso de sus bocetos de barcos que se conservaban en los archivos. Me pregunté si para él eran gloriosas visiones de la industria o monstruos de metal destrozados. Tal vez no viera nada más que formas. Me regaló el mejor de sus bocetos del gasómetro y lo colgué en el minúsculo despacho.

Ante la insistencia del equipo de Bienestar, el Ministerio permitió que los expatriados accedieran a los gimnasios y las piscinas reservados a los funcionarios. Gore empezó a boxear, a menudo con Mil seiscientos cuarenta y cinco, el teniente Thomas Cardingham. Llegó a mis oídos que un pobre botarate del equipo de Bienestar había intentado convencerlos para que se unieran al grupo de esgrima —compuesto actualmente por un solo miembro, el pobre botarate en cuestión—, puesto que ambos eran diestros con la espada. Cardingham, cuando le mostraron un florete, se echó a reír a carcajadas. Gore fue más educado —su arma predilecta era el encanto—, pero según me dijeron mencionó la batalla de Navarino y describió algunas escenas de destripamientos de forma muy gráfica. Ninguno de los dos se había instruido en el arte clásico de la esgrima. Habían usado la espada sólo para matar. El botarate no volvió a hablar del asunto.

Gore no podía entender las pilas de carne que se acumulaban en los supermercados y la angustia que nos provocaba la caza. Alguien del equipo de Bienestar les explicó a los expatriados el concepto de «calidad de vida». Gore, refunfuñando por no poder cazar y por la escasez de espacio natural para ir de caza, se las ingenió para que le dieran una escopeta de aire comprimido.

Una mañana al bajar me encontré con que había matado a todas las ardillas del jardín. Las había amontonado en un grotesco túmulo peludo.

—¡Pero qué demonios...!

—No hace falta que seas malhablada. Te oí despotricar cuando las veías por el césped, así que las he liquidado.

—¡Están muertas!

—Por supuesto. Tengo muy buena puntería. ¿Qué opinas de las palomas?

—¡Deje en paz a las palomas!

—Como quieras. ¿Te gustaría quedarte las pieles? Podrías usarlas para hacerte un sombrero precioso.

—¡No!

Más tarde, durante la cena (una carne que Gore había carbonizado hasta volverla irreconocible acompañada de unas judías verdes mustias) dijo:

—Creo que mi «calidad de vida» mejoraría si tuviésemos un perro.

A los expatriados no se les permitían mascotas. Estaban bajo la generosa custodia del Gobierno de Su Majestad y, por consiguiente, no podían asumir personalmente otras cargas. Aparte del desgaste y los desperfectos del mobiliario, el motivo real, nunca expresado cuando ellos estaban presentes, era que podían morir por mutaciones varias y dejar al animal huérfano.

—Es una casa muy pequeña para un perro —murmuré.

—No son tan grandes —dijo haciendo con las manos la forma de un perro enorme.

—¿Dónde dormiría?

—Donde quisiera.

Sabía que había tenido un perro en la expedición, un viejo labrador negro; en sus cartas, los otros expedicionarios comentaban la decrepitud del animal. Debió de morir, junto al resto de la tripulación. Intentando salir del terreno peligroso, comenté:

—Los gatos son más pequeños.

—No necesitamos un gato —dijo—. ¿Para qué querríamos una criaturita que duerme casi todo el día y a ratos juguetea con su presa? Ya te tenemos a ti.

Me atraganté con una judía verde. Él se quedó mirándome un rato, mientras intentaba sacármela con los dedos y hacía gárgaras vegetales,

antes de tomarse la molestia de servirme agua.

Gore se aburría, eso estaba claro. A pesar de las comodidades y los placeres del siglo XXI, se aburría. Le había tocado una vida cómoda, con tiempo para leer, para devanarse los sesos pensando en su fantasmagórico final, para disfrutar de ciclos enteros en la filmoteca, para salir a pasear, para practicar sonatas hasta dominarlas y pintar a su antojo. No necesitaba trabajar; no tenía que ganarse el pan con el sudor de su frente o estrujándose el cerebro. Pero no tener un propósito le aburría mortalmente. Se estaba aburriendo de todo. Temí que empezara a aburrirse de mí.

Hacia finales de mayo citaron a los expatriados para hacerles una resonancia magnética. Fuimos juntos en metro hasta el Ministerio.

El personal médico me dejó entrar a hurtadillas en la sala de observación mientras lo preparaban para el escáner. Había tres hombres esperando ya en los controles. Uno era un radiólogo con el que me había cruzado alguna vez por el Ministerio. Otro, alto, bronceado y canoso, llevaba un uniforme con galones de brigadier.

El tercer hombre era el secretario de Expatriación. Tenía una presencia tan insulsa como una lechuga y las bonitas patas de gallo de quien puede permitirse envejecer atractivamente. Daba la impresión de que no encajaba en el puesto; no sólo en el de secretario de Expatriación, sino en ningún puesto, porque trabajar no es distinguido. Supongo que se lo habían asignado porque el padre de fulano conocía al padre de mengano. Aunque yo era un puente y, por tanto, un miembro clave del proyecto, apenas había tenido ningún contacto con él. De facto Adela estaba al mando de todo.

—Señor secretario —saludé.

Me devolvió unas palabras de cortesía. El brigadier, que ya estaba muy erguido, se irguió un poco más.

—Disculpe —dijo el secretario—, ¿conoce a...?

—Señora —me saludó el brigadier. Tenía una exquisita voz de locutor que yo creía extinguida desde los años setenta del siglo pasado —. ¿Usted es el puente del comandante Gore?

—Sí, señor.

—Felicidades por su nuevo cargo. ¿Dónde trabajaba antes? ¿En División Especial?

—No, señor. Operaciones de Apoyo.

—¿Ciencias del Comportamiento?

—Idiomas.

—Seguiré su carrera con interés —dijo el brigadier.

Me cayó mal en el acto. Pronunció esas palabras como si las estuviera rumiando.

Tumbado dentro del escáner, Gore comentó por el interfono:

—Esto es como estar en la recámara de una escopeta.

—Relájese, señor —dijo el radiólogo.

—Estoy en horizontal. Tan relajado como me es posible. ¿Pueden leer mis pensamientos con esta máquina?

—No, en absoluto.

—Ah, en ese caso, estoy muy relajado. Y puedo asegurarle que pienso en ustedes con simpatía.

Después de soportar el estruendo de los imanes, Gore pasó a la sala de observación. El uniforme del brigadier tuvo un efecto inmediato, increíble. Gore, con cierta frialdad, se puso firmes.

—Descanse, comandante —indicó el brigadier—. Ya me iba.

—Señor.

Incluso el secretario se relajó una vez que se hubo marchado el brigadier.

—Delegación de Defensa —me susurró confidencialmente—. El hermano mayor vigila al pequeño, ya sabe.

—¿Puedo confirmar que soy un milagro de la ciencia? —preguntó Gore.

—Tendremos los resultados dentro de una semana más o menos, pero no creo que haya de qué preocuparse —dijo el radiólogo—. Aquí tiene. A primera vista no hay anomalías significativas.

—Vaya, así que es cierto que no pueden leer mis pensamientos...

—Siento decepcionarle.

El siguiente expatriado que pasó por el escáner fue Arthur Reginald-Smyth, que llegó sin puente y no parecía tan despreocupado; de

hecho, estaba verde como la bilis. Era un hombre alto, con el pelo cortado al rape y una mandíbula bien perfilada. Se tuvo que quitar el anillo de sello que llevaba en el dedo y nada más tumbarse empezó a temblar.

—Relájese, por favor, señor —dijo el radiólogo—. Le aseguro que está en buenas manos.

Gore se inclinó junto al radiólogo para hablar al otro expatriado por el micrófono:

—Es muy divertido, Dieciséis. Van a retratar tus pensamientos.

—No vamos a...

—¿Cuarenta y siete? —preguntó Reginald-Smyth con la voz áspera debido al nerviosismo—. ¿Eres tú? ¿Qué haces ahí?

—Leer lo que te pasa por la cabeza, viejo amigo. Y ha sido muy desagradable. Nunca había visto tales obscenidades. Santo cielo. ¿Cuántos terrones de azúcar tomas con el té?

Reginald-Smyth había dejado de temblar.

—Deberían volver a encerrarte en un maldito barco —dijo, casi divertido.

—Vamos a empezar, capitán —dijo el radiólogo—. Puede que la máquina le parezca un poco ruidosa...

—¡Oh!

—Está bien, señor.

—¡Ay, Dios!

—Vaya una idea sensacional se te acaba de ocurrir —dijo Gore—. Algo sobre... elefantes. Elefantes bailando un vals.

—¡Suena como los disparos de un maldito tanque!

—Que tal vez se parezca al ruido que hacen los elefantes bailando un vals. Como no he tenido el placer de toparme con ninguno, y mucho menos de bailar con él, no lo puedo confirmar.

Con visible esfuerzo, Reginald-Smyth relajó los puños.

—No puedo imaginarte bailando —dijo en un torpe intento de seguirle la broma.

—Según este maravilloso mapa que tenemos de tus pensamientos, eso es exactamente lo que estás imaginando.

—Bah, cállate.

—Le garantizo que no podemos ver nada de lo que piensa —dijo el radiólogo, aunque sonreía.

—Eso dígaselo a Cuarenta y siete —dijo el capitán. Y cuando el aparato volvió a retumbar, masculló—: Por Dios...

—¿No tenemos que quedarnos a esperar... los resultados? —le pregunté al radiólogo.

—No, no, en absoluto.

—Si quieres volver a casa, yo puedo regresar por mi cuenta —me dijo Gore.

—Ah. De acuerdo, entonces.

Me dirigió una sonrisa cordial antes de darle una palmada en el hombro al radiólogo y continuó con la labor de tranquilizar a Reginald-Smyth. Advertí una desenvoltura en sus gestos que hasta entonces se me había pasado por alto, como si se hubiera quitado un fajín que llevaba ceñido con disimulo. Pero, claro, Gore era un oficial de carrera que había pasado la mayor parte de su vida en el mar. Echaba de menos la compañía de otros hombres.

Entré en casa abatida. Me costaba respirar. Sentía el estómago etéreo, hueco. Cada vez que pensaba en Gore notaba un desgarro, pero en el alma. Decidí mandar de inmediato un correo electrónico al equipo de Bienestar para empezar las sesiones de terapia.

Sin embargo, no pude escribir el correo: mis dedos parecían imantados y repelían las teclas del portátil. Me di una ducha y vacié el lavavajillas. Intenté leer. Las palabras se me escapaban.

Finalmente abrí el último cajón de mi mesilla de noche y saqué una lata en la que en otros tiempos guardaba una pluma estilográfica. Tenía un gramo casi intacto y varios papeles de liar. Saqué el tabaco de uno de los cigarrillos de Gore y lié un canuto chapucero con mis dedos imantados antes de salir a sentarme en el porche de atrás. Una boba paloma torcaz se acercó con sus torpes andares por el césped.

—Hola, pichón. Tú no lo sabes, pero te salvé la vida.

Cuu, cuu.

Oí girar la llave en la puerta principal.

—¿Hola?

—Hola. Aquí hay un palomo, no se le ocurra dispararle.

—¿Le pasa algo a ese cigarrillo? Huele raro.

—Ah. Ah, ja, ja. No. ¿El capitán está bien?

—Ha pasado un mal trago, pero acabó enseguida. Después hemos tenido que convencer a la señorita Kemble para que entrara. Ignoramos qué experiencia pudo vivir comparable a la máquina… Arthur pensó que tal vez un viaje en diligencia, en un carruaje muy estrecho. En cualquier caso, nos dijo que éramos más malos que la peste y que la máquina pintaba imágenes del cerebro utilizando la fuerza de los imanes.

—¡Ja, ja, ja!

—Es una joven muy peculiar. Me recuerda a ti.

—¿Eso es bueno?

Sonrió.

—¿Qué le pasa a ese cigarrillo?

—¿Promete no decírselo a nadie del Ministerio?

—Ah. Tabaco prohibido. Lleno de gérmenes.

—Bueno, se llama… cannabis. Aunque puede llamarse de muchas otras formas. Se legalizó hace unos años y ahora no está de moda.

—¿Qué efecto hace?

—¿Quiere probarlo?

Enarcó una ceja, pero salió a sentarse conmigo en el porche. La paloma, que había presenciado la suerte que corrieron las ardillas, huyó despavorida.

—Hay que inhalar el humo. A fondo. Si le hace toser… así.

—Ejem.

—Inténtelo de nuevo.

—Ejem.

Me devolvió el canuto con los ojos llorosos y buscó a tientas sus cigarrillos. Un lánguido calor primaveral envolvía el jardín. Fumamos juntos en la penumbra. La paloma volvió y se nos quedó mirando, no fuera a ser que nuestros miembros se hubieran convertido en alpiste.

—¿De qué color dirías que es esa ave? ¿Lila?

—¿Lila?

—Encima de... allí. ¿Es lila? ¿Violeta?

—¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué?

Nos miramos fijamente y empezamos a troncharnos de risa.

Fui adentro a poner una tetera. Gore encontró un paquete sin abrir de galletas de avena bañadas de chocolate. Las devoramos.

—Creo que deberíamos tener un perro.

—Mmm... No.

—Ojalá hubiéramos tenido esto en la Marina.

—¿Galletas de chocolate o hierba?

—Ambas cosas. ¿«Hierba»? Eso suena muy fantasioso. Como lo que ponen las hadas en esas pipas diminutas.

—Si la Marina Real hubiera proporcionado raciones de hierba en la Edad de la Vela, su viaje al Ártico habría acabado en Río de Janeiro.

—¡Bien!

Nos desternillamos de risa otra vez.

—Bueno, me alegro de que haya encontrado algo del siglo XXI que sea de su agrado, comandante.

Sonrió y se le marcaron los hoyuelos.

—Creo que, puesto que somos «compañeros de piso», y espero que también amigos, deberías tutearme y llamarme Graham.

—¿Quién es «la tía»? —me preguntó a la mañana siguiente.

Bajaba del baño descalzo y con el pelo todavía mojado, otra novedad. Le habían vuelto a crecer los rizos.

—Explícame el contexto.

—Ayer, después de que te marcharas a casa, el brigadier volvió para ver a Arthur. Charlaron sobre la televisión, que al parecer Arthur considera un invento maravilloso. El brigadier mencionó una «producción de la tía».

—Tía Beebs es un apodo muy antiguo con el que se conocía la BBC. No se usa desde los años sesenta, creo. Me refiero a la década de 1960. Qué raro. A mí también me preguntó si había formado parte de la

División Especial. No recuerdo cuándo fue la última vez que oí a alguien llamar «División Especial» a la brigada antiterrorista. Bueno, quizá no sea tan raro. Los altos mandos viven en el pasado, de todos modos.

—Eso siempre ha sido así. Pero ¿por qué «tía»?

—Se consideraba una televisión muy estirada, santurrona y quisquillosa. Ya sabes. Programas educativos para la preciada mano de obra.

—¿En los años sesenta? ¿Y se podía fumar en espacios cerrados?

—Sí.

—¿Por qué no me llevaron allí? ¿La gente todavía usaba sombrero? He observado que ahora sólo los muy religiosos parecen conservar ese gesto de decoro.

—Cosas de la moda —murmuré.

Saqué el móvil, busqué en Google una foto de una chica con minifalda de los años sesenta y se la mostré. Se sonrojó sin mover un solo músculo de la cara.

—Vaya, parece enferma —dijo.

Ese mismo día, mucho más tarde, me preguntó:

—¿Cómo se llama el dispositivo manual ese que proyecta una cuadrícula blanca transparente con información?

—¿Una cuadrícula? ¿No sería un teléfono inteligente?

—No. Tenía una forma bastante distinta, y la proyección sobresalía del aparato. Mira. Hice un boceto de memoria.

—No sé qué es... ¿Dónde lo viste?

—A la salida del Ministerio. Había una persona esperando junto a la entrada de personal y lo estaba proyectando en el aire.

—Eso es... Mmm. No sé lo que es. ¿Estás seguro de que fue eso lo que viste?

—Sí. Lo estaba proyectando.

Me incliné sobre la mesa para echarle un vistazo al boceto, o por lo menos fingí echárselo. En realidad no podía dejar de mirar la caída de sus pestañas, curvadas como las ramas de un sauce, mientras fruncía el ceño concentrado en el dibujo.

III

Gore, tumbado en su camarote, se contempla la palma de la mano.

«Debilidad», había dicho Stanley. Bueno, todos sabían lo que eso significaba. Escorbuto. Hombres rotos por la melancolía, sangrando por los folículos capilares. Dientes sueltos como los pétalos de una rosa sacudida por el viento. Llorando de añoranza, más de lo habitual. Dolor en las articulaciones. Se dice que el olor de una naranja podría enloquecer a un hombre debilitado. La palabra «madre» es como una lanza en las costillas. Las viejas heridas se abren de nuevo.

Separa mucho los dedos, como si intentara abarcar una octava en un pianoforte. Un dolor caliente y oscuro acartona las vendas.

Esta vieja herida, previamente curada, se la hizo en Australia con el capitán Stokes. Una pistola le había estallado en las manos. Remaban contra corriente en el bote del capitán, registrando el curso de un río. Las bandadas de cacatúas que habían visto en la orilla opuesta ondeando de árbol en árbol eran tan densas

que parecían nubes. Gore empuñó la escopeta y apuntó.

—Hoy tendremos pajaritos para cenar —dijo uno de los hombres.

—Si Gore no falla —dijo Stokes.

—Nunca fallo.

Después de eso tiene una laguna en la memoria. Hubo un estruendo. Recuerda haber visto caer un pájaro. Luego el cielo, de un azul histérico. Estaba tumbado de espaldas en el fondo del bote. Parecía que le dolía la mano, pero no estaba seguro. La notaba húmeda. Se incorporó. Stokes, pálido, lo palpaba con manos temblorosas.

—He matado al pájaro —alcanzó a decir Gore en voz baja.

Stokes se echó a reír.

Echa de menos a Stokes. Echa de menos Australia. Le gustaría sentir el calor amniótico del interior del continente. Ni siquiera puede evocar el recuerdo de cómo era estar cómodamente abrigado, ya no digamos el de aguantar un calor sofocante. Echa de menos la novedad, la frescura. Le gustaría ver un árbol o abrirse paso entre la maleza. Incluso el hecho de intoxicarse por comer involuntariamente una baya venenosa ahora mismo se le antoja un incidente inofensivo. Aquí no hay nada salvo la tierra más yerma y desolada que quepa imaginar. Supone que también le gustaría

ver a su familia, en Nueva Gales del Sur, pero no piensa demasiado en eso, así como tampoco se examina la herida de la palma de la mano.

Se da la vuelta en la estrecha litera. Ahora está más delgado. Los huesos de la cadera son auténticos elementos arquitectónicos. Su esqueleto se ha vuelto navegable bajo la piel, y lo detesta, porque no le gusta pensar en demasía en su cuerpo, no sea que se acuerde de él y empiece con exigencias. Siempre ha sido delgado, de todos modos. De nada sirve lamentarse de que Dios no haya tenido a bien crearlo con el molde apolíneo de James Fitzjames y James Fairholme.

Tampoco sirve de nada lamentarse por la mísera caza del día. Volverá a salir mañana y encontrará presas más grandes. La última vez que estuvo en el Norte, mató un reno con las manos y las rodillas. La bestia se sirvió en la cena de Navidad. Él tenía veintiséis años en aquel momento. Robert McClure había sido su compañero de fatigas. Todavía era apuesto entonces, Robbie. Apenas empezaba a tener entradas. Aquellos ojos azules grandes y tristes cuando el capitán Back levantaba una copa los domingos para brindar por los amigos ausentes. Robbie, que nunca escribió ninguna carta, que se habría enterado de la noticia sobre la expedición en un periódico de meses atrás en el puesto canadiense olvidado de la mano de Dios donde había acabado. Amigos ausentes, desde

luego.

Sí, mañana Gore volverá a salir de caza. Algo que Dios le ha concedido es una excelente puntería. Se le da muy bien matar. Animales, a veces personas. Aprieta el gatillo y sabe que tiene un don.

3

Crecí en una casa llena de papeleo. En el suelo de mi cuarto se amontonaban las facturas y los litigios por multas de aparcamiento, algunas de antes de que yo naciera. Había documentación de suscripciones a revistas canceladas mucho tiempo atrás, fondos de ahorro ya agotados, elogiosos boletines de la escuela. Mi madre, ciudadana británica, guardaba su pasaporte camboyano en el fondo de un cajón. La fotografía mostraba a una mujer joven con un precioso pelo negro cortado a lo casco. Nunca conocí a esa mujer, aunque mi madre pensaba en ella con lástima y un poco de desprecio. Había cosas que la joven olvidó hacer, o no creyó necesarias, y a mi madre le tocó cargar con esas equivocaciones el resto de su vida.

Mi familia vivía rodeada de los testimonios que daban fe de nuestra existencia, como cangrejos dentro de su caparazón. Podía ser asfixiante, literalmente: el polvo, el crujido seco en los veranos calurosos. Pero nadie iba a decirnos a qué no teníamos derecho o qué documentos no habíamos presentado. Nada de duplicados, «su supervisor en copia».

Crecer en una casa así me volvió obsesiva con la necesidad de archivarlo todo. Hizo de mí una excelente funcionaria y de mi hermana una meticulosa correctora. Me fascinaba reducir el mundo a un formato manejable. Ningún hombre era tan especial como para que no apareciera un día en una nota a pie de página o en una de mis carpetas verdes colgantes. Con los archivos al alcance de la mano, sentí que controlaba el sistema. No importaba que sólo fuera el sistema de archivo. Era una forma de control, y eso era lo que yo quería.

Es sorprendente, por lo tanto, que permitiese que el boceto que Graham había hecho del dispositivo de proyección entrara en mis archivos como una broma, como una moneda acuñada en el 70 a. C. Pensé que era una especie de obra temprana, esbozada en sus primeros años como hombre moderno, y que le serviría de recuerdo de una fecha señalada de su llegada aquí; y no, como resultaría ser, de una efeméride de otra época.

A principios de aquel verano Graham prácticamente parecía un hijo de nuestro tiempo. Llevaba camisa e iba afeitado hasta los pómulos. Tenía un programa de lavado preferido para hacer la colada. Casi todas las mañanas se levantaba —horas antes que yo— y salía a correr. A veces me despertaba su resuello de fumador cuando entraba en casa. Empezó a darme la custodia de sus cigarrillos e impuso la prohibición de fumar antes de cenar.

Otras veces parecía que Graham rechazara adrede el siglo XXI, como si integrarse significase traicionar su pasado. A mí eso me ponía de mal humor y a la defensiva, no acababa de entender bien por qué. Me oía a mí misma hablarle en términos de adaptación, sensatez, ciudadanía, responsabilidad y valores mientras él me echaba vaharadas de humo con actitud meditabunda.

No había manera de que le interesara el cine. A menudo se quedaba dormido si le ponía alguna película después de cenar; igual se dormía con *Granujas a todo ritmo* que con *El tercer hombre*. Más tarde supe que su desinterés por el cine desconcertaba a los otros expatriados tanto como a mí. A todos les parecía el mayor logro artístico de nuestra época. (Más adelante aún, Mil seiscientos sesenta y cinco —Margaret Kemble— lo convenció para que vieran juntos *1917* y Gore se quedó conmocionado. «Pobre Arthur. No tenía ni idea», me dijo.)

Sin embargo, estaba enamorado del concepto de música ilimitada y omnipresente. Así fue como aprendió a teclear en un ordenador: escribía los títulos de las sinfonías con dos dedos, aunque tardaba una eternidad en encontrar las letras. Me dijo que, en su época, iba de caza y hacía instrucción y guardias tarareando para sus adentros

fragmentos de piezas de música, como Juana de Arco con un walkman; ahora, por fin, podía ponerse las obras que siempre había recordado a medias.

Escuchaba mucho a Bach, que a mí también me gustaba, y a Mozart, que no me molestaba. Le encantaba Chaikovski, Elgar no le decía gran cosa, y Vaughan Williams y Purcell lo intrigaban, pero no soportaba a Stravinski. Después de fracasar con el cine, hice un intento con la música pop. Probé a ver qué le parecía el rock and roll clásico y se encogió de hombros; experimenté con baladas de los ochenta y sus respuestas fueron exasperantemente educadas. Todos mis esfuerzos para que se interesara en una música que no fuera orquestal cayeron en saco roto hasta que, de buenas a primeras, inexplicablemente y por su cuenta, se aficionó al sonido Motown.

Una vez a la semana se analizaba la empatía de los expatriados y se ponía a prueba la integridad de los puentes, o al menos ésa era la broma que circulaba. Existía la hipótesis de que viajar en el tiempo podía reducir la capacidad de compasión de una persona. Trasladados a la fuerza a otra época, en la que todos los lugares y las personas resultaban extraños, los expatriados se aislaban de los «otros» a modo de defensa, y aún peor, eran incapaces de procesar psicológicamente a esos «otros» porque no habían vivido un paso del tiempo histórico normal. La teoría de la empatía se fundamentaba en la ciencia del sueño. Cuando dormimos, entramos en el valle de Hades de la fase REM, y a través de nuestros sueños procesamos los acontecimientos del día. Sin embargo, las personas con los ciclos del sueño alterados, no lineales —por ejemplo, pacientes con trastorno de estrés postraumático, cuyos altísimos niveles de noradrenalina bloqueaban los sueños en fase REM—, no podían entrar en el sueño profundo para procesar los recuerdos y neutralizarlos químicamente, así que sus reminiscencias de violencia y miedo sin procesar se filtraban a su mundo de vigilia. Del mismo modo que se necesitaban unas condiciones adecuadas y constantes para dormir bien, también se requerían unas condiciones adecuadas y constantes para experimentar la realidad temporal con el nivel de empatía necesario.

Así, todas las semanas los expatriados se sometían a pruebas

destinadas a generar empatía o aversión, y posteriormente se los analizaba. Las primeras pruebas se llevaron a cabo en las cabinas del laboratorio, pero éstas se parecían tanto a las habitaciones del hospital del Ministerio que los expatriados reaccionaron con una tremenda ansiedad, y era difícil obtener resultados fidedignos. Graham, por ejemplo, no paraba de pedir permiso para ir a fumar —se le aceleraba el ritmo cardíaco— y le costaba prestar atención en las pruebas (movía los ojos sin cesar). Una vez lo encontré solo en la zona de fumadores de la quinta planta —un balcón cubierto de cacas de paloma petrificadas— deshaciendo concienzudamente el filtro de una colilla. Lo observé durante un rato al darme cuenta de que sus dedos eran lo único que se movía. La mayoría de la gente tiembla cuando no puede controlar el nerviosismo, pero Graham sólo movía las partes de su cuerpo que quería mover.

Al final convertimos una de las acogedoras salas del Ministerio revestidas de madera en una «biblioteca» y decidimos que sería allí donde se realizarían las pruebas. El secretario de Expatriación pagó a título personal la adquisición de una serie de tratados de ciencia y libros de viajes de la época de la Ilustración encuadernados en piel que se agregaron a los anaqueles. Uno de los administradores, que tenía un posgrado en Historia del Arte, compró varias láminas de Canaletto enmarcadas a cuenta del presupuesto de mantenimiento, lo que dio pie a un breve altercado, pero como al secretario también le gustaron, al final se firmó la autorización.

A partir de entonces los «exámenes de empatía» arrojaron resultados más fructíferos, aunque surgieron otros problemas. En una controvertida prueba se utilizaron imágenes de soldados de la Primera Guerra Mundial, abatidos y aplastados por las nuevas armas. Eso les causó un trastorno terrible. Hubo que sedar a Mil novecientos dieciséis. Los otros expatriados también estaban horrorizados. Incluso Mil seiscientos cuarenta y cinco y Graham, que habían luchado en grandes batallas, quedaron noqueados ante el alcance ultramoderno de la devastación. Empezaron a resistirse mentalmente a los exámenes, echando a perder los datos que tanto nos había costado conseguir. Se acordó que esperaríamos para abordar Hiroshima,

Auschwitz y las Torres Gemelas. Control se comprometió a pautar un calendario para las revelaciones, pero pasaba el tiempo y seguía sin concretarse.

En cuanto a los «exámenes de integridad» de los puentes, parecían sacados de la típica película de espionaje de la Guerra Fría de la década de 1960. Había un polígrafo y todo. Los operadores nos estrujaban los electroencefalogramas y nos preguntaban cómo nos sentíamos. A diferencia de la terapia psicológica subvencionada por el Ministerio, estas sesiones eran obligatorias. Nuestros progresos se cotejaban con un enorme archivo gestionado desde Control, aunque nadie sabía de dónde sacaban los parámetros de referencia.

Adela siempre estaba presente en los exámenes de integridad, y a menudo intervenía. Me daba la impresión de que escuchaba las instrucciones de un apuntador invisible a quien sólo ella podía oír, por ser la única que sabía que estaba en un escenario, y procuraba guiarnos para que tomáramos las decisiones correctas.

Un día me preguntó:

—¿Cómo describirías tu trabajo?

—Relevante —contesté sin dudar (era una pregunta habitual).

—¿Algo más?

—Exigente. Atípico.

—¿Algo más?

—Mmm... A veces me parece que voy un poco a ciegas. Como por ejemplo: ¿qué vamos a hacer con la puerta del tiempo si de veras funciona?

—¿Dirías que tu trabajo te resulta erótico? —preguntó Adela.

El operador soltó un bufido y tomó nota rápidamente de mi reacción. No creo que esperase esa pregunta más que yo. Imaginé que me hundía poco a poco en una ciénaga.

—No —dije muy plácidamente.

—¿Estás segura?

—Pues no sé, señora, ¿qué cree usted?

Adela sonrió con un tercio de la boca. Había vuelto a cambiarle la cara. Parecía chupada y hambrienta, y daba la inquietante sensación de que mantenía la piel en su sitio gracias a una pinza en la nuca.

—Que no. Que no lo estás —dijo ella—. No necesito leer tus resultados para comprobarlo.

—Supongo que depende de lo que se entienda por «erótico».

—No. No depende. ¿Qué te parece el comandante Gore?

—Me parece un hombre interesante.

Adela echó una ojeada a mis resultados y el porcentaje de su sonrisa aumentó.

—Con eso bastará. Desconéctala, Aaron.

No todo mi trabajo se prestaba tanto a la polémica. Repasar las genialidades de Graham con Quentin era divertido. Hoy mi niño grande le ha dicho a un hombre con un patinete eléctrico que iba en un vehículo de cobardes. Hoy mi niño grande se ha quitado los auriculares y me ha contado con pelos y señales cómo abrieron la tumba de Tutankamón porque había estado escuchando un pódcast sobre el Antiguo Egipto. Hoy mi niño grande ha metido adrede metal en el microondas, aunque le había recalcado que no lo hiciera, sólo porque quería ver qué pasaba. Dábamos vueltas intentando decidir si esas acciones demostraban alienación o aclimatación. A menudo me parecía que únicamente demostraban que Graham Gore era Graham Gore. Empecé a pensar que aquel hombre sólo se medía por sus propios parámetros, lo cual era peligroso. Adela había detectado algo en mí de lo que yo no tenía conciencia todavía, y de haber estado menos en las nubes tal vez me habría preguntado por qué ella no trataba de pararme los pies.

En una de nuestras reuniones habituales le llevé a Quentin el dibujo de Graham. Pensé que le parecería tan fascinante como a mí.

—¿Qué crees que vio en realidad? —dije—. ¿Una videoconsola? ¿Un estroboscopio? Yo apuesto por un paraguas plegable que se abrió tan rápido que lo asustó...

Pero Quentin miró boquiabierto el dibujo, pálido como un champiñón, antes de arrugarlo en un puño y metérselo en la manga. Se lió a manotazos con el teclado de su escritorio hasta que, en la otra punta del despacho, la beligerante impresora láser se puso en marcha. Me arrastró hasta allí.

—¿Por qué imprimes la página de Wikipedia sobre «la extinción

masiva del Cretácico-Paleógeno»?

—Porque esta impresora es muy ruidosa —siseó Quentin—, y estoy bastante seguro de que en todas las oficinas hay micrófonos ocultos.

Le sonreí.

—¿Estás seguro, Quentin?

La impresora zumbó hasta quedar en silencio. Quentin retorció la boca bajo la nariz.

—¿Que si estoy seguro de qué? —dijo con una naturalidad forzada.

Lejos de preguntarme si debería haber mirado el boceto con más atención, pensé que su rostro daba señales visibles de agotamiento. Por contrato nos habíamos comprometido a no abandonar el proyecto de los viajes en el tiempo; sólo podían, misteriosamente, «trasladarnos» desde Control. He visto a gente consumirse —no con un gesto de dramatismo ni de desafío, sino con la resignación triste y apagada de algo que se calcina hasta quedar reducido a un despojo—, y he visto cómo ese fuego se propaga a otros si no se contiene. Le di una palmada en el hombro y le dije a Quentin que podía quedarse con el dibujo.

Graham seguía aclimatándose al concepto que tenía de mí. «Te veo muy ocupada», me decía, casi con timidez, mientras me observaba trastear con el portátil. O: «Eso parece complicado», en un tono que sonaba a la vez burlón y melancólico. A continuación, casi siempre seguía con una historia que empezaba así: «Cuando estaba navegando con el capitán Fulano, en el HMS *Yasabescuál*...» No creo que pretendiera alardear, sino que más bien buscaba una forma de relacionarse conmigo, una variante de feminidad asexuada por la autoridad. Me di cuenta de que eso me molestaba, y me avergoncé de reaccionar así, como si me hubieran pillado lamentándome de que los hombres ya no te piropearan por la calle.

El Ministerio nos proporcionaba el alojamiento y no pagábamos alquiler ni gastos. Por fin tenía una cuenta de ahorros que parecía capaz de resistir un imprevisto urgente en lugar de derrumbarse por una factura del dentista. Me encontraba en la horquilla económica en

la que mis padres habían aspirado a que entrara, y como, entre tantos pagarés a treinta días, me habían criado con tanta austeridad, no tenía ni idea de qué hacer con el dinero. Así que me compré un bolso hecho a mano con forma de gallina. Era una de esas compras que obligarían a Graham a verme como una mujer de carne y hueso: a esas alturas estaba desesperada por que se diera cuenta.

Le enseñé el bolso, distrayéndolo de su séptima u octava relectura de *Animal acorralado*.

—Mira. Un bolso galliforme.

—Veo que, incluso en el futuro, las mujeres siguen fascinadas por los accesorios inútiles.

—No es inútil. Es un bolso.

—Ahí dentro no cabe nada. Ni siquiera creo que quepa este libro.

—Puedo meter un monedero. Mira.

Introduje la mano en la gallina y saqué el monedero que venía a conjunto. Tenía la forma de un pollito amarillo. Graham sonrió.

—He cambiado de opinión —dijo—. Creo que el bolso galliforme es estupendo.

¿Qué hacer con el dinero? Las redes sociales estaban llenas de historias de madres que guardaban el costurero en latas de galletas y transmitían a sus hijos un malestar de clase obrera e inmigrante relacionado con las galletas. Siempre me había burlado de todas esas historias, evidentemente, porque apuntaban a gente como yo. Apañárselas deja de ser la costumbre y se convierte en una cuestión de conciencia. «Mi madre era mujer de la limpieza», le había dicho a Quentin, y yo nunca había tenido a nadie que me limpiara la casa hasta que Graham se negó a pasar la fregona y tuve que pedirle a Quentin que contratara a alguien, porque mi propia madre, ¡mi propia madre...! ¿Por qué me rasgaba las vestiduras? Supongo que me daba lástima que mis padres no hubieran tenido una vida más fácil. No dejaba de pensar que debía ahorrar. Temía que pudieran quitármelo todo. Pero ¿no estaba a salvo? ¿Acaso no era del Ministerio?

No tardamos mucho en toparnos con otro escollo en la aclimatación al

constatar que los expatriados tampoco se entendían entre sí. Mil novecientos dieciséis le resultaba tan incomprensible a Mil seiscientos cuarenta y cinco como yo. Cada cual remaba en su propio estanque de soledad temporal.

Ed, el puente de Mil setecientos noventa y tres, propuso una solución romántica: una o dos veces por semana, los expatriados cocinarían y comerían juntos en una cantina dispuesta para tal fin. Así estrecharían lazos. Citó ensayos sociológicos sobre comedores en comunidades de inmigrantes, tradiciones orales y el banquete como acto ancestral, desde la génesis del *homo sapiens* como cazador-recolector a la organización de cenas clandestinas. Envió un correo electrónico con tantos archivos adjuntos que lo borré inmediatamente y escribí a Quentin para que me diera unas pinceladas. «A la gente le gusta cenar bien, y a poder ser en buena compañía», sintetizó Quentin.

Fui a una de las primeras cenas, con el bolso galliforme colgado al hombro. Los puentes no solíamos comer en la cantina del Ministerio con el personal administrativo y los operarios del equipo de Bienestar —los oficinistas en plantilla—, y me enterneció la decorosa hostilidad con que me recibieron los chupatintas. Al entrar en la cocina, lo primero que vi fue a Graham inclinándose para encender un cigarrillo en el fogón de gas, con los rizos peligrosamente cerca de la llama. Teníamos que desactivar los detectores de humo de todas las dependencias del Ministerio por las que pasaba: si no podía fumarse un cigarrillo, echaba por tierra cualquier experimento en el que estuviera involucrado.

—¡Cuarenta y siete! ¡Cuidado con el pelo! ¿O estás desesperado por experimentar el martirio en la hoguera?

Graham se enderezó y sonrió con el cigarrillo en la boca.

Iluminada directamente por su sonrisa había una mujer menuda, de apenas metro cincuenta y unos veintisiete años, tan preciosa que alrededor de su cuerpo la luz parecía obedecer a otras leyes de la física. Tenía el pelo rubio y llevaba un delantal que decía BESA A LA COCINERA.

Me crucé en el campo visual de Graham, que se iluminó aún más al verme.

—¡Vaya! Ha venido a cenar una gatita. ¿Conoces a Margaret Kemble? Sesenta y cinco, ella es mi puente.

Me di la vuelta. Mil seiscientos sesenta y cinco —Margaret Kemble— me dedicó una amplia sonrisa.

—Buenas. ¿Este zoquete se aloja contigo? Lamento las molestias. ¿Un trago?

Tardé unos segundos en descifrar su acento, imposible de identificar porque se había extinguido hacía un par de siglos.

—Eh... —titubeé—. Sí, por favor.

—La guarnición te va a chiflar —dijo Graham—. Será como beber una ensalada.

—¡Es una salsa! Voy a arrancarte la piel a tiras. Quítate ese dedo endiablado de la boca y ve a buscar un poco de perejil.

—¿No es encantadora? —dijo Graham echando la ceniza en un cuenquito y ganándose otra retahíla de insultos arcaicos. («¡Tarugo! ¡Tontaina! ¡Pico de loro!») Se sonrojó. De pronto comprendí que quizá con esos provocadores tira y afloja estaba flirteando con Margaret. Noté un nudo en el estómago. Volví a interponerme entre ambos.

—¿Estás ayudando? —le pregunté.

—Sí —contestó Graham, al tiempo que Margaret bramaba un «No».

Me puso un vaso delante: hielo, agua, una pizca de licor y, por supuesto, varios adornos comestibles para dar el toque maestro. Miré la bebida con perplejidad y luego miré a Margaret, que sonrió.

—Imagino que el milagro del agua potable es algo corriente para ti —dijo, a un volumen normal—. Pero para mí alzar este cáliz es un ritual sagrado, como merece su pureza. Me parece un milagro.

—Ah, cla... claro —tartamudeé—. Bueno, en realidad también es un milagro para nosotros. La ONU calcula que faltan tres años para la primera guerra del agua a gran escala. Mmm... ¿te han explicado lo que es la ONU? Perdona: tiene muy buena pinta.

Margaret me dio una palmada en la mano. Tenía unas manos bonitas, delicadas. Nunca se me había ocurrido pensar que unas manos fueran bonitas. Me estrujaba el cerebro intentando ordenar todas las categorías del atractivo de Margaret, que trataba de ocultar de la vista de Graham con los hombros.

—Bébete el zumo del grifo —insistió ella cordialmente.

Oí que Graham se reía detrás de mí.

—Si sigues fumando toda la cena olerá a humo —le solté.

—Ah, no pasa nada. Fumo tanto que, si te digo la verdad, no noto ningún otro sabor.

—Te voy a machacar —dijo Margaret—. ¡Cierra el pico y tráeme perejil!

—¡Ajá! —murmuró Graham apurando el cigarrillo.

Se alejó con ese aire magnánimo de hombre que va a por un poco de perejil no porque se lo hayan ordenado, sino porque podría ser un pasatiempo divertido de camino a su próximo destino libre de ataduras y compromisos. Lo vi alejarse.

—¿Te gusta… cocinar? —le pregunté a Margaret.

—No —dijo ella. Se encogió de hombros al ver mi cara de sorpresa y añadió—: Pero si abandono este deber, caeremos enfermos. Cuarenta y siete cree que el tabaco es un condimento. De todos modos, las mujeres han estado encerradas en la cocina durante siglos. Los hombres deben aprender.

—Ajá —asentí—. Bueno. Estamos en ello.

—A mi puente no le gustan esas chanzas. Es un cocodrilo viejo y soso.

Le sonreí.

—¿Ralph? Sí, tal cual.

—De él he aprendido muchas expresiones, pero aguantar las clases me parece un tostón y un fastidio. ¿Qué es una «aguafiestas feminista»?

—Mmm…

—¿Tienen una sede? ¿Un uniforme, por casualidad? Si no, yo lo diseñaré. ¡Ah, te ríes! Pero ¿a que nos quedarían bien unas botas por el muslo y tabardos bordados con el lema AGUAFIESTAS FEMINISTA? El mensaje es potente.

Hizo una mueca moderna, burlona, como la que se ve en un especial de monólogos cómicos. Me dio la sensación de que había aprendido a hacer esa cara y creía que el Ministerio y sus empleados eran su público, lo que dejaba entrever un inesperado instinto para el

camuflaje que no me esperaba. Traté de observarla con más atención, pero su glamour me lo impedía.

—Me encantaría aguarle la fiesta a más de uno —dijo Margaret—. ¿Conoces al teniente Cardingham?

Señaló con la barbilla hacia un rincón. Graham, con una rama de perejil mustio en la mano, hablaba con un tipo de unos treinta años, apuesto y de no más de metro sesenta y cinco de altura, con unos pómulos espectaculares y una cuidada barba rojiza. Tenía el pelo largo y ondulado. En consonancia con la moda contemporánea, lo llevaba recogido en un moño, pero más que cualquier otro expatriado que hubiera visto, Mil seiscientos cuarenta y cinco —Thomas Cardingham — parecía recién llegado de un viaje en el tiempo. Fuera lo que fuese lo que Graham le estaba diciendo, le divertía, porque echó atrás la cabeza y soltó una carcajada que ahogó el jaleo circundante.

—Se caen la mar de bien —comentó Margaret en voz baja—, pero a fe mía que ése no quiere cuentas conmigo ni con la Spencer. A mí me ha llamado «pelandusca» y a la señorita Spencer «pánfila».

—Eso está muy mal —me arriesgué a decir (más tarde, al buscar el significado en el diccionario diacrónico online del Ministerio, descubriría que eran peyorativos de «trabajadora sexual» y «persona con discapacidad mental»)—. Es un tipo imponente, ¿verdad?

—Sí, tanto como un sapo venenoso.

Las puertas de vaivén de la cantina se abrieron de nuevo. Levanté la mirada, esperando ver a Simellia con Mil novecientos dieciséis, pero me sorprendió que apareciera el brigadier.

Titubeó un instante, observando al personal de operaciones uniformado —y armado— que supervisaba la cena, y luego asintió con rigidez sin mirar a nadie en particular. A pesar de no ir de uniforme daba una imagen extrañamente formal, como si fuera la única persona acicalada. Como espía de Defensa era mucho menos convincente que el camarero del pub, y me descubrí buscando el bulto delator de una pistola en su chaqueta.

—Parece sospechoso —dije.

—Siempre está hambriento —dijo Margaret—. ¡Qué hombre tan agobiante! A veces viene con su criado y cenan juntos en ese rincón.

El brigadier se acercó. Sí que parecía hambriento. Me recordó a mí en mis tiempos de estudiante, cuando sólo comía tostadas con mantequilla y manzanas. Se puso blanco como la cera cuando Margaret abrió el horno para echar una ojeada a las patatas asadas.

—Huele de maravilla —declaró el pobre hombre salivando—. Disculpa, Mil seiscientos sesenta y cinco: mi… colega, Salese, se unirá a nosotros.

—A mí me da lo mismo, señor —aseguró Margaret—, aunque me temo que a este bacalao le crecerán piernas y echará a andar antes de que «mi colega» vuelva con el perejil.

El brigadier me miró de arriba abajo, es de suponer que con vistas a su informe.

—¿Está bien su gallina? —me preguntó.

Carraspeé. Vi que el bolso tenía el pico ligeramente abierto para que cupiera la novela que estaba leyendo.

—Estos libros de tapa dura son enormes —aseguré—. Con este mamotreto podría romperle la crisma a un tejón. ¿Usted… lee mucho, señor?

—Tengo algunos autores favoritos —dijo el brigadier. Se había dado la vuelta para observar cómo Margaret rebozaba los filetes de bacalao en harina, con un resultado de lo más turbio—. Elizabeth Bowen. Evelyn Waugh. Graham Greene.

—¿Los católicos ingleses?

Volvió a mirarme de frente. Me escrutaba con demasiada intensidad y sentí que me estaba sulfurando.

—Podría decirse que sí —dijo—. Aunque yo los considero escritores de guerra. Es mi especialidad. La guerra.

—Qué interesante —afirmé—. ¿Y alguna predilección en concreto? Con los escritores, no con las guerras.

—Graham Greene —dijo—. En 1943 escribió una magnífica novela en la que pienso a menudo. ¿La ha leído? *El ministerio del miedo*.

Poco después hubo una ola de calor espantosa: cuatro días a cuarenta y tres grados centígrados, aunque fue menos intensa y más breve que

la del año anterior. Aun así, la previsión del jefe de meteorología fue de tres meses de calor tropical, por lo que se restablecieron las restricciones de agua del verano. A Graham apenas le daba para llenar cuatro dedos la bañera.

Como vivíamos en una residencia de propiedad estatal, el tiempo en que podíamos tener encendido el aire acondicionado también estaba restringido. Graham se quejaba de un modo irritante.

—Da gracias de que tengamos aire acondicionado.

—Pero ¿por qué iba a castigar a sus propios trabajadores el gobierno?

—Se supone que nuestro objetivo es conseguir la neutralidad de carbono. No lo cumplimos ni de coña, estamos lejísimos de esa meta, pero por lo visto todo suma.

—¿Qué?

—Da igual. Mira, todas las residencias son del gobierno. Las viviendas de protección oficial también tienen un límite automático de aire acondicionado y consumo de energía.

—¿Qué? —repitió, aunque con esa impaciencia en la voz de quien no quiere una respuesta y sólo habla para olvidarse de lo mal que lo está pasando.

Cualquier movimiento se convertía en una tortura. Casi siempre dormía desnuda y encharcada en mi propio sudor. Al final Graham tuvo que conformarse con duchas de treinta segundos por las restricciones de agua. Durante toda la ola de calor no lo vi. Dejábamos las puertas de ambos dormitorios abiertas con la intención de que circulara el aire, que aun así colgaba como un cadáver ajusticiado, y hablábamos con desgana de prepararnos una ensalada desde nuestras respectivas celdas.

Cuando se vive una ola de calor el tiempo parece escurrirse como los relojes de Dalí. Yo me quedaba en un perpetuo estado de duermevela, mientras que Graham sufría rachas de insomnio. Sé que a menudo se levantaba de la cama y se tumbaba en la moqueta porque su voz se proyectaba a ras del suelo. Lo oía rezar por la noche. Era doloroso, como si notara su lengua en mi oreja. Los dos permanecíamos así durante horas, y de vez en cuando manteníamos

conversaciones fragmentarias a oscuras.

—El jardín está muerto —podía decir, sin venir a cuento, tras horas de silencio estancado.

—Ya revivirá.

—¿Puedes ver la luna?

—Sí. Hay un reflejo en el asfalto. Creo que el asfalto se ha derretido.

—Esta noche hay una luna preciosa.

—Hemos viajado a la luna, ¿sabes?

—Ajá.

La última noche —noches de hemorragia, las llamaban, por la cantidad de gente que sangraba por la nariz— la temperatura cayó rápidamente y noté el primer soplo de brisa en cuatro días. A él también debió de despertarlo. Hacia el amanecer, oí que decía:

—En mi época, Inglaterra no era así.

Tenía que distraerlo como fuera. Sabía que me harían responsable de cualquier atisbo de melancolía. Mejor dicho, pensarían que era un fallo mío.

Yo nunca había tenido una bicicleta que no fuera de segunda mano y no se cayera a pedazos. Los frenos constituían más una aspiración que un mecanismo. Así que me compré una bicicleta nueva, fui pedaleando a casa desde la tienda y entré en la cocina. Graham estaba sentado a la mesa, mirando taciturno sus cigarrillos. Junto a él tenía una prueba de razonamiento espacial a medio rellenar: la última serie de cuestionarios para los expatriados del Ministerio.

Levantó la vista.

—Vaya. Un velocípedo.

—Una bicicleta. Bici para abreviar. Son prácticas para desplazarse de un lado a otro. ¿A que es preciosa?

—Parece un instrumento de tortura. En mi época no gozaban de ninguna popularidad. En mi opinión son poco saludables y poco prácticos para desplazarse por los adoquines. Aunque entonces no teníamos esos… ¿cómo se llaman?

—Neumáticos. Están hechos de goma y rellenos de aire, como un

cojín. Para de tocar el timbre, ¿quieres?

—¿Y si te arrolla un coche?

—Sí, es un riesgo, sobre todo en esta ciudad, pero también podrían atropellarme cuando estoy caminando sin más.

—He visto a gente en esas cosas. Parece muy peligroso —comentó con interés. Detecté un brillo en sus ojos.

—Lo más cerca que he estado de volar es yendo cuesta abajo en bicicleta cuando estoy borracha —le dije.

—Muy peligroso.

—¿Quieres probar?

—Sí.

Compré otra bicicleta. Sus piernas eran más largas que las mías. Pasé el gasto al Ministerio y dejé que Quentin se encargara del trámite.

Una tarde subimos al descampado. Graham agarraba con fuerza el manillar y frunció el ceño cuando la bicicleta se tambaleó sobre el pavimento.

—Es peor que un caballo.

—¿Sabes montar? Quiero decir a caballo.

—Después de una cuidadosa negociación entre especies.

—Ja.

—Si hubiera querido que un pedazo de bestia me enseñara los dientes y me pisoteara, me habría alistado en el ejército y habría conocido a algunos coroneles.

—¡Ja!

Subimos la suave pendiente de la ladera. Era un tórrido día de verano. El cielo parecía de papel de seda y el descampado se derretía bajo el sol. Los insectos exponían sus opiniones.

—De acuerdo. Entonces… Ya sé que esto parece todo menos intuitivo, pero tratas de mantener el equilibrio y simplemente… te dejas ir.

Se montó. Con un pie buscó el pedal. Se cayó.

—Ay.

—No te preocupes por los pedales por ahora. Concéntrate en

mantener el equilibrio. Estamos en lo alto de una colina, ¿ves? Así que basta con que te dejes llevar por la inercia…

Se montó. Arrancó y se cayó enseguida.

—Ay. ¿Podrías montar en la tuya y hacer una demostración de cómo se supone que funciona, por favor?

Pasé la pierna por encima de la barra de la bicicleta. Desde que vivía con Graham llevaba faldas por debajo de la rodilla, así que fue todo un numerito.

—Qué poco femenino.

—No te preocupes, tengo la matriz bien sujeta.

Se sonrojó desde la frente hasta la garganta, pero continuó, con su encanto habitual:

—¿Y Artemisa sería tan amable de demostrar cómo se conduce su artilugio?

Tomando impulso, me dejé caer por la pendiente. Ni siquiera tuve que pedalear. El viento cálido me echaba el pelo hacia atrás. Frené poco a poco hasta detenerme.

—Ay, mald… Dios —oí detrás de mí.

Miré. Se había caído otra vez.

Di media vuelta con la bici y pedaleé hasta él. Estaba tumbado boca arriba, tapándose los ojos con un brazo.

—Hola.

—Me gustaría recordarte que soy un oficial de la Marina Real.

—Estás en el suelo, eso es lo que veo.

—Mi capitán me elogió por el valor con que combatí en Adén.

—En el suelo. Con los bichos.

—¿Dices que los niños aprenden a montar estos chismes?

—Sí. De pequeños.

Apartó el brazo de los ojos y contempló el cielo.

—Soy demasiado viejo para aprender —murmuró.

Empecé a pedalear a su alrededor en lentos círculos. Se apoyó en los codos y me lanzó una mirada torva.

—Eres un poco pesada, ¿no crees?

—No, soy muy pesada. Mira esto… ¡yujuuu!

Me lancé cuesta abajo.

—¡Pero bueno! —mascullό mientras me alejaba.

Conté hasta cinco y supe que había dado en el clavo. Nada le hacía poner más empeño que darse cuenta de que se estaba irritando. No soportaba estar irritado. Aprendería a montar en bicicleta para volver a ser cuanto antes «un hombre dueño de sí mismo».

Pasó a mi lado a toda velocidad con un «¡Ja!».

—¡Así, muy bien! —le grité—. Ahora tienes que frenar. ¡Aprieta los frenos! ¡Frenaaa...!

Unos días más tarde, cuando la temperatura descendió hasta unos gratos veintinueve grados, fuimos en bicicleta a Westminster. Yo había sugerido que tomáramos una ruta más fácil y corta y un destino más tranquilo, pero Graham dijo: «¿Por qué?», así que fuimos a Westminster. Por poco lo atropellan dos veces y eso lo puso de buen humor. Se convertiría en un londinense de verdad si sabía cómo sortear el tráfico de la ciudad.

—¿Qué le habéis hecho al Támesis? —preguntó indignado.

—Lo hicisteis vosotros, en realidad. Los victorianos. Lo limpiasteis y construisteis diques, creo que sería la palabra. Tuviste muchísima suerte de perderte el Gran Hedor de 1858.

—«Los victorianos.» Sabes que la reina Victoria estuvo en el trono menos de un tercio de mi vida, ¿no?

—Un tercio bastante crucial, en cualquier caso.

»Conseguí lo que me encargaste. He recuperado ese daguerrotipo en que sales tan mono.

—Supongo que me llamas «mono» por la boca de chimpancé que tengo en ese retrato.

—En este contexto significa... mmm... atractivo...

—¿Sabes nadar?

—¿Qué?

—Si te empujo al río, ¿cometería un asesinato?

Cruzamos el río en bicicleta, pasamos por delante del Globe y almorzamos en el Anchor, un pub que llevaba allí desde 1616 y era uno de los pocos establecimientos londinenses que todos los

expatriados conocían. Era un local de techos bajos, ventanas de cuarterones con marcos granates y vigas de madera marrón café. Podría llamarlo la «quintaesencia» de una taberna inglesa sin temor a sentirme ridícula.

Llevábamos cinco meses conviviendo y nunca habíamos estado juntos en un pub. No creo que en su época Graham hubiera salido a solas con una mujer. Ni siquiera sé si había tenido amigas. Todo le parecía muy atrevido y escandaloso, y no dejaba de sonreírme como si estuviéramos haciendo una travesura visionaria.

—Los contrabandistas frecuentaban esta taberna. En mis tiempos —dijo.

—Ahora la frecuentan los turistas.

—¿Soy un turista?

—Supongo que sí, en cierto modo. ¿Qué impresión te está dando nuestra bella ciudad?

—Desarropada —dijo el hombre que llevaba pantalones y camisa de manga larga con un tiempo tan caluroso que la gente reducía la ropa a la mínima expresión.

Comimos pescado rebozado con patatas fritas, otra gran tradición británica que se estableció dos décadas después de su muerte.

—La mayoría de las veces no sé a qué os referís cuando habláis de «victorianos» —me había dicho en una ocasión—. No reconozco nada «victoriano» en esta ciudad. Es como la Antigua Roma en su versión más orgiástica. Os convendría una guerra —añadió, y parecía hablar en serio.

Le conté la decepción que se llevó mi madre cuando vino por primera vez a Inglaterra y pidió pescado frito esperando una anguila a la sartén y le sirvieron un trozo de bacalao descolorido y pringoso envuelto en papel de estraza.

—La entiendo —murmuró.

Usó el cuchillo para levantar con desconfianza una patata frita. Le pasé el kétchup.

—Cerca de donde zarpamos estaba la posada de White Hart, donde el teniente Hodgson se puso malísimo comiendo bígaros —dijo.

—Te prometo que el kétchup no te va a intoxicar. Probablemente

los bígaros tenían cólera o algo así, una enfermedad que hoy en día no existe, y menos en los condimentos.

—Mmm.

Saqué el móvil y me puse a teclear; como era de esperar, Graham odiaba los teléfonos.

—Guarda ese aparato. Estamos almorzando —pidió.

—Estaba buscando la posada de White Hart, en Greenhithe. Ahora se llama Sir John Franklin.

Dejó caer los cubiertos en el plato.

—Ay. Perdón. Vaya un tema se me ocurre sacar en la comida.

—No hace falta que te disculpes.

Dejó el cuchillo y el tenedor con cuidado y se quedó mirando el pescado.

—No podéis traerlos. Como me trajeron a mí.

—No. No he participado en la parte tecnológica del proyecto, pero según me han dicho, no es posible.

—Lo sé. No quiero que tengas que repetirte.

(Graham ya había preguntado dos veces si podían devolverlo al pasado.)

—Sé que sientes... lástima por esos hombres.

—Siento que soy responsable. Yo era el tercer oficial de mayor rango después de que sir John falleciera. Y estuve con ellos durante dos años y medio. Eran hombres íntegros y dignos. Ojalá los hubieras conocido.

—Sí. Me habría gustado mucho.

—No me puedo imaginar... lo que dices que sucedió. Que caminaron sin descanso y murieron de hambre. Abandonando los cadáveres donde iban cayendo. Yo conocí a esos hombres. Tenían buen corazón.

Se pasó la mano por la frente y, cabizbajo, se tapó los ojos.

—A veces, cuando veo algo que me sorprende, me imagino intentando explicarlo en la sala de oficiales. La radio, por ejemplo. Creo que les habría entusiasmado. O el feminismo. Eso también les habría parecido la mar de divertido.

—Una acepción peculiar de la palabra «diversión», pero la daré por buena.

Movió los guisantes con el tenedor.

—O tu ola de calor —dijo.

—No fue «mi» ola de calor. Todas las naciones del mundo son responsables. Pero sí. La ola de calor.

—¿Dijiste que la causaban... emisiones históricas? ¿Contaminación?

—Sí. Combustibles fósiles y demás.

—¿No podéis volver atrás y evitar que ocurra?

Los puentes debían celebrar una reunión semestral de seguimiento con la vicesecretaria, pero Ralph la convocó antes de tiempo.

Adela celebraba esas reuniones en una sala insonorizada en lo más profundo de las entrañas del Ministerio. Siempre llegaba la primera y la encontrábamos sentada a la cabecera de una mesa larga, como un maniquí esperando el don de una posesión demoníaca. Esta vez, sin embargo, llegué con un cuarto de hora de antelación y no la encontré.

Caminé por el pasillo hasta la cocina más cercana. Las cocinas en las áreas restringidas eran absurdas, por cierto. Todo el papeleo que entraba en las áreas restringidas debía quedar registrado, lo que significaba que si alguien ponía un post-it en la fiambrera del almuerzo, por ejemplo, POR FAVOR NO TOCAR. SANDRA, ese papelito debía ser sellado como «No confidencial». Los operadores y los administradores del proyecto ni siquiera podían organizar un campeonato de ping-pong sin la aprobación del secretario; lo organizaron, de hecho, y los puentes quedaron excluidos.

Adela estaba de pie junto al fregadero y desobedecía anárquicamente el racionamiento de agua poniendo las muñecas bajo el chorro de agua fría. Tenía mala cara, pero sólo Dios sabe el aspecto que debería tener según su cirujano plástico.

—Señora.

—Ah. Llegas pronto. Qué raro en ti.

—¿Podría hacer una pregunta acerca de la puerta del tiempo?

—No.

—Si los expatriados sobreviven, ¿experimentaremos con los viajes en el tiempo para cambiar la historia?

Adela cerró el grifo y pasó el pulgar por el metal haciéndolo chirriar.

—No entiendes cómo funciona la historia —dijo—. La historia no es una sucesión de causas y efectos que pueden cambiarse como si desviaras trenes en una vía. Es un consenso narrativo sobre lo que ha ocurrido, y lo que está ocurriendo. Me asombra que hayas trabajado tanto tiempo en la Administración Pública sin entenderlo.

—Así que no vamos a retroceder en el tiempo para estrangular a Hitler de bebé.

—Eres boba, chica.

—Sí, señora.

—La historia es lo que necesitamos que ocurra. Tú hablas de cambiar la historia, pero estás intentando cambiar el futuro. Es una diferencia semántica importante.

Adela ya tenía las manos secas cuando acabó de dar esta espléndida lección, pero estrujó una toallita y abrió el armario de debajo del fregadero para tirarla a la papelera. Al hacerlo dejó ver unos flecos de cartulina que asomaban. Eran del típico verde burocrático, con precintos negros. Los reconocí porque eran las carpetas donde los puentes entregábamos los informes sobre los expatriados, con esas observaciones que tan esenciales nos habían dicho que eran. Los precintos no estaban abiertos. Adela los había tirado a la papelera sin leerlos.

—Felicidades —nos dijo en la reunión—. Todos los expatriados han sobrevivido medio año. Dejaré las instrucciones para el final de la sesión, porque varios de vosotros me habéis pedido que incluya asuntos urgentes en el orden del día.

Adela nos hablaba como si estuviéramos echando a perder su precioso tiempo. Por qué se postuló al cargo de vicesecretaria, o cómo lo consiguió, era un misterio. A diferencia del secretario, ella no disfrutaba del prestigio, y parecía exageradamente saturada de trabajo para ser la jefa delegada de un proyecto en fase piloto.

—Gracias, Adela —dijo Ed—. Creo que deberíamos reconsiderar los

objetivos para después del año puente. Entiendo que este año está destinado a que los expatriados adquieran las habilidades para vivir con autonomía en nuestra época, pero creo que iría bien un contacto prolongado, estructurado…

—Tomo nota —dijo Adela—. Volveremos sobre el asunto dentro de tres meses.

—Eso no nos da mucho…

—Así lo ha decidido el secretario. ¿Simellia?

—Me gustaría plantear lo que creo que es una cuestión laboral —dijo Simellia.

Adela también la ponía nerviosa; no había hecho el menor ruido ni un solo movimiento superfluo; parecía poseer la cautela instintiva de un animal de presa.

—Habla.

—Gran parte de los datos obtenidos de los expatriados contribuyen directamente al proyecto de los viajes en el tiempo, pero también suponen una aportación significativa a otros programas. Me refiero sobre todo al proyecto Historia de Gran Bretaña y a los análisis del Departamento de Educación. En esencia están trabajando como asesores de los archivistas, sobre todo Mil ochocientos cuarenta y siete y Mil novecientos dieciséis.

—Disculpad —dijo Ralph alzando la voz—. He convocado esta reunión con antelación porque tengo un problema urgente.

Intenté cruzar una mirada cómplice con Simellia, pero se había quedado apática. Ralph era el único puente con quien reaccionaba así. Una vez me dijo que era porque no tenía fuerzas ni para despreciarlo.

Ralph era otro antiguo agente de operaciones de la vieja guardia; un dinosaurio, en realidad. Era rígido como una vía de tren, y tenía la boca fina y horrible de una mantarraya. Por algún infame motivo le habían asignado a Margaret Kemble. Supongo que pensó que le tocaría una chica modosita y chapada a la antigua que le leería a Donne y le lavaría la ropa.

—Me encuentro en una situación que me veo del todo incapaz de manejar —continuó Ralph—. Se trata de las… preferencias de Mil seiscientos sesenta y cinco.

Cuando llegué a casa esa tarde, Graham ya estaba allí. Se había tomado «el día libre» —un término revelador que respaldaba el argumento laboral de Simellia— y había estado en la Tate Modern con los demás expatriados, intentando comprender el arte contemporáneo.

—Tengo algunas preguntas para ti —me dijo con severidad en cuanto entré por la puerta.

—Bien, pues yo tengo algunas preguntas para ti.

—¿De veras?

—Sobre la señorita Kemble.

Se quedó impertérrito.

—¿Sí?

—Bueno —dije—. ¿Sabías que es lesbiana?

—Esta conversación merece que nos sentemos, ¿no te parece? —dijo Graham—. Ay, ay… Vaya un día tan revelador estoy teniendo…

Preparó dos tazas de té. Se le cayó un paquete de tabaco del armario donde guardábamos las tazas y lo metió en la panera.

—Una lesbiana es una mujer que sólo se siente atraída por otras mujeres —le expliqué.

—¿Atraída?

—Ya sabes a lo que me refiero. Venga ya. Estuviste en la Marina, estoy segura de que te has topado con el concepto de… Ni siquiera estoy segura de qué palabra usaríais… ¿homosexualidad?

—¿No…?

—Personas que tienen un deseo carnal y romántico hacia los miembros de su propio sexo.

Graham dejó la taza. Se sonrojó con ese rubor de acuarela que me parecía tan cautivador hasta que caí en la cuenta de lo que estaba contemplando: la viva imagen de un hombre solo que acababa de descubrir que una mujer con la que pasaba mucho tiempo nunca se interesaría en él. Ambos nos quedamos ceñudos mirando el té.

—Creo que esta época concede demasiada importancia a lo que la gente piensa de sí misma en su intimidad —dijo con mucha frialdad—. En cuanto a la Marina, hacer eso que has mencionado estaba… bueno… estaba castigado severamente, si te pillaban. Pero crear una identidad a partir de unos hábitos no me parece sensato, ni siquiera

muy oportuno.

—Hoy en día lo entendemos de otra manera.

—Evidentemente.

Durante el resto del día, Graham me trató como si fuera una receta cuyos ingredientes hubieran cambiado y ya no le gustara el sabor. Se paseaba sin parar de una habitación a la otra acariciando los lomos de los libros. Debería haber utilizado esta conversación como una «situación pedagógica» para demostrar hasta qué punto iba a mejorar la «calidad de vida» de Margaret Kemble, pero me sentía dolida de un modo que no alcanzaba a comprender.

Me tocaba cocinar a mí. Con los ingredientes que tenía a mano, preparé el plato que creí que tenía más probabilidades de matar de forma simbólica al hijo victoriano: tofu mapo con una cantidad brutal de ajo y salsa picante. Surtió efecto, aunque no tuvo el desenlace casi fatal que yo preveía. En lugar de quejarse, empezó a tocarse el labio inferior con asombro. Comió una segunda ración.

Después cogió sus cigarrillos de la panera y encendió uno; luego empujó hacia mí el paquete con el canto de la mano. Lo miré fumarse medio pitillo en silencio.

—Me dijiste que Robert McClure había descubierto el paso del Noroeste —dijo finalmente.

—Sí. Tú lo conociste. En la expedición de sir George Back al Estrecho Helado.

—Fue una expedición catastrófica. ¿Sabías que en el viaje de vuelta tuvimos que sujetar el *Terror* con cadenas para que no se desmontara? Los oficiales tuvieron que ayudar a achicar, porque el barco hacía aguas. Nadie dormía más de cuatro horas seguidas y el barco no paraba de aullar. Por no hablar de los diez meses que pasamos atrapados en el hielo...

—Lo sé.

—En fin. Cuando llegamos a puerto en el fiordo Swilly, haciendo aguas, no pudieron encontrarnos alojamiento para todos. Así que tuve que compartir habitación con Robbie. No sé qué sabes de él...

—Un tipo siniestro y oportunista. Bueno, no pongas esa cara. Hay documentos históricos. Casi acabó con su vida y la de todos sus

hombres en la expedición con que descubrió el paso.

Graham echó entonces el humo por la nariz con aire meditabundo.

—Ya veo —musitó—. No sé si es justo llamarlo «siniestro», aunque no serías la primera en definirlo así. Era severo con la disciplina, es cierto. Y rencoroso. Pero era un hombre muy solitario. Y romántico, además, lo que empeoraba su soledad.

—Salió en tu busca dos veces. Debía de sentirse solo.

Graham había fumado el cigarrillo hasta el final, pero seguía afanándose por apurarlo.

—Dijo que nunca regresaría —continuó—. En el fiordo Swilly… creo que él estaba seguro de que moriríamos allí, cosa que yo nunca pensé, y bueno… se pegaba a mí. Todas las noches. Y lloraba.

Apagó el cigarrillo y concluyó rápidamente:

—Me destinaron al *Modeste* dos meses después y no volví a ver a Robbie. Así que cuando dices que salió en mi busca…

Esperé. Se tocó distraídamente uno de los rizos junto a la oreja. Pero su tez había perdido el color. Parecía lívido, incluso.

—Se sentía muy solo —repitió Graham.

No anoté esa historia en mi informe semanal. No acertaba a saber qué podía significar. Si de alguna manera Graham estaba dándome una excusa u ofreciéndome un ejemplo.

Fue por aquel entonces cuando distintas partes del proyecto, por separado, en tándem y al azar, empezaron a ponerme de los putos nervios.

Me rondaba vagamente —como si fuera una dolencia digestiva crónica pero controlable— el recuerdo de aquellos archivos «de importancia vital» en la papelera, con los precintos intactos. Pero Adela no dio nuevas órdenes. Los puentes seguíamos entregando los informes internos y los experimentos seguían en marcha. Dado el tiempo que ocupaba la recogida de datos en nuestra jornada laboral, todos suponíamos que el proyecto iba según lo previsto. Yo debía registrar a diario su ritmo cardíaco, tensión arterial y temperatura; anotar a diario las prendas que vestía, lo que comía, cuánto ejercicio

hacía; comprobar semanalmente los progresos con respecto a los parámetros de referencia imaginarios establecidos por Control sobre «uso del teléfono, uso del transporte, uso de los medios de comunicación» y evaluar lo perjudicial o beneficioso que era cada valor; registrar con constantes pruebas correctivas el vocabulario y los hábitos que iba adquiriendo, además de redactar observaciones novelescas sobre su carácter y su temperamento. Parecía que el trabajo prosperaba. Supongo que si enciendes las luces y pones a hervir la tetera con energía generada por una central nuclear no te paras mucho a reflexionar sobre el hecho de que originalmente el átomo se había dividido para destruir ciudades.

No mucho después recibí tres correos electrónicos seguidos: primero, del equipo de Bienestar, indicando que había irregularidades con el resultado de algunos de los chequeos médicos a los expatriados; después, un segundo del secretario de Expatriación, negando la existencia de irregularidades y pidiendo que olvidáramos el primer correo; a continuación, un tercer mensaje tajante recordando a todos los destinatarios de la lista las graves consecuencias de incumplir el contrato de la Ley de Secretos Oficiales en relación con nuestro trabajo.

Graham no había mostrado un comportamiento más excéntrico de lo habitual, pero como no era un hombre fácil de descifrar me costaba discernir si estaba presenciando algún tipo de fenómeno neurológico. Una noche húmeda y hedionda se quedó inmóvil en el jardín durante dos horas para cazar un zorro. Un día se arrancó un diente podrido —me lo enseñó después—: era del color de una lápida, recubierto de un rojo gelatinoso. ¿Eran costumbres victorianas, o se trataba de las susodichas «irregularidades»?

Llamé a mi supervisor.

—Quentin, partiendo de la base de que sé que es poco probable que me digas qué coño está pasando, ¿podrías contarme qué coño está pasando?

—Mil setecientos noventa y tres ha dejado de aparecer en los escáneres.

—¿Qué?

—¿Me estás llamando desde el teléfono del trabajo?

—Mmm... ¿sí? Es un asunto de trabajo, ¿no?

Colgó.

Me levanté de la silla y me senté en el suelo mordiéndome las uñas. A Anne Spencer (Mil setecientos noventa y tres) la recogieron en París. A su marido, francés, ya lo habían guillotinado. En las reuniones de los puentes, Ed había informado de que la mujer no respondía bien a la expatriación. Yo había entendido que se encontraba mal anímicamente. Ahora parecía que se estaba refiriendo a los efectos físicos del viaje en el tiempo.

Abrí los contactos de mi teléfono del trabajo, me anoté el número personal de Quentin en la mano y pedaleé unos ocho kilómetros hasta dar con una cabina telefónica. La cabina sólo aceptaba tarjetas de pago sin contacto. Maldije la cabina y pedaleé un par de kilómetros más hasta encontrar una que todavía aceptara monedas.

—Quentin. Estoy en un teléfono público. Ahora cuesta como una libra. Solía llamar a casa desde la escuela por veinte peniques.

—Vale.

—Tienes que explicarme qué está pasando.

—Mil setecientos noventa y tres... ya no aparece en los escáneres. Escáneres corporales. Detectores de metales y esas cosas. La hemos sometido a otra serie de escaneos de resonancia magnética y salen en blanco.

—No lo entiendo.

—Nosotros tampoco. La han reclamado desde el Ministerio. Su puente está fuera de servicio.

—¿Y esto tiene algo que ver con el comandante Gore?

—No lo sé. Espero que no. Debo admitir que ahora mismo él no es una de mis prioridades. Escucha, ¿te contó algo más sobre el dispositivo que dibujó? ¿Quién lo llevaba? ¿Qué aspecto tenía? ¿Delante de dónde estaban?

Apenas había vuelto a pensar en aquel boceto desde que se lo había entregado.

—Quentin, ¿no estarás hablando de la... la dichosa consola Nintendo?

Eso fue un error: la pedrada que desencadena una avalancha, aunque yo aún no lo sabía. Quentin tragó saliva. Debía de tener el teléfono pegado a la cara porque el gorgoteo fue descomunal, la clase de ruido que hace alguien cuando intenta tragarse las lágrimas.

—¿Eres consciente de...? —empezó, pero se interrumpió y rugió—: ¡¿Oyes unos chasquidos?!

—¿Podría ser el teléfono público?

Otro gemido ahogado, esofágico.

—Esta línea no es segura —dijo Quentin—. Por el amor de Dios. Cuelga.

Lo siento. No podía tomarme en serio a Quentin. Pensé que el alto riesgo del proyecto —la posibilidad de que el universo se mordiera su propia cola y nos tragara a todos de postre— lo había puesto histérico, paranoico. No tenía ganas de que me calentara la cabeza con sus teorías de la conspiración. Convivir con un oficial de la Marina victoriana ya me parecía bastante increíble. Colgué el teléfono, oí que mis monedas chocaban con otras monedas: la cabina telefónica seguía en uso. Me pregunté para qué la habría necesitado otra gente, ¿una cita adúltera, una súplica susurrada al Teléfono de la Esperanza? En la era de los teléfonos móviles, debían de ser muy pocas las cosas que se oían por ese aparato. Amores y desenlaces fatales. Llamadas de pánico a los servicios de emergencia: «Por favor, por favor, no sé si respira. No sé si sobrevivirá.»

IV

Al día siguiente hace frío. Pues claro que hace frío al día siguiente. Están en el Ártico. Pero a veces tienen días de sol radiante, y los camareros cuelgan la ropa lavada en cuerdas tendidas desde la jarcia. Al menos un hombre a bordo del *Erebus* lleva ropa interior roja de franela. (Gore, siguiendo el consejo que le dio McClure hace una década, lleva calzones de piel vuelta debajo de los de lana.)

Los días soleados provocan ceguera. En verano los rayos de sol rebotan en el hielo como cuchillos. La inmensa desolación de esa tierra (o más bien de ese mar, ya que están varados en la banquisa) hace que el sonido y el movimiento viajen de forma extraña. Un simple paseo diario alrededor del barco es arriesgarse a sufrir alucinaciones; a ver hordas de asesinos y huéspedes fantasmas allí donde haya una lata o una bota tirada.

Hoy el cielo está encapotado, hace un día de perros. Gore ha salido a cazar solo; se encamina por el mar helado hacia la Tierra del Rey Guillermo. Lo prefiere a

cazar en compañía. A medida que recorre esa santa tierra se convierte en un amasijo de músculos y tendones con la mente prácticamente vacía de pensamientos. Si ve una presa, no vuelve a entrar en su cuerpo. Somete todo su pensamiento a la bala. Si hubiera alguien con él, tendría que recordar que Graham Gore lo habitaba por completo.

En la expedición al estrecho Helado de 1836, pasó diez horas en el hielo con la esperanza de echar una foca al saco (tenían la fea costumbre de hundirse una vez muertas). Esa desaforada proeza de resistencia lo había dejado con una ceguera pasajera causada por el resplandor de la nieve, que finalmente lo convenció para volver al barco. Hacía diez años de eso, por supuesto. El tiempo le ha pasado factura. Ha estado disparando cañones en asedios, ha sufrido disentería, por las mañanas le duele la espalda. Sabe que es hora de volver al *Erebus* cuando su cuerpo le recuerda que son la misma persona.

En tierra abate dos pares de perdices, un montón de plumas que apenas dará enjundia a un caldo. Sigue caminando con la intención de llegar a la siguiente loma, que siempre promete ser la más alta hasta que la alcanza. Ni renos, ni bueyes almizcleros. Ni siquiera los lobos amenizan sus estudios de historia natural. No siente los pies. A cada paso que da nota la presión antinatural de los golpes en sueños. Es perverso

reconocerlo, pero casi lo disfruta. Más tarde lo pagará, hinchándose como un cadáver abotargado cuando el frío corroa los tejidos.

Es la sed la que lo empuja a regresar. Se queda sin agua al cabo de un par de horas. Cuando toma un trago de brandy de la petaca, el metal helado le arranca la piel reseca. Es verano, así que tiene suerte. Si hubiera intentado beber de un recipiente metálico en enero, tendría el labio en carne viva.

Las olas congeladas se amontonan contra la orilla de la Tierra del Rey Guillermo como los muros de un templo que se derrumba. Tiene que usar la piqueta para descender por la otra orilla buscando puntos de apoyo con los pies entumecidos. Ha visto aguafuertes del Ártico en el Illustrated London News. Llanuras. Un paisaje como una sábana lavada bajo un cielo gris. Pero los mares del Norte tienen dientes por doquier. Están llenos de crestas de presión y traicioneras placas errantes. Tardará más de una hora en llegar a los barcos, aunque esa distancia apenas le llevaría veinte minutos andando a paso ligero por la hierba.

El cielo se cierne sobre la tierra mientras él avanza penosamente entre los témpanos. Se avecina una tormenta, lo que reduce más aún la visibilidad.

Gore observa la escena con indiferencia. O conseguirá llegar vivo a la nave, o no lo conseguirá. Le gustaría sobrevivir para tomarse una taza de cacao

caliente, pero intenta no recrearse demasiado en el cacao. Una vez Fitzjames le preguntó cómo podía encarar con la misma serenidad un peligro mortal y las minucias más insignificantes, y él se encogió de hombros.

—El catastrofismo no me pone de mejor humor, así que lo evito.

—¿Y qué hay de la esperanza? ¿Alguna vez has estado enamorado, Graham? —le preguntó Fitzjames—. ¿Alguna vez has vivido para merecer el regalo de una bella sonrisa?

—Ah, el amor… la mayor catástrofe de la vida.

Se levanta el viento. La luz gélida le lastima los ojos. Evita incluso pensar en la taza de cacao y se concentra exactamente en lo que tiene delante. Paso a paso. Toma impulso, avanza. Toma impulso, avanza.

Sumido en ese estado de conciencia —o más bien de inconsciencia— ve una silueta oscura agazapada junto a un disco negro. Un agujero de foca en el hielo. La silueta oscura apenas se mueve. Se estira, tal vez —es un gesto lánguido—, aunque está demasiado lejos para fiarse de sus ojos. Apunta con la escopeta antes de que su cerebro sepa que está apuntando.

La bala sale proyectada con un sonoro restallido. Se oye un grito a través del hielo. Un lamento entrecortado. Terrible, terriblemente humano.

4

Hacia el final del verano ocurrieron dos cosas importantes.

La primera. Íbamos en bicicleta y nos habíamos parado en un semáforo cuando una moto pasó a toda velocidad dejando una oscura estela de un azul metálico. Volvíamos pedaleando de una exposición en el Museo de Historia Natural. La moto fue lo primero que distrajo a Graham de la teoría de la evolución, sobre la que había expresado unas opiniones excesivamente ancladas en la mentalidad de la época victoriana temprana.

—Vaya, ahí tienes una buena razón para inventar el motor de combustión interna —dijo—. ¿Por qué va mucho más rápido que una motocicleta de reparto?

—Son distintos tipos de moto, supongo.

—¿Y no infringe ninguna ley?

—No...

—¿A qué velocidad puede ir?

—¡Pero si acabas de aprender a montar en bicicleta!

—¿Acaso Belerofonte, al ver a Pegaso, dijo, «Ah, no, gracias, bastará con caballos terrestres»?

Le mandé un correo electrónico a Quentin —«adivina qué quiere ahora»— y el correo me volvió rebotado. La dirección se rellenaba automáticamente y hasta entonces siempre había funcionado. Probé con varios dominios del Ministerio. No llegó a ninguno.

Mientras me mordía las uñas releyendo el aviso de «Mensaje no entregado», recibí una llamada en el móvil del trabajo desde un número desconocido. Todos los teléfonos asignados al proyecto tenían números ocultos y protegidos, y era imposible que se tratara de una

llamada comercial, ni siquiera una fortuita. Contesté. Al otro lado de la línea estaba la vicesecretaria de Expatriación.

—Buenas tardes —dijo Adela, con una voz suave como la seda, y a continuación me informó de que habían dirigido mi correo electrónico al Departamento Financiero a la espera de aprobación, puesto que actualmente Quentin no estaba «disponible».

—¿Dónde está?

—¿Disfrutas con tu trabajo? —me preguntó.

Sonaba como si estuviera leyendo un apuntador electrónico colocado un poco más allá de una distancia cómoda. Se me ocurrió que podía tratarse de una amenaza sutil, así que murmuré que estaba muy contenta de participar en el proyecto.

Después de colgar —con la palma de la mano sudada—, abrí el portátil del trabajo. Sabía que teóricamente mis correos electrónicos internos se vigilaban, pero apenas hacía diez minutos que había enviado esos mensajes, por el amor de Dios. Borré la inofensiva cuenta de Google que había estado utilizando en un navegador de Chrome, y luego borré el navegador.

No temía tanto el castigo como el efecto desempoderador que traería consigo el castigo. Cada paso en mi carrera había ido encaminado a convertirme en la vigilante más que en la vigilada. No es que no tuviera escrúpulos morales, pero me parecía un poco inmaduro e iluso plantear reparos personales en las fauces de la maquinaria del Estado. Y así, en mi fuero interno, noté un vuelco.

La segunda cosa importante que ocurrió fue que las restricciones de movimientos de los expatriados se levantaron, aunque con una condición: si superaban un examen, establecido por Control, y demostraban ser capaces de desenvolverse en el siglo XXI, se les concedería permiso para viajar dentro del territorio británico.

Otra de las hipótesis sobre los viajes en el tiempo en los inicios del proyecto era que las dimensiones del tiempo y el espacio estaban conectadas, no inextricablemente, sino como un sistema linfático y un sistema circulatorio. Ambos eran imprescindibles para que el universo

funcionara, asegurando la supervivencia de la especie humana, y ambos podían sufrir un deterioro fatal en puntos concretos mientras parecía que el resto del «sistema» funcionaba. Necesitábamos ver a los expatriados moverse por un espacio geográfico más amplio sin atomizarse en el paisaje —o sin que el paisaje se atomizara a su alrededor— para saber con certeza que el siglo XXI había aceptado su presencia.

Los expatriados eran concebidos como cuerpos extraños contra los que el universo podía lanzar un ataque inmunológico, o bien como células que los «organismos» podían reconocer e incorporar al cuerpo del mundo. Una vez más, utilizamos la palabra «integración», pero en lugar de «supervivencia» nos referíamos a una especie de sublimación; un límite permeable entre el individuo y el mundo en el que había entrado. Pertenecer, sugería la hipótesis, es interesarse por el orden establecido.

Por eso me inquietaba el desdén de Graham por el siglo XXI, porque más allá de sentirme rechazada, me preocupaba que el universo sintiera el resquemor atemporal de su desprecio y se lo llevara. «En mi época, Inglaterra no era así», me había dicho, pero ésta era la evolución natural de aquella Inglaterra. Yo era la evolución natural. Bastaría con que mirara a través de mí para ver el mundo.

Graham me contó que todos los expatriados habían empezado «a mover la cola» cuando les habían anunciado la suspensión condicional de las restricciones de movimientos.

—¿Ah, sí? O sea que tú no la moviste, ¿eh?

—Estuve muy comedido. Sólo me puse a saltar y le lamí la cara un poquitín al hombre.

Pronunció ese «poquitín» con un gran poso de amargura y acritud. Se me entumeció la nariz.

Convencí a Graham para que usara el despachito donde habitualmente yo trabajaba para empollar para su examen. El Ministerio no había dado ninguna indicación sobre el formato que tendría la prueba, ni el tipo de preguntas o tareas que se plantearían.

A mí me parecía injusto, y se lo di a entender.

—Ah, no es tan distinto de los exámenes para teniente. Te hacías una idea de lo que se esperaba que supieras, y la parte escrita era llevadera, pero la parte oral dependía del humor de los señores que tenías delante...

—¿Te pusiste nervioso?

—No. Me puse gallito, si es que aún se usa esa palabra. No creo que te hubiera gustado mucho a los diecinueve años.

Estábamos conversando en el despacho. Era un cubículo orientado al sur, sofocante en pleno agosto. Con aquel calor llevaba la camisa remangada, y la carga erótica de sus antebrazos desnudos me estaba dando dolor de cabeza. Tenía un par de lunares en la cara interna del brazo y una tenue trama de cicatrices rosadas en la palma de la mano izquierda. Su presencia llenaba la habitación como un horizonte.

A los treinta y siete años apenas era menos gallito que a los diecinueve, pero sabía disimularlo mejor. Se había hecho amigo de un par de instructores y jefes de Intendencia del Ministerio, y de vez en cuando iba al campo de tiro para poner nerviosos a los agentes de operaciones más novatos superándolos en las prácticas de puntería. Cuando llegó el día del examen, también estaba estudiándose el Código de Circulación, decidido a montarse en una moto y hacer de las suyas fuera de los límites establecidos. Cada vez pasaba más tiempo en el Ministerio, entorpeciendo y haciendo preguntas a la gente con aquellos suaves modales suyos, imposibles e imperturbables. Mi inquietud debía de parecerse a la que sufrían los padres cuando sus hijos empiezan a distanciarse de ellos y a contestarles mal. Se estaba alejando de mi campo de visión e independizándose de mi tutela mientras encajaba en ese nuevo mundo de plástico que lo rodeaba.

La luz del sol era abrasadora. A mediodía caía a plomo, de modo que cuando me aventuré a caminar por la acera entré en un mundo deslumbrante, sin sombra alguna. Echaba de menos los nublados y lluviosos días ingleses.

Los expatriados seguían pasando apuros. Graham se puso en modo

gabinete de crisis, aunque estoy segura de que simplemente pensaba en mantener alta la moral de su tripulación. Con el permiso de Control y la ayuda del personal administrativo organizó una serie de veladas de conferencias. Los martes por la noche, un miembro del Ministerio daba una charla sobre cultura británica contemporánea, y luego todos comíamos canapés de pan sin corteza y bebíamos limonada y ponche de ron. Los jueves por la noche, uno de los expatriados hacía una breve presentación sobre algún tema de su interés, y luego todos comíamos taquitos de jamón con tenedores de aperitivo y bebíamos cerveza tibia y Coca-Cola templada. Margaret se liberó así de tener que preparar la cena para todo el grupo, que por cierto era lo que había ocurrido.

Las conferencias del Ministerio eran, en una palabra, espantosas. Desde Control nos pasaban una serie de presentaciones escritas —tan didácticas que resultaban soporíferas—, y a mí me hicieron leer una sobre multiculturalismo, los muy cabrones, en la que habían dejado espacios en blanco donde «insertar la vivencia personal». La leí con voz monótona sin levantar la vista del papel y luego me bebí una copa de vino blanco de un trago. Simellia hizo tintinear su copa llena con la mía vacía apretando la mandíbula (le habían pedido que diera una charla sobre la migración de posguerra desde las antiguas colonias y la generación Windrush). Era evidente que las conferencias de Control pretendían enmendar el relato. Con su exceso de corrección y su adoctrinamiento melindroso, arruinaban la energía de la sala. Las ideas son entes de fricciones y de facciones que se marchitan al fijarlas en un diagrama de flujo. Las ideas deben crear problemas antes de solucionarlos.

Los expatriados lo hicieron mucho mejor. En contra de lo que los más ingenuos de nosotros habíamos esperado, no hicieron presentaciones sobre sus respectivas épocas. Margaret, que había respondido mucho mejor que Graham a la magia del cine, nos sorprendió con un montaje en PowerPoint sobre por qué Charlie Chaplin «parece tontorrón, pero en verdad es un filósofo». Cardingham subió al estrado con una elegancia castrense, nos observó con una mueca de desprecio y, en una jerga más impenetrable aún que

la de Margaret, hizo un resumen de los asesinatos de Manson que, en cierto modo, era también una delirante censura del vegetarianismo. (Ivan, su puente, tuvo que acudir a una reunión de urgencia al día siguiente.)

La presentación de Arthur Reginald-Smyth fue la comidilla del Ministerio. Reginald-Smyth estaba en la treintena y era bastante apuesto, a la manera descolorida y lampiña de los anglosajones. Medía más de metro ochenta, pero se comportaba como si pensara que debería ser más bajo. Tenía un leve impedimento rótico, y sus «erres» se allanaban hasta convertirse en «egues», lo cual quizá explicara que su presentación fuera como fue.

—Gracias a todos por venir —dijo—. Me temo que soy un pésimo orador, así que no hablaré esta noche.

Se hizo un silencio embarazoso.

—¡Qué vergüenza! —gritó Margaret desde el público—. ¡Fuera! ¡Buuu, buuu! ¡Abucheos varios!

Me sobresalté, pero Reginald-Smyth sonrió e hizo un alegre gesto de emoción con las manos, como un mal actor preparándose ostentosamente para la próxima frase. Hubo algunas risas cuando el público se dio cuenta de que no iban a ver cómo un hombre indispuesto se humillaba huyendo del escenario. Qué extraño que no se me hubiera ocurrido que los expatriados pudieran ser amigos, al margen de lo que yo hiciera o dejara de hacer.

—Ejem, Simellia… ¿tendrías la bondad? —preguntó Reginald-Smyth.

Simellia estaba apoyada en la pared, junto a la puerta que daba a la sala de conferencias. Abrió la puerta con un divertido juego de caderas, sacó la mano y arrastró algo hacia dentro. Era un teclado Casio, sobre ruedas. Otro murmullo entusiasta de admiración recorrió el auditorio. Simellia ayudó a Arthur a subirlo al escenario.

—A ver, Cuarenta y siete… —dijo Reginald-Smyth.

Graham se irguió y se acercó al escenario con estudiada indiferencia. Llevaba en la mano lo que por un momento confundí con una espada, pero que en realidad era su flauta travesera. Subió ágilmente de un salto junto a Reginald-Smyth, que estaba rojo como

una gamba y se esforzaba para que no se le escapara la risa.

—Vamos a ofreceros *eine kleine*, mmm, «disco».

—Hemos ensayado un poco —aclaró Graham—, aunque yo no diría que exageradamente.

—Os estaríamos contando una muy gorda si dijéramos que «exageradamente» —añadió Reginald-Smyth.

—En efecto. Ni siquiera «bien».

—Sí. No hemos ensayado bien, ni demasiado. Somos bastante desastrosos.

—Lo somos —confirmó Graham con tono solemne—. Que la suerte os acompañe.

Se lanzaron a tocar una danza de marineros —una que Graham tocaba de vez en cuando por la mañana a la hora que pensaba que yo debía de levantarme de la cama (se equivocaba)—, pero después de los primeros compases la canción se transformó en un tema de los Jackson 5. Eran muy buenos.

—¡Buuu! —volvió a gritar Margaret.

Hubo más risas. Noté que una docena de pies empezaba a taconear el suelo siguiendo el ritmo. Simellia se deslizó por la fila de butacas y se sentó a mi lado.

—Hola —susurró.

—Qué tal. No pensarás sacarme a bailar, ¿verdad?

—Bueno, ahora que lo dices…

A decir verdad, había un par de miembros del personal operativo y administrativo dando saltitos delante del escenario, jóvenes recién licenciados de Oxford y Cambridge a los que habían seleccionado y metido por la vía rápida en el Ministerio. Me pregunté hasta qué punto eran aterradores los acuerdos de confidencialidad que firmaban. Uno de ellos parecía haber oído el término «marcar el paso» y estaba probando una mímica interpretativa para cumplirlo a rajatabla.

Simellia, una mujer comedida en todo lo demás, no podía evitar contonearse al son de la música. Empezó a menear los hombros en la silla. La miré de reojo.

—¿Tú lo sabías? —le exigí en susurros.

—Me enteré en el último minuto. Han estado ensayando en secreto

en un despacho libre. Vinieron a buscarme ayer, después de la reunión de seguimiento con mi supervisor, para pedirme ayuda para montarlo todo.

—Mmm... —murmuré.

—Es probable que me hayan preguntado a mí en vez de a ti porque ambos me conocen; no tiene por qué ser un reflejo de tu relación con Mil ochocientos cuarenta y siete —dijo Simellia, que, además de estar subyugada por el ritmo, también lo estaba por ayudarme a mejorar.

—Ajá.

—Deberíais venir los dos a casa alguna vez. Tengo unos juegos de mesa muy divertidos.

—Seguro que no querrás jugar conmigo. Arruino todas las Navidades con el Risk. En mi familia me llaman Julio César. No podrías nombrar un solo juego de mesa al que yo no sea capaz de quitarle toda diversión.

—¿Bailamos? —dijo Simellia, que había estado mirando hacia la improvisada pista de baile durante ese íntimo y vulnerable momento de confesión.

—No.

—Vamos. A Arthur le irá bien.

—No. Ay, Dios.

Simellia me empujó del codo hacia donde el personal de la oficina daba vueltas en corro y empezó a hacer lo que sólo puedo describir como un bamboleo de madre enrollada en un concierto.

—¡Sí, acercaos, señoras! —gritó Ivan, ganándose un puesto de honor en mi lista negra.

Miré como una posesa a mi alrededor: no había ningún sitio adonde mirar que no estuviera, por desgracia, en la sala, y eso significaba que yo seguía allí dentro. Estaba en la línea visual de Graham y quería que un tiburón me engullera de un bocado.

—Oye, ¿quién es ése? —pregunté a la desesperada.

Simellia hizo una pirueta de lo más estrafalaria para seguir mi mirada.

—¿No conoces a Salese?

—No. O si lo conozco... ¡cuidado, que me pisas!... no me acuerdo.

La persona a la que me refería merodeaba por el fondo del auditorio, con el pelo del color de la tierra mojada a la luz de la luna y un semblante crispado de disgusto. No creo que su cara hubiera expresado más rechazo si hubiésemos empezado a chuparnos las partes íntimas y a corear «¡Te saludamos, Satán!». El brigadier estaba de pie a su lado. Hablaban juntando mucho las cabezas, como si estuvieran bajo una cúpula invisible que los aislaba de las celebraciones en miniatura de la sala.

—Me ponen triste —murmuró Simellia.

—A mí me dejan patidifusa.

—Sí, eso también.

Cada presentación duraba media hora, así que la pesadilla terminó antes de que me planteara sugerirles que tocaran «Electric Boogie».

—Bravo —dijo Simellia—. Se notaba que estabas a punto de empezar a divertirte.

—Por norma me someto a tu sentido común, Simellia, pero en cuanto suena cualquier cosa con un poco de ritmo ya crees que estamos en un musical.

—No hay revolución sin alegría —señaló Simellia.

Había recuperado el tono reflexivo de psicóloga y parecía a punto de darme una lección de vida. Me pregunté cuántas veces habría aconsejado a los adolescentes radicalizados con los que trabajaba en Majaras y Matones que hicieran una lista de las cosas por las que estaban agradecidos, aunque reconocí que era un pensamiento malévolo.

—Uf, no lo tengo tan claro —dije—. Yo preguntaría a Mil setecientos noventa y tres, a ver qué revolución les traerá su alegría. De todos modos, ¿de qué revolución hablas? Trabajamos para el gobierno.

Graham y Reginald-Smyth habían bajado del escenario, pero se habían mantenido al margen de nuestra conversación.

—Buena conferencia. Única —afirmé.

—Lo habéis hecho de maravilla —dijo Simellia.

—Gracias —murmuró Reginald-Smyth—. Ha sido… ha sido gratificante abandonarse un poco a la danza.

—Exacto, «abandono», yo no lo habría descrito mejor —dijo Simellia, y me incliné ligeramente para darle un codazo en las costillas.

—Camboya tiene un Guinness por haber celebrado el baile Madison más multitudinario del mundo —dije—. O sea, yo no estuve. Simplemente lo cuento.

—Caramba, eso es estupendo —dijo Reginald-Smyth—. ¿Qué es el baile Madison?

—¿Qué es un Guinness? —preguntó Graham.

—El Madison se baila en fila. Se hizo muy popular en Camboya en los años sesenta y nunca ha perdido popularidad. Bueno, excepto durante la... Da igual, la cuestión es que mis padres montaron un par de bailes Madison en su boda, según me han dicho. Mi madre es una gran bailarina. De pequeña quería aprender danza folclórica tradicional, pero la enviaron a un liceo de Phnom Penh y, *quelle surprise*, eso no formaba parte del plan de estudios.

—¿Un liceo? —repitió Reginald-Smyth gentilmente. Durante mi discurso lo había visto más desnortado quizá incluso que Graham, que había sido marino de carrera toda su vida.

—Una escuela francesa. Camboya era un protectorado francés. Mi abuelo estaba metido en política y quería que su hija estuviera más *évoluée*. Evolucionada. En el sistema francés.

Ni el victoriano ni el eduardiano se mostraron sorprendidos, aunque Simellia respiró profundamente por la nariz.

Graham y Reginald-Smyth se alejaron para seguir recibiendo las merecidas felicitaciones de la sala.

—A mi madre también le gustaban las fiestas —dijo Simellia—. Solía organizar el baile de Pascua de nuestra iglesia. —Se había vuelto para mirar el reloj de la pared del fondo, así que no pude ver su expresión, pero oí que le temblaba la voz al hablar del pasado—. *Évoluée* —murmuró—. Recuérdame que te preste mi libro de Frantz Fanon.

—No pienso hacerlo. Otra próspera segunda generación con una madre parrandera, ¿eh? ¿En este país las fabrican en serie o qué?

—Bueno, las dos tenemos el síndrome de la hija mayor —dijo

Simellia volviéndose hacia mí—. Mis hermanos tomaron caminos distintos. Mi hermano se dedica a la música y mi hermana hace repostería de lujo. A mí me llaman Madero. Cada vez que hablo con mi hermano por teléfono, me saluda con un «Hola, agente». Cuando era un poco más joven me llamaba Babilonia, pero paró cuando lo amenacé con decirle a su productor que había ido a un colegio privado.

Me reí y dejé que Simellia enlazara mi brazo con el suyo. Pensé: «dos hermanos, la madre muerta, ninguna mención al padre todavía. Anótalo en el informe y recuérdalo». Y pensé: «¿por qué siempre nos toca a las hijas mayores?».

Nunca leí el libro de Fanon, aunque tampoco creo que lo hubiera entendido. No comprendía que mi sistema de valores —mi gran herencia— era un sistema, más que un punto distante en una línea neutra y empírica que representaba el «progreso». Las cosas eran más fáciles para mí que para mi madre; las cosas eran más fáciles para mí que para mi padre; mis drogas eran más limpias, mis bienes abundantes, mis derechos estaban garantizados. ¿No era eso «progreso»? Me debatía con el mismo desconcierto al pensar en la «historia», que seguía entendiendo en términos narrativos rígidos y lineales. Debería haber escuchado con más atención a Adela cuando hablaba de historia. Sé que Adela diría lo mismo.

Acompañé a Graham al examen de aclimatación, con la esperanza de ver a Quentin, porque su teléfono ya no daba señal. Ambos nos habíamos acostumbrado a movernos en bicicleta por la ciudad, pero aquel día fuimos en metro pensando que sudaríamos menos. Ah, ingenuos de nosotros. El metro en agosto era una sauna. Para el examen, Gore había querido ir de traje (estilo años sesenta, entallado, tremendamente favorecedor), y estaba sufriendo.

—Si muero, ¿pedirás que me den sepultura en el mar?

—Te lo prometo. ¿En el mar de Irlanda? ¿En el canal de la Mancha? ¿En el Atlántico?

—En el Ártico —dijo, con aire conmovido—. Al menos allí hace más

fresco.

—Quítate la chaqueta.

—Si te digo que no querrás que me quite la chaqueta hazme caso.

En la entrada de personal le deseé suerte y vi cómo se pasaba un pañuelo por los rizos empapados de sudor. Me acerqué al despacho de Quentin, pero estaba vacío. Ni siquiera había un cargador de portátil. Asomé la cabeza por la puerta del acuario de otro supervisor (antiguo miembro de los servicios de inteligencia, asignado al equipo de Thomas Cardingham).

—¡Sadavir!

—¡Eh! ¿Cómo te va? He oído que tu expatriado se examina hoy, ¿no?

—¡Sí! Está... tranquilo, creo.

—Parece que se está adaptando bien. Con sus peculiaridades, pero bien.

—Ha matado a todas las ardillas del jardín. Y no quiere ver la tele.

—Capullo arrogante.

—¡Ja!

—Podría ser peor. A nuestro muchacho básicamente lo único que le interesa es Minecraft y las trabajadoras sexuales. Ha sido un puto dolor de cabeza cuadrar eso en el presupuesto.

—Ah, ya, me lo imagino. Quentin me da la lata para que convenza a Mil ochocientos cuarenta y siete de que deje de fumar.

—¿Cómo está Quentin? He oído que lo han trasladado.

—¿O sea que lo han trasladado?

Sadavir frunció el ceño y se levantó. Por un momento pensé que iba a reprocharme que le hubiera perdido la pista a mi supervisor —aunque sin duda eso era responsabilidad de mi supervisor, no mía—, pero me di cuenta de que miraba por detrás de mi hombro. Me volví.

—Espero no interrumpir.

El brigadier estaba en la puerta, al lado de Salese.

—¿Desea algo, señor? —preguntó Sadavir adelantándose.

—Busco a la vicesecretaria. Me he enterado de que ha tenido algunos problemas con uno de sus «viajeros libres».

—¿Se refiere a los expatriados?

—Sí —intervino Salese rápidamente—, a eso se refiere. Necesitamos verla.

—Nos gustaría verla —dijo el brigadier.

Intenté intercambiar una mirada con Sadavir, pero no apartaba la vista de brigadier y Salese.

—Señor, ¿sería tan amable de mostrarme alguna identificación? —dijo—. Espero que se haga cargo de por qué se la pido.

El brigadier sacó de un bolsillo una tarjeta de identificación del Ministerio y se la entregó a Sadavir. Tenía peor aspecto que la última vez: el aire inefable de alguien que ha de hervir agua caliente en el fogón para bañarse, algo sin duda incompatible con su rango. Me pescó mirándolo embobada y bajé los ojos.

Sadavir le devolvió la tarjeta.

—La vicesecretaria Adela está en una reunión de Control —dijo con prudencia—, así que, por supuesto, ninguno de nosotros sabe dónde se encuentra exactamente. Pero sí, la reunión es para corroborar que Mil setecientos noventa y tres demuestra la hipótesis del espacio-tiempo. El siglo XXI parece rechazarla. Eso estaba en los informes a Defensa, señor —añadió con reproche.

—No es el siglo, es el alma —señaló el brigadier—. Su «síncrono» y su «diácrono» no guardan coherencia ni continuidad, y está empezando a escaparse del tiempo. El fenómeno se ha acelerado extraordinariamente en el caso de Mil setecientos noventa y tres. Ella ni siquiera intenta ajustar la «diacronía». Porque está de luto, y el luto siempre te saca del tiempo.

Sadavir parecía preocupado.

—¿Es eso lo que piensan en Defensa? —preguntó—. ¿Se lo han dicho a la vicesecretaria?

—Me temo que sólo he tratado con el secretario —dijo el brigadier—. Pero me gustaría mucho reunirme con la vicesecretaria Adela.

Volvió a lanzarme una mirada fría y curiosa. Tenía un aire aniñado, no porque pareciera juguetón o juvenil, pues no era ni una cosa ni la otra, sino más bien ensimismado, tan absorto como un crío que experimenta impasible con las extremidades de una mascota para ver hasta dónde dan de sí antes de romperse.

Volví a casa y nada más llegar revisé el correo electrónico. Al igual que con el test de la autoescuela —o el examen para teniente—, los resultados del examen de aclimatación se entregaban en el acto. Graham había aprobado.

Fui en bicicleta a comprar una botella de champán al supermercado y, a la vuelta, me paré por el camino a tomar un helado. Sentada en el banco, me puse a lamer la crema veteada del cucurucho y a pensar en el brigadier. Era un hombre con experiencia en dormir al raso, pensé. Lo envolvía un inquietante halo de precariedad, al igual que a Salese, como si los hubieran arrojado a ambos tras las líneas enemigas y aparentaran normalidad mientras esperaban el momento oportuno para ir a degüello.

A pesar de las cenas en grupo, a pesar de los exámenes de empatía, de los test de vocabulario y del alegre pisito donde vivía con Ed, el más alegre y joven de los puentes, el Ministerio más o menos había llegado a la conclusión de que Anne Spencer —Mil setecientos noventa y tres— era un experimento fallido y probablemente se estaba muriendo. Antes de que lo destituyeran, Ed había ido archivando taciturno este declive. La resonancia magnética en blanco era una de las muchas pruebas de que la tecnología moderna no detectaba el cuerpo de Anne. En el tiempo registrado, la mujer era invisible a todo salvo el ojo humano. La conjetura del brigadier de que esa invisibilidad estaba forjada internamente más que externamente era interesante. Tal vez aportaría una nueva faceta a la política de la identidad: «¿Qué momento eres?» «¿Existes en un plano multitemporal o estás atrapado en un salto en el tiempo?» O tal vez ese desajuste entre la experiencia interna y la externa del tiempo se pareciera más a portar células cancerígenas. «¿Tienes tiempo?», podríamos preguntar, y querer decir: «¿Crees que sobrevivirás?»

Me terminé el helado mientras atardecía y se levantaba una brisa. Cuando llegué a casa, Graham ya había vuelto. Había apilado varias bandejas de cubitos de hielo y las estaba llevando arriba.

—¡Enhorabuena!

—¡Gracias!

—He traído esto para celebrarlo.

—Qué amable.

—¿Adónde llevas esos cubitos de hielo?

—Voy a darme el baño más frío que la tecnología moderna sea capaz de proporcionar.

—Si meto quince minutos la botella en el congelador, ¿te apetece una copa en la bañera? Puedo dejarla en la puerta.

—Eres una hedonista terrible. Sí, por favor. También voy a fumarme medio paquete de cigarrillos, creo. Uno detrás de otro.

—Entonces ¿te dieron una reprimenda?

—Aparentemente puedo pasar por excéntrico. Sugerí que en un lugar como Escocia, Arthur y yo podríamos pasar por ingleses. Uno de los miembros del tribunal era escocés, y creo que le gustó.

Cuando subí la copa —reservando el resto de la botella para la cena —, oí a Graham cantando «I love to steal awhile away». La voz se le ahogaba cada vez que le daba una calada al cigarrillo. El agua chocaba contra la bañera. Se puso a tararear y, presumiblemente, a enjabonarse. Me deslicé en silencio hasta el suelo y apoyé la cabeza contra la pared. No pensaba ir a ver a un psicólogo del Ministerio. Sabía que debía hacerlo, y sabía que no lo haría.

La semana siguiente invitamos a Margaret y al capitán Reginald-Smyth a cenar. Graham decidió preparar unos espaguetis a la boloñesa; ambos habíamos concluido que era un plato fácil, rico y moderno.

A excepción de las raciones que se repartían durante las expediciones de las campañas de descubrimiento, cocinadas al fuego de una hoguera y más apreciadas como combustible que por su sabor, Graham nunca había calentado siquiera un plato de sopa antes de llegar al siglo XXI. En los barcos había cocineros y camareros que atendían a los oficiales; en casa, en las pocas ocasiones en que recalaba en casa, había mujeres. Sin embargo, así como no se había aficionado a la televisión, a los mensajes de texto o al desodorante —«Me baño todos los días», me había dicho con el orgullo herido—, le había tomado el gusto a la cocina. Esa noche bullía de tal actividad

que apenas conseguía disimular su nerviosismo. Se le quemó la cebolla y automáticamente echó mano a los cigarrillos. Los quité de en medio —no quería ceniza en la boloñesa— y me acusó de ser como un «Estado niñera» con él, una expresión que me sobresaltó porque desde luego yo no se la había enseñado. ¿De dónde sacaba esas cosas?

Sonó el timbre mientras la salsa se reducía. Me entregó la cuchara de madera y fue a abrir.

—Hola Dieciséis, hola Sesenta y cinco. Bienvenidos.

—¡Cuarenta y siete! —exclamó Margaret—. ¡Vaya una aventura audaz! He venido en un «bus».

—Buenas noches, Cuarenta y siete —oí decir a Reginald-Smyth—. Qué bien huele eso.

—Ah, gracias, qué amable. Aunque me temo que voy a tener que emborracharos mucho. No soy un gran cocinero.

Los acompañó a la cocina.

Margaret llevaba unos pantalones celestes acampanados de talle alto y una blusa blanca con adornos de encaje. Parecía una diosa de la música disco, algo asombroso teniendo en cuenta que apenas había conocido el piano, ni que decir del sintetizador.

—Hola —dije, impresionada.

—¡Hola! —exclamó, con su acento ilocalizable, y se lanzó a mis brazos. Me miró sonriente y debió de oírme tragar saliva, porque dijo —: ¿He metido la pata? He visto que hay gente que se saluda así. Aunque Cuarenta y siete no me deja.

—No, no, está muy bien. Eres libre de hacer lo que quieras. Ahora lo abrazaré a él.

Reginald-Smyth —«Llámame Arthur»— no me abrazó, sino que me estrechó tímidamente la mano.

—Qué maravilla verte —murmuró.

En realidad dijo «*magavilla*» y vi que Graham reprimía un guiño.

Volví a dejar la cuchara de madera en la sartén y pregunté:

—¿Queréis un martini? Es el único cóctel que sé preparar. Ésta es una casa con clase.

—¿«Con clase»? —preguntó Margaret.

—Refinada y noble, lo dice en broma —dijo Arthur—. Como

deberías saber de cualquier hogar que habite Cuarenta y siete.

—Quizá hablaré con más fluidez después de un martini «con clase».

—Me encantan tus pantalones —le dije.

—¡Muchas gracias! La verdad es que me gusta la cremallera, ¿ves? —Hizo una demostración de cómo se abrían los bolsillos—. El tiempo que me habría ahorrado en abrochar corsés si hubiera tenido una sola cremallera... ¿Vosotros teníais cremallera?

—No —contestó Graham.

—No, aunque en mi época empezaban a usarse.

—Son un excelente invento.

—Un poco... peligroso, a veces —dijo Arthur con cautela—. Depende de dónde estén ubicadas. —Atrajo la mirada de Graham e intercambiaron una sonrisa con cara de circunstancias.

Graham se olvidó de poner a cocer los espaguetis y a Margaret le entró hipo al primer trago de martini. Los hombres fumaban como carreteros en nuestra cocina, que no era demasiado grande, y yo me había olvidado de fregar todos los platos que iban a juego. Aun así, fue una fiestecita estupenda. Abrí una botella de vino —Margaret no se pudo acabar el martini— y brindamos por lo único bueno de la Gran Bretaña del siglo XXI en lo que todos estábamos de acuerdo: oír música cuando te daba la santa gana.

Eran amigos, saltaba a la vista; no por casualidad, sino amigos de verdad. Margaret había tratado de entablar amistad con Anne Spencer, pero se había quedado frustrada por su reticencia y por lo que Margaret llamaba sus «penalidades». Margaret detestaba a Cardingham, y Arthur dijo que era «un muchacho difícil». Eso me interesó, porque Graham boxeaba con él a menudo.

—Es un tarugo cabeza de chorlito —dijo Margaret.

—Muy pintoresco —dijo Graham—. Pero está tan desamparado como todos nosotros.

—No lo sé, Cuarenta y Siete —dijo Arthur—. No me apetece especialmente tenerlo cerca ahora que he recuperado mi vida.

—Deberían mandarlo de vuelta a la pocilga de donde lo sacaron. ¿Cómo lo soportas, Gray?

—En el mar uno aprende a armarse de paciencia.

—Haces que la Marina suene como el sacerdocio —dijo Arthur.

—Mmm...

A Arthur se lo veía contento y entusiasmado. Era uno de esos extrovertidos atípicos que tienen todos los atributos de un introvertido, salvo que les gusta estar rodeados de otras personas. Además, tenía el don de la delicadeza, una virtud excepcional en cualquiera de los géneros y especialmente en el tipo de hombre que se suponía que era Arthur. Le sonsaqué una pequeña parte de su biografía: había ido a un colegio privado más o menos bueno; cursó estudios clásicos en Oxford, donde se divirtió mucho y suspendió los exámenes; se convirtió en médico.

—También eso se fue al garete.

—¿No se te daban bien los órganos internos y todo eso? —le pregunté.

—Sí, aprobaba sin problemas. Pero no me gustaban demasiado los otros muchachos. Eran todos un hatajo de brutos. La profesión endurece el corazón de un hombre, o así era en mis tiempos. Se creían superiores. No puedes creerte superior al dolor de los demás. Al cabo de unos años lo dejé. Volví a empezar de cero en la India, un compañero de estudios de mi padre me consiguió un trabajo. Supervisé la construcción de unos ferrocarriles que eran un despropósito y no beneficiaban a nadie más que a la empresa. Asuntos turbios. Me trasladaron a nuestras oficinas de Londres seis meses antes de que Alemania invadiera Bélgica.

Vi que Graham enarcaba la ceja con picardía mientras hacía las cuentas.

—Llegaste a capitán muy rápido, Dieciséis. ¿Encontraste tu punto fuerte?

Arthur hizo una mueca. Vi que su mano temblaba un instante al sujetar la copa y luego la apuró de un trago.

—El ascenso fue... rápido... en la guerra —dijo escuetamente. Tal vez habría sido feliz como profesor o vicario, añadió, pero venía de una familia en la que lo primero era una vergüenza y lo segundo un chiste. Tomé nota de esos deseos como muestras de una «paternidad profesionalizada»; unos días más tarde, durante un largo paseo con

Simellia a la hora del almuerzo por Bloomsbury, describió a Arthur como un hombre dotado de «un profundo sentido de la responsabilidad hacia los demás», y me avergoncé de mi crueldad gratuita hacia alguien que me había gustado.

Margaret, a todo esto, escuchaba a los hombres hablar de sus profesiones con una urgencia difusa que sólo yo percibía. En su época había dormido en la habitación contigua a la que la había visto nacer. Escocia le parecía remota y medio bárbara. Cuando empezamos a hablar de mi trabajo de traductora en Camboya, sentí toda su atención puesta en mí. Tal vez hablé un poco más de la cuenta.

No recuerdo cómo surgió el tema de la hierba: probablemente durante uno de los acalorados debates sobre los verdaderos adelantos del siglo XXI, que según los expatriados eran variopintos. Pero antes de darme cuenta le estaba pasando el molinillo de la marihuana y el papel de fumar a Graham (que tenía mucha más maña para liar).

Conocer a Margaret me hizo sentir chispeante y receptiva. Las palabras tenían más peso. Yo llevaba un registro medio consciente de adónde dirigían los hombres la mirada. He visto a la gente manejar eso con distintas estrategias. Con «eso» me refiero al poder. Me refiero al carisma. Trato de absorberlo. Al cabo de veinte minutos Margaret y yo estábamos planeando una noche de chicas a la conquista del Soho, y eso me obligó a explicarle el concepto de salir de fiesta, el R'n'B, el club R'n'She y la cultura del baile. No había ido de discotecas desde mis tiempos de auxiliar en Idiomas. Daba igual.

—Sé un poco de la pavana y de la giga, pero si sólo va a haber mujeres...

—No tienes que preocuparte por eso, en serio. Simplemente... lánzate. Y mueve el esqueleto.

—Me gustaría que me «lanzaran» —dijo anhelante.

—Ven. Te enseñaré a bailar el boogie electrónico.

—Vaya, parece divertido —comentó Arthur—. ¿Cómo se llama? Boogie electrónico... —Se balanceaba y aquel rotacismo extrañamente seductor se le había intensificado.

Graham se pellizcaba los nudillos.

—No les des alas, Dieciséis. Voy a abrir otra botella de vino.

—Ya me he aburrido de la polca. Quiero aprender el boogie electrónico.

—¿Qué clase de baile es una polca? —preguntó Margaret, sin aliento, a mitad del boogie.

—Pídele a Cuarenta y siete que te enseñe. Creo que en su época existía.

—No voy a consentir que me avasalléis para bailar, gracias —dijo Graham, y se deslizó con la botella de vino hacia la izquierda.

—¡Eh! ¡Sabes bailar!

—Esos asuntos quedan entre Dios y yo —dijo con gravedad—. Bah, no te enfurruñes, Sesenta y cinco. Arthur, haz el favor de bailar con ella una polca, si aún eres capaz de tenerte en pie.

Arthur se levantó e intercambiamos a Margaret con una especie de reverencia desquiciante y exagerada, pero en cuanto cayó en los brazos de Arthur me eché a reír inconteniblemente. Margaret apenas le llegaba al hombro.

—Huy... Dios mío... pareces un apuesto jirafón... casado con una conejita... Ja, ja, ja... Dios...

—Hazte cargo de ella, Cuarenta y siete.

—¿Disculpa?

—Toma.

—Yo no bailo. Empecé a tocar la flauta exprofeso para que nadie me lo pidiera.

—En esta época, los músicos están dentro de las cajas de música, y no hay necesidad de que la banda lleve el compás —dijo Margaret—. Me enseñarás la polca o te pisaré a cada momento.

—Creo que el «feminismo» se te ha subido a la cabeza. ¡Ay!

—¿Me concedes este baile? —me preguntó Arthur.

Graham nunca me había tocado adrede, ni siquiera al retirarme la silla en un restaurante, ni siquiera al pasarme platos en la cocina: nunca. Era extraño ver cómo manejaba a Margaret. Sentí una zozobra en mi corazón que parecía inextricable del placer. Me pegué a Arthur.

—Te enseñaré a bailar swing —le dije—. Tuve un novio horrendo que estaba muy metido en el lindy hop y me arrastraba a hacer clases con él, así que tengo que transmitir ese talento como si fuera una

maldición.

—He entendido al menos la mitad de lo que has dicho. He conocido hombres así. Que le hacen danzar a uno al son que tocan.

Observé a Arthur detenidamente. Aquella noche nuestras miradas se habían encontrado varias veces por casualidad. Pensándolo bien, cada vez que ocurrió, fue porque los dos estábamos mirando a Graham.

En la otra punta de la cocina, oí que Graham decía:

—Tu otra izquierda.

—¡Anda ya! ¿Por qué no me das las instrucciones más despacio?

—¿Por qué sigues empeñada en llevar la voz cantante? No, Sesenta y cinco, tu otra izquierda.

—Eres un profesor nefasto.

—Yo no bailo. ¡Ay!

Arthur, por el contrario, bailaba de maravilla. Me dejaba caer y yo me doblaba como un junco. Me hacía girar y yo, con inmensa satisfacción, giraba.

—Caramba, capitán. Antes ya tenía swing y salsa en el cuerpo.

—Mi querida damisela, el «swing» y la «salsa» los inventamos nosotros.

Debió de haber algo en nuestros movimientos, o en la música, que le trajo un recuerdo de las trincheras; o quizá otra cosa, una agonía que Arthur llevaba dentro y que no guardaba relación con el corredor angosto y sangriento de la guerra. Nos habíamos acabado el canuto hacía bastante rato como para pensar que fuese vértigo o náuseas porque le hubiera sentado mal. Fuera lo que fuese, cayó sobre él una especie de velo. Sin previo aviso palideció y sentí el sudor frío y resbaladizo de la palma de su mano que traspasaba mi cintura.

—¿Arthur? —dije, al mismo tiempo que Graham decía: «¿Dieciséis?»

Arthur se pasó una mano temblorosa por la frente. Respiraba entrecortadamente.

—Per... don... ad... mmm...

—Hace demasiado calor aquí dentro —dijo Graham, que había apartado a Arthur de mi lado y lo llevaba hacia la puerta de la cocina —. Vamos a sentarnos fuera y a fumar un cigarrillo. Necesito

descansar. Maggie me ha dejado los pies hechos polvo.

Arthur resopló de un modo que pasó por una carcajada. Se lo veía tenso y asustado a pesar de que Graham lo acompañaba con cuidado, y de pronto se desplomó encima de él, con la cara pegada a su oreja.

—La privación de tabaco es muy peligrosa —dijo Graham.

—Lo... siento...

—Cuidado con el escalón.

Sentí que Margaret deslizaba una mano en la mía. Graham me lanzó una mirada —una Mirada, de hecho— tan cargada de intención que sentí el pecho a punto de reventar. Le pregunté a Margaret si conocía el fenómeno del maquillaje moderno y la llevé a mi habitación.

En cuanto entró, empecé a detectar señales de desaliño. Había una silla con un montón de ropa demasiado sucia para volver al armario pero demasiado limpia para echarla a lavar. De mi mesilla de noche brotaban dos vasos de agua y una taza. El polvo se agazapaba en los zócalos y en las juntas de la cómoda. Cuando una mujer es tan increíblemente atractiva como Margaret, la mediocridad que desprende una mujer como yo revolotea a su alrededor como una horda de palomas. O eso pensé yo, en aquel momento. La verdad es que me había quedado prendada de lo guapa que era. Sentí una angustia confusa cuando vi los deditos de sus pies pisando la alfombra.

Margaret parecía ajena a cualquiera de esas preocupaciones. Ni siquiera se miró de refilón en el espejo. Me sonrió con interés mientras sacaba mis pintalabios.

—¡Hala! ¿Con qué clase de material se consigue este color?

—No tengo ni idea.

—Creo que nunca he visto un color así. Es muy dramático.

—Sí. La verdad es que no sé muy bien por qué tengo un pintalabios azul. Toma, prueba este rosa. A mí no me favorece, me hace parecer un poco verdosa.

—Hace juego con mis pústulas —dijo apenada.

(Tenía una constelación de acné tachonada en la frente y las mejillas. Hasta el acné le quedaba bien.)

—Ah. Bueno, para eso está el maquillaje. Mira...

Yo había dejado de usarlo —me preocupaba cómo recibiría mi rostro una mirada victoriana que rechazaba los cosméticos—, pero le hice una demostración y me puse un poco de base. Margaret quedó asombrada por la suavidad con que se aplicaba y el acierto del tono. Se dibujó una flecha en la mejilla. Sobre su tez blanca, parecía arcilla. Nos echamos a reír.

Poco a poco, la bebida y la hierba empezaron a hacer efecto. Llevamos la conversación a una posición horizontal, debatiéndonos por mantener la elocuencia y la compostura. Nos tumbamos cara a cara en la cama, atontadas y lánguidas. Tenía la ambigua sensación de haber ganado algo, aunque no estaba segura de si era con Margaret, con Graham o conmigo misma.

—Qué guapa eres —le dije.

—Tú sí que eres «guapa».

—Me siento un poco cansada.

—Mmm... ¿Eres la amante de Graham?

—No. Por Dios. No. Sólo soy su puente.

—Ah —dijo, y se quedó dormida.

Empecé a dormitar. No supe cuánto tiempo pasó, pero recuperé la conciencia cuando oí la voz de Gore.

—... a ver cómo están Maggie y la minina.

La puerta de mi cuarto hizo un chasquido.

—Tu puente es un encanto. Peculiar, eso sí, para ser un puente.

—Es una mujer peculiar. Ah.

—Oh. Déjalas, Gray. Pobres criaturas.

—La degeneración de esta época. Ni siquiera se han soltado el pelo.

La puerta se cerró con un gruñido y volví a quedarme dormida. Margaret roncaba un poco, como un cachorro acurrucado. La puerta volvió a abrirse y recuperé vagamente la conciencia. Sentí una ola de aire fresco y luego una tibieza suave. Alguien nos había arropado con una manta.

A la mañana siguiente, Margaret y yo nos despertamos sin voz. Bajamos juntas en silencio para tomar té y tostadas. Cuando llegamos a la cocina, vimos que los hombres habían fregado los platos.

El otoño se incrustó en el paisaje como en una taracea. Los árboles se marchitaron y dejaron caer las hojas. Nubes plomizas esmaltaban el cielo y se levantaban vendavales por toda la ciudad.

Graham y Arthur habían decidido ir a Escocia para la temporada del ciervo, en parte para vivir la experiencia de un vuelo doméstico. Fueron en avión a Aberdeen, bajo la vigilancia del Ministerio. Los seguían como una sombra agentes encubiertos, pero una vez que llegaron al pueblecito de las Tierras Altas donde iban a alojarse, el Ministerio tuvo que retirar a los agentes. El pueblo era una de esas comunidades tranquilas donde todo el mundo se conoce y se desconfía de los forasteros que se instalan sin un propósito evidente.

Todos los expatriados tenían un teléfono móvil, pagado —e intervenido— por el Ministerio. Graham había encendido el suyo tres veces en los siete meses que llevaba en el siglo XXI. Por eso no me sorprendió que, media hora después de que su avión aterrizara, me llegase una llamada del teléfono de Arthur.

—¡Hola, Arthur!

—Soy yo. Dieciséis no suelta la pared.

—¡Ah, hola! ¿Cómo ha ido tu primer vuelo?

—Ha sido extraordinario y a la vez terriblemente mundano. Aunque me temo que Arthur y yo casi nos rompimos la mano uno al otro durante el despegue.

—¡Ja, ja, ja! ¿Se te han destapado las orejas?

—¡Sí! Muy extraño. ¡Pero el avión nos ha llevado por encima de las nubes! Las veíamos debajo como un colchón. Casi parecían sólidas.

—Dato curioso: una nube pesa de media alrededor de quinientas cincuenta y una toneladas.

—Es un dato curioso, sí.

—¿No tuviste ningún problema en el aeropuerto?

—La máquina que lee los cuerpos dejó de funcionar cuando pasé por ella.

—¿Que lee…? Ah, el escáner corporal. ¿No se activó?

—Un agente del aeropuerto tuvo que cachearme para comprobar que no llevaba armas. ¡A la vista de todo el mundo! ¡Han ultrajado mi dignidad!

—Ay, no. Te han echado a perder.

—Nadie me querrá por esposa.

—Una lástima.

—Me las arreglaré para soportarlo estoicamente. Ahora debo irme porque si no me fumo pronto un cigarrillo voy a morder la pared.

Tras la llamada, encendí el portátil para comprobar el canal de Equipos: Quentin, Control, el equipo de Bienestar, el personal administrativo asignado al expatriado Mil ochocientos cuarenta y siete y yo. Los agentes de paisano ya habían dado la alerta de que el escáner corporal no «leía» a Graham. Se recomienda que los expatriados regresen a la base, acababa de escribir uno de ellos. Pensé en la sonrisa candorosa de Graham cuando llegó a casa después de aprobar el examen, en la felicidad con la que canturreaba en el baño. Tecleé rápidamente.

> Intervenir por exceso de precaución será tan perjudicial para su adaptación como obligarlo a volver a casa. Su «legibilidad» no ha sido hasta la fecha motivo de preocupación.

Luego, en el chat privado con Quentin:

> Ha pasado por los escáneres de la entrada de personal sin problemas, ¿no? La mayoría de las veces.

El estado de Quentin permanecía oculto. Ya llevaba un tiempo así.

En el canal principal, un agente del equipo de Bienestar de Graham me estaba dando la razón.

> Su tasa de «lectura» es del 86 %, y se mantiene así desde que empezaron los registros. Con diferencia, es el promedio más alto de todos los expatriados. No queremos arriesgarnos a aislarlo y afectar esa media. Los registros empezaron hace dos semanas.

Varias personas se pusieron a teclear, pero se detuvieron en seco cuando Adela —también en estado oculto— soltó:

SEGÚN VUESTRO INFORME 1916 SIGUIÓ A 1847 Y POR UN MOMENTO FUE ILEGIBLE, AUNQUE POSTERIORMENTE LEGIBLE. ESO SUGIERE INTENTOS DELIBERADOS de comprobar la legibilidad. No interfiráis. Los expatriados serán monitorizados a su regreso.

La conversación acabó ahí. Adela era capaz de ladrar en una reunión incluso escribiendo. «Gracias», dije en voz alta. Cerré el portátil de golpe.

Después de eso deambulé sin rumbo por la casa como un globo a la deriva. La verdad es que había perdido el rumbo: durante ese año mi trabajo consistía en vigilar a Graham, y él no estaba allí para poder vigilarlo.

Entré en su habitación. Era un hombre pulcro, acostumbrado al reducido espacio de un camarote en alta mar, y allí no había mucho que ver. Me senté en el borde de la cama. Era doble, pero Graham, habituado a la litera del barco, me había dicho que se acurrucaba en el borde. No rebusqué en sus cajones, en busca de su diario o de sus bocetos, ni olí su ropa. Actué como si unos espectadores invisibles intentasen captar señales de mi obsesión.

Unos días después de que Arthur y él se hubieran marchado, Simellia me hizo una visita inesperada. Vino después de la reunión de un nuevo grupo de trabajo transversal para el proyecto sobre la «legibilidad» y los conceptos de «sincronía» y «diacronía» del brigadier.

Era una reunión de tal trascendencia que el secretario se había visto obligado a presidir la comisión de trabajo, donde había anunciado —con la voz y la cara temblorosas— que, aunque el trabajo de los puentes no variaría, el equipo de Bienestar iba a «hacer algunas pruebas» a los expatriados, con el objetivo de controlar «las constantes vitales y las respuestas» en «condiciones normales y situaciones de estrés». «Suena un poco al proyecto MK-Ultra», aventuré. «No existen precedentes en la historia, nunca ha habido nada parecido», contestó el secretario dirigiéndose al aire al lado de mi cabeza.

—¿Qué tal, Simellia?

—Hola. Espero no molestarte. Quería ver cómo te iba después del traslado de Quentin.

—Sí… claro… adelante…

Puse agua a hervir y saqué las galletas y todo lo demás. Se respiraba expectación en el ambiente.

—No puedo creer que estemos lidiando con el largo y oscuro viaje del alma a través del tiempo, o lo que sea que Defensa crea que es el «diácrono» —dije—. Menudo cambio respecto a Majaras y Matones, ¿eh?

—Preferimos no usar ese mote en el departamento. —Hice una mueca de arrepentimiento, y ella añadió, sin malicia—: Ya sabes cómo funciona esto. Seguro que estás harta de que la gente te haga bromas sobre el traductor de Google.

—Supongo que sí. ¿Té?

—Sí, gracias. Por cierto, ¿tu abuelo fue gobernador de los bosques tropicales de Camboya o algo parecido?

Se me escapó una exclamación de sorpresa, ahogada por el ruido del agua hirviendo. Siempre me ponía en alerta naranja, como mínimo, cuando la gente me preguntaba por mis orígenes con cualquier tipo de especificidad taxonómica. Nunca sabía para qué querían saberlo. Mi hermana describía esos intercambios como «microagresiones», como si ella no hablara de su ascendencia camboyana a la menor oportunidad. Seguramente la pregunta de Simellia surgía del último ensayo de mi hermana, publicado la semana anterior en una revista online, sobre el horror psíquico de pasar por blanca. Mi hermana y yo compartíamos el mismo extraño apellido euroasiático compuesto con guión, así que era fácil relacionarnos. A veces me preguntaba si mi hermana había decidido cultivar una relación conflictiva con la figura de nuestro difunto abuelo camboyano porque nuestro padre era un tipo blanco, agradable y tranquilo al que le gustaba echar la siesta por la tarde, hacer listas interminables y coleccionar cosas —sellos, DVD, plumas estilográficas de edición limitada— y no respondía a un perfil que pudiera provocarte un trauma psicológico interesante y digno de publicarse.

—Mi abuelo fue gobernador de Siem Reap hasta que lo destituyeron

en el cincuenta y cinco —dije—. Supongo que hay muchos bosques tropicales en la provincia. Claro que, si ya sabes eso, imagino que también estás enterada de lo que le pasó.

—Desapareció.

—Ajá.

Sentí que no dejaba de mirarme el pelo.

—Sé que ha sido un poco raro sacar ese tema —dijo.

—Un poco.

—Pero es que… con la historia de tu familia, me sorprende que eligieras la carrera que estudiaste. Esa temporada que pasaste en Idiomas… resulta un poco, me atrevería a decir, poscolonial. ¿Esperas que gracias a la puerta del tiempo…?

—Adela dijo que no se puede cambiar el pasado, sólo se puede cambiar el futuro.

—Eso no es más que un juego de palabras. Cambiar el pasado es cambiar el futuro. La chica sólo quiere decir que el pasado existe tal como dice ella que existe. Por cierto, ¿has conseguido que tu comandante deje de llamarme «negrita»?

Sonreía mientras hablaba, pero como Simellia sonreía siempre, incluso cuando estaba enfadada, me puse espiritualmente en guardia.

—Perdona.

—¿Por qué?

Pensé que podría parecer inmaduro decir «Por la existencia de racismo». Titubeé y farfullé, y al final contesté:

—Si te sirve de consuelo, me ha preguntado, de lo más serio, por mi sangre «mestiza».

—¿Y eso es un consuelo? Sin azúcar, gracias.

Puse las bolsitas de té en el aparador. En la superficie de mi taza flotaban trocitos de cal.

—Me doy cuenta —dije despacio— de que este proyecto para ti es más difícil que para nadie….

—Déjate de tonterías —dijo Simellia, todavía sonriendo, aunque parecía como si unas manivelas estuvieran accionando su sonrisa desde dentro del cráneo—. Dios mío, la educación contra los prejuicios del Ministerio aún tiene muchas cuentas que rendir —

añadió—. No quiero tirarte un piano a la cabeza, pero lo creas o no ya sé que soy negra. No hace falta que me vengas con paños calientes.

Le puse el té delante.

—Si he dicho algo que te ha molestado, lo siento —dije.

—No me has molestado. Sólo me aburres.

—Vale.

—«Vale.» Apuesto a que tenías un Tumblr...

Eso me arrancó una carcajada, aunque era risa nerviosa. La sonrisa de Simellia se relajó un poco.

—Ya lo creo —dijo—. Apuesto a que subiste una lista de lecturas cuando surgió el movimiento Black Lives Matter.

Me senté. De hecho, en ese momento había compartido la lista de lecturas de otra persona, pero hubiera limpiado el suelo con la lengua antes que reconocerlo.

—Simellia, ¿ha pasado algo? —le pregunté.

Giró los hombros. Parecía incómoda con su traje inmaculado.

—Sí —dijo por fin—. ¿Recuerdas cuando le dijiste al secretario que ese asunto de vigilar la «legibilidad» sonaba un poco al programa de control mental de la CIA, el proyecto MK-Ultra? Eso me hizo reflexionar sobre lo que estamos haciendo con los expatriados. Soy una profesional clínica. Se supone que me rijo por un código ético.

—¿Y qué se supone que hacemos los demás?

Simellia no había tocado el té.

—¿Qué se supone que hacéis los demás? Dímelo tú —pidió.

—Hola, agente.

—Basta —contestó, de un modo mucho más tajante de lo que me había hablado nunca—. Tómate las cosas en serio por un momento.

Me crispé; no fue evidente, no se me notó, pero me ericé por dentro. Debería haber zanjado la conversación ahí. Sentía los nervios a flor de piel, aquel cosquilleo furioso en mi interior... Odiaba llevar las de perder, y nunca se me ha dado bien encajarlo con elegancia.

—No voy a insultarte con aforismos de tortillas y huevos rotos —le dije—. Pero tú te postulaste a este puesto de trabajo. Pensabas, tanto como yo, que lo que estábamos haciendo cambiaría el mundo. Era lo que querías, ¿te acuerdas? ¿Crees que el mundo cambia sólo

pidiéndolo con educación? ¿O crees que tiene que correrse algún riesgo?

Respiró hondo. Todas las emociones que normalmente la veía disimular con profesionalidad se agitaban en su cara.

—He venido aquí —dijo— porque tú… porque… pensé que lo entenderías. ¿No sabes de lo que hablo? Del hecho de ser el experimento. De ser la mente pionera con quien ponen a prueba sus ideas. Por primera vez. ¿Hay algún otro camboyano en el equipo? ¿U otra persona del Sudeste Asiático, al menos? Puedo decirte exactamente cuántos negros hay, y sólo necesitaría una mano para contarlos.

Me eché hacia atrás en la silla. Simellia no me estaba reprochando nada y sin embargo me sentí censurada. A veces me recordaba a mi hermana.

—Simellia, no soy una víctima —le dije—. No le doy a la gente excusas para convertirme en una víctima. Te aconsejo que tú tampoco les des esa oportunidad.

Simellia me miró fijamente. Su cara se vació de emoción como el agua que se escapa por un desagüe. Se levantó.

—Gracias por el té —dijo con frialdad.

Dejé que se marchara sin despedirme y me quedé sentada en el charco de silencio que siguió al portazo. Ésa fue una de mis primeras lecciones de cómo se construye el futuro: momento a momento, sellas a tu espalda las puertas de la posibilidad.

V

—Tienes los pies hinchados —observa Goodsir.

Gore está de nuevo en la enfermería del *Erebus*. Stanley rasga la tela del dobladillo y pide agua caliente. Las laceraciones de Gore no son ni mucho menos las peores heridas provocadas por el frío que ha visto la tripulación —ni siquiera son las peores que ha sufrido Gore—, pero el pánico de Stanley proviene de la noticia que éste les acaba de dar.

—¿Está seguro de que lo mató? —pregunta el teniente Le Vesconte, el segundo de a bordo. Es un veterano de la Guerra del Opio, sereno y aguerrido, y como todo buen soldado, sensible al derramamiento de sangre.

En el mismo tono seco, Goodsir dice:

—El señor Gore nunca falla.

Gore agradece la flema irónica del cirujano ayudante. Goodsir es su amigo, en la medida en que un comandante y un matasanos pueden ser amigos. No, eso no es justo: son amigos. Goodsir es un científico de carrera. Si tuvieran higos a bordo, no los

cambiaría por las charreteras doradas que engalanan los hombros de Gore.

—Pensé que era una foca. Pobre diablo. Corrí a socorrerlo en cuanto lo oí gritar.

—¿Y ya estaba muerto? —vuelve a preguntar Le Vesconte, con una voz que suena como si le hubieran desollado la garganta.

—Sí. Manden a un par de hombres hasta el cadáver —dice Gore—. Que lleven tabaco. Cuchillos de acero, si podemos prescindir de alguno. Cualquier cosa que podamos dejar como muestra de que no queremos hacerles más daño. Dígales que no toquen el cadáver.

—Yo no armaría a esa gente, Graham —murmura Le Vesconte—. Dadas las circunstancias.

—Tabaco, entonces. ¿Señor Goodsir?

—Señor.

—¿Cree que puedo caminar?

Goodsir echa un vistazo a los pies de Gore. Agarra una planta hinchada y la frota enérgicamente.

—Sé que no importa lo que yo diga —dice, y suspira—. Vas a caminar de todos modos.

—Estupendo.

Gore empieza a calzarse las botas. Sus guantes están sobre la mesa. Tienen una costra marrón. La sangre del esquimal atravesaba las pieles. Cuando Gore llegó a su lado, ya se le había nublado la mirada.

—Le disparé en el corazón, Harry —dice abstraído.

Goodsir no contesta, pero le da un apretón en el brazo. ¿Por qué? Gore comprueba su maquinaria interna como lo haría con un cronómetro. ¿Es eso un sentimiento hurgando en la cavidad de sus costillas? ¿Necesita consuelo?

En la cubierta superior se oyen pasos atropellados y gritos de la guardia. Un redoble de botas en la escalinata. Alguien ha visto a un grupo de esquimales acercándose a los barcos.

5

Septiembre me encontró sentada en un banco de Pimlico con Margaret Kemble. Un gozne de hierro de frío otoñal seccionaba el aire. Los gorriones bailaban el vals con la hojarasca amarilla del bordillo. Margaret y yo llevábamos sendas bufandas a cuadros de fina lana escocesa que Arthur y Graham nos habían traído de las Tierras Altas. De vez en cuando, Margaret estiraba las piernas para admirar sus botas nuevas. Iba vestida como una vaquera sureña, con una cascada de pelo rubio rojizo cayéndole por encima del abrigo. Entre la bufanda y las solapas, le asomaba un palmo de escote. Margaret tenía los pechos grandes, y lo menciono porque aún no se había acostumbrado a cubrirlos sin ponerse un corsé y solían atraer las miradas de los transeúntes. Se alzaban con firmeza, como a punto de tomar la palabra, y entre ambos, en las profundidades del escote, se atisbaban unos granitos de acné, que recordaban —adorablemente— a unas migas de barquillo rosas. Tenía la piel muy blanca y luminosa, como de anuncio de crema hidratante cara. Doy tantos detalles porque creo que a los escritores masculinos a menudo se los critica por sus largas descripciones de los pechos de las mujeres, pero en mi opinión algunos pechos las merecen.

Margaret tenía que repetir el examen de aclimatación al cabo de una semana y yo la estaba ayudando a repasar.

—¿A quién votarás en las próximas elecciones?

—Todos esos hombres mienten como bellacos y traman las confabulaciones más ruines que puedas imaginar. Antes votaría a un perro rabioso.

—Si dices eso te vas a meter en un lío, pero voy a permitirlo.

¿Tienes novio?

—No. Si la persona que pregunta me gusta y estuviera de buen ver, ¿puedo preguntarle si… «tiene novia»?

—Puedes.

—¿Tú «tienes novia»?

—Déjate de cháchara, lianta. ¿Estás en Facebook?

—«Facebook» es para la gente que prefiere tener la mente llena de gachas de avena y suero de leche. Cuando acabe este año puente, tendré «Instagram».

—Dios mío. Maggie, no te metas en Instagram.

—¡Aquí viene Dieciséis!

Arthur avanzaba por la calle a grandes zancadas, ligeramente encorvado contra un viento inexistente. Llevaba una chaqueta de lana jaspeada que parecía de época, pero claro, Pimlico también lo parecía. No había visto a Arthur desde que los dos hombres habían vuelto de Escocia, y le pregunté si había disfrutado el viaje. Se sonrojó y balbuceó:

—Oh, fue… una delicia. Una verdadera maravilla. En serio.

Se sentó a mi lado, con los ojos clavados en el suelo. Margaret se inclinó sobre mi regazo y dijo:

—Dieciséis, ¿«tienes novio»? ¿Puedo «agregarlo» en «Facebook»?

Mientras Arthur se sonrojaba aún más y murmuraba que lo dejara en paz, ella me miró para preguntarme:

—¿Qué tal me ha ido?

—Genial. Eres una mujer muy moderna. Por cierto, me has metido el codo en la entrepierna. No me importa, pero antes deberías invitarme a una copa.

—Haced el favor de comportaros. Antes de que llegue Cuarenta y siete. Sabéis que os va a sermonear.

—Ahí está. Con ese tipo espantoso que parece salido del mismo infierno.

—¿Cardingham? —pregunté atisbando desde lejos.

Graham vestía su traje de cuero de motorista. La primera vez que me lo enseñó, retorciendo los hombros dentro de la chaqueta y haciendo crujir el cuero, pensé que me daba una reacción alérgica,

porque noté que se me entumecía la lengua y empecé a sentir un hormigueo en los dedos. Miré a Arthur. También parecía ser alérgico al cuero.

—Hola —dijo Graham—. ¿Habéis cometido un atraco juntos? Tenéis cara de culpabilidad.

—Tú pareces una rana bañada en tinta —dijo Margaret, la única que no se inmutó al ver a un victoriano enfundado en cuero.

—Yo también me alegro de verte, Sesenta y cinco. Thomas, supongo que te acuerdas de mi puente. No estoy seguro de si os han presentado formalmente…

—Señora —dijo Cardingham de un modo que me sonó como si hubiera dicho «zorra» y que me distrajo de Graham, y de Arthur y Graham, y de Graham y Margaret.

—Ah. Me alegro de conocerlo por fin, teniente Cardingham.

Las facciones de Cardingham se helaron. Me di cuenta de que Arthur —que era gay o bisexual y había estado marginado en su época— y Graham —un explorador a quien la vida le había exigido templanza y contención— no me habían advertido sobre cómo podía reaccionar conmigo una «figura histórica» masculina. Era evidente que Cardingham estaba asqueado. Pensó que iba a usarme de alfombra y que me cohibiría sostenerle la mirada. Margaret había ganado un terreno indescriptible, mientras que él lo había perdido. Rabiaba como un niño al que le han quitado un juguete.

—El comandante Gore me ha hablado mucho de usted. Se le ve en la cara que es usted astuta, señora.

¿O dijo «una puta»? No estaba segura. Su habla empalagosa parecía deliberada. A mi lado, las delicadas manitas de Margaret se cerraron como unas garras.

Cuando tenía ocho años desarrollé una intensa percepción del mundo no humano. Mai, Papá, Hermana, Casa, Escuela, Profesora, Baño, Plato, Silla, Color, Vestido: ésos no eran, como creía yo, los bloques con los que se construía el universo, sino elementos dispares de un mundo que compartíamos con gusanos, ratones, polillas, gorriones,

lombrices, ardillas, palomas, gatos y arañas. Me angustiaba la sensación de que tenía que luchar para hacerme un hueco. Esas criaturas no humanas estaban por todas partes. Salían de debajo de cualquier cosa y emergían de las sombras, llegaban más arriba de lo que yo alcanzaba a ver en los árboles y más abajo de lo que yo podía penetrar en el suelo. Pululaban en la misma habitación que yo sin que me diera cuenta, pero ellas advertían mi presencia en todo momento. A mi alrededor bullía un ajetreo tremendo, espantoso. No sabía cómo procesarlo. Desarrollé un miedo atroz a las arañas.

Mis padres, en ese momento, estaban tratando de quitarle a mi hermana de cinco años el miedo a la oscuridad, que expresaba con gemidos. Yo no. Yo gritaba, presa del pánico. Me encaramaba donde podía y tiraba libros y jarrones llorando desconsoladamente. Algunas veces ni siquiera había una araña, bastaba con que me la imaginara.

Mi madre, que había presenciado horrores de esos que cambian para siempre el modo en que uno oye un grito, primero lidió con mis ataques de pánico enfadándose conmigo. Tan sólo ahora, de adulta, me doy cuenta de que se enfadaba porque yo la había asustado. Siguió ocurriendo, e intentó arreglarlo, pero lo empeoró aún más. Pensó que podía matar a las arañas que me daban miedo y demostrar lo invulnerable que era un ser humano ante un insecto; pero se había criado en la religión budista y respetaba a los animales, incluso a los más espeluznantes. Así que se limitaba a lastimar a las arañas, que se escabullían medio mutiladas, y yo acababa llorando aún más. Y entonces ella también lloraba, porque en el fondo no quería matar a ninguna araña. No quería matar nada.

Mi padre dio con una solución extravagante. Aquel mismo año, en primavera, una araña tigre gorda y grande como una moneda de cincuenta peniques había tejido su tela en nuestro jardín, a lo largo de un arbusto. A mí me sacaba de quicio esa araña. Desde que me enteré de que estaba allí ni siquiera pisé el césped.

—¿Qué? —me preguntó mi padre—, ¿no quieres conocer a doña Patilarga?

—¿Qué le has hecho en las patas? —saltó mi madre, exasperada—. ¿Se las has estirado?

—Doña Patilarga —dijo mi padre gesticulando frenético—. La anciana dama que vive en el bosque vigilando su alacena.

—Ahora vigila la cena, menudo disparate —rezongó mi madre—. Y luego conseguirá un destornillador, construirá una casa y tendré que llamar al ayuntamiento para pedir el permiso de obras.

Mi padre no se dejó intimidar. Estaba decidido a que su actuación ganara a la actuación de mi madre: la mitad del éxito de la crianza compartida consiste en eso. Describió a doña Patilarga como una dama solterona, muy respetada por el resto de los insectos —aunque en realidad ella no era un insecto, añadió con pedantería—, una trabajadora incansable, una artesana, una experta en el arte de matar. Me invitó a presenciar el destripamiento de una mosca molesta y antisocial desde un sitio seguro, pero sin perderme ningún detalle de la explicación.

Funcionó. Doña Patilarga pasó de no ser humana a ser casi humana; no una humana muy simpática, desde luego, pero una mujer con recursos y no pocas habilidades.

—Mira —dijo mi padre—, ¿ves cómo espera en la esquina? No podemos verla, pero se está limando las uñas. Ya ha hecho el arduo trabajo de construir esa tela, pasó cuatro años en la escuela de arquitectura para aprender a tejerla, y ahora lo único que tiene que hacer es sentarse a esperar y dejar que acuda la presa.

Las enseñanzas de la paciente doña Patilarga me acompañaron a la edad adulta. Rara vez me apuraba; el trabajo pesado no me molestaba. Pero no se me escapaba nada y guardaba muchos secretos. Cuando en un momento dado me encontré sola en el Ministerio —Adela estaba ausente, Quentin desaparecido, Simellia me trataba con frialdad en los pasillos, Control estaba concentrado en los experimentos de «legibilidad» que realizaba el equipo de Bienestar—, volví a hundirme en mi telaraña. Algo se había torcido en algún momento, algo iba mal, pero como no sabía qué, tendría que esperar.

A pesar de que Quentin estaba en paradero desconocido, o posiblemente desaparecido en combate, yo seguía mandando mis informes internos poniéndolo en copia. Le escribía correos electrónicos, mensajes de texto, notas de voz y me dirigía a él en el

chat de Equipos. Sabía que todos mis mensajes eran analizados; en realidad, contaba con eso, porque quería que en el Ministerio creyeran que era abierta, cariñosa e ingenua. Dejé que los mensajes transmitieran una íntima naturalidad: nada demasiado personal, sobre todo cosas que se hablaban en el bar y comentarios sobre los libros que estaba leyendo.

A principios del otoño esta estrategia dio sus frutos. Cuando bajé a desayunar una mañana, encontré a Graham acodado en la encimera con un diccionario y una lata de proteína en polvo leyendo algo que tenía en la mano.

—Muerde seda minotauro —dijo.

—Mmm... ¿Buenos días?

Levantó una tarjeta alargada, una postal de lo más vulgar con una foto del palacio de Buckingham que podía haberse tomado en cualquier momento de los últimos cincuenta años y vendido en cualquier tienda del área metropolitana.

—Eso es lo que pone aquí —dijo—. ¿Un mensaje en clave, quizá? ¿Es así como funcionan las cartas de amor en esta época? ¿Tengo que defender tu honor? Buenos días, por cierto.

Quentin había arriesgado mucho con esa postal, entre otras cosas había dado por hecho que yo sabría que la poesía truncada del reverso correspondía a un punto concreto que sólo se localizaba a través de una aplicación que asignaba tres palabras a cada metro cuadrado de tierra del planeta. Estaba en medio de un descampado: un amplio espacio abierto, desafiando el cielo y a los transeúntes.

No había hora ni fecha. Al salir del trabajo, después de cerrar el correo electrónico, fui al descampado a dar el paseo que, en mis mensajes sin respuesta, le había comentado a Quentin que siempre daba. Lo vi de lejos. Tenía una apariencia de lo más normal. Llevaba una gorra de béisbol y la vulgaridad de la imagen hizo que se me nublara la visión. Una táctica inteligente, esconderse a plena luz del día.

—Quentin, qué te ocurre. ¿Por qué ya no me llamas?

—Eso es confidencial —dijo.

—¿Cómo estás?

—Me están vigilando.

—¿En serio? ¿Ahora mismo? Gracias por avisar, joder.

—Ahora no, pero en el sitio donde duermo. Allá adonde voy. Me han limitado los permisos. El Ministerio...

La frase quedó en el aire. Al acercarme le olí un aliento agrio y el aroma alcalino de algún tipo de medicamento para la piel. Le habló a mi clavícula. Se notaba que no estaba fino, o eso pensé. Me enterneció.

—Quentin. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas ayuda?

—¿Puedo confiar en ti? —soltó a bocajarro.

Entonces supe que estaba enfermo y que la presión acumulada en el proyecto de los viajes en el tiempo lo había destrozado. Quentin, el veterano agente de operaciones, jamás me habría preguntado si podía confiar en mí, porque sabía que yo podía mentir. Ahora tendría que aplacarlo, tranquilizarlo, así que adopté el papel en el que sabía que era más cómodo encasillarme: Simellia ya me había dado el guión.

—Desde luego que sí. A mí también me preocupa el proyecto. Has leído mi expediente. Habrás imaginado que sé lo que es ser la pionera. El experimento.

Un atisbo de esperanza le iluminó la cara. Asintió en silencio, la mirada perdida en el horizonte lejano donde se había perpetrado el genocidio. Qué curioso personaje ven en mí los demás.

—¿Te acuerdas del boceto que me diste?

—Sí —respondí, esta vez en un tono neutro.

—Creo que es un arma. Creo que es un arma que aún no existe, salvo que está aquí. Y... estoy bastante seguro de que he visto los estragos que causa. Y es... una puta pesadilla.

Alargué el brazo y le di la mano, en un gesto que esperaba que le resultara reconfortante, pero también para meterle sutilmente dos dedos por la manga. Noté su pulso acelerado en las yemas de los dedos.

—Eso es preocupante —dije despacio.

Retiró la mano.

—Sé que no me crees —dijo rápidamente—. A mí me pasaría lo mismo. Pero puedo demostrarlo. Este proyecto no persigue un avance

científico. Se trata de un arma.

La idea de que el Ministerio actuara con todas las cartas sobre la mesa me parecía una tontería —el progreso no se alcanza sin transgredir las líneas marcadas—, pero me dio la impresión de que Quentin era un peligro para el entorno de los puentes y los expatriados, porque o bien podía convertirse en un informante, o bien se había vuelto paranoico y deliraba. En cualquier caso, como era mi supervisor, lo veía como si hubiera descubierto carcoma en el techo de mi casa: si Quentin tenía razón y daba el chivatazo, me quedaría entre los vilipendiados y los castigados; si se equivocaba, entonces habría dejado a un loco suelto, y dudaba mucho de mis perspectivas de ascenso.

—Mira —le dije—, los puentes son esenciales para el proyecto, y yo soy el puente del expatriado que mejor se ha adaptado. A mí no pueden tocarme. Tráeme la prueba. Y del resto ya me encargaré yo.

Me he olvidado de contar el final de la historia de la araña. Empecé a visitar a doña Patilarga. Por aquel entonces me gustaba mucho *Alicia en el País de las Maravillas*, e iba a leerle pasajes en voz alta, trabándome con las siniestras nanas de Lewis Carroll. Me gustaba la dignidad con que doña Patilarga parecía escuchar, la quietud angelical con que estaba posada en su telaraña. Hasta que de pronto, con una rapidez que yo sólo podía expresar con consonantes oclusivas —¡krrr! ¡brrr!—, abandonaba su rincón para atrapar a una mosca que había caído en sus redes. Entonces cerraba el libro y la veía trabajar.

Llegué al lamento de la Falsa Tortuga durante la estación de las mariposas. Un grupo de crisálidas instaladas en las ramas del rosal amarillo de mi padre se abrieron y revelaron fragmentos de alas. Mientras las mariposas se secaban y se desplegaban, observé la grotesca exuberancia de su colorido. Las mariposas exigen muchísima atención. Una araña sólo quiere comer.

Alargué la mano y saqué una mariposa a medio terminar. Tenía un tacto casi peludo: las microscópicas escamas, formadas desde hacía apenas unas horas, se desintegraron entre mis dedos. La lancé a la tela

de araña. Se debatió un buen rato hasta que doña Patilarga puso fin a su agitación.

Contaba esta historia cuando iba borracha, a amigos durante alguna cena tranquila o a los hombres que habían atracado en mi puerto a lo largo de los años antes de conocer a Graham. Siempre pensaban que era una historia sobre mi crueldad infantil. ¿Quién le daría de comer una mariposa a una araña? A mí en cambio siempre me pareció que la historia iba de otra cosa. Todavía me daban miedo las arañas, por supuesto. Tenía ocho años. Doña Patilarga, con su docena de ojos, succionaba la vida de los vivos. Las arañas seguían dándome miedo, por supuesto. Simplemente mi mente infantil había encontrado un modo de aplacar el miedo. Únete a tu enemigo. Toma un ala. A trabajar.

El otoño seguía pisando fuerte. Los días se enmohecían y se humedecían como algo olvidado en el fondo del frigorífico. Independientemente del tiempo que hiciera, había charcos de lluvia salobre esparcidos por las aceras.

A principios de octubre, Margaret se resfrió.

En el transcurso de más de trescientos cincuenta años, el resfriado común había mutado. El cuerpo de Margaret acusó severamente la enfermedad. La trasladaron de su alojamiento puente a un pabellón del Ministerio.

Adela convocó una reunión de urgencia en su sala habitual.

—Tenemos que infectarlos a todos —dijo Ralph—. Conseguir que Mil seiscientos sesenta y cinco les estornude encima y mantenerlos bajo observación en las salas.

—Podría acabar con los del siglo XVII —añadió Ivan, el puente de Cardingham; su tono sugería que tal vez eso no estaría del todo mal.

—Sólo han estado en esas salas después del proceso de extracción traumática —dijo Simellia—. Podría ser un detonante.

—Ah, un detonante —afirmó Ralph—. Y no queremos detonarlos.

—No, no queremos, Ralph. Queremos que mantengan la mayor solidez mental y física posible. Es nuestro trabajo garantizarlo,

literalmente.

Fue una reunión conflictiva. Nada expone más las fisuras de un grupo que el espinoso mundo de los cuidados. Más que la muerte, los cuidados sacan a la luz demasiados rasgos de cada personalidad como para mantener una discusión neutral. Vacunas, cuidados paliativos, capacidad para consentir un tratamiento, qué constituye o no una enfermedad grave, el uso y abuso de un sistema financiado por los contribuyentes: plantead estos temas en una cena y observad cómo la jauría se lanza a dar dentelladas.

Para darle la seguridad de que «volvería» del pabellón y no acabaría expulsada hacia atrás a través del sistema de extracción, sugerí que podíamos organizarnos para que los demás expatriados hablaran con Margaret por videollamada.

—Sí —dijo Simellia, distante—. Me puedo encargar.

—Yo no he dicho que tengas que ser tú...

—Gracias, Simellia —zanjó Adela cansinamente—. Si no hay Ruegos y Preguntas, me gustaría hacerle mis recomendaciones al secretario...

Adela, en el tema de los cuidados, era de la escuela de «yo no he ido al médico de cabecera en mi vida; no soy una cobardica», así que todo siguió igual. Si los expatriados caían gravemente enfermos, los trasladarían a las salas del pabellón, hubiera o no detonante; si podían estar bajo control y se apañaban en casa, mejor que mejor.

Negociando con el equipo de Bienestar como si fuera una toma de rehenes, Simellia organizó una videollamada junto a la cabecera de la cama de Margaret. Los cuatro intentamos consolar por Zoom a Margaret, que estaba alterada y desorientada. (Los expatriados se llevaron un chasco por lo burdo que era el software; no esperaban desfases, pixelación o problemas de sonido en este mundo feliz del futuro.)

—¡Me han clavado agujas! Temo que vayan a despacharme... ¿No eran éstas las herramientas con las que nos atormentaron al principio?

Levantó los brazos, blancos y llenos de catéteres intravenosos. Arthur y Graham dieron un respingo.

—De ésas me acuerdo —dijo Arthur ásperamente—. Pero ha sido ahora, de pronto... Cuarenta y siete, ¿tú...?

—Sí.

—Esa sala... Maggie, ¿puedes inclinar la cámara? Santo Dios. ¿Yo estuve en ese pabellón?

Graham no contestó, pero se puso muy pálido. Simellia intercambió una mirada conmigo y por un momento volvimos a estar unidas, comunicándonos con los ojos de punta a punta de una habitación. Luego recuperó la compostura y se lanzó a discutir enérgicamente un calendario de llamadas con el miembro presencial del equipo de Bienestar, que desenfocaba el fondo en cuanto se hacía con el control del portátil.

Al final Margaret pasó seis días en el Ministerio antes de estar en condiciones para que le dieran el alta. Fueron seis días de tremenda ansiedad —me dejé las cutículas trituradas, como comida para perros —, pero una vez que salió me sentí tonta por mi falta de fe en la medicina moderna. Había sido un simple un resfriado, me dije. Cómo no iba a recuperarse de un resfriado.

A continuación, cayó enfermo Arthur, pero gracias a su proximidad temporal con los resfriados contemporáneos pudo pasar el trancazo en casa con Simellia. Poco después, lo pillé yo.

—No te acerques a mí —le advertí a Graham.

—Descuida —dijo tan campante—. ¿Un catarro de nada, con buen tiempo? Me quedé ciego por la nieve en los páramos del norte. No le temo a una simple tos.

Con la nariz tapada, hablaba resollando a través de la mascarilla, vestigio de la pandemia de coronavirus que habíamos sufrido unos años antes. Intenté preparar *borbor*, pero sólo medir el caldo para el arroz ya me dejó exhausta.

—Deja que lo haga yo —se ofreció Graham.

Le di instrucciones para cocinar el *borbor*, que yo seguía llamando *congee*, moqueando y con los ojos ardiendo como huevos picantes. Me refería al *youtiao* como *«char kway»*, y a las cebollas tiernas como «cebolletas». Estaba demasiado enferma para recordar qué lengua se suponía que debía utilizar. Lo dejé mientras la olla cocía a fuego lento, y, a pesar de mis peculiares instrucciones, le salió un plato bastante bueno. Me lo subió a mi habitación.

—¿Estás presentable?

—Nunca lo estoy, literalmente. Achís.

—¿Podrías… intentar adecentarte?

—No vas a ver nada, si es lo que te preocupa. Achís. Achís. Huy, eso tiene buena pinta. Gracias.

—De nada.

—Pareces tenso. ¿Es la primera vez que entras en la alcoba de una dama?

—Tengo hermanas. Tenía. ¿Qué es eso?

—Un secador de pelo. Achís. Puaj. Lo siento. Te dispara aire caliente directo a la cabeza.

—Vaya, muy práctico. ¿Y esto qué es?

—Mi despertador. Me pone el canto de los pájaros por las mañanas. Esa media luna se ilumina imitando el amanecer, así no me despierto a oscuras.

—Qué invento tan ingenioso. ¿Y estos comprimidos qué son?

—Píldoras anticonceptivas.

—¿Anti…?

—Tomo una al día para prevenir el embarazo. Puaj. Aunque tampoco es que tenga mucho sexo últimamente.

Se sonrojó y soltó las pastillas de golpe.

—«Tener sexo», qué expresión tan repugnante. Espero no volver a oírla nunca más —murmuró.

Durante un par de días la convivencia volvió a ser desagradable e incómoda. La relación de Graham con la sexualidad era un misterio para mí. No sabía si tenía vida sexual, si la había tenido o si quería tenerla. Lo máximo que el psicoanalista del Ministerio había conseguido sonsacarle sobre la promiscuidad y la obsesión con que se vivía el sexo en el siglo XXI era que le parecía terriblemente dieciochesco. Yo tenía una copia de sus informes médicos desde la extracción y no había dado positivo ni había recibido tratamiento para ninguna enfermedad venérea. Considerando lo extendida que estaba la prostitución en la Inglaterra victoriana, la inexistencia de preservativos fiables en su época y el hecho de que fuese marinero, eso apuntaba a que o era virgen o tenía mucha suerte. Aunque, a decir

verdad, conocía lo suficiente de su biografía como para saber que Graham había tenido mucha, mucha suerte.

Inevitablemente, se contagió del resfriado.

Lo primero que me alertó fue oír el crujido amortiguado del somier a las diez de la mañana, cuando por norma llevaba en pie ya varias horas. Llamé a su puerta, recibí un ataque de tos por respuesta y la abrí.

—¡No estoy vestido! —gritó incorporándose.

—Estás perfectamente tapado —dije. Mentira: el cuello de pico de la camiseta (era la primera vez que lo veía en camiseta) le llegaba hasta el nacimiento del esternón y dejaba ver una página de interrogantes de pelo negro a lo ancho de su pecho—. No tienes buen aspecto.

—No digas nada al Ministerio.

—Si te pones peor…

—Estoy bien. Simplemente necesito quedarme holgazaneando como haces tú un día o dos.

—No me provoques estando postrado en una cama.

Hice ademán de acercarme y se subió la colcha hasta la barbilla, parodiando la castidad.

—Voy a tomarte la temperatura —le dije, y le puse la mano en la frente antes de que pudiera esquivarme.

Levantó la vista y me observó, cauteloso, vigilante, tratando de anticiparse a mi siguiente movimiento. La piel le ardía espantosamente.

—Tienes mucha fiebre —indiqué retirando la mano con la palma brillante de sudor.

—Estoy bien. De verdad.

—Voy a llamar…

—No.

—… a Maggie y Arthur. Los dos lo han pasado. Quizá sean capaces de calibrar lo mal que estás.

Margaret y Arthur llegaron al cabo de media hora.

—¡Cuarenta y siete! —gritó Margaret dejándose caer en la cama—. ¡Estás hecho unos zorros! ¡Que me aspen, este jergón está empapado!

—Tiene una fiebre tremenda. Mira. Tócale la frente.

—Dieciséis, quítame a estas mujeres de encima —dijo Graham al borde de la desesperación.

—¿Y si te tomas una taza de té? —sugirió Arthur.

Margaret y yo salimos arrastrando los pies.

—¡Ay, es horrible! —se recreó ella— ¡Tiene la cara como una sábana sucia!

—Te estoy oyendo.

—¡Deberías quitarle esos ropajes hediondos! —le gritó Margaret a Arthur—. A punta de cuchillo, si se resiste. Los vapores que emanan empeorarán su enfermedad.

Bajamos a la cocina. Margaret dijo que una manzana sería una buena pitanza —ésas fueron sus palabras—, así que puse la tetera y me puse a pelar una manzana. Margaret me dijo que las manzanas modernas eran insípidas y agrias, así que le hablé de la agricultura intensiva. Arriba, oíamos la voz grave de los hombres.

Hubo ruido de pasos y después el rumor de agua corriendo: era de suponer que Arthur estaba llenando la bañera. Otra vez se oyeron las voces graves de los hombres; esta vez hablaban tan rápido que parecían estar discutiendo. Entonces, de repente, Arthur dijo (o soltó, más bien):

—Apenas puedes sentarte erguido. No te voy a dejar solo para que te ahogues. Por el amor de Dios, Gray… —dijo, y luego añadió algo más, rápido y en voz baja.

No alcancé a distinguir las palabras, pero levanté las cejas compasiva, porque reconocí la cadencia de la súplica. Las voces cesaron durante unos minutos. Margaret y yo intercambiamos una mirada. Entonces se oyó un chapoteo hueco, como de alguien sumergiéndose en una bañera llena de agua. Margaret sonrió. Arriba se oyó un petulante: «Puedo lavarme el pelo yo solito, gracias.»

—Quizá será mejor que nos comamos nosotras esta manzana y le cortemos otra luego —sugerí—. Se va a poner negra.

Margaret mordió una rodaja. Tenía la dentadura perfecta y blanquísima. Me pregunté con qué se cepillaba en el siglo XVII para conservarla tan nacarada. Tragó y la blanca columna de su cuello se contrajo bellamente. Me sentí confundida y fui a preparar el té.

—He asistido a muchas «sesiones» de la temporada en la filmoteca —anunció Margaret a mi espalda.

—¿Ah, sí? ¿Qué han puesto?

—Películas de la tierra de Corea —dijo—. Colocan el guión en inglés en la base de la pantalla para que podamos seguirlo. He visto muchas historias de amor.

—¿Has visto clásicos de Hollywood? Creo que te gustarían.

—¿Qué es «Hollywood»?

Sonreí. Me costaba mucho no tratar a los expatriados como pizarras en blanco sobre las que plasmar mis propias opiniones. Comprendía el dicho «el conocimiento es poder» cada vez que miraba la cara de Margaret, el sensual tono melocotón de su boca y la tersa frescura de su rostro un poco granujiento. Todos ellos tenían un aura arrebatadoramente juvenil, una falta de contexto cultural propia de la adolescencia, y yo no sabía si la fascinación que despertaban en mí era maternal o depredadora. Cada vez que le daba un libro a Graham, por ejemplo, intentaba embarcarlo en una historia que me hubiera estado contando a mí misma toda mi vida.

Margaret apoyó la barbilla en la mano y preguntó:

—¿*Carol* es una película de «Hollywood»? Me gustó mucho.

Me guiñó un ojo, y yo la imité. Era demasiado encantadora; me hubiera resultado imposible no guiñárselo también. Cuando estaba conmigo a solas ponía un timbre de voz ligeramente más grave que si pululaban hombres alrededor. Incluso para ella la feminidad era un hábito difícil de romper; por seguridad, por camuflaje. Me había dado cuenta. A veces, justo debajo de la lengua, yo notaba los signos de exclamación que ponía al hablar, marcando las frases que no me importaba que cobraran vida propia siempre y cuando tuviese la garantía de que iba a estar a salvo de las consecuencias.

Graham insistió con vehemencia en que no informara al Ministerio de que estaba enfermo. Era lo más cerca que lo había visto de suplicar. Le di muchas vueltas. Me gustaba que me suplicara.

Con remedios caseros y reposo tardó una semana y media en

recuperarse. Arthur, Margaret y yo lo colmábamos de cuidados, pero él se ponía de los nervios. No le gustaba que lo tocaran ni que se preocuparan por él; pasados los primeros días, se ponía tenso y se irritaba cada vez que lo intentábamos. Arthur y yo nos lo tomábamos como algo personal (Arthur una vez estuvo a punto de echarse a llorar). Margaret no, así que era la única que se salía con la suya y lo obligaba a aceptar su ayuda.

Por muy interesantes que me parecieran las súplicas de Graham, yo estaba poniendo en riesgo mi trabajo al no haber informado al Ministerio de un cambio significativo en su estado de salud ni de mi encuentro con Quentin. Evité ir a las oficinas durante un par de semanas, con la esperanza de pasar inadvertida en el telón de fondo de la burocracia general. Hacia el final de la convalecencia de Graham, la vicesecretaria me envió un correo electrónico para comunicarme que me habían asignado un nuevo supervisor, y creí haberme salido con la mía.

Fui en metro hasta allí. La lluvia era tan incesante que los servicios municipales empezaban a prepararse para una inminente inundación.

Adela estaba sentada en el antiguo escritorio de Quentin, con las manos pulcramente cruzadas encima de un montoncito de papeles, como una muñeca de cuerda a punto de ponerse en movimiento. Me estaba esperando y su actitud sugería que se me había pasado el turno.

—Adela. Me alegro de verte.

—Siéntate, por favor.

—Ajá. Gracias. ¿Cuándo voy a conocer a mi nuevo supervisor?

—Yo soy tu nueva supervisora.

Abrí los ojos como platos. Debió de notárseme la estupefacción, porque añadió:

—A raíz de la deserción de Quentin, el secretario y yo consideramos que lo más prudente será que tú y Mil ochocientos cuarenta y siete os mantengáis cerca de Control.

Noté que tenía la boca seca. Despegué la lengua del paladar como si fuera una tira de cecina.

—¿Qué quieres decir con «deserción»?

—Quentin ha intentado ponerse en contacto sin autorización con un

hombre que dice tener el rango de brigadier. Por algo relacionado con un boceto que hizo Mil ochocientos cuarenta y siete.

Noté que el tiempo pasaba muy deprisa y luego muy despacio. Tanto el pánico como la pena deforman la mecánica interna del tiempo; sólo fui capaz de preguntarme si valdría la pena hablar del asunto con el equipo de Bienestar.

—Sabes que yo le di el boceto a Quentin.

—Así es. Y también sé que te has reunido con él.

No sonaba enfadada. Ni siquiera expectante. Pero dejó la frase en el aire para que yo la pillara al vuelo.

—Mira, creo que Quentin… delira un poco —le dije—. He estado intentando convencerlo de que soy de fiar. No quiero que se vengue y empiece a filtrar cosas, o que ponga en peligro el proyecto y perjudique a Gra… a Mil ochocientos cuarenta y siete. ¿Dices que ha estado pasando información a Defensa a través del brigadier?

—El presunto brigadier, sí. Y su socio, Salese.

—¿Qué quieres decir con eso de «presunto brigadier»?

—Es un espía. Pero no trabaja para Defensa. Quiero decir que no trabaja para el gobierno británico a título de nada, y nunca lo ha hecho. Trabaja para uno de nuestros países aliados; técnicamente se trata de un aliado, aunque desde luego no esperáramos que mandara agentes secretos a nuestro territorio soberano. Lo supimos desde el principio, pero pensé… es decir, el secretario de Defensa y yo pensamos que sería prudente vigilarlo y aclarar los parámetros de su misión antes de alertarlos, para controlar las repercusiones. Por desgracia, desde entonces su agente ha pasado a la clandestinidad. Al igual que Quentin, según parece. Así que has estado colaborando con un traidor y prestando ayuda a un saboteador. Aun así eres… un buen puente.

Incluso eso lo dijo con una calma infranqueable como un muro. Sentí que por prudencia se abstenía de hacer reproches, y agradecí amargamente su contención. La sagacidad con que observaba mi reacción me recordó a la mirada penetrante que me había dirigido el brigadier. Como si ambos estuvieran comprobando la localización exacta de mi yugular.

—Santo cielo —murmuré, y empecé a morderme la uña del pulgar.

—No hagas eso —ordenó Adela, cortante.

Di un respingo en la silla. Hizo una mueca y cerró los puños con tanta fuerza que sus nudillos sobresalían como canicas.

—Tienes que quitarte esa fea costumbre —dijo—. Te delata.

Quizá te indigna pensar cómo pude ser tan cándida. Crees que tú aquí habrías tirado de la palanca y desviado el tren a la vía vacía en lugar de dirigirlo hacia la hilera de prisioneros encadenados. Me preguntarás por qué no fui más suspicaz, pero obviamente sospechaba. Adela era una persona inconstante, escurridiza: ni siquiera tenía siempre la misma cara. Se escudaba en unos motivos encubiertos y poco fiables. Sin embargo, ¿no podríamos describir así a todos los altos cargos? ¿Quién confía la moral de su lugar de trabajo? ¿Quién cree que trabaja del lado del bien? Nos dieron a beber un veneno de un frasco en cuya etiqueta ponía PRESTIGIO, y hemos desarrollado una enorme tolerancia a los sinsabores. Me habría asustado más que se aliviara la presión, como un gato de interior sorprendido por un aguacero súbito.

Las noches azul marino envolvían como una venda los días sombríos y cada vez más cortos. Los finos capilares del invierno se entreveraban en el aire otoñal.

Dado que Graham vivía conmigo, dado que marcaba los parámetros de mi vida, dejé de verlo como un hombre que se suponía que estaba muerto. Para mí era real. Y me metía en problemas muy reales. Poco después de mi encuentro con Adela, se llevó a Arthur de paquete en la moto y cruzaron a toda velocidad los límites hasta llegar al campo, donde se pasaron el día recogiendo endrinas para hacer ginebra y caminando por el barro, mientras yo me pasaba el día aterrorizada por si los encontraba el brigadier. Adela me dio un rapapolvo por no haber comprobado si había pedido permiso para salir. Hablaba con el tono de una madre que le reprocha a una cría a la que le ha picado

una abeja que vaya por ahí cogiendo flores.

Le solté a Graham la bronca más escandalosa de la historia. Apenas prestó atención. Quería saber cómo era posible que el Ministerio supiera que había cruzado los límites, o dónde había estado, y me quedé cortada.

—No te preocupes por eso —murmuré.

—No me preocupaba, pero lo haré a partir de ahora —repuso.

La vida es una serie de puertas que se cierran de golpe. Todos los días tomamos decisiones irrevocables. Un retraso de doce segundos, un desliz involuntario, y de pronto tu vida toma una nueva senda. Me pregunto cómo habría sido el invierno del año puente si no hubiera molestado a Simellia, o si hubiera sido menos escéptica con Quentin. Ni me atrevo a pensar en todos los cambios que provoqué en Graham, empujándolo por caminos desconocidos cada vez que pronunciaba una palabra nueva o un concepto con una trascendencia involuntariamente edénica.

No puedes evitar los traumas de la vida ni ahorrarles el dolor a tus relaciones. Tienes que aceptar que te harás daño a ti misma y a los demás. Pero también puedes cagarla, hasta el fondo, y no aprender nada de ese error salvo que la cagaste. Pasa lo mismo con la opresión: no se saca ningún conocimiento especial de vivir la marginalidad, pero sí puedes sacar algo si sales de tu dolor y examinas el andamiaje de tu opresión. Encontrarás los puntos débiles, las piezas que puedes derribar de una patada. Cuando miro atrás y me veo a mí misma en el año puente, me doy cuenta de que creía que estaba haciendo algo constructivo, que por ser un caso excepcional escapaba de la explotación. Y de hecho lo que hacía era cerrar los ojos para burlar la oscuridad creciente, como si a la oscuridad le importara que yo no viera nada.

Una noche a principios de noviembre al llegar a casa me recibió una deliciosa mezcla de olor a comida y tabaco. Graham estaba sentado a la mesa del comedor con un ordenador portátil y un cigarrillo en los labios. Aunque usaba sólo dos dedos para teclear, ya no tardaba una

eternidad en encontrar cada letra.

—Hola. Qué bien huele, ¿qué es?

—Hola. Es caldo para *pho*.

—*Phở*.

—*Faaa*.

—Casi.

Graham tenía curiosidad por la comida del sudeste asiático. Me preguntaba por los platos que hacía mi madre y me acercaba cuenquitos de melamina para que comprobara los sabores. A veces ponía la misma cara de concentración que cuando dibujaba las formas alienígenas de las torres de alta tensión. Escuchaba mis anécdotas sobre las comidas de la infancia como si completaran el retrato de una mujer, pasando por alto que la mayoría de las veces lo que yo cocinaba era arroz con pollo troceado. Le podía contar cosas de la galanga, y eso le parecía muy profundo.

Miré la cacerola.

—¿Debería estar hirviendo?

—Ay, no... ¿Podrías apagar el fuego, por favor?

—Hecho. ¿Qué estás haciendo?

—Una especie de examen de la escuela naval —contestó con cierta reserva.

—Ah —dije con la misma reserva, y removí el caldo.

Al final del año puente, los expatriados debían iniciar la siguiente etapa de integración: tendrían que encontrar trabajo. Graham quería reincorporarse a la Marina, a pesar de que con la modernización del cuerpo todo sería irreconocible para él. Yo quería que consiguiera un puesto que no le exigiera estar en el mar varios meses seguidos, o tal vez incluso años. Era demasiado pronto, me dije. A pesar de lo que Adela opinara, no estaba preparado; apenas había salido de Londres, y menos aún de tierra firme. Pero también quería que se quedara por otras razones. Era humillante saber esto de mí misma y no decirle nada que perturbara su tranquilidad.

Me acerqué con aire distraído a echar un vistazo a la pantalla y me llevé una sorpresa. En el portátil no había un fragmento de una prueba de acceso para la Marina —al margen de lo que dijera la barra de

direcciones del navegador—, sino de uno de los exámenes para ser agente de operaciones. Lo reconocí: yo lo había suspendido dos veces durante mi temporada en Idiomas.

Se me ocurrió que un agente que no disparara las alarmas de un escáner —indetectable para la tecnología moderna— sería una gran baza para las operaciones especiales. Pensé en la extraña indulgencia de que disfrutaba, en la buena acogida que le daban en los campos de tiro, en la paciencia con que lo habían tratado cuando deambulaba por el Ministerio preguntando a la gente qué hacía, por qué y cómo.

No me di cuenta de que me estaba cayendo hasta que vi que la pared se convertía en el techo.

—Eh, ¿qué te pasa?

Me cogió antes de que tocara el suelo, y ésa fue la primera vez que me tocó. Le clavé las uñas en el brazo a través de la manga de lana.

—Nada... me he mareado...

—Siéntate.

—No. No hace falta. No pasa nada. Estoy bien.

No estaba bien. Estando tan cerca, olía su piel, incluso a través del humo del cigarrillo. Aflojó un poco la tensión con que me sujetaba. Noté que sus manos me rozaban la espalda, más ligeras que las libélulas al pasar sobre el agua.

—Voy a mancharte de ceniza —murmuró.

—Apágalo.

Apoyó una mano entre mis omoplatos. Con la otra despachó el cigarrillo.

—¿Puedes tenerte en pie?

—Sí.

—Entonces ¿podrías... aflojar las garras?

—Huy. Perdona.

—No pasa nada.

También era la primera vez que lo tocaba, y me pregunté si se habría dado cuenta, si habría estado midiendo el contacto igual que yo.

De fondo, el portátil de Graham nos había estado ofreciendo una banda sonora inapropiada (otra vez Motown). Saltó a la siguiente

canción, que era la versión de los Beatles de «You've Really Got a Hold on Me». Me eché a reír, en parte porque era la canción más ridícula que podía sonar en ese momento, y en parte porque parecía de lo más victoriano que Graham detestara a los Beatles, como en efecto ocurría.

—¡Ah, ese coro de gatos llorones! —se lamentó dejando caer las manos.

Volví a reírme. Quería pensar en cualquier cosa que no fuera en Graham como agente operativo del Ministerio.

—¡Son buenos! Esta versión es mejor que la original. Mejor para bailar.

Enarcó una ceja.

—Es imposible bailar con estos espantosos lamentos.

—Nada de eso. Ven aquí.

Le puse una mano en el hombro. Titubeó con todo el cuerpo, como un trozo de papel al levantarse con una ráfaga de viento. El momento de zozobra pasó. Me dio la otra mano y me tocó la cintura con una vaguedad desgarradora.

—¿Ves?

—Esto no es bailar. Esto es... balancearse.

—Y hasta para eso te falta ritmo.

Suspiró. Dios, bailaba fatal. Rígido y sin ninguna gracia. Los ajusticiados en la horca pataleaban con más brío. Nunca en mi vida había deseado a nadie tanto como lo deseaba a él.

Atravesamos la cocina y me hizo girar, perdiendo el compás de la canción a cada momento. Cuando volvió a acercarme hacia su cuerpo, me abrazó con más firmeza. Tanteó con las yemas de los dedos el nacimiento de mi espalda. Vi los aros verdes de sus ojos, vívidos y extraños como auroras boreales.

—Eres músico. ¿Cómo puedes no tener sentido del ritmo?

—Eres un instrumento más grande que una flauta.

—Apuesto a que eso se lo dices a todas.

Me atrajo hacia él con brusquedad y el corazón se me subió a la garganta. Hice un ruido. De hecho, dije «guau». Más tarde, esa misma noche, tumbada en la cama y estrujándome las sienes con los puños,

pensaría amargamente: «Guau, joder.»

Estaba tan cerca que no alcanzaba a distinguir los rasgos de su cara; sólo la curva de su boca, suavizada por una sonrisa sutil. Bajó la cabeza y sentí que su aliento me agitaba el pelo junto a la oreja.

—Compórtate —dijo—. O tendré que darte tu merecido.

Entonces me soltó.

Se acercaba la Navidad tal como suele ser habitual en Londres, con lluvia, viento y horizontes bajos. La ciudad parecía pintada por un impresionista de segunda fila. Todo tan mortecino como de costumbre: las plantas, la luz del sol.

Cuando recibimos la alerta meteorológica yo estaba en el Ministerio repasando los protocolos de pornografía con el equipo de Bienestar asignado a Graham. Todos teníamos acceso a los historiales de búsqueda en internet de los expatriados. Arthur buscaba tanto en Google («macarena», «brewdog», «clubes nocturnos», «salas de baile», «vogue», «baile vogue», «madonna», «popper», «beso negro») que a Simellia la habían remitido a la delegación del Ministerio del Interior en busca de la guía de «Adaptación a la vida en el Reino Unido». Margaret se recreaba mirando a mujeres desnudas casi tanto como Cardingham, pero también miraba a muchas mujeres vestidas. Vivió su fase «swiftie» durante un par de semanas, aunque para alivio de Ralph se quedó sin energía por la velocidad con la que mutaba el discurso y porque en el fondo la música no le interesaba. Había descubierto la descarga de películas con una rapidez alarmante.

La razón por la que Graham era de especial interés para el equipo de Bienestar era que se había dado cuenta de que el portátil a su disposición daba parte al Ministerio. Yo llevaba tiempo esperando con una mezcla de temor y ávida curiosidad su primera búsqueda pornográfica, porque nos habían puesto sobre aviso y disponíamos de material del equipo de Bienestar para procesarla. Fue una reunión truculenta. Teníamos que notificar inmediatamente a Control si en el material aparecían niños, animales o cadáveres, aunque nos recordaron que todos los expatriados, excepto Arthur, procedían de

épocas en las que la edad de consentimiento sexual eran los doce años y el matrimonio a los quince no era inaudito. La pornografía violenta no se consideraba problemática —cláusula de Cardingham—, pero debía valorarse junto con los informes de conducta y las evaluaciones psicológicas rutinarias. No teníamos la opción de no mirar el contenido pornográfico que visitaran, puesto que desvirtuaría el propósito de vigilarlos, pero el Ministerio nos aseguró que siempre había terapeutas disponibles si veíamos algo que nos resultaba perturbador.

Cuando Graham empezó a navegar en la red, aunque él no lo llamaba así, y aprendió a teclear con la elegancia y la velocidad de un pato mareado, imaginé qué clase de búsquedas podrían aparecer en los informes que me llegaran de la base de datos del Ministerio —*pechos, corsés ceñidos, medias*— y me estremecí de vergüenza. Me horrorizaba la idea de que pudiera tener alguna desviación sexual o, peor aún, que sólo le interesaran las rubias. Una de las primeras búsquedas que hizo fue adorablemente doméstica: *Las recetas más difíciles; Cómo hacer soufflé de queso; Qué es el miso; Dónde comprar miso; Desde cuándo Japón está abierto a Europa.* Un día después de leer este informe, recibí otro que enumeraba los siguientes términos de búsqueda:

Hola gata horrible; ¿Ves todo lo que yo veo?; ¿O me lees la mente para saber los ingredientes de las recetas?; ¿Podrás traer a casa crema de coco?

Que el registro de la búsqueda indicara que había tardado seis minutos en teclear no me quitaba la sensación de que había deslizado su peón hasta mi reina. En efecto: la tarde que vi la primera búsqueda, compré miso al pasar por el supermercado en el camino de vuelta, con la cabeza vacía como un melón. Estaba tan acostumbrada al miso como concepto culinario que no registré la influencia subconsciente en la cesta; sólo Graham, deslumbrado por Oriente, se dio cuenta.

Cuando llegué a casa, me preguntó:

—¿Y bien? ¿Has traído la crema de coco? —y sonrió con verdadera ternura al ver cómo me sonrojaba. Nunca más podría volver a comer un plato con miso sin saborear mi fracaso.

El psicoanalista con el que Graham trabajaba —o, mejor dicho, al

que dejaba que le hiciera preguntas— era freudiano. A mí eso me parecía fascinante y siempre me esforzaba por ir bien vestida a las entrevistas con él, porque imaginaba que tendría toda clase de ideas descabelladas sobre las mujeres y esperaba que me diagnosticara como una sádica sexual o algo así de sofisticado.

—La represión a este nivel puede causar daños graves —oí que decía—. Más incluso que la enajenación defensiva, podría inhibir seriamente la capacidad de Mil ochocientos cuarenta y siete para entablar relaciones importantes en esta época.

—Cierto, pero sabe que le estamos vigilando.

—¿No le has mencionado las ventanas de incógnito?

—Por supuesto que sí. Pero también podemos verlas.

—No hace falta que él lo sepa. Francamente, me preocupa que sus métodos para expresar la necesidad estén tan contenidos. Sugiere un trauma profundo en algún punto de su pasado, enterrado más allá de un posible tratamiento. Me gustaría repasar los momentos clave de su biografía...

Pensé en la batalla de Navarino —Graham tendría dieciocho años entonces, y debió de ver imágenes muy impactantes, como cuerpos de marineros destripados por los cañones colgando de las jarcias—, y luego pensé en lo que sería perder toda una vida, un hogar y una familia en un abrir y cerrar de ojos, y pensé en mi madre. La represión puede ser una herramienta útil para alimentar a tu familia, mandar a tus hijos a la escuela, a pesar de...

—Ya hemos repasado este material —dije, al mismo tiempo que uno de los operarios asomaba la cabeza por la puerta y gritaba: «¡Alerta meteorológica!»

—¿Qué pasa?

—Se acerca una tormenta.

—Mierda. Pensaba que teníamos hasta el martes, ¿no?

—Dicen que viene ya. Será mejor que te vayas a casa o puede que no llegues. ¿Cómo te mueves?

—En bicicleta.

—Uf. Yo la dejaría aquí.

En Londres no puedes ser ciclista habitual sin curtirte con una

coraza de «si te da rabia, que te den», así que volví pedaleando a casa de todos modos. Como predijo el operador, fue un error. El viento me sacudía como a un escarabajo en una caja de cerillas. Después de estamparme contra varias superficies, incluida la acera, me bajé y me puse a andar empujando la bici.

Me faltaban unos tres kilómetros para llegar a casa cuando el cielo se puso completamente oscuro y empezó a llover. Retumbaban los truenos. El inmenso armario de la cubertería en el cielo se había caído de la pared.

Nuestra calle estaba en fases iniciales de inundación cuando llegué. El brioso cauce de un río, aplaudido por las gotas de lluvia, había sustituido el asfalto. Pude distinguir el brillo nauseabundo de los chalecos reflectantes. Se oían gritos, algunos alegres. El ayuntamiento ya había repartido sacos de arena —enviados por camiones con ruedas tan grandes que parecían un chiste malo— y la gente estaba colocando barricadas caseras. El «espíritu del Blitz», llamaban a este tipo de cosas los periódicos, como si la catástrofe climática o los bombardeos aéreos alemanes fueran una fiesta nacional. Con esa jovialidad estoica fue como presentamos la Segunda Guerra Mundial a los expatriados, por cierto; Arthur se llevó tal disgusto al enterarse de que habíamos entrado en la segunda contienda global que pareció la opción más compasiva. Hicimos hincapié en el heroísmo demostrado en Dunkerque, en la abnegación de las tropas y, por supuesto, en el espíritu del Blitz. Aun así, no les habíamos hablado todavía de los campos de exterminio.

Alguien en medio de la carretera daba indicaciones sosteniendo una linterna de una potencia tremenda. Fui de mal humor hacia la luz como una sirena. En el fondo me acerqué a esa persona sólo para que me regañara por ir en bicicleta y sentirme aún peor. Me quedé atónita cuando oí:

—¡Oh! Pobre gatita ahogada.

—¿Graham?

Me sonrió desde su halo particular.

—Hola. Oí la alerta de tormenta por la radio y pensé que sería mejor hacer algo.

—¿«Hacer algo»?

—¿Dónde pongo este lote, señor Gore? —preguntó alguien desde el camión.

Graham vadeó la calle hacia ellos. Lo seguí, despacio, entorpecida por la bicicleta.

—¡¿De dónde has sacado todo este material?! —le grité.

—¿A qué te refieres?

—¿Los chalecos reflectantes? ¿Y esa linterna descomunal?

—Fantástico, ¿verdad? Los muros de contención tienen que ser de un metro por lo menos, Anton.

—No tengo sacos suficientes para eso.

—¿Dónde está el conductor? Voy a hablar con él...

—Graham —lo llamé.

Se volvió y me sonrió de nuevo, galantería con repetición automática.

—Será mejor que entres —dijo—. Vas a pillar un «trancazo» con la ropa mojada.

Se dirigió hacia el camión. La bici y yo traqueteamos tras él. Me sentí como una brújula experimentando un cambio súbito del norte magnético.

—Graham. ¿Eso es material del Ministerio? ¿Por qué lo tienes tú? ¿Cómo es que lo tienes? Porque sé muy bien que no te lo han proporcionado desde allí.

—Pensé que podría ser útil —contestó.

Y no conseguí que me diera más explicaciones porque en ese momento debió de estallar una tubería y la calle se convirtió en un tobogán de agua.

La tormenta produjo daños mínimos en el vecindario. Fue la primera vez que fui consciente de que vivíamos en un «vecindario» y no sólo en una antigua casa segura del Ministerio. Graham tomó conciencia del «vecindario» antes que yo; conocía por su nombre de pila a varias personas de la calle, nuestros «vecinos». Y hablaba con ellos, algo que a mí me parecía perverso. Entre eso y la cantidad de material del

Ministerio sin registrar que empecé a ver por la casa, me di cuenta de que no había vigilado a Graham tan de cerca como hubiera debido; o, mejor dicho, que había prestado más atención a sus afectos que a sus actos.

Cuando Graham sólo existía para mí en el plano teórico y me había estado documentando sobre él como difunto, me había topado con una entrada en el blog de un conocido historiador de la expedición de Franklin. Hablaba de la desaparición de un cronómetro marino, el Arnold 294, que figuraba en los registros navales como «Perdido en las regiones árticas con el *Erebus*», a pesar de que se había utilizado por última vez en el *Beagle*, en las costas de Australia, en 1837. Me conocía al dedillo la hoja de servicios de Graham, así que sabía que había sido teniente primero en el *Beagle* justo antes de que lo destinaran al *Erebus*. El especialista llegaba a la misma conclusión que llegué yo: el teniente Gore —su rango entonces— era el responsable de que el Arnold 294 desapareciera en el Norte.

Debían de faltar registros, sugería el historiador, porque sería muy extraño que el teniente Gore se hubiera quedado el cronómetro. Al principio de nuestra convivencia, le pregunté a Graham por esa discrepancia y esbozó una sonrisa encantadora.

—Ah —dijo con un suspiro—, era un cronómetro magnífico.

—Entonces ¿pediste permiso para quedártelo o qué? ¿Cómo se cerró el acuerdo?

—Bueno, gata astuta —contestó Graham—, como siempre estás insistiendo que haga, decidí «tomar la iniciativa».

Me reí tanto que me olvidé del asunto. Debería haber sacado conclusiones de aquella conversación, aunque parecía que tampoco lo habían hecho los que habían rodeado a Graham en su día a día, incluidos sus capitanes. Les caía bien, y por eso los demás imaginaban una afinidad compartida —todas las personas que se hacen querer saben cómo ser un espejo halagador—, y podía convertirse en el perfecto hombre de cera (recordé, una vez más, el retrato a pluma que hizo el capitán Fitzjames de «un muy buen oficial, y de lo más encantador»). Me rondaba una vaga sospecha de que su compromiso no era incondicional, y que estaba aliado con la Marina o el Imperio o

el Ministerio más por conveniencia que por sentido del deber, pero no le di muchas más vueltas. Estaba aliado con Graham Gore, era pragmático, y yo parecía caerle bien. Con eso me bastaba.

Iría a ver a mis padres durante las Navidades, la única semana de vacaciones que nos daban a los equipos puente centrales. Los expatriados, salvo la pobre Anne Spencer, pasarían las fiestas en una casa de campo en la costa de Kent, con un par de miembros del equipo de Bienestar para supervisarlos. A mí me sonaba a un encuentro informal de trabajo precipitándose hacia un acontecimiento apocalíptico, pero Graham se imaginaba una casa de campo junto al mar como un hombre que ha recorrido un matadero visualiza una ducha con agua hirviendo.

—Será bonito ver un fuego hecho a la antigua usanza. Muros levantados a la antigua —afirmó.

—Como cuando los hombres eran hombres de verdad, ¿eh? ¿Con qué está hecha esta casa, entonces?

—Con tubos de plástico y aglomerado.

Unos días antes de que nos separásemos invitó a Margaret y a Arthur a cenar. Graham estaba preparando un extravagante risotto de marisco que requería tanto vino espumoso como brandy cuando llegó Arthur.

—¡Arthur!

—Hola, guapísima. Te he traído una disculpa líquida.

Arthur me entregó una botella de un licor morado.

—¿Ginebra de endrinas?

—¡Vodka de endrinas! Nunca había probado el vodka. Pensé que sería un experimento interesante... Siento que Cuarenta y siete y yo te metiéramos en un lío cuando fuimos a recoger bayas. No tenía ni idea de que habíamos traspasado los límites. Me agarré a él y dejé que tomara el rumbo.

Murmuré unas palabras vagas y conciliadoras, pero afortunadamente Arthur no sentía tanta curiosidad como Graham por saber cómo fue capaz el Ministerio de rastrearlos hasta dar con el

metro cuadrado exacto donde se encontraban; creo que lo avergonzaba más que Simellia y él no nos hubieran invitado aún a su casa, y probablemente nunca nos invitaran.

Margaret me abordó nada más entrar por la puerta. Con su excentricidad habitual, llevaba unos pantalones de campana de terciopelo azulón y un jersey de cachemira que tenía bordado un pato con cara de pocos amigos.

—Prométeme que no me vas a regañar —susurró sujetándome la muñeca con la mano.

—No pienso prometer nada de eso. ¿Se puede saber qué has hecho?

—Me he instalado «Tinder» en el «móvil».

—¡Maggie! Acabas de aprobar el examen de acceso.

Margaret me enseñó el teléfono con picardía. En la parte de atrás había una pegatina holográfica un poco rayada de algún programa de televisión infantil dirigido a adultos colocados. Era curioso vivir en un mundo donde ella sabía lo que era y yo no.

—Tengo sensatez de sobra para escribir cartas de amor —declaró—. Con el tiempo me he vuelto muy sensata. No es más que un medio nuevo.

—¿Cuál es el trasfondo que te dio el Ministerio? ¿Que estudiaste en un colegio de élite en Suiza y ahora te has vuelto chiflada?

—Sí, recorrí las montañas con mi traje tirolés cantando con los pájaros y las ovejas. Ahora los miasmas de la ciudad me han destruido y soy un huevo revuelto en una carcasa de mujer.

—Ajá, sí, suena plausible. Muéstrame tu perfil, entonces. Uf. Vale. La foto es buena. Bastante… directa.

—Al menos prométeme que no se lo dirás a los hombres. Ya sabes cómo murmuran esos zoquetes.

La empujé hacia la cocina mientras seguíamos hablando. Margaret no tenía muchas ganas de pasar las Navidades con Cardingham.

—Tal vez se lo lleve una viruela antes de que nos marchemos de la ciudad. O un «carro» le parta las piernas. O…

—Lo que dices no es muy cristiano, Sesenta y cinco —dijo Graham seriamente, dándole una copa de vino espumoso.

—Te recuerdo que no te ofreciste a alojarte con él.

—Bueno, Arthur y yo compartimos habitación en Escocia. Sé que sus ronquidos son tolerables.

Arthur se sonrojó y carraspeó.

—He traído un aparatito fantástico. Creo que lo encontraréis interesante.

Rebuscó en su bolsa. Sacó dos piezas de un artilugio con apariencia electrónica y aire ochentero, y las conectó. Un chirrido inalámbrico llenó la cocina.

—¿Es un theremín? —pregunté.

—Una adaptación —contestó Arthur con orgullo—. ¿Querrías acercar la mano?

Pasé la mano por encima de los sensores del aparato. Aulló lúgubremente.

—Sesenta y cinco, ahora prueba tú.

Margaret metió la mano en el campo sensor del theremín. Nada. Alargué la mano y la puse suavemente sobre la suya. El theremín cantó con un resuello. Aparté la mano, y se detuvo.

—Muy bien, Sesenta y cinco… dile que estás ahí.

Margaret se echó el pelo reluciente por encima del hombro y frunció el ceño mirando el theremín. Al cabo de unos segundos, su mano tembló y el theremín soltó un gemido.

—No consigo dominarlo del todo —declaró echándose hacia atrás —. Cada vez que busco mi «síncrono» vuelvo a caer en mi «diácrono».

Arthur hizo oscilar la mano por el espacio cargado de ondas. El theremín titubeó entre el silencio y el canto.

—¿Estás controlando si puede detectarte? —pregunté sorprendida.

—¡Sí! No es fácil. Como dice Maggie, mantener la «sincronía» y la «diacronía» alineadas es delicado.

—¿Cómo sabéis cómo controlarlo?

Margaret y Arthur intercambiaron una mirada.

—Es… difícil de explicar —dijo Arthur—. Ni siquiera sabíamos que podíamos percibirlo hasta que llegamos aquí.

Graham se acercó y se colocó entre nosotros. Pasó los dedos por encima de las antenas, como si los metiera en un arroyo. La máquina restalló una vez, pero por lo demás permaneció en silencio.

—¿Los sonidos siguen algún patrón? —preguntó.

—Simplemente es la escala de do mayor —murmuró Arthur—. Empieza por la izquierda.

Graham acercó las manos y puso cara de concentración. Separó los dedos y se mordió el labio. Entonces, abruptas y tartamudeantes, sonaron las primeras notas de «Greensleeves». Nos echamos a reír y nos obsequió con una de sus raras sonrisas, toda fulgor, toda hoyuelos.

Tomé el lento tren para volver a casa con mi familia. La grisura de los extensos suburbios londinenses daba paso a un verdor domesticado y a autovías, a interminables polígonos de supermercados al borde de las estaciones y los puentes que conducían a pueblos de extrarradio sin esplendor alguno. El paisaje se condensó. Entonces llegué a casa y me embargó la sensación de hogar.

Mi hermana había llegado antes que yo y me recibió en la puerta con el ceño fruncido y los puños enjabonados.

—El hornillo de camping pierde queroseno por todas partes y estoy haciendo lo posible por limpiarlo —me dijo a modo de explicación—. Dame la bolsa. Se nota que estás hecha polvo.

—Hola. Yo también me alegro de verte.

En Nochebuena mi familia come *yao hon*, estofado camboyano. Mantenemos el estofado caliente en la mesa con un antiguo hornillo de camping; ablandamos los discos de papel de arroz para el *yao hon* en cuencos de agua caliente, que más de un invitado ha confundido con un cuenco para lavarse los dedos. Desde el comedor, oía a mis padres discutir sobre los restos del hornillo. Los saludé de lejos: «Hola, papá. Hola, Mai», y apenas se oyó una mínima modulación en su toma y daca mientras se acercaban por el pasillo a abrazarme.

Había más pilas de cosas alrededor de la casa. El papeleo había empezado a reproducirse en cautividad. Las cajas de plástico de comida para llevar se amontonaban en superficies ya abarrotadas, llenas de desinfectantes de manos, tiritas, gomas elásticas, abridores de botellas y post-it cubiertos de jeroglíficos paternos y maternos. Mi hermana subió corriendo las escaleras y metió la maleta en mi cuarto.

Oí que una columna de papeles se desplomaba.

—¿Cómo va el espionaje? —preguntó jovialmente mi padre.

Me sobresalté antes de acordarme: cuando me embarqué en el proyecto de los viajes en el tiempo, el Ministerio había creado para mí un puesto tapadera en Idiomas como traductora en una misión confidencial. Mi familia dio por hecho que me habían ascendido a señorita Moneypenny.

—Bien, bien —dije—. Me paso el día pinchando el teléfono a los inocentes y limpiando la pistola en mi escritorio.

—¿Te han dado una pistola? —preguntó mi madre, alarmada—. Las armas son peligrosas, ¿sabes?

—Era una broma, Mai. Sólo estoy de pitorreo.

—¿De pitorreo con una pistola?

—Mai —añadió mi hermana cansinamente—. No pasa nada. Sólo que no tiene ninguna gracia.

—Ya veo —contestó mi madre con filosofía.

Mi hermana estaba enfadada conmigo porque diez días antes nos habíamos peleado durante uno de nuestros breves pero explosivos encontronazos. Resulta que ella había publicado un relato en una erudita revista online basado en un incidente de nuestra infancia, cuando nuestra madre se olvidó de echar el freno de mano al aparcar y el coche chocó contra el Ford Astra de un vecino. Los vecinos salieron dando voces e insultaron a mi madre con frases cada vez más racistas: «Eres un peligro», «irresponsable», «estúpida mujer que no entiendes nada», «pero qué coño estás diciendo», «vaya acento», «farfullar», «quizá sea diferente en tu país, pero aquí tenemos valores». Mi madre estaba tan angustiada que cada vez hablaba peor inglés, lo que la hundía aún más. Cuando mi hermana y yo salimos corriendo a la puerta para ver qué pasaba, me puse a llorar —tenía nueve o diez años—, y los vecinos dijeron que ella me había pellizcado para que llorara y diera lástima. No pararon hasta que mi padre, hombre y blanco, llegó por la calle andando del trabajo. De pronto parecían dispuestos a recular y mirar los papeles del seguro.

Ese recuerdo me atormentaba tanto que hacía muchos años que lo había enterrado, por lo que me horrorizó verlo por escrito: todas

nuestras heridas abiertas a la inmundicia del mundo. Llamé a mi hermana.

—¡¿Has perdido la puta cabeza o qué?! —le grité—. ¿Crees que nuestra madre es material para usar en tu carrera de escritora? ¿Cómo puedes ser tan egoísta?

Mi hermana puso en práctica la máxima de que la mejor defensa es un buen ataque. Escribo lo que me da la gana, y si la verdad cruda y dura no gusta, lo siento, no es venganza, sino que quiero dejar constancia de nuestra realidad y dar voz a nuestro relato, etcétera, etcétera.

—Has humillado a Mai —contesté con un gruñido—. Nos has humillado a todos.

Me colgó. Desde entonces no habíamos vuelto a hablar.

Mi hermana sostenía que su trabajo era una especie de reivindicación, una especie de ocupación del espacio en protesta por una infancia confinada a espacios reducidos. Que todo lo que contaba era la verdad, como si la Verdad fuera una especie de purificador que aplicado con criterio convertía el barro y el plasma en agua limpia. No sabía quién leía sus textos aparte de la gente con la que ya estaba de acuerdo de antemano. A mí me parecía que había decidido colgarnos del cuello una tarjeta. Yo no entendía que alguien pudiera encontrar poder en una muestra de vulnerabilidad. El poder eran las influencias, era el dinero, pertenecía a la persona que empuñaba el arma.

Mientras observaba cómo mi familia emprendía el complicado proceso de resucitar el hornillo de camping, me invadió una sensación de tremenda frialdad, como si se hubiera caído una pared dejando la estancia expuesta a la noche de diciembre. ¿Quizá debería hacerme con un arma? Sin duda el brigadier tenía una, y puede que Salese también, y yo ahora sabía que eran una amenaza, o al menos que iban totalmente de incógnito. ¿Qué habría sonsacado el brigadier de su acceso al Ministerio? ¿Sabía dónde vivía mi familia? ¿Dónde vivía mi madre, que había conocido terror más que de sobra para seis vidas, y mi padre, a quien el conflicto le provocaba tanta ansiedad que acumulaba multas de aparcamiento de hacía décadas? ¿Sabía dónde vivía mi hermana, que se creía valiente y pensaba que mostrar el lado

vulnerable avergonzaría al animal dominante? ¿Y yo, estaba a salvo? ¿Acaso no era del Ministerio?

Los expatriados me escribían durante las vacaciones de Navidad. Arthur me envió multitud de mensajes que se empeñaba en redactar como telegramas (47 + BRIAN CON LA FLAUTA + GUITARRA STOP VAYA JALEO STOP INTENTAMOS TOCAR CAYLEE STOP PERDÓN POR LA ORTOGRAFÍA STOP DELICIOSA APOTEOSIS FINAL) y fotos divertidas y desenfocadas de toda la variopinta tropa. Margaret rara vez escribía, pero me mandaba fotos extrañas y seductoras de cosas que le habían llamado la atención: el resplandor del fuego en una bola de adorno rota en el árbol, un cuenco de naranjas, un espejo moteado donde se veía reflejada la luna.

Sólo recibí un mensaje de Graham, que había encendido su teléfono para la ocasión.

> Querida gata horrible:
>
> Como no estoy acostumbrado y no tengo práctica con esta máquina, debo ser breve. Estamos pasando unos días espléndidos, bien que un tanto paganos. He obligado por la fuerza a la tropa a asistir a la misa del gallo esta noche. 65 no puede y no quiere portarse bien. 16 y yo nos hemos encargado de cocinar las guarniciones, pero con el ave no nos atrevemos. Te llamaré el día de Navidad para asegurarme de que sigues de una pieza. He tardado media hora en escribir esta misiva.
>
> Tu afectuoso amigo,
>
> G. G.

No llamó hasta última hora de la tarde. Me había pasado el día aletargada por el exceso de comida, jugueteando con un precioso colgante dorado en forma de gallina dando una zancada. Era su regalo de Navidad. La nota que lo acompañaba explicaba, en su perezosa cursiva, que era un collar galliforme, para ir a juego con el bolso galliforme. Yo le había regalado un pañuelo de seda de aviador y un ejemplar de *El espía que surgió del frío*, porque andaba ya por la duodécima relectura de *Animal acorralado*.

—¡Feliz Navidad!

—Feliz Navidad. Suenas un poco lánguida. ¿Te he despertado?

—No, no. Siempre paso la Navidad medio en coma. Gracias por el collar, es muy bonito.

—De nada.

—Me gusta cómo corre el pollo.

—Va de camino a una reunión importante, como a menudo pareces ir tú.

Oí el suave rasgueo de un mechero, el papel crepitando con la llama y luego el sonido de una inhalación.

—¿Estás fuera? Te oigo fumar.

—Ah, ¿en serio? Perdón, qué descortesía por mi parte. Pero, por favor, no me hagas apagar este cigarrillo.

—No se me ocurriría. Así que ya le vas cogiendo el truco al teléfono.

Dio una calada al cigarrillo.

—Es menos complicado que tratarte en persona —me dijo afablemente.

—¿Ah, sí?

—Cuando te plantas delante de mí con esa... esa... graciosa boquita tuya.

Los dos nos quedamos sin palabras. Se aclaró la garganta y dijo:

—Bueno. Me gusta simplemente... hablar contigo. Aunque parece que hasta en eso puedo meter la pata.

—Oh no, tú... quiero decir que yo... o sea... ¿te lo estás pasando bien?

—Sí. ¿Y tú?

Dejé escapar un suspiro, aliviada y decepcionada al mismo tiempo..

—Sorprendentemente, sí. Es mucho más divertido discutir con mi familia en persona que dentro de mi cabeza. Huy...

Exhaló deprisa.

—Ah —dijo—. No te preocupes. Aquí todo el mundo ha perdido a su familia. Hemos improvisado una nueva. Casi parece Navidad en la sala de oficiales.

—Eso es... estupendo.

—¿Cómo es tu familia?

—Bah, gente muy corriente.

—Eso no es cierto, estoy seguro. Me gustaría que me contaras más cosas sobre el pueblo de tu madre. ¿Siguen tradiciones especiales en Navidad?

—Bueno, son budistas. Así que no.

—Ah. Vaya. ¿Y la casa de tu familia está en el mismo sitio donde tú creciste?

—Sí, vinimos a vivir aquí cuando yo tenía ocho años, y aquí han estado desde entonces.

—Debes de haber sido una niña peculiar.

—No te pases.

—Por tu voz sé que estás sonriendo —dijo—. ¿Cómo es el lugar?

—Estamos cerca de un bosque. Y a un par de kilómetros hay un lago precioso adonde solía ir a remar en verano. Me han silbado varias generaciones de gansos.

Hubo unos instantes de silencio al otro lado y pensé que había perdido la conexión, hasta que dijo:

—Yo también sonrío.

—¡Ah! No tengo el oído tan fino como tú, no lo detecto.

—Intentaré sonreír más alto. —Se interrumpió y resopló suavemente por el teléfono, algo entre un suspiro y una carcajada—. ¿Sabes? Cuando te pierdo de vista, temo haberte imaginado. Y me...

Me dio un vuelco el corazón. Carraspeó afectadamente y pareció reconsiderar la deriva de sus pensamientos.

—Cuéntame cómo fue tu infancia allí.

—Bueno —dije—, ¿qué quieres saber?

—Cualquier cosa. Todo.

Cada vez que le contaba algo a Graham —de mí, de mi familia, de mi experiencia en el mundo que compartíamos— estaba intentando ocupar un espacio en la cabeza del expatriado. Tenía una idea clara de cómo deseaba aparecer en su imaginación. Sólo le contaba lo que quería que supiera y creyera de mí. Pero a veces después me sentía mal, como si me hubiera atiborrado de dulces y estuviera mareada por beber demasiado vino. El hecho de que me apeteciera admitir lo que

era y lo que no era me parecía de una complacencia peligrosa.

El gran proyecto del Imperio era categorizar: propiedad y propietario, colonizador y colonizado, *évolué* y bárbaro, tuyo y mío. Yo heredé estas taxonomías. Creo que por eso jugué al escondite con mi identidad étnica mientras pude. Siguen mandando los mismos de siempre, e incluso cuando los mismos de siempre dicen «marginados» en lugar de «mongoloides» están reconociendo que en cualquier caso somos un problema del que hay que ocuparse. ¿Cuándo me tocará a mí sostener el palo y la zanahoria? Mi hermana tenía largos y grandilocuentes discursos para desmontar el complejo del palo y la zanahoria, pero eso implicaba vivir constantemente cabreada, tuitear con entusiasmo sobre autores noveles de color —que nunca publicaban una segunda novela cuando se acababa el ciclo de la promoción— y cobrar una miseria.

La lealtad y la obediencia se fomentan con historias. El Ministerio y sus satélites contaban con personal convencido de que se fumaría un último cigarrillo airosamente mientras le ponían una pistola en la nuca. La verdad es que estábamos encadenados a la idea de que hay que cumplir las órdenes y cumplir con el trabajo. «Mantén la calma» es sólo otra orden, como «Dispara a ese hombre» o «Borra el resto». Seguimos adelante. La mayoría de nosotros suplicaría para que le dieran un tiro de gracia. Graham, creo, era una de las pocas personas que había conocido capaz de enfrentarse a la muerte con ese cigarrillo desafiante, y eso se debía en parte a que era un fumador empedernido.

Quizá yo estaba cansada de historias, de contarlas y de oírlas. Mi sueño era ser *pos*: posmoderna, posnauta, posracial. Todos querían que hablara de Camboya y yo no tenía nada que decir sobre Camboya. Si de esto que explico aprendes algo de Camboya, es cosa tuya. Cuando Graham aún estaba en mi vida, me miraba mucho en el espejo, intentando verme como una extraña. Tenía interiorizado el rechazo de mi rostro. No era raro que al mirarme a la cara pensara: «¿Qué demonios es eso?» Estaba harta de no parecerme a la persona con la que estaba: ¿no es ése el objetivo de ser mestiza? ¡Ah, Inglaterra, Inglaterra! Contar una historia a tu antojo es lo que mejor sabes hacer. Graham Gore fue al Ártico creyendo que una muerte noble era posible

por culpa de todas esas historias, y entonces él mismo pasó a ser una historia. Ah, Inglaterra, querías inventar historias conmigo...

Cuando entré en el Ministerio y me tocó pasar por RRHH, una mujer recorrió con un dedo la columna que resumía la historia de mi familia.

—¿Cómo fue crecer con todo eso? —me preguntó.

Se refería al lote completo: los chistes sobre los fideos de Pol Pot en las primeras citas, los ataques de llanto de mi tía, la estupa sin cenizas, Gary Glitter, el Agente Naranja, que nos encantara Angkor Wat, el cambio de régimen, no saber dónde estaban los cadáveres, la princesa Diana, las minas antipersonas, el pasaporte en el cajón de mi madre, las pesadillas de mi madre, puta china, no se te nota, mujeres dragón, paki de mierda, Tuol Sleng era una escuela, Saloth Sar era un maestro, las medallas de mi abuelo, el pelotón de fusilamiento, las manos temblorosas de mi tío, está en mi lista de cosas por hacer antes de morir, Hermano Número Uno, me gustan las latinas, los campos de exterminio, *Los gritos del silencio,* Angelina Jolie, ¿quieres decir camerunesa?, ¿quieres decir vietnamita?, ¿cómo has dicho que te llamas?

Sopesé la pregunta.

—No lo sé —contesté—. ¿Cómo fue crecer sin nada de eso?

VI

Los cabecillas del grupo —un anciano y dos cazadores más jóvenes— solicitan permiso para abordar el *Erebus*. Al menos eso es lo que alcanzan a entender. La expedición de Franklin no viaja con un intérprete, por lo que la tarea de traducir recae sobre el capitán Crozier, del *Terror*. A pesar de que no habla el mismo dialecto que los esquimales, se las arregla con retazos de vocabulario común.

Una partida de diez nativos sube a bordo. No se comportan como suelen hacer los nativos, curiosos y dueños de sí mismos, deambulando a sus anchas por el barco, bromeando con los hombres, haciendo trueque por signos. Se apiñan en el alcázar y escuchan impertérritos mientras Crozier tantea lúgubremente una disculpa. Gillies y Des Voeux han puesto a sus pies alfileres, tabaco, espejos y botones a modo de ofrenda. Cuchillos, no.

Al final, Crozier vuelve con andar pesado hasta la comandancia del *Erebus*, que aguarda con expectación

en un corrillo un poco aparte.

—Gore —dice en voz baja.

—Señor.

—La mujer del hombre quiere verte.

—¿«La mujer del hombre»?

—La esposa. Estaba casado. —Lanza una mirada con sus suaves ojos grises. Acero en el iris—. Sin hijos, al menos eso es un alivio.

Gore va hacia allí obedientemente.

La esposa, la viuda, está al frente del grupo. Es pequeñita pero matona. Pelo negro. Piel morena, radiante y tersa. Mejillas encendidas por las lágrimas que ha derramado la noche anterior. Tiene los ojos secos y unas pestañas que crecen hacia abajo, dándole a su mirada un extraño efecto velado. Su boca es muy bonita, de un color que Gore recordará e intentará nombrar durante mucho tiempo. Ella lo mira. Es una mirada que lo pone contra el horizonte: no como si fuera insignificante, sino un insecto que puede aplastarse con el pulgar.

—Lo siento —se disculpa, en inglés, porque ha olvidado preguntarle a Crozier cómo decirlo en su idioma. Ella lo mira.

Debería ponerse de rodillas ante ella. Ofrecer su cuello para que le aseste el golpe final. O tal vez debería ofrecer su mano, para reemplazar las manos de su marido. Siente un arrebato de locura. Tal vez,

después de pasarse la vida adulta sin formar un hogar, componiendo familias improvisadas en múltiples salas de oficiales, matando y situando territorios en los mapas, Dios lo ha arrojado a la orilla junto a esta mujer. Años de ir con el dedo en el gatillo para dar sentido a la expresión de los ojos de ella.

—Lo siento —repite. Ella lo mira. Después de que el grupo se marche, llevándose las ofrendas, esa mirada le dejará una huella indeleble en el cuerpo. Cuando se asea en el camarote esa noche, siente cómo se desliza bajo su camisa y se le queda en la piel.

6

Volví a casa en Año Nuevo. Algo había cambiado en el reducido paisaje doméstico. Las habitaciones parecían estar conectadas cuando antes eran simplemente contiguas. Graham a veces me sonreía, con una sonrisa vaga y confusa, como si yo fuera una tarea que debía acabar pero hubiera olvidado por qué. Una tarde, en la cocina, me tomó por los hombros y me apartó a un lado para poder alcanzar las tazas. Era tan raro que me tocara que lo mismo podría haberme enrollado el pelo en su puño para cortármelo con unas tijeras de costura. Sentí sus manos sobre mí toda la tarde.

Ese aumento de su estado distraído y placentero era la típica reacción de Graham a la intensa presión que llevaba dentro. El Ministerio, ante sus reiterados deseos de reincorporarse a la Marina Real, le dio acceso al programa de formación de agentes de operaciones bajo una estrecha supervisión. Cardingham, soldado de carrera, también estaba poniéndose al día en la instrucción para volver a trabajar sobre el terreno. Tuvimos que crear una nueva identidad y unos antecedentes para ambos, generando una cantidad mareante de expedientes falsos. Cardingham se vio obligado a repetir el examen de aclimatación. Todo el tinglado exigió una negociación estresante con Defensa, y seguían ultimándose y agregándose detalles con cinta adhesiva incluso cuando se anunció a los equipos puente.

—Es mejor que continuemos colaborando estrechamente con Mil ochocientos cuarenta y siete —había dicho Adela—, puesto que parece probable que vaya a sobrevivir a este año.

—Entonces ¿se quedará en Londres?

—Tendrá que vivir por su cuenta, desde luego. Dejar el alojamiento

puente.

—Pero se quedará aquí.

Deberían haberme pitado los oídos con las señales de alarma. ¿Por qué al Ministerio le interesaba tanto habilitar a Graham y Cardingham para las operaciones sobre el terreno? ¿Por qué no estaban gastando la misma energía en Margaret y Arthur? Sin embargo, lo único que oí fue que Graham se quedaba. Me había emocionado tanto que me arranqué con las uñas un padrastro del pulgar.

—Eso también es un gesto delator —afirmó Adela, pero hizo con la boca y la barbilla un movimiento de reproductor de DVD que probablemente fuera una sonrisa.

En todas las hipótesis sobre los viajes en el tiempo la cuestión de fondo era: ¿cómo se mide a una persona? Graham obtenía puntuaciones muy altas en las pruebas de razonamiento espacial, y buenas en las de razonamiento verbal. Estaba, según su psicoanalista, peligrosamente reprimido; pero también, según los examinadores de aclimatación, tenía instinto gregario y seguridad en sí mismo. Era el mayor de cinco hijos, tras la muerte de su hermano mayor en el mar. Estaba un par de centímetros por debajo de la estatura media, aunque en su época estaría cinco centímetros por encima. Tenía los ojos color avellana, una mata de pelo moreno rizado y una nariz notable. Tenía treinta y siete años y había tenido esa edad durante casi dos siglos. Confío en que, cuando acabes esta historia, te quede una imagen clara de él, suficiente para recrearlo y anticiparte a él. Eso me alegra, necesito que esté vivo para otra persona.

En el transcurso del año puente recabé tanta información estadística sobre Graham que habría podido programar una IA Graham Gore convincente. Soñaba con esa clase de cosas, a veces. Mis manos sobre carne de silicona. Guardada en algún lugar donde siempre pudiera verla, manteniéndola limpia, y me hundía hasta los codos en sus placas base. Los sueños siempre se estropeaban cuando intentaba imitar la voz de Graham, porque lo soñaba frío y marcial, mascullando insultos y pegando tiros, en un inglés de Oxford con una pizca de sal

marina, y él no era así. Había algo de eso, pero no era todo.

Yo tenía «acceso a su expediente», como solemos decir. Tener «acceso al expediente» de alguien es una experiencia a la vez erótica y paralizante. Cuando estudias a una persona como yo estudié a Graham entras en un estado de fuga pornográfica. Todo lo que debería ser íntimo se vuelve molecular. El cuerpo de esa persona, que nunca has tocado, te aguarda cada noche cuando cierras los párpados. Empiezas a conocerla, sólo que el tiempo te deja siempre un instante por detrás, así que tienes que seguir conociéndola, más y más, persiguiéndola a través del tiempo, en el límite donde su vida se encuentra con su futuro, y necesitas abarcar los trescientos sesenta grados de todo lo que esa persona ve y siente y percibe, porque de lo contrario el expediente está incompleto. ¿A quién amó, antes que a ti? ¿Qué lo hirió más? ¿Qué causará el daño más provechoso?

Estaba obsesionada con él. Ahora lo veo. Estaba haciendo mi trabajo y me encantaba mi trabajo. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Me voy a llevar a Maggie de fiesta —anuncié una tarde.

Graham y yo estábamos en la cocina. Él estaba hojeando un libro de recetas. En la cocina había una estantería llena de libros de recetas. Yo nunca había usado ninguno.

—Muy bien. No sé quién de las dos es peor influencia para la otra.

—Tal vez podrías darnos carta blanca a las dos para portarnos mal.

—Me reservo esa carta. ¿Cómo pronuncias esta palabra, por favor?

—Sichuan. Uf. Graham, sabes que no puedes controlar el picante.

—Hay que abrir nuevas fronteras. Puedes tocar un lúgubre violín mientras expiro del «mal del explorador».

—¿El mal de qué?

—Indigestión.

Margaret era la única de los expatriados que había intentado hacerse un círculo de amistades fuera del Ministerio, sobre todo gente que conocía a través de aplicaciones de las que yo nunca había oído hablar, como Lex y Zoe y demás. El Ministerio lo había desaconsejado, sutilmente al principio y luego sin ambages. Margaret entrañaba un

gran riesgo, con su jerga estrafalaria y lo deslenguada que era. Además, ligaba con anarquistas lesbianas antisistema —sea cual fuera el sentido que ella o ellas les daban a esas palabras— con una frecuencia sospechosa. La joven estaba bajo la pétrea y compasiva vigilancia del equipo de Bienestar.

Ralph seguía siendo su puente, pero la encontraba tan desafiante que discretamente me ofrecí a mandar informes cruzados sobre Margaret a Adela. En parte fue porque quería impresionar a Adela. Desde que habíamos hablado de Quentin, me había acogido bajo su ala acorazada. Fue revelador. Ansiaba aquel talento suyo para mostrar un blindaje que no dejaba a la vista ninguna vulnerabilidad. Como era de esperar en una mujer cuyo trauma materno había conformado gran parte de su paisaje interior, la figura de mi jefa dejó una honda huella en mí.

Pero, en cualquier caso, yo le caía bien a Margaret. A veces me invitaba a que los acompañara a ella y a Arthur —a quien ella adoraba y avasallaba cariñosamente— a visitar una galería o a jugar al minigolf mientras Graham estaba en el Ministerio, preparándose para reincorporarse sobre el terreno. (A Arthur le encantaba el minigolf, y en el transcurso del año de expatriación escribió una serie de reseñas bastante divertidas, parodiando el material para las pruebas de asimilación, sobre los campos de minigolf de Londres. No creo que Arthur entendiera los conceptos de *kitsch* o *camp*, pero le fascinaban. Una vez vi que se tronchaba, con lágrimas de risa centelleantes en las mejillas, porque una bola debía entrar en una noria en miniatura y dar toda la vuelta para caer en un agujero.)

Margaret iba religiosamente al cine dos veces por semana. Recorría las salas de conciertos en busca de nuevas obsesiones. Probablemente fue la última lectora ávida del *Time Out* en Londres. A menudo me invitaba a acompañarla. No siempre, porque a Margaret también le gustaba callejear sola por la ciudad; no había tenido muchas oportunidades para dejarse llevar por la improvisación en el siglo XVII. Pero a lo mejor salíamos juntas a ver a un grupo de *punk riot grrrl* porque había estado wasapeándose con la batería; y entonces yo, como agente del Ministerio, tenía que supervisarlas a las dos en la

cena (a Margaret le chiflaban las pizzas al gusto con ingredientes absurdos); hasta que Margaret se daba cuenta de que la batería y yo estábamos a punto de enzarzarnos en una discusión sobre política que ella no entendía. Entonces ella daba las buenas noches y me sacaba a dar un paseo señalando los rótulos de neón, los escaparates lujosos y los locales de té de burbujas, y me preguntaba juguetonamente: ¿Cómo?, pero también, ¿Por qué? Margaret era para mí trabajo y diversión. Me caía muy bien. Con ella me daban ganas de cruzar corriendo los pasos de cebra sin mirar y cosas por el estilo, todo me parecía más gracioso de lo que era, etcétera.

Planeamos nuestra salida nocturna con precisión militar. Me mandó una docena de fotos con distintos atuendos. Había aprendido la gramática del selfi en el espejo. «El top ombliguero!!!!!!!!» , escribí, aunque quité todos los signos de exclamación menos uno antes de mandarlo.

Quedamos primero con Arthur y Graham para tomar una copa en Dalston, una situación tan del siglo XXI que me sentí no poco orgullosa de sus progresos. Margaret y Arthur estaban ya tomando una copa cuando llegamos. Ambos habían pedido un cóctel estrambótico.

—He intentado detenerla... —empezó Arthur.

—¡Mira éste! ¡Lo llaman «Sexo en la Playa»!

El lumbreras detrás de la barra se esmeró tanto agitándolo que supuse que la poción hace honor a su nombre.

—Bueno —dije mientras me sentaba—, lleva zumo de arándanos, que por lo visto es bueno para la cistitis, justamente la infección que contraerás si practicas sexo en una playa inglesa.

—¿«Cistitis»? —preguntó Margaret—. ¡Cuarenta y siete! ¡Siéntate! Deja de frotarte las sienes con ese semblante hediondo.

—Todo el mundo es muy cruel conmigo —declaró Graham sin inmutarse—, a pesar de lo apuesto y valiente que soy, y de que nunca he hecho mal a nadie. Sesenta y cinco, ¿dónde has dejado el resto de tu ropa?

—En casa. Nunca voy tan bien vestida como cuando voy en cueros.

Me eché a reír, con una risa sincera, alegre, nada sofisticada. Como suele pasar cuando una risa es sincera, contagió a los demás. Margaret

se inclinó hacia mí, sonriente, y vi que Graham miraba a Arthur a los ojos con sorna. Fue un momento cualquiera entre muchos momentos, pero nos contuvo a todos, capturados en una alegría sencilla y gozosa. Vuelvo una y otra vez a ese recuerdo. Es una prueba. No todo lo que hice estuvo mal.

El paso de Graham de la placa de petri a la bata de laboratorio, por así decirlo, vino señalado por una bonita ceremonia que requería un uniforme de gala azul, junto a otros veintiséis nuevos agentes que se incorporarían, indistintamente, desde el ejército, las Fuerzas Aéreas, la policía y la Administración Pública. El día de la ceremonia, el cielo estaba plomizo y en la hierba brillaba una escarcha plateada. Toda la ciudad parecía un extravagante producto de confitería, sobre todo el patio de Westminster, donde se alineaban los reclutas uniformados. A nuestro alrededor los edificios se erguían y se inclinaban. Una brisa barría la explanada, dando frescura y crudeza a los colores.

Al grito de un oficial con charreteras, el desfile cambió de dirección y vi a Graham, con la luz destellando en la visera reluciente de su gorra, en posición de firmes, como un gato estirándose para alcanzar un estante alto, con sus caderas estrechas y una leve sonrisa, ahí está, con esa nariz magnífica como un mástil, ahí está, lo vi en los reflejos que el sol destacaba, la espada al cinto, los zapatos negros brillantes, míralo, ahí está. Ojalá supiera expresar lo que sentí mientras lo veía. Él había vivido siempre dentro de mí, años antes de conocerlo. Me habían formado para amar a aquel hombre.

—No te des la vuelta —siseó una voz familiar detrás de mí.

Me estremecí a tal punto que casi se me juntaron los omoplatos. Y me sonrojé. Los éxtasis interiores hacen que la gente adopte posturas raras. Probablemente me había delatado.

—He dicho que no te des la vuelta.

—No me he movido —mascullé—. Madre mía.

—¡Silencio!

—Quentin, ¿dónde coño te habías metido? —murmuré.

—Chis.

Eso no procedía de atrás, sino de mi lado: una mujer más o menos de mi edad con un abrigo mucho más caro y el pelo rubio de un extraño tono verdoso. Todos los presentes estaban mirando al frente absortos en la ceremonia.

—Pon las manos a la espalda —me susurró Quentin en la nuca.

Ahora estaba más cerca. Se arrimó a mí, como suele hacer la gente en las aglomeraciones. Era una actitud tan auténtica como para resultar agobiante.

—De acuerdo.

—Toma esto. Con cuidado. No lo pierdas.

Me puso en la palma de la mano lo que parecía ser un trozo de cartón. Sentí que el borde se me clavaba en la línea de la vida. Lo deslicé por las caderas e intenté meterlo discretamente en el bolso con un golpe seco de kárate. No cabía.

—¿Por qué llevas un bolso con forma de pollo?

—Calla.

Al final conseguí embutir el cartón dentro del bolso. Pobre bolso galliforme. Con aquella cosa dentro parecía un kebab.

Otro movimiento imperceptible, fácil de confundir con el de alguien que se acerca para ver mejor, y Quentin estaba a mi lado. Tenía la mejilla descamada con lo que supuse que era psoriasis y una extraña barba incipiente y dispareja, no del todo orgánica.

—Pareces… cansado —murmuré.

—No intentes hablar así, sin despegar los labios. Demasiado obvio.

—¿Cómo?

—Simplemente. Vuélvete y háblame. Como si fuera un extraño en la multitud. Baja los hombros. Que se te vea más relajada. Esta cosa que llevo en la cara despista al software de reconocimiento facial.

—Ah.

Incliné la cabeza hacia él, respetuosa como una cacatúa. Esperaba que resultara creíble.

—Quentin, ¿qué está ocurriendo? —susurré—. ¿Gengis Kan ha atravesado la puerta del tiempo para volver del pasado o algo así?

—Del pasado, no. Creo que no es del pasado. ¿Qué te han contado sobre la puerta del tiempo?

—«No es asunto tuyo», que yo recuerde.

Me volví para mirarlo. Sonrió, un gesto sincero y compungido que hizo que se le arrugaran los ojos. Entonces hubo un chasquido, como cuando partes un hueso de la suerte, y dio una sacudida con la cabeza.

—¿Quentin? —farfullé.

Cayó hacia delante; lo agarré de forma instintiva. A mi lado, la mujer del pelo verdoso empezó a chillar.

—¡Un arma! ¡Un arma! ¡Un arma! —gritaba una y otra vez como una alarma de incendios estropeada.

La sangre le brotaba de la sien, rojísima. Alguien chocó conmigo y el cuerpo de Quentin se me escurrió. Se deslizó hacia el suelo y se desvaneció como si se sumergiera en el agua. A mi alrededor se alzaron gritos. Si alguna vez has estado entre una muchedumbre aterrorizada, sabrás que es algo que no se olvida. La gente aterrorizada de verdad da unos alaridos prolongados, monótonos y extrañamente monocordes.

Otro empujón brusco y me tambaleé hacia un lado. Me torcí el tobillo y me agarré a unos hombros para mantener el equilibrio. La multitud corría en desbandada hacia la salida. Recibí golpes en las costillas. Encajé un codazo en el estómago que me dejó sin aire. Todo el mundo corría agachado cubriéndose la cabeza. Me enderecé, me limpié la sangre de la mejilla y avancé a trompicones.

El tiempo se dilató. Al parecer las sirenas y las luces azules llegaron de inmediato, pero los agentes tardaron horas y horas en convencerme para soltar un bolardo (resultó ser menos de un minuto). Me había puesto los tacones de aguja negros para la ceremonia y uno se había roto. Estaba de pie, torcida, era una caricatura de mí misma.

—¿Puede decirme qué ha visto? —me preguntó una agente uniformada. Seguridad interna, creo. La policía de la policía.

—Debe de haber sido un francotirador —conseguí responder.

—¿Perdón?

—Un francotirador —repetí con dificultad. Apenas lograba hacerme entender de tan fuerte que me castañeaban los dientes.

—¿Ha visto al francotirador?

—No. Es por el ángulo.

La escolta se dio la vuelta.

—¡¿Pueden traer una manta de emergencia para esta señora, por favor?! —les gritó a los paramédicos. —Se volvió de nuevo hacia mí y me preguntó—: ¿Quiere sentarse, señora?

Pensé en Quentin cayendo. ¿Me habría torcido el tobillo al pisarle la muñeca? Me mordí la mejilla por dentro y noté un regusto a hierro.

—No. Gracias —dije—. Creo que ha sido un francotirador desde el tejado. Lo deduzco basándome en el ángulo de entrada de la bala. Yo estaba de pie en la sección A.

Se lo solté como si escupiera, y ella me reevaluó con la mirada.

—¿Es usted allegada o familiar?

—Soy del Ministerio.

Por encima de su hombro vi a Graham caminando hacia nosotras, impasible. Un agente de policía le salió al paso y trató de detenerlo, pero él se limitó a esquivarlo. Cuando llegó a mi lado, me puso una mano en el hombro y me atrajo hacia su pecho.

—¿Estás herida? —preguntó sin rodeos.

—No.

—Disculpe, señor, sólo el personal médico...

—Dame el bolso —me pidió.

Le di el bolso galliforme y se lo colgó en bandolera. La gallina se quedó absurdamente posada en su cintura. Me miró de arriba abajo, se arrodilló y me agarró el tobillo.

—Tu zapato.

—Está roto.

—Quítate éste y te rompo el otro tacón. Si no, te caerás.

—Señor... —dijo acaloradamente la agente uniformada.

No le hicimos caso. Me quité el zapato de una sacudida y le apoyé el pie con la media en el muslo. Rompió el tacón y volvió a ponerme el zapato. En la coronilla tenía un claro, más pequeño que la peana de una copa de vino, donde sus alborotados rizos negros habían empezado a ralear. Cuando levantó la vista hacia mí, me sorprendió lo mucho que se le marcaban las patas de gallo. Me desconcerté al ver lo

humano que era el cuerpo que habitaba.

—Mi héroe —murmuré.

Sonrió fríamente.

—Esta vez no —dijo.

Me dijeron que Quentin había muerto en el acto, aunque yo lo supe en cuanto lo cogí en brazos; cayó con el abandono de un peso inerte. Por lo menos tuvo una muerte instantánea.

Fui la última persona que habló con él antes de que lo mataran, por lo que tanto la policía como el Ministerio me interrogaron durante horas. A Graham lo mandaron a casa bajo vigilancia.

Graham se llevó mi bolso. No se me ocurrió pedírselo porque estaba demasiado impactada por la cara que tenía Quentin al caer. Supuse que durante el interrogatorio saldría a relucir lo que Quentin me había entregado, hasta que a uno de los agentes se le escapó que el circuito cerrado de cámaras de seguridad había sufrido una avería y que el recinto había quedado sin vigilancia durante toda la ceremonia. Yo tampoco lo mencioné. Ya tenía bastantes cosas en que pensar. Los bonitos borbotones de sangre que manan de una herida en la cabeza. El hecho de que Quentin oliera, inquietantemente, a colonia.

Cuando llegué a casa, estaba agotada. Había sudado de la tensión y el olor agrio se había filtrado hasta mi chaqueta. Las medias, tal vez en consonancia con mi estado de ánimo, tenían carreras en ambas piernas. Cerré la puerta y Graham salió de la cocina perseguido por vaharadas de un caldo cocinado a fuego lento con tomate, ajo y vinagre balsámico.

—Hola. ¿Tienes hambre? —preguntó suavemente.

Me eché a llorar. Parecía una respuesta proporcionada. Me dejé caer al suelo, muy despacio, arrodillándome primero, sollozando.

—Oh —murmuró. Se quedó de pie unos instantes y luego se agachó torpemente a mi lado—. ¿Un pitillo?

Sin esperar contestación encendió dos, luego me levantó la barbilla y me puso uno entre los labios. Se recostó contra la pared del pasillo y fumamos, yo entre lágrimas, él en silencio.

Me limpié la nariz torpemente con la manga, sin que él hiciera ningún comentario, y gemí:

—Tú has visto a gente morir.

—Sí.

—¿En combate?

—O por las secuelas. También en las travesías largas, aunque creo que te refieres a muertes violentas.

—¿Es normal sentir como si hubiera vomitado, pero dentro de mi piel?

Graham miró a su alrededor buscando un lugar donde echar la ceniza. El bolso galliforme estaba junto a la puerta, porque debía de haberlo dejado allí esperando que lo viera, y estiró una pierna para coger la correa y acercarlo.

—Muy gráfico —dijo abriendo la cremallera de la gallina—. No, no es una reacción fuera de lugar o histérica. Es comprensible que estés conmocionada, sobre todo si nunca has presenciado una muerte súbita.

—Se fue. Sin más. En un momento me estaba mirando y de pronto...

—¿Puedo usar esto?

Sujetaba en la mano un portadocumentos reciclable, deformado por haberlo embutido en el bolso galliforme, que se cerraba con unas solapas de cartón. El rótulo NO DOBLAR estaba arrugado formando una poesía críptica. Cuando asentí distraída, arrancó una larga tira de la solapa e hizo un cucuruchito para la ceniza, que atrapó justo a tiempo.

—Toma —me dijo ofreciéndomelo como quien tienta a un gato con una golosina, pero yo estaba mirando el portadocumentos. Dentro había una carpeta de cartulina manila llena de papeles—. Te vas a quemar la falda —añadió, y me quitó el cigarrillo de los labios.

No le estaba escuchando. Estaba mirando la carpeta. Era un parte de incidencias, fechado dieciocho meses antes de que comenzara el proyecto de los viajes en el tiempo. Cuando lo abrí y saqué los papeles, descubrí que hablaba de un «disturbio» en un centro juvenil clausurado del sur de Londres. Cinco adolescentes del barrio. Habían ido allí para incurrir en «actividades delictivas»: poppers, breakdance y un loro a todo volumen en el vestíbulo principal. Se habían colado

por una ventana porque el centro llevaba seis meses cerrado. Los vecinos habían informado de música alta y risas y a continuación de un haz de luz azulada y gritos. La policía irrumpió en el edificio, finalmente, para atajar la consabida «violencia entre bandas».

Según el atestado, lo que la policía encontró fueron cadáveres, con unas profundas y extrañas heridas, y una puerta azul resplandeciente, generada por una especie de máquina que era visible a través del portal. La policía consideró que se trataba de un acto de Terrorismo con mayúsculas y llamó al MI5, que envió a sus efectivos. Un intrépido agente atravesó el umbral y se hizo con la máquina, que debieron de creer que era un arma. La puerta se desmoronó inmediatamente, igual que se deshace un nudo al tirar de una cuerda. Así era como el Ministerio había adquirido el poder para viajar en el tiempo. No a través de un invento sino mediante esa gran tradición británica de quedarse con todo lo que encuentran.

Al final del informe habían añadido una nota escrita a mano.

> *El agente de operaciones Quentin Carroll ha planteado varias quejas internas sobre la eliminación de los cuerpos de los menores fallecidos.*
>
> *Se recomienda que lo mantengan bajo vigilancia.*

Me reí amargamente. Quentin tenía razón. Qué manera de demostrar algo.

El Ministerio abrió una investigación interna. El Ministerio estaba cooperando con los servicios de inteligencia. El Ministerio animaba a los empleados afectados a solicitar una cita presencial con los terapeutas disponibles.

Una de las renuncias que habíamos hecho al embarcarnos en el proyecto de los viajes en el tiempo —además de las vacaciones anuales y la elección del alojamiento— era la afiliación sindical. El Ministerio no reconocía ninguno de los sindicatos existentes. Había alguna trampa semántica por la que técnicamente no éramos

directivos y por tanto no podíamos afiliarnos al FDA; y como los viajes en el tiempo eran una industria demasiado reciente y secreta tampoco podíamos afiliarnos al PCS. Como éramos un ministerio pequeño, manteníamos constante contacto visual con la mayoría de nuestros colegas. Nuestra vida personal era nuestra vida laboral. Éramos esa cosa horrenda: una familia. Uno no se afilia a un sindicato dentro de una familia, porque ¿a quién le vas a reclamar algo?

Después de lo de Quentin, sin embargo, lo pasé mal. No tenía a nadie con quien hablar que no estuviera alimentando documentación con mis palabras. Así que escribí informe tras informe, aguanté interrogatorio tras interrogatorio, con el corazón limpio y gris, como niebla deslavazada.

Adela me convocó en el cuartel general cuatro días después de la muerte de Quentin. Me hablaba con una nueva intimidad, que no es lo mismo que con afecto.

—Habrá guardias las veinticuatro horas en las casas puente —dijo—. Vamos a suprimirles los privilegios de movimiento a los expatriados...

—No.

—Sí. Todavía estamos investigando la relación de Quentin con el brigadier y Salese, pero hasta que lo averigüemos debemos suponer que los expatriados corren peligro. No te separes de Mil ochocientos cuarenta y siete.

Adela acabó esa última frase con un hilo de voz. Paseó la mirada, concentrada en su único ojo operativo, escrutándome la cara para ver si me había dado cuenta, y continuó:

—Nuestra principal prioridad es proteger a los expatriados y la puerta del tiempo. La puerta del tiempo ha sido trasladada a un lugar seguro. Te sugiero que vuelvas a hacer la Evaluación de Aptitud Física, y luego podemos trabajar tus puntuaciones en razonamiento lateral...

—He suspendido dos veces los exámenes —comenté despacio, aunque sentí que ya rodeaba con el dedo un gatillo invisible.

—Mejorarás. No tienes elección. Esto es una guerra —dijo Adela.

—Siempre hay una guerra —dije.

La escarcha se puso pastosa. Los días grises y fríos se abatieron sobre la ciudad. Entre la sombría lluvia y el empalago de las telarañas en la calle, me sentía como si estuviera encerrada para siempre en una boca llena de caries e hilos de baba. Cumplía con mi deber por inercia. Las circunstancias me habían superado, y de pronto estaba medio hundida en una depresión. Estaba deprimida, de hecho; me atrevería a sugerir que sufría un trastorno de estrés postraumático, aunque como no podía abandonar el proyecto ni compartir la carga de trabajo, no tenía mucho sentido reconocerlo.

Un fin de semana bajé a las once y media de la mañana después de haberme despertado a las ocho y pasarme horas mirando el techo. No me había vestido y no me había bañado. Me compraba packs de camisetas de algodón extra grandes para dormir y no me las quitaba en todo el día. Con el tiempo, el gélido tacto del holgado algodón sobre las zonas prominentes de mi cuerpo acabaría por hacerme sentir desgraciada. Incluso ahora, si me rozo los pechos en la ducha con el interior de la muñeca, me entra una pena repentina.

Pensé que tendría suficiente energía para dar todos los pasos que exige preparar una taza de té, pero me sorprendió recordar cuántos eran: poner a hervir la tetera, buscar la taza, oler la leche, elegir la bolsita de té, sostener la cucharilla. Me serví un vaso de agua del grifo y me senté a la mesa de la cocina a contemplar el jardín encharcado.

Arriba, Graham estaba practicando unos arreglos con la flauta, pero al oírme trajinar en la cocina bajó.

—Buenos… días —dijo con cautela.

—Buenos días.

—¿Has desayunado?

—No.

—¿Te encuentras mal?

—Imagino.

Se detuvo al lado de la encimera. Esperé a que corrigiera mi «imagino» por «supongo», que era una de sus correcciones de vocabulario más puntillosas, pero en lugar de eso dijo:

—¿Y eso por qué?

—Porque sí. No me encuentro bien. No es contagioso ni nada por el

estilo. Si eso es lo que te preocupa.

—Eso no me preocupa.

Aquella misma tarde volvió del recado que hubiera ido a hacer y me dio un botecito de plástico.

—¿Qué es esto?

—Pastillas de vitamina D. Creo que deberías tomarlas.

—Ah. Gracias.

—De nada. Deberías vestirte ya. Son las tres.

—Dentro de unas horas llevaré la ropa apropiada para irme a la cama.

Me observó con la misma expresión serena e indescifrable de siempre. Si dentro de mí hubiera habido lugar para la desesperación, el deseo que sentía por él y su fría falta de deseo habrían hecho brotar —como la sangre tras un corte— la desesperación, pero yo estaba a tope y no podía sentirme peor. Me quedé aletargada en mi propio cuerpo como un miserable banco de arena mientras él subía a practicar la flauta con una estudiada alegría en la mayor.

Ni siquiera me burlaba de él por su obsesión con los suplementos dietéticos. Graham se había convertido en un fanático de los suplementos al descubrir lo que causaba el escorbuto y lo pequeñas y divertidas que podían ser las gominolas de vitamina C. Llevaba meses viviendo con él antes de darme cuenta de que aquellas sonrisas suyas tan sutiles, encantadoras y exasperantes no sólo se debían a que era un hombre discreto, encantador y exasperante, sino también a que estaba un poco acomplejado porque había perdido un diente con el escorbuto y en su lugar tenía uno postizo que brillaba como una moneda de plata en un crematorio.

Dos días más tarde volví a hacer el truco de quedarme en la cama durante horas, esta vez observando cómo mi reloj digital iba pasando las fichas hasta llegar al mediodía. En cuanto el reloj marcó las 12:00 h, Graham, como si hubiera estado esperando ese momento, subió las escaleras.

—Acompáñame a correr.

—¿No has ido todavía?

—No.

Me tumbé y seguí dormitando un cuarto de hora más. Me desperté al oír que me decía «¡Vamos!» desde la puerta de mi habitación. Hablaba claro, enérgicamente; no de mal humor, pero tampoco con mucha delicadeza o indulgencia. Imaginé que en otros tiempos le hablaba así a la tripulación del *Erebus*. Estaba a dos tonos de una reprimenda.

Me levanté como pude de la cama y salí a correr con él. A regañadientes tuve que reconocer que era muy agradable. Iba al ritmo de un pensamiento triste, y cuando llegamos al final de nuestro recorrido él apenas había empezado a sudar por seguirme el paso. Seguramente también se estaba entrenando para la Evaluación de Aptitud Física.

A medida que el mes de enero avanzaba a trompicones, yo caí en el letargo, mientras que los cuidados recayeron en Graham. Mi trabajo consistía en cuidarlo y ocuparme de él. No estaba obligado por el tiempo ni por el espacio a hacer de enfermero de una funcionaria deprimida. Ahí estábamos, sin embargo, y yo no encontraba la energía para remediar la situación. Empezaba a aborrecerlo todo: la casa, mi trabajo, el tufo que despedía mi pelo sucio y grasiento.

Una tarde me di una vuelta por el rellano y el cuarto de baño, y luego volví a la cama. Me quedé tumbada el tiempo suficiente para dejar una mancha de saliva en la almohada. Él llamó a la puerta de mi habitación. Me di la vuelta y me quedé boca arriba.

—¿Hola?

Abrió la puerta.

—He desamargado las berenjenas. Creo que la cena estará lista en unos tres cuartos de hora.

—No tengo hambre, la verdad. Pero gracias. Siento obligarte a cocinar.

—No me «obligas» a hacer nada. Deberías comer.

—No tengo hambre.

Se apoyó en el marco de la puerta. Su cara carecía de expresión; sólo veía sus rasgos, bien definidos.

—Tengo entendido que a los gatos les gusta mucho remolonear en la cama. Por lo visto es algo cultural; quizá los sueños gatunos sean

más dramáticos que los humanos. Como nunca recuerdo los míos, no puedo comparar. Y tampoco querría interferir en tu trabajo o tu ajetreado horario de siestas. Pero bajarás a comer.

—Yo no...

—No te lo estoy pidiendo.

Parpadeé despacio y, al darme cuenta de que prefería la parte del parpadeo en la que cerraba los ojos, los dejé cerrados. Oí crujir suavemente el suelo, y entonces debía de estar cerca de mí, porque me estremeció su olor: a tabaco, a jabón, a la lana que se calienta en el radiador, al suave aroma de su piel. Cuando abrí los ojos, estaba arrodillado junto a la cama, con la cara cerca de la mía. Me quedé mirando el arco de sus labios.

—Será mejor que no me obligues a arrastrarte a la cocina; sería muy bochornoso para los dos.

Me sentí vulnerable. Me invadió una vergüenza tierna y nueva que fue más eficaz que cualquier otra emoción que hubiera experimentado en varias semanas. Bajé a cenar.

Puso la radio para romper el silencio que nos había acompañado en la mesa durante la comida. En las noticias hablaban de los incendios forestales de Australia. Digo «Australia» con insensible imprecisión porque la mayor parte del continente estaba ardiendo. Graham se animó cuando un periodista entrevistó a un ciudadano de Goulburn, en Nueva Gales del Sur, que insultó a su primer ministro con tantas metáforas que sonaba homérico. Cientos de personas se habían visto «desplazadas internamente» por los incendios de los pastos y el aire estaba envenenado por el humo. Presionándome la lengua con las puntas del tenedor, aguardé a oír lo que Graham tendría que decir sobre aquel nuevo ejemplo de clima atroz. Sin embargo, únicamente comentó:

—He estado en Goulburn. Allí fue adonde se mudó mi familia.

Pensaba en Quentin a todas horas. Sería exacto decir que me había quedado bloqueada por Quentin; no por el hombre, sino por el cadáver y por el disparo. A veces me decía que le había fallado, y

otras veces sabía que había perdido la brújula y me había fallado a mí misma. Lo echaba de menos, lloraba su pérdida; y lo odiaba a él y la irrevocabilidad de su muerte.

Margaret y Arthur me visitaban durante esos días de depresión. Al principio eran dulces y pacientes conmigo, pero se me agriaba tanto el carácter que dejaron de serlo. Supuestamente venían a nuestra casa para ver a Graham. La regularidad de sus visitas era tal que llegué a sospechar que Graham tenía un horario.

Arthur no dejó de ser amable, por muy grotesco que fuera mi comportamiento. Había descubierto el Scrabble y a veces se lo traía: la bruja competitiva que llevo dentro podía mantener a raya mi mal humor durante media hora, con suerte.

—A Simellia le encanta este juego —me contó Arthur una vez—. Me ha enseñado muchos juegos «aburridos». Por lo visto montó un club de juegos de mesa cuando estaba en la universidad, ¿no es genial?

—Mmm...

—Pero sus viejas amigas se fueron del país o empezaron a criar retoños, de modo que, por desgracia, la pandilla de los juegos «aburridos» ya no existe. Dice que nuestro próximo paso son los juegos «recreativos». Durante mucho tiempo pensé que se refería a juegos de recreo como en la Arcadia. Que quizá habíais descubierto el texto perdido de la *Comedia* de Aristóteles y habíais usado vuestras flamantes máquinas para rescatar esas páginas y escribir su teoría.

—Pues no.

—Dice que jugaremos al *Space Invaders*.

—Bien.

Me sonrió con cariño.

—Tuve un teniente —me contó—, que se sentaba en la trinchera mascando el lápiz y tamborileando en su cuaderno para contar versos. Con los proyectiles de mortero silbando sobre nuestras cabezas. Yo le decía: «Owen, viejo amigo, ¿cómo puedes pensar en la poesía en un momento así? ¿En tus malditos troqueos y dáctilos y demás, cuando esos alemanes intentan hacerte picadillo?» Me contestaba que la poesía era lo único que aún tenía sentido para él. Y que, si escuchabas con la debida atención, incluso podías oír el canto de los pájaros.

Se volvió. Estábamos sentados en la cocina, los dos solos mientras Graham bajaba un momento a la tienda de la esquina a comprar más leche para el té.

—Crees que soy ridículo —dijo con la misma ternura en la voz.

—No, Arthur…

—No te culpo. Yo también pienso que soy ridículo. Pero me estoy esforzando mucho por ser feliz. A pesar de que es condenadamente difícil ver lo que Owen vio. Por suerte no lo tuvo que ver durante mucho más tiempo cuando… me fui. El Marne, ya sabes. Este anillo era suyo. Me lo dio después de…

Oímos la llave de Graham en la puerta. Arthur miró atentamente sus fichas.

—Cuarenta y siete —dijo—, ¿tú sabes si existe la palabra «zigbo»?

Margaret, en sus visitas, era un poco más directa.

—Qué mal hueles —diría, tal vez, como si tal cosa—. ¿Te has bañado?

O:

—Si tienes que dormir, también tienes que ser una buena anfitriona y dejar que me una. ¡Arriba!

Un sábado nos comimos una caja entera de bombones rellenos en la cama, viendo Los *Simpson* en mi portátil. A Margaret le encantaban *Los Simpson*. Le parecía mucho más educativo culturalmente que todo lo que ofrecía el Ministerio.

En su época, Margaret había estado bajo la protección de su hermano mayor, un pañero llamado Henry Kemble, por quien sentía un profundo cariño. Era soltera, aunque había tenido relaciones con otras mujeres (que los habitantes de la casa, y algunas de las mujeres, habían tomado por lazos de amistad). Ayudaba a la esposa de su hermano en las tareas del hogar, ayudaba a su hermano con las cuentas. Sin embargo, tras la intempestiva muerte de Kemble por la gripe, su buena estrella se fue apagando. Se convirtió en una piedra en el zapato, en un bache en el camino. Acabó, con esa lenta parsimonia de la vida doméstica, menospreciada.

Cuando los agentes del Ministerio retrocedieron en el tiempo para ir en su busca, encontraron a Margaret encerrada en un trastero del

desván, con un orinal y un montón de harapos a modo de jergón. Se estaba recuperando de la peste bubónica. Por lo que dedujeron, la cuñada había enviado a una sirvienta a llevarle la comida a la puerta, hasta que también ella cayó enferma por la plaga. Ésta se llevó a todos los habitantes de la casa en tres días, excepto Margaret, que hambrienta y aterrorizada había intentado escapar por la ventana, pero los vecinos le arrojaron piedras y botellas rotas. La casa estaba marcada por la peste y no se toleraba que nadie saliera de allí. Ella cazó gorriones y se los comió. Bebía el agua de la lluvia. Y entonces, cuando le dieron una segunda oportunidad, empuñó la espada y se alzó cantando.

Simellia también vino a verme en una ocasión. Para entonces el abismo que nos separaba había adquirido la profundidad del universo, pero aun así vino. Puso agua a hervir y preparó el té ella misma. Removió las bolsitas de té una y otra vez, quizá porque no era capaz de mirarme a la cara.

—No quiero arrojarte ningún piano a la cabeza —le expliqué—, pero sé que estoy traumatizada. No tienes de qué avergonzarte.

Me sonrió fríamente, inescrutable como siempre.

—Estás hecha una calamidad —me dijo.

—Tú también.

Era cierto. La Simellia chic ya no existía. Llevaba unas mallas que se arrugaban como un acordeón en la parte trasera de las rodillas y una sudadera con capucha tan poco memorable que ni me fijé en el color. Era como si hubiera dejado la conciencia de sí misma colgada en algún armario.

—¿Quieres hablar del asunto? —preguntó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Soy una profesional de la salud mental.

—Médico, cúrate a ti mismo.

Me sirvió té, en mi propia taza; Alicia mirando al gato de Cheshire. Debía de acordarse de la última vez. Eso me hizo sentir algo, pero estaba demasiado lejos como para reconocer lo que era.

—¿Por qué has venido, Simellia?

Se tomó su tiempo.

—¿Hay algo de lo que quieras hablar? ¿Lo que sea?

Metí el dedo en el té. Estaba demasiado caliente para beberlo, quemaba. Dejé el dedo dentro un par de segundos.

—Control sabía lo del brigadier —le dije—. ¿Te lo contaron? ¿Que fueron ellos quienes dejaron que entrara? Mantente siempre un paso por delante de tus enemigos, ¿no?

—¿Quieres hablar de él? —preguntó en voz baja—. ¿De las conversaciones que pudiste mantener con él?

Yo había caído al sótano más gris y profundo de mi cráneo. No le veía la cara ni oía su voz cuando me preguntaba. No me di cuenta de que no me hablaba como hablan los psiquiatras, sino como alguien desesperado por comunicarse. Pero no capté lo que estaba intentando sonsacarme.

—No —respondí, y nos quedamos en silencio mirando cómo se me enfriaba el té hasta que recordó que tenía que hacer algo en otro sitio y se marchó.

Un sábado a primera hora de la tarde, cuando el cielo parecía el casco de una barcaza sumergido en el mar y arreciaba un frío inmundo y constante, Graham intentó sin éxito hacer un bizcocho. Oí que trasteaba en la cocina y el ruido del horno al cerrarse bruscamente. Media hora después, llamó a la puerta de mi cuarto.

—Bueno, he echado a perder un bizcocho —anunció.

No podía ocultar su expresión de fastidio. Por más que intentaba disimularla, volvía a asomarle en la cara, tan rebelde como su pelo. No sé por qué, pero eso me animó un poco. Traía una botella de vino y dos copas.

—¿Quieres tomar algo?

—Estupendo. A ver, ¿qué le pasa al bizcocho?

—Está húmedo. Y no tiene forma de bizcocho.

—¿Qué forma tiene?

—Parece un charco.

Se sentó en el suelo y se recostó en la cómoda antes de servir las dos copas de vino.

—Por el fracaso.

—¡Por el fracaso!

—He recuperado el respeto por el señor Wall, el cocinero del *Erebus*, que preparaba nuestro budín de Navidad en condiciones mucho menos favorables.

—Estoy segura de que no es tan terrible como dices.

—Es mucho peor. Intento ser crítico conmigo mismo sin perder el encanto, pero estoy enfadadísimo.

—Ya lo veo. No es propio de ti venir a mis aposentos.

—Supongo que hay otras estancias en la casa donde podríamos sentarnos erguidos y beber, pero me he dado cuenta de que rara vez bajas por la escalera.

—Podríamos ir a tu habitación.

—Por supuesto que no. Destruirás mi virtuosa reputación.

—Nadie puede vernos.

—Dios puede vernos —dijo con severidad.

—¿De verdad crees en Dios? —le pregunté, sin esperar realmente una respuesta. Apoyó los hombros contra la madera.

—Qué pregunta tan peculiar. Por supuesto que sí.

—¿En el cielo y el infierno y todo eso?

—No sabría decir si hay o no vida eterna. Entiendo que está muy de moda, en vuestra época, suponer que no hay más que oscuridad después de la muerte.

—No es que esté «de moda». Es que mucha gente no ve motivos para creer en nada. Parecen cuentos de hadas.

Se encogió de hombros.

—La fe tiene muy poco que ver con la razón. ¿Por qué exigir un mapa si el territorio sigue inexplorado?

No supe qué responder, así que tomé un poco de vino. Sabía a rayos, como masticar geranios. De un modo vago relacioné la acción con la consecuencia: había traído vino «tónico», porque me veía muy indispuesta, y se lo estaba bebiendo conmigo para que no me diera cuenta de lo mal que estaba. De haber podido, seguro que me hubiera

traído láudano.

—Recuérdame cuál era la religión de tu familia —me pidió.

La neutralidad con que me lo preguntó, viniendo de un hombre que hasta hacía poco seguía utilizando «pagano» como categoría descriptiva, me hizo darme cuenta de que realmente se estaba preparando para entrar en el Ministerio. Debían de haberle dado formación sobre prejuicios y sensibilidad.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Tengo curiosidad. ¿Mencionaste que hay una especie de, no sé cómo llamarlo, moralidad reflectante?

—¿Qué?

—Un acto cruel se pagará con crueldad, un gesto amable con amabilidad.

—Ah. El karma. Sí. Funciona a través de las vidas sucesivas. Si en esta vida eres desgraciado, en la próxima regresarás en forma de babosa.

Tomó un sorbo de vino y apenas hizo un mohín.

—Me parece despiadado —afirmó.

No pude evitar crisparme.

—Pues a mí no me lo parece. Los actos tienen consecuencias. Cada mínima decisión que tomas, cada acción que eliges, afecta a otra persona. Estamos todos encadenados. Arthur dejó de ir a la iglesia, ya lo sabes. No vio a Dios en las trincheras. ¿De verdad tienes fe en un Dios que permitió que existiera el Frente Occidental? ¿O Auschwitz?

—Sí. No te digo que me guste o que lo entienda. Dios es un capitán en cuyas órdenes debo confiar. Él conoce este barco mejor que yo.

—¿El mundo es un barco?

—Todo es un barco. Esta casita es un barco.

Hablaba muy bien: ponía una voz suave y agradable que me calmaba y me quitaba las ganas de discutir. Siempre funcionaba. Nos sonreímos, inseguros. Entonces preguntó:

—¿Qué es Auschwitz?

«Mierda», pensé. Vaya un desliz absurdo, después de mi discursito sobre las consecuencias.

Cuando se marchó volví a quedarme dormida, agotada ante la mera idea de hacer cualquier esfuerzo más allá de ponerme boca abajo. Dormí varias horas. Cuando me desperté, noté la saliva viscosa como el tofu pasado. Faltaba poco para medianoche. Me arrastré hasta la cocina para beber un vaso de agua.

Graham estaba en la mesa del comedor, delante del portátil, retorcido como una raíz dentro de una maceta. Tenía un cigarrillo entre los labios y otros dos apagados en el cenicero. Levantó la mirada cuando entré. Tenía el rostro totalmente inexpresivo.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —farfullé buscando a tientas un vaso—. ¿Qu…?

—No me habías contado lo del Holocausto.

El agua del grifo desbordó el vaso y me resbaló por el puño.

—Bueno —dije despacio—, en el Ministerio pensaron que podría ser perjudicial para vuestra adaptación…

—Le pedí a la máquina que buscara la palabra que mencionaste.

—Auschwitz.

—He visto fotografías…

Se le quebró la voz. Bebí un gran vaso de agua de un trago y observé a Graham. Lo que había tomado por inexpresividad era tan sólo el vacío del horror en su rostro. Debía de llevar horas mirando la pantalla.

—Niños —dijo.

—Sí.

—Montañas de zapatos.

—Sí.

Apagó el cigarrillo.

—¿Cómo se pudo permitir que ocurriera algo así?

Negué con la cabeza.

—La gente se entera —murmuré—, y luego decide hacer como que no se ha enterado. ¿Qué pasó con los esclavos liberados?

—¿Perdón?

—Los esclavos que liberaste. Del *Rosa*. Y de los otros barcos.

—Ah. Bueno, depende. Algunos se unieron a la Marina Real o a los regimientos. O los mandaron como aprendices a distintos lugares de

las Indias Occidentales…

—Aprendices.

—Sí.

—Mano de obra, querrás decir.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó cogiendo los cigarrillos.

Incluso en la penumbra de la cocina pude ver que el paquete estaba vacío. Lo arrugó, como distraído.

—Muchos murieron en la travesía, ¿no? O mientras estaban en esos barcos, esperando a que escucharan sus testimonios. Tú mismo dijiste que…

—Sé lo que dije.

Se levantó y cerró el portátil. Cada uno de sus movimientos era pausado, tranquilo, discreto. No daba golpes ni hacía gestos bruscos. Podríamos haber estado hablando del pan que íbamos a comprar.

—La Escuadra Preventiva se concibió como un servicio moral a la humanidad —declaró en voz baja—. Considerar que sus acciones fueron comparables a lo que se hizo en Auschwitz… No tiene ningún sentido. Si lo creyeras, ¿cómo soportarías vivir en esta casa conmigo?

—No estaba diciendo que fueran comparables.

—En serio.

—Intento decir que diste por buenas ciertas órdenes y las cumpliste.

Me miró fijamente. Tenía los ojos apagados. Se dio la vuelta sin mediar palabra, abrió la puerta de atrás y salió al jardín oscuro como la medianoche. El aire frío me heló las piernas. Llegué al umbral y lo miré ahí fuera, temblando por el gélido viento invernal. Se quedó de pie en el césped, con los brazos cruzados y la mirada fija en el cielo.

Cuando todavía era una adolescente que iba construyendo mi personalidad a partir de las películas y los libros y las canciones que más tarde compartiría con Graham, el monje superior de uno de los mayores *wats* de Camboya declaró que no podía descartar que las víctimas de los Jemeres Rojos no fueran el último eslabón de una cadena de causas y efectos kármicos. Si esas personas se hubieran comportado con integridad en vidas pasadas, tal vez al final no

habrían tenido que yacer en fosas comunes.

Después de oír eso, mi madre nunca volvió a nuestro templo. Depositaba flores y fruta en el altar de casa, que se convirtió en un rincón donde ponía a secar sus pensamientos. Sólo honraba a su nuevo país, el cual le decía que era bienvenida siempre y cuando trabajara. En términos de causas y efectos kármicos, parecía mucho más aceptable.

En cuanto a mí, recién salida del cascarón, estaba lista para obsesionarme con lo que fuera. Elegí mi primer libro sobre la edad de oro de las exploraciones polares y me embelesó. Llegué a creer en la posibilidad de una muerte heroica, y a partir de ahí fue fácil creer en el heroísmo. El heroísmo sentó las bases de la integridad, y la integridad me ofreció coherencia. Si me hubiera metido de lleno en el punk rock, quizá sería una mujer diferente. Pero no fue así.

Una de las primeras comparaciones que hicimos en el proyecto puente fue con la misión Kindertransport, el rescate de niños del territorio controlado por los nazis durante los meses previos al estallido de la Segunda Guerra Mundial que llevaron a cabo el Reino Unido y otros países europeos. Nadie —ni siquiera Ralph, cuyo padre había llegado en aquellos barcos— mencionó que, aunque rescatáramos a los niños, nos negamos a llevarnos a sus padres y sus madres. Graham, al final de una exhaustiva búsqueda en Google, supo qué había sido de aquellos progenitores. Mostramos el Kindertransport como un acto de heroísmo, un ejemplo coherente de la caridad y el antifascismo intrínsecos de Gran Bretaña. No todo es falso: aquellos huérfanos estuvieron agradecidos, a menudo, y salieron adelante, a veces.

Pensarás que fui torpe. Pensarás que podría haberlo hecho mejor. Y sin duda tienes razón. Era una situación pedagógica en la que avanzaba a tientas; peor aún, era una situación a la que yo misma había dado pie, y mis actos tuvieron consecuencias. Pero ¿qué podía haber dicho? ¿Que el Holocausto era una de las manchas más atroces y vergonzosas de la historia de la humanidad y que podría haberse evitado? Todo lo que ha sucedido podría haberse evitado, y no se evitó. Lo único que se puede reparar es el futuro. Créeme cuando digo

que eso es lo que me enseñaron los viajes en el tiempo.

A la mañana siguiente, Graham me trajo una campanilla de invierno en un vaso de cristal y la puso sobre mi mesa.

—La primera de la temporada —anunció—. Del jardín.

Toqué su triste cabecita blanca.

—Llevas aquí casi un año —le dije.

—Sí.

—Me alegro de que llegues a ver este jardín en primavera, antes de mudarte.

Tocó la campanilla donde yo la había rozado con los dedos.

—Sí —afirmó, y, como tantas veces, en su voz no había ninguna emoción.

Entramos en la estación de las lluvias. Un gran lápiz de grafito trazaba en el aire el recorrido diagonal del agua.

En febrero hubo otro temporal violento, pero donde hizo más estragos fue en el suroeste de Inglaterra. A Graham le disgustó lo que pasó en Devon. Había nacido allí, guardaba buenos recuerdos de ese lugar.

Nuestra casita resistió. Él iba de habitación en habitación, mirando por las ventanas. Cuando entró en el despacho, donde yo estaba encorvada delante del ordenador como un langostino cocido, dijo:

—Debo reconocer una cosa. El sistema de alcantarillado de tu época es un milagro de la ingeniería.

—Ahí abajo todo lo que hay son tuberías del siglo XIX.

—Aquí dentro todo son tuberías del siglo XIX —dijo señalándose. Sonreí con desgana.

Mi correo electrónico hizo un ruido de reproche. Venía de Adela, que me había puesto en copia oculta. Era un mensaje breve. Adela tenía un verdadero don para provocarte un síncope con un par de líneas.

—¿Malas noticias? —preguntó Graham. Tosí.

Anne Spencer había muerto acribillada a tiros cuando intentaba escapar del pabellón del Ministerio. Casi lo consiguió. Hacia el final, había dejado de aparecer en las cámaras de seguridad.

En el mensaje nos advertía que su muerte se comunicaría a los expatriados como un suicidio. «Recalcadlo tantas veces como haga falta», había escrito Adela, con un doble subrayado.

El funeral fue un trámite extraño, estéril. Se celebró en una capilla del Ministerio de cuya existencia no me había percatado hasta entonces. El ataúd estaba cerrado y nadie, excepto los expatriados, se acercó a él. La ceremonia tuvo el aire encasillado de un protocolo administrativo, excepto por el himno, «Bless the Lord, my soul» con los arreglos de Jacques Berthier, que fue exquisita y estremecedoramente triste. Cuando empezó a sonar, no pude levantar la cabeza. El sonido del tenor claro y fino de Arthur y la voz suave y grave de Graham armonizándose al final de cada verso me llegó al alma.

Después fui a sentarme en un pequeño patio contiguo a la capilla. Estaba encharcado y olía a barro. Aun así, me acomodé en el borde de piedra de un parterre, dejando que el frío me traspasara el abrigo.

—¿Te importa si te acompaño?

—Hola, Arthur. Claro que no. Está un poco mojado, me temo.

Arthur sonrió; se sentó a mi lado y estiró sus largas piernas. Haciendo girar el anillo de sello en el dedo, un gesto tan delator como el mío al morderme las uñas, murmuró:

—No la conocimos tan bien como nos hubiera gustado. Ojalá la hubiéramos tratado más.

—Mmm...

—Quizá no se hubiera sentido tan... sola.

No dije nada, porque cualquier cosa que hubiera dicho habría sido una mentira. Le rocé los nudillos con los míos, y él me cogió la mano.

—Cuando llegué aquí, una vez superada la conmoción —dijo—, pensé que había entrado en una especie de purgatorio. Una segunda oportunidad, ya me entiendes. No puedes imaginarte lo que era ser un

hombre de… de mis inclinaciones, en aquella época. Ahora parece que tengo otra oportunidad en una época que va más conmigo. Pero, como bien sabes, basta con enamorarte de alguien que no puede o no quiere corresponderte para que te sientas solo y desgraciado y fuera de lugar. Tal vez tengan que pasar doscientos años más para que arreglen eso. Tal vez también vengan a buscarnos y así sabremos que hemos llegado al paraíso. ¿Tú y Graham sois amantes?

Noté que la mano que él cogía se me tensaba.

—No.

Lo miré. Quiero decir que lo miré de verdad: su cara triste y cautivadora, donde la vulnerabilidad ondeaba a media asta.

—¿Y vosotros? —pregunté.

—¿De qué estáis hablando?

Ambos nos volvimos para mirar hacia la puerta. Graham estaba allí encendiéndose un cigarrillo. Temí que hubiera oído algo.

—Estamos conspirando —dijo Arthur, y me dio un apretón en la mano antes de soltarla—. Vamos a intentar cometer algún pecado realmente original.

Graham sopló una voluta de humo hacia nosotros.

—Ya veo —afirmó—. Me aseguraré de tener una vela encendida en la ventana para cuando volváis a casa.

Las historias más duras en torno a los Jemeres Rojos son aquellas sobre las que planean el *casi* y el *quizá*. Ella estuvo a punto de conseguirlo, pero al final se la llevó la disentería. Él quizá está enterrado en la fosa común de Choeung Ek, así que iremos allí a presentar nuestros respetos. Él casi llegó andando hasta Tailandia, pero los soldados lo encontraron en el bosque. Ella quizá vio a su hijo pequeño una última vez antes de que se la llevaran.

Anne Spencer casi había logrado escapar de aquel pabellón. Después de leer el correo electrónico, me invadió un terror antiguo e inmenso. En parte era el terror que había crecido conmigo, con mis propios huesos, sabiendo como sabía que yo existía únicamente porque mi madre había superado ese *casi*; no sé en qué momento dejas de sentir

la necesidad de huir, generación tras generación, cuando has nacido después de eso.

Y a la vez también era un terror humano, simple, prodigioso. Aquel que sientes cuando la muerte pasa rozándote demasiado cerca y de pronto recuerdas el increíble milagro que es estar vivo, y cuánto te gustaría seguir vivo incluso mientras la muerte se asoma riendo a tu ventana o se te aparece riendo en el espejo.

El sistema de videovigilancia interno del Ministerio estaba eximido de cumplir las leyes que prescribía la Oficina del Comisionado de Información. Yo no podía acceder a las grabaciones sin enviar una solicitud en nombre del equipo puente, lo que significaría que todo el mundo, desde el secretario hasta el escalafón más bajo, me vería husmeando en el mural digital. Sin embargo, tenía autorización de Seguridad para pedir un registro de los permisos solicitados, concedidos y denegados; de los fallos técnicos notificados; de las cintas borradas después de los treinta días requeridos y de las cintas catalogadas para uso de archivo; etcétera. Silbé al pensar en los montones de papeleo.

Encontré media docena de facturas de reparaciones que se habían hecho a los equipos del sistema en las semanas previas a la muerte de Anne Spencer. Al parecer, la gente tardó un tiempo en darse cuenta de que la pobre mujer había conseguido hacerse invisible a las cámaras de vigilancia, y sospecharon de alguna avería en el circuito.

También eran intrigantes los partes de mantenimiento de las cámaras de seguridad que deberían haber estado vigilando el patio el día que Quentin fue asesinado. El sistema se había apagado cuando la electricidad se redirigió automáticamente. Ese desvío era un procedimiento de emergencia habitual en los edificios con salas de alta seguridad. Dicho en términos sencillos: si alguien o algo muy importante se custodiaba bajo siete llaves y esa protección fallaba, el edificio desviaba automáticamente la electricidad desde los sistemas no esenciales —como el circuito cerrado de vigilancia de un patio público— hasta que se ponía en funcionamiento el generador de

apoyo. Era un sistema anticuado y rocambolesco que había resultado tremendamente eficaz porque era difícil de piratear con los maliciosos códigos actuales.

Lo raro fue que no pude encontrar el correspondiente registro de la brecha o el fallo de seguridad. El desvío «automático» se había introducido manualmente.

Presenté una solicitud de acceso a un historial de solicitudes de acceso. Encontré un registro de accesos externos al sistema de redirección, que se encriptaban para proteger la identidad detrás de cada ingreso. El nombre de usuario, la autorización de seguridad, la autoridad y los permisos estaban todos encriptados. Pero había un registro digital del sensor CMOS: el escáner de huellas dactilares.

Lo saqué y lo introduje en la base de datos del Ministerio.

Dio una coincidencia.

Leí mi propio nombre.

Perdí la conciencia durante unos instantes. Cuando volví en mí, me estaba amasando el pecho con la mano en el lugar donde mi corazón desbocado palpitaba bajo la piel.

Me estaban tendiendo una trampa, y de todas las emociones que sentía, la impotencia ante aquella injusticia era la más fuerte. Aún no sabía quién coño era el brigadier, ni qué quería, y nadie parecía dispuesto a decírmelo, pese a que la que había presenciado cómo le levantaban la tapa de los sesos a Quentin era yo.

Le mandé un correo electrónico a Adela preguntándole si podíamos reunirnos para hacer «balance de la situación», un término tan carente de sentido que ella no sería capaz de pensar una excusa. Mientras me machacaba las uñas en el teclado, me decía que sería mucho más fácil tener un arma y una visión clara del brigadier. Cuantas más vueltas le daba, más se endurecía el callo en mi cabeza. «Sí. Si tuviera un arma, podría limpiar todo esto», pensé a través de una placa de pensamientos muertos.

Estaba eufórica de resentimiento. Eso se manifestó por primera vez mientras me comía un tarro entero de cebollas encurtidas con unos

palillos sentada a la mesa de la cocina. Necesitaba algo con vinagre. Acabé con retortijones, vomité y salí a correr con el estómago del revés.

Cuando volví, me duché con violencia. Dejé paredes del cuarto de baño llenas de espuma. Quería morder un tren, o follármelo. Quería golpearme hasta hacerme sangre en la cámara funeraria de la pirámide de Giza. Como este tipo de cosas estaban prohibidas por las leyes del hombre y del Ministerio, decidí apostar por la siguiente mejor opción: ir a un pub.

—Graham —le dije a mi desventurado compañero de piso, que había comprado las cebollas en vinagre.

—¿Sí?

—¿Quieres conocer a algunos de mis amigos?

Me dedicó una de sus raras y encantadoras sonrisas.

—Me gustaría. No sabía cómo pedírtelo.

—¿De verdad?

—Sí —dijo. Parecía a punto de lanzarse a una explicación, pero se detuvo. El esfuerzo de parar hizo que se sonrojara un poco. Se contentó con añadir—: Al fin y al cabo, ya conoces a los míos.

—Sólo tienes dos.

—Tres —me corrigió complaciente—. Tú y yo somos amigos.

Decidí que iríamos a tomar unas copas a un pub del barrio donde había vivido antes del año puente, e invité a media docena de mis amigos más cercanos. Hablar de «amigos cercanos» a esas alturas del año puente no tenía mucho sentido, porque a la mayoría no los veía desde hacía meses. A menudo les mandaba un mensaje taciturno: «Mucho lío en el trabajo.»

Avisé por el chat del grupo: «Mi compañero de piso es muy pijo y un poco raro. Estuvo en la Marina.» Esperaba que con eso bastara. Pero, cuando Graham apareció en su moto, y la aparcó junto a las demás motos y scooters —vi que se quitaba el casco, se apoyaba en la moto, encendía un cigarrillo y fumaba pensativo mirando el cielo, con la chaqueta de cuero reluciente y los rizos revueltos—, pensé que no

sabría cómo explicar ese hombre a nadie, y menos a mí misma.

El pub estaba delante de una tienda de kebabs donde también servían té y café y que frecuentaban los repartidores de Uber Eats y Deliveroo del este de Londres, de ahí la plétora de bicicletas y *scooters* aparcadas fuera. Daba la impresión de que todos los mensajeros se conocían; a menudo podías verlos compartiendo un *döner* con patatas fritas apoyados en sus vehículos.

—Hola, Graham.

Apagó el cigarrillo y me dedicó una sonrisa cautelosa.

—Hola —me saludó—. ¿Entramos? ¿Qué demonios son esos aullidos?

—Ah. Es noche de karaoke.

Dentro del pub, una mujer menuda, como un ratón con ambiciones, estaba de pie en el escenario improvisado, ceceando dulcemente «The Best» de Tina Turner.

Mis amigos se habían sentado a una mesa lejos del estruendo del karaoke para poder hablar. Se volvieron como una bandada de loros en un árbol cuando vieron que me acercaba.

—Así que tú eres el famoso compañero de piso —dijo uno—. Hemos oído hablar mucho de ti.

—¿Ha dicho algo bueno? —preguntó él.

—Ni una palabra.

—Ah, pues qué alivio. No querría que mintiera por mí.

Estiré los omoplatos, liberando la tensión. Graham era un anacronismo, un rompecabezas, una tomadura de pelo, un problema, pero por encima de todo era un hombre encantador. No importa el siglo en el que estén, siempre se sienten como en casa.

Salió bien. A mis amigos pareció gustarles, y creo que a él también le gustaron. Sabía esquivar las preguntas que no quería contestar y tenía un talento para el humor estrafalario que los distraía de las lagunas de información que iba dejando.

Las horas pasaron volando.

Cuando me encontré pensando si tomar un dry martini en un local

donde el vino de la casa se llamaba Table y venía en cajas de cartón, supe que era hora de irme a casa. Me acerqué dando traspiés a la barra, donde Graham estaba charlando con uno de mis amigos sobre sus tatuajes.

—¿Aquí qué pone? —le preguntó.

—«Amar a alguien es un ejercicio de despersonalización.» Deleuze. Escribí mi tesis doctoral sobre él.

—Qué interesante. ¿Y esto qué es? ¿Un cangrejito?

—Sí. Me lo hice después de tomar ácido en Dungeness. Vi un cangrejo en la playa y pensé que era Dios.

—Fantástico.

—Graham. Deberíamos ir tirando —anuncié, y alargué la mano.

Estaba borracha, por supuesto. Con la palma de la mano palpé sus costillas a través de la ropa. Me miró.

—Sí —dijo. Se irguió pero no se apartó, y noté que el sudor de mi mano atravesaba su jersey.

Nos despedimos y salimos caminando sin prisa a la calle, centelleante bajo los vapores de sodio de las farolas en un escenario de cartón piedra. Había unos cuantos mensajeros tomando té y cenando en cajas de porexpán. No los vi hasta que por poco nos topamos de bruces con ellos: el brigadier y Salese.

Me detuve en seco. Mis botas resbalaron en la acera y Graham me sujetó del brazo para que no me cayera. Notó que estaba temblando y me deslizó las manos entre los omoplatos.

—Lo tengo —dijo Salese mostrando un extraño dispositivo—. Es un «viajero libre».

El aparato parecía una brújula con pretensiones de detector de metales y proyectaba una cuadrícula blanca y transparente sobre la que parpadeaban varios símbolos. Era, sin lugar a duda, el objeto que había dibujado Graham; no un arma, al fin y al cabo, sino una especie de dispositivo de vigilancia. «Maravilloso», me dije con voz monótona. El fantasma de una cebolla encurtida me subió por el gaznate.

—Buenas noches, comandante Gore —saludó el brigadier.

—Señor.

—Siento abordarle de esta manera. Pero tiene que venir con

nosotros.

—¿Puedo preguntar para qué?

—Me temo que no.

—¿Mi puente?

—Si usted nos acompaña, no tendremos que hacerle daño a ella.

Eso no le gustó.

—Creo que no voy a acompañarlos —dijo—. Y creo que tampoco van a hacerle ningún daño. Ahora se marcharán.

—La lectura de ella está apagada —dijo Salese de repente, escrutando la pantalla—. Tiempo dispar. Receptor nulo.

—Vaya, estupendo. —El brigadier suspiró y sacó de la chaqueta lo que sin lugar a duda era un arma.

Graham me agarró de la muñeca y me apartó justo a tiempo para que no me diera una luz azul, que impactó en la acera justo donde yo estaba. Hizo zas y abrió un cerco en el pavimento. Con un grito me abalancé sobre Salese y arañé aquella fría cara con las uñas. Salese también empezó a gritar.

—¡*Puso*! —aulló. La máquina de proyección cayó al suelo con estrépito—. ¡*Puso, puso*!

Tal vez no entendiera exactamente la palabra, pero sé cuándo me llaman «hija de puta».

—*Sake,* Sal —masculló el brigadier, sin su acento de la BBC. Entonces Graham lo agarró por el brazo y oí un chasquido desagradablemente biológico. Salese gruñó y chilló. Le hundí con fuerza un dedo en el ojo. Salese soltó un chillido.

Graham había tirado al brigadier al suelo, pero éste estaba de nuevo apuntándolo con el arma.

—Corre —me dijo Graham en voz baja.

Eché a correr. Detrás de mí, hubo otro zas.

Junto a la tienda de kebabs, los mensajeros se dispersaban. Me quedé temblando junto a la moto de Graham. Él abrió el maletero rápidamente, me puso un casco de repuesto en la cabeza —demasiado grande, era el que solía llevar Arthur— y me agarró del cuello hasta montarme en el sillín.

—¡Espera! —gritó a través del casco. Se oyó otro zas y un torrente

de maldiciones en un abanico de lenguas. Le rodeé la cintura con los brazos y chillé como una *banshee* mientras la moto salía a todo gas. A nuestro alrededor, como una colmena de avispas metálicas enfurecidas, los mensajeros también dieron gas a sus motos. Bajamos aullando por la calle.

—¡¿En qué moto van?! —oí bramar al brigadier.

Nos alejamos.

Nunca me había montado en una moto y no estaba en el mejor momento, mentalmente, para que aquélla fuera mi primera vez. Todo iba demasiado rápido y era demasiado ruidoso. Sollozaba cada vez que Graham tomaba una curva, la carretera se cernía amenazando mis rodillas. La moto circulaba por las calles a toda velocidad saltándose los semáforos en rojo.

El clamor del viernes noche se fue diluyendo. Las luces de las farolas se espaciaban y los árboles empezaban a asomarse por el horizonte. Estábamos entrando en el barrio donde vivíamos.

Aminoró tanto que mi respiración agitada se hizo audible. Aparcó cerca de la casa. Se bajó de la moto y gentilmente me ayudó a bajar, manejándome con tanta destreza como si fuera la compra semanal.

—Creo que ese par son del futuro —farfullé.

—Sí, eso ya lo suponía —afirmó, pero no con aspereza.

Me encaminó hacia la entrada. Llegué como pude y me apoyé en la puerta, resollando débilmente y notando cómo me salía un gemido constante del fondo de la garganta. Con calma, empezó a quitarse el casco, la chaqueta y la bufanda de aviador.

—Estás bien —me dijo en voz baja y tranquilizadora, quitándome el casco de un tirón y despeinándome—. Estás bien —repitió desabrochándome el abrigo.

Encogí los hombros y se me cayó al suelo.

—Han intentado matarnos —balbuceé.

—Sí —afirmó con calma—. Deberías ponerte en contacto con el Ministerio. Toma. Tienes un alfiler prendido en la cabeza.

Extendió la mano y sentí sus dedos en mi pelo desenredando suavemente una horquilla. Tenía una expresión distante por la concentración. Le cogí la cabeza con las dos manos y le estampé un

beso.

Todo su cuerpo se tensó y se puso rígido. Se arqueó alejándose de mí en todos los puntos excepto la boca, que se había quedado laxa por la impresión. Durante un par de segundos sentí que temblaba, como cargado de un magnetismo opuesto. Entonces, de repente, fue como si cortaran una cuerda. Se abalanzó sobre mí. Cerró los puños a ambos lados de mi cabeza y me embistió con tanta fuerza que entré por la puerta.

Objetivamente, fue un beso torpe. Nuestros dientes chocaron. Me lastimó el labio inferior. Tanteé el dobladillo de su jersey y rocé con los dedos su piel desnuda. Jadeó, y el jadeo pareció sobresaltarlo, porque de pronto se apartó de mí, tropezando hacia atrás contra la pared. Aterrizó en un globo de luz cremosa que se derramaba a través del cristal de la puerta. Me miró fijamente, con los ojos desencajados, el pelo revuelto, la boca y la barbilla húmedas.

Nos miramos.

—Graham.

—No lo hagas —pidió. Por primera vez aquella noche percibí el pánico en su voz. Di un paso hacia él y, con más urgencia, me ordenó —: No te acerques.

Me detuve. Respiraba con tanto esfuerzo como yo. Era como si el horror de la última media hora lo hubiera asaltado de golpe, aunque quizá eso no fuera lo único que lo horrorizaba… pero aborté ese pensamiento.

—Lo siento —se disculpó, y alargó el brazo.

Pensé que iba a darme la mano o a acariciarme la cara, pero me devolvía la horquilla. Todavía estaba tibia por el contacto con mi pelo, de sus manos. Continuaba embobada mirándola cuando se apartó de mí y se escabulló a su habitación. Oí que cerraba la puerta con llave, algo que por norma no hacía nunca. Me habría hecho gracia si no me hubiera parecido tan desgarrador.

VII

Un par de semanas después del disparo accidental, Gore conduce a un grupo de hombres y dos oficiales desde el barco varado en la banquisa hacia tierra firme. Marchan dieciséis millas a través del hielo hasta llegar a cabo Félix.

La caza ha sido inusitadamente pobre, y vuelven con apenas unos cientos de libras de carne. Todas las presas se comparten en la mesa común, aunque el cazador puede quedarse con la cabeza y el corazón de las piezas más grandes. Gore comparte su primer corazón —de caribú— con Goodsir, que agradece el gesto improvisando una conferencia sobre los animálculos parásitos que se alimentan de los mamíferos de sangre caliente. «¿Te refieres a los dardos de Cupido?», le pregunta un soltero empedernido a otro. Pero Goodsir sólo tiene veintisiete años; se casará cuando haya publicado sus artículos sobre las especies de insectos del Ártico y se haya hecho un nombre.

Se pretende que el campamento de cabo Félix sirva de observatorio magnético y de base para las partidas de caza cuando ya no sea posible salir a diario del barco en busca de sustento. El viaje de ida y vuelta agota a los cazadores, salvo a los más decididos, a quienes uno reconoce por sus caras desfiguradas. Gore ni siquiera sabe qué aspecto tiene, y ya le va bien. Quizá perderá un trozo de nariz por la congelación.

El teniente Hodgson, del *Terror*, es el oficial a cargo del instrumental magnético en la base. Hodgson es encantador como un perro faldero y valiente como un terrier, pero es joven y no tiene talante de científico. Su presencia en el campamento es una señal preocupante. Sugiere que Crozier —científico de talento y miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres— envió a su lugarteniente más novato porque no da valor al trabajo que se está haciendo allí. Incluso podría sugerir que Crozier en realidad no espera que las investigaciones sobre el terreno lleguen nunca a Inglaterra.

A principios de este año, en mayo, Gore encabezó una partida hasta el túmulo de John Ross para depositar una nota del difunto sir John Franklin destinada al Almirantazgo a través de tratantes de pieles nómadas o cartógrafos de la Marina Real. Ahora, en vistas de que la expedición de reconocimiento —nadie se atreve a decir de

«rescate»— sigue sin aparecer, de que cada vez se hace más evidente que ningún trampero de la Compañía de la Bahía de Hudson ha encontrado el túmulo de piedras y su mensaje, un letargo melancólico, intensificado por el hambre, se apodera del grupo. Gore necesita de todo su carisma, su buen humor y de la presencia tácita del gato de nueve colas, para que en el campamento de cabo Félix no decaigan los ánimos y la tropa se mantenga activa y responda.

Las mañanas son lo peor. Los sacos de dormir de piel de foca se congelan durante la noche, y luego a la luz del amanecer la escarcha se evapora, se condensa en el techo de lona y les gotea en la cabeza. Toda su ropa pesa una barbaridad y cualquier movimiento los agota, porque sudan dentro de la lana y no consiguen que se seque.

No, las horas de las comidas son lo peor. Se meten cosas frías en la boca y el frío les recorre el estómago. El campamento se estaba quedando sin alcohol de combustible, así que Gore dio a elegir a sus hombres entre el grog o las raciones frías. Todos prefirieron el grog; los lobos de mar siempre han sido de natural alegre. Pero también hay que derretir el agua, y la sed supera el hambre o el cansancio que sienten. Gore ha tenido que impedirle a más de un hombre que comiera nieve y se abrasara la garganta. Hace dos días, Des Voeux y el sargento Bryant mataron una liebre y se

arrodillaron a beber la sangre de la herida que tenía en el flanco tras el balazo.

No, lo peor es que no hay esquimales. Éste es su territorio en temporada de caza. El año pasado subieron a bordo de los barcos para intercambiar carne y pieles de foca por cuchillos y madera. Habían dado palmadas en la cara a los marineros y se resistieron jovialmente a convertirse al cristianismo (el infierno les sonaba de maravilla, una región de calor eterno). Este año los nativos no aparecen por ninguna parte. Han asaltado los cielos, se han hundido en las entrañas de la tierra.

Gore cree que tal vez pierda el dedo índice de ambas manos. Están hinchados, relucientes como el esmalte. Tarda más de lo que quisiera en ponerse los guantes porque no tiene sensibilidad. Aun así, ha tenido que lidiar con cosas peores. Esperará otra semana a menos que se le empiecen a poner los dedos negros. Todavía no pierde la esperanza de cazar un buey.

Cuando sucede, pasa todo muy deprisa. Más tarde, apenas será capaz de articular las palabras para describirlo.

«El… destello de un relámpago, pensé que era. Luego esa… puerta de luz azulada.»

El horizonte se quiebra como un nudillo. Una brillante grieta azul en el mundo. Levanta la escopeta.

Se preguntará, dentro de un tiempo, qué habría ocurrido si no lo hubiera hecho, si hubiera conocido su futuro en otras circunstancias.

7

Me presioné el labio con la yema del pulgar. Aparté el dedo. Lo observé. Ni rastro de sangre, aunque daba la impresión de que debería haberla. Ni siquiera sentía el escozor. El beso se había ido con el amanecer.

—No hagas eso —murmuró Adela.

—No me estaba mordiendo las uñas.

Hizo un sonido conciliador con la garganta, como el que les haces a los gatos viejos zarrapastrosos cuando intentan subir las escaleras. Era lo más cerca que había estado nunca de ser amable conmigo y, literalmente, me vine abajo. Dejé caer la frente con suavidad sobre las rodillas.

Estaba sentada en un colchón horrible y escuálido en un piso franco del Ministerio. Después de oír que la puerta de Graham se cerraba, me había quedado estupefacta temblando contra la pared hasta que un puñado de neuronas formó un comité para recordarme que el hombre a quien mi jefa había identificado como un espía acababa de intentar asesinarnos a plena luz de las farolas con un arma futurista que daba sentido a la críptica insinuación del difunto Quentin de que no eran cosas «del pasado».

Así que había llamado a Adela, que contestó en el acto y se puso manos a la obra para organizarlo todo. La noche había sido efervescente. Montaron todo un despliegue logístico: furgonetas con ventanas ahumadas, vehículos señuelo e incluso un breve pero impresionante pasaje subterráneo. Me dieron a entender que también habían trasladado a los demás puentes y expatriados a pisos francos

extraoficiales, de una categoría bastante por debajo de la de nuestros alojamientos originales. A Graham y a mí nos pusieron en un piso destartalado en la buhardilla de un viejo edificio gubernamental que la ciudad comprimía por todos los flancos. El hermoso descampado donde le había enseñado a montar en bicicleta quedaba muy lejos. La ventana de mi cuarto daba a una jungla de chimeneas y conductos de ventilación que se volvían plateados con las primeras luces. Oía un goteo continuo y supe, con resignación, que siempre oiría gotear algo mientras viviera allí. El subidón de la adrenalina había desaparecido y estaba muerta de agotamiento.

El cuarto de Graham estaba frente al mío y al otro lado de un largo pasillo con un aire a manicomio abandonado. Al salir de nuestra antigua casa lo habían metido en una furgoneta aparte, con su moto y una bolsa de ropa al hombro. Me había mirado una vez, una ojeada rápida para comprobar que también se me llevaban, y luego no había sido capaz de volver a mirarme a los ojos. Cuando se agachó para meterse en el vehículo, me di cuenta de lo menudo que era en comparación con los pesos pesados que habían enviado a mi ahora antiguo barrio. Parecía empequeñecido, en cierto modo; daba la impresión de que llevara su encanto bien pegado al cuerpo, como un brazo roto. No había vuelto a verlo desde que nos dejaron en el piso franco.

Adela hizo ademán de abrir el primer cajón de la mesilla de noche. Era un mueble viejo y se atascaba. Consiguió destrabarlo con mucha más paciencia de la que nunca le había visto.

—¿Hiciste la instrucción con una Walther? —me preguntó.

Volví la cabeza, de rodillas, para mirar. Sujetaba una pistola en la mano. Tomé conciencia de lo que veía con la misma resignación con que me había tomado el goteo.

—Cuando suspendí las oposiciones estaba usando una Walther, sí.

—Ahora ésta es tuya.

—Ah. Estupendo.

—La dejaré en este cajón de arriba.

—De acuerdo.

—Pero antes me gustaría ver cómo la descargas y la recargas —

añadió pasándome el arma.

Pesaba lo mismo que una pistola, ni más ni menos de lo que cabía esperar.

—Hace tiempo que no lo hago —dije, pero lo hice de todos modos.

Adela asintió con aprobación y me la quitó para guardarla en el cajón. Mis pensamientos ardían perezosamente: electricidad a través del plasma.

—Señora. El brigadier. Creo que viene del futuro.

—Ajá.

Sin saber qué hacer ni dónde meterme, hundí la cara entre las manos: un impulso infantil, deseando que mis problemas se desvanecieran sólo con cerrar los ojos.

—¿Cómo que «ajá»? ¿Lo sabía? ¿En el Ministerio estaban al corriente?

—Hablaremos de esto pasado mañana —contestó ella—. Mandaré un coche. Recibirás una llamada de un número oculto para avisarte cuando llegue...

—¿Pasado mañana? ¿Después de que me peguen un tiro? ¿Por qué no mañana? ¿Por qué no ahora mismo?

—Porque lo digo yo —respondió Adela, tan rápido que no podía ser una respuesta premeditada. Chasqueó la lengua y sus extrañas facciones temblaron—. Necesitas descansar —añadió, con más indiferencia.

—Sí, Mai.

Nos quedamos en los escombros del silencio.

—Una broma —murmuré—. Significa «mamá» en jemer.

Se echó hacia atrás como si le hubiera escupido, luego se levantó y sin decir nada salió de la habitación.

Dormí profunda pero fugazmente, una zambullida en el sueño REM. No sabía cómo duerme la gente después de que alguien haya intentado matarla, así que deduje que esto entraba dentro de lo normal. Cuando me desperté era ya por la tarde y Graham había salido. Su ausencia era como un agujero en la tierra.

Volví a cargar la Walther, la metí en el bolsillo de un abrigo y me senté en la ventana enmarcada de moho de mi dormitorio como una gárgola, contemplando la vista.

Los alrededores parecían hostiles a la interacción humana. Había poco espacio para los peatones y demasiados coches. A la vuelta de cada esquina dabas con la mirada ausente de los edificios de hormigón o de cristal. Era una de esas zonas en las que las palomas parecen aún más feas. Pero estaba llena de gente, gente que vivía amontonada, los unos encima de los otros, gente que trabajaba esquivándose, algunos con traje y otros con uniforme. Me di cuenta de por qué el Ministerio pensó que podríamos escondernos aquí. Había tanta gente infeliz que una pistola no bastaría. Tendrías que lanzar una bomba para garantizar que era justamente yo la desgraciada que iba a morir.

Supe que había vuelto cuando el intenso olor esmeralda del tabaco llenó el vestíbulo. Algo se contrajo en mi pecho: un músculo, un nervio, no estaba segura, pero dolía.

Lo encontré sentado delante de la mesa cochambrosa de la cocina con la mirada perdida. *Animal acorralado* estaba abierto boca abajo junto al cenicero. Volví a sentir la punzada en el pecho al darme cuenta de que debía de habérselo llevado al marcharnos de la casa. Cuando entré no movió nada salvo la mirada, que se alzó como un látigo.

—¿Dónde has estado? —pregunté secamente.

—He salido con la moto.

—No sé si lo habrás hecho como reacción al shock o si sólo eres terco a más no poder, pero ¿eres consciente de que dos individuos del futuro ayer intentaron secuestrarte y matarme?

—No se me pasó por alto.

—¿Y te vas por ahí solo de excursión?

Al menos tuvo la delicadeza de parecer avergonzado, aunque tenía la cara medio oculta por la mano con la que sostenía el cigarrillo.

—Necesitaba pensar —dijo con cuidado—. Y me cuesta más cuando me quedo quieto.

Temblando, di cuatro zancadas rígidas hasta ponerme delante de él. Su mirada volvió a vacilar. Me estremecí furiosamente. Notaba que las rodillas me brincaban como un par de ranas en una caja.

—Por poco nos asesinan a sangre fría en plena calle, y resulta que estás raro porque te arrepientes de haberme besado. ¿Es así? ¿Lo he entendido bien?

Carraspeó incómodo y tiró la ceniza de cualquier manera, sin acertar en el cenicero.

—Creo que más bien me besaste tú —sugirió.

—Da igual. Estás a punto de decirme que fue un terrible error, que no debería haber ocurrido, etcétera.

Le pegó una calada tan fuerte al cigarrillo que la punta brilló como una señal de advertencia mientras hurgaba con ansiedad en el paquete para sacar otro. Con el cigarrillo encendido prendió el siguiente y los cambió con aire sombrío. Al final dijo:

—No debería haber ocurrido. Y lamento mucho cómo ocurrió.

—Claro.

—Estás enfadada.

—No me digas. Es humillante que te traten como a una cría después de que te besen como a un...

—Por favor...

Se puso colorado y me lanzó una larga bocanada de humo. Al final murmuró:

—He intentado cortejarte.

Parpadeé.

—¿Qué?

Me miró con el ceño fruncido por encima del cigarrillo.

—Evidentemente he manejado mal la situación. No tengo mucha experiencia en cortejos.

—No lo entiendo.

—Debo decir que yo tampoco. No entiendo lo que quieres, ni lo que quiere ninguna mujer de esta época. No sé qué tengo para ofrecerte. Eres independiente por completo. Tu profesión te mantiene ocupada hasta un grado que me resulta violento. Pero, bueno, pensé, te comes todo lo que cocino, así que quizá...

—¿Planeabas alimentarme hasta que… qué?

Frunció aún más el ceño. Parecía estar pasándolo realmente mal.

—Esperaba que tú pudieras explicármelo. Si me encontrabas apto.

—¿Apto para qué? —pregunté exasperada.

—Bueno, pensé que tal vez… no lo sé. En mi época, ya te imaginarás, las cosas progresaban de una manera muy distinta. Yo no sabía lo que querías.

Me quedé boquiabierta.

—Graham —dije—. No es por insistir. Pero te besé. Con mucho entusiasmo. ¿No te parece que eso tal vez sea un mínimo indicio de lo que quería?

—Habíamos tomado unas copas, y tú estabas asustada. Me aproveché de tu reacción, y el tiempo que tardé en controlarme…

—En esta época, no tienes que andar controlándote si te sirven algo en bandeja de plata…

—¡Yo no soy de esta época! —gritó, una de las pocas veces que le oí levantar la voz. Se inclinó hacia delante gesticulando inquieto con el cigarrillo—. Entiende que, por lo que a mí respecta, habrías estado en tu derecho de pegarme, o de echarme de casa, o de desaparecer sin dejar rastro…

—Bueno, pues no quiero hacerlo. Y desde luego no quería que te encerraras en tu habitación. ¿Qué demonios? ¿Qué hiciste ahí?

—Rezar.

—Bromeas.

Se echó hacia atrás.

Estaba muy ruborizado, pero había conseguido controlar la voz, y con la mano que sostenía el cigarrillo se ocultaba la mitad inferior de la cara.

—Bueno, sí, un poco sí bromeo —murmuró.

Nos miramos fijamente. En la habitación se hizo un silencio incómodo después de la discusión. Hablé con toda la compostura de la que fui capaz:

—Dime lo que quieres. No lo que podría pasar o salir mal. Simplemente, ahora mismo. ¿Qué quieres?

Observé las volutas de humo flotando en el aire. Respiró hondo,

despacio, como un hombre que se prepara para saltar desde el alféizar de una ventana.

—Quítate el chubasquero —me dijo.

Me pasé el jersey de lana por la cabeza. Era de cuello estrecho y al quitármelo me deshizo el moño improvisado. Sentí que el pelo me resbalaba lentamente por el cuello.

—La blusa.

Era una camiseta. Me la quité también y la dejé caer al suelo.

Se aclaró la garganta con nerviosismo.

—Ese… —dijo señalando mi sujetador con la mano que no fumaba.

Me quité el sujetador.

Sólo se había movido para dar una calada tras otra al cigarrillo. Tenía la cabeza envuelta en humo. Distinguí sus ojos brillantes y febriles.

—Me preguntaba… —murmuró.

—¿Sí?

—Si serían del mismo color que tu boca.

—¿Y lo son?

Se inclinó hacia delante y sin pensárselo me pellizcó un pezón, con fuerza, entre los nudillos del dedo índice y el corazón. Solté un gritito como un canario abofeteado.

Se echó hacia atrás, dio otra calada al cigarrillo y se quedó mirando, pensativo. Vi que los dedos que me habían pellizcado temblaban, casi imperceptiblemente.

—Quítate la camisa —le dije.

Enarcó las cejas y por un momento pensé que iba a negarse. Pero se puso el cigarrillo entre los labios y empezó a desabrocharse la camisa de sarga. Se la quitó encogiendo los hombros sin mirarme.

—Apaga el cigarrillo.

Lo aplastó en el cenicero.

—Ponte de pie.

Yo hablaba en susurros. Le di esta última instrucción a un volumen tan bajo que yo misma apenas pude oírla. Pero se puso de pie. Estaba cerca de mí. No necesité estirar el brazo para tocarlo, que fue lo que hice a continuación. Le puse una mano en medio del pecho. Me

miraba con la misma expresión serena, atenta y educada de siempre —como si aquel momento no tuviera más importancia que cualquier otro momento de nuestro año compartido—, pero el corazón lo delataba. Bajo mi mano, latía con fuerza.

Un cumulonimbo de rizos negros le recorría el pecho. Acaricié sus costillas, blancas como la piedra decolorada, salpicadas de lunares oscuros. Rocé sus pezones con los pulgares y tragó saliva.

—¿Todo bien?

—Sí.

Deslicé las manos hacia atrás y le acaricié las escuadras de los músculos de la espalda, sus huesos alados.

—¿Puedo tocarte? Igual que tú haces, así...

—¿Así, cómo?

—Por todas partes.

—Sí. Por favor.

Me recorrió los brazos con las yemas de los dedos, me acarició el cuello. Sus caricias eran frustrantemente delicadas. Posó los dedos en mis clavículas. Nos miramos a los ojos. De pronto bajó las manos sobre mis pechos. Fue un movimiento brusco, propio de un hombre con tantas, tantas ganas de tocarlos que ahogué un bufido y sonreí, y a él se le iluminó la cara con una sonrisa tan repentina como el sol de invierno. Parecía aliviado.

—¿Así está...?

—Por favor, bésame.

Me atrajo hacia su cuerpo.

Fue un beso mucho mejor que el anterior. Me aferré a él mientras los ojos me hacían chiribitas y la cabeza me daba vueltas. Sentí su piel caliente.

Me besó con tanto ahínco y tanta impetuosidad que me hizo retroceder por la cocina. Me golpeé contra la nevera y se separó de mí respirando entrecortadamente.

—Uf. Frío.

—Lo siento.

—No lo sientas. Bésame otra vez.

Empezó a besarme, pero se detuvo con un gemido ardiente cuando

le enrosqué los pulgares por la cinturilla del pantalón.

—¿Deberíamos ir a otro sitio?

—Sí —dijo, pero no se movió.

Yo estaba temblando, de pura necesidad, lo que me resultaba emocionante y embarazoso a la vez. También porque estaba recostada contra la nevera.

—Puede que tengas ciertas... expectativas —murmuró.

—¿Perdón?

—Pues que yo no... que tengo poca experiencia en estos encuentros. A mí... a los hombres, en mis tiempos...

—Te preocupa no saber cómo hacer que me corra.

—Santo cielo.

—¿Es eso?

—Sí. ¿Es así como lo dirías? «Haz que me corra...»

—Dios —susurré, porque incluso dicho así, probando, como si fuera un ejercicio de vocabulario en un idioma extranjero, me pareció irresistible—. Sí. No te preocupes. Yo te enseñaré.

—Me gustaría —dijo, vehemente, y me tapé la cara.

—Llévame a la cama, entonces —le pedí.

Me cogió en brazos y cargó conmigo por nuestro piso desangelado. Eligió mi habitación y me depositó en la cama, como un paquete.

—Tienes un cuerpo muy moderno —me dijo.

—¿Qué significa eso? —pregunté. Me sacudía una ráfaga tras otra de convulsiones minúsculas. Me pregunté si a simple vista se notaría que estaba tiritando.

—Puedo ver cómo estás ensamblada.

Sin más explicación, dejó caer la cabeza sobre mi pecho. Sentí la áspera paleta de su lengua y luego el filo de sus dientes en los pezones. Hundió la cara en mi cuello y encontró el punto donde los nervios estaban a flor de piel. Noté el peso y el calor de su cabeza.

—Quiero «hacer que te corras» —murmuró, y fue excitante incluso con las comillas de énfasis.

—Tendrás que humedecerte la cara.

Se rió y se sonrojó intensamente. Hasta sus hombros se calentaron bajo mis manos.

—Ah, entiendo.

Me quitó la falda, las medias y la ropa interior en unos pocos movimientos.

—Muéstrame dónde.

—Aquí.

—Muéstrame cómo. Despacio.

Bajó voluntariamente. Enredé los dedos en su pelo. Trabajaba bien, tanto por instinto como por instrucción. Aprendía rápido. «Un muy buen oficial, y de lo más encantador.»

Levantó la cabeza para decirme algo. Yo no estaba en condiciones de oírlo. Volví a empujarlo hacia abajo y sentí que se reía otra vez. Se aplicó a la tarea, con firmeza y seriedad, hasta que mis muslos empezaron a estremecerse. Cuando me corrí, mi espalda se arqueó sobre la cama. Le tiré del pelo, creo, y armé bastante escándalo, creo, aunque los detalles son difusos.

Me acunó suavemente y esperó a que pasaran los temblores. Cuando vio que volvía a enfocar la vista, me hundió la nariz en el vientre, dejando un rastro.

—Eso ha estado... muy bien.

—Me alegra oírlo.

—¿Qué dijiste, cuando estabas...?

—Dije que sabías a mar. —Me sonrió y añadió—: He podido sentirte.

—¿Ah, sí?

—¿Es posible hacerte eso cuando yo... cuando estoy contigo?

—«Conmigo», ajá.

—No seas descarada —dijo, y me retorció un pezón.

Jadeé y le tiré de los brazos.

—Es posible. No siempre funciona.

—¿Qué hay que hacer para que funcione?

—Para empezar, tendrás que quitarte el resto de la ropa.

Puso cara de circunstancias y empezó a tantear con una mano el botón y la cremallera de la bragueta.

—No mires —murmuró.

—Quiero ver.

Se inclinó y me besó para que no pudiera levantar la cabeza. La cama rebotó cuando pataleó para quitarse los pantalones.

Me agaché, titubeando un poco porque seguía sin dejarme levantar la cabeza para mirar a mis anchas, y lo rodeé con la mano. Gimió antes de poder cerrar la boca.

—¿Quieres…?

—Sí…

—Ahí…

—¿Es eso… sí…?

Empezó lentamente, observándome. Era como si estuviera usando una máquina conmigo y comprobara su eficacia por mi reacción. Que la máquina fuera su cuerpo no parecía conmoverlo. Incliné las caderas y empecé a acompasarme con él, a encontrarme con él. Enseguida su expresión se tensó.

—Por favor…

—Esto… así… esto es lo que quieres…

—Sí…

—¿Pensabas en esto? Dime…

—Sí, quería… verte… caer en la tentación…

Me mordió bruscamente en el hombro y se me escapó algún que otro ruido animal. Empezó a hundir los pulgares en zonas sensibles mientras se movía dentro de mí. Yo me entregaba con insistencia a la presión. Cierto dolor electrizante, que vivía en mi cuerpo como otro cuerpo, se despertó y abrió una larga serie de afluentes a través de mis costillas. Me acercó los labios a la oreja:

—Siempre… te oía… dando vueltas… por la noche… sin poder… dormir… con tu cuerpo… al otro lado de la pared…

—Querías… hacerme… esto…

—Sí…

—Cuéntame… lo que hacías…

En el calor húmedo entre nosotros, con sacudidas y jadeos, empezó a hablarme de esas noches, cuando sentía a Dios y el mundo tan lejos y a mí me sentía tan peligrosamente cerca, y ni la oración ni recitar los Artículos de la Guerra ni cerrar los ojos con fuerza impedían que su cabeza se desbordara pensando en mí, y tenía que recurrir al único

consuelo que lo ayudaba a dormir.

En voz baja, como sorprendido por una repentina ráfaga de lluvia, musitó:

—Oh. Dios.

Más tarde, al examinarme la piel, en el lugar donde me había clavado las uñas encontré una hilera de medias lunas finísimas, sonrosadas, del mismo color que mi boca.

Después nos tumbamos de lado, uno frente al otro. El tosco golpeteo metálico de los radiadores anunció la llegada de la calefacción central. Estaba muy oscuro, el sol se había disuelto y yo aún no había encendido mi lámpara, pero me pareció que le brillaban los ojos.

—Bueno, ha sido interesante —dijo.

—¡Ja!

—¿Enciendes la lámpara, por favor?

—Sí... Ya. Hola. Así que eres muy... hablador.

Sus orejas, ahora visibles, se pusieron rojas.

—Sí, bueno —murmuró—. Tú haces unos ruidos horrorosos. Como una gata en celo.

—No parecía importarte.

—Es una curiosa manera de quedarse sordo. ¿Te molesta si fumo?

—Sólo si no me invitas.

—Un trato justo. Tengo el tabaco en el bolsillo...

Estiré los brazos desde la cama y rebusqué en el bolsillo del pantalón los cigarrillos y el mechero. Encendió dos y me pasó uno a mí.

—Graham, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Puedes. Me reservo el derecho a no contestar.

—¿Tú...? A ver. Intento buscar la manera de expresarlo con sutileza. Cuando dijiste que no tenías mucha experiencia en cortejar...

—No la tengo.

—Tampoco me pareces... inexperto.

Se encogió de hombros, se recostó en las almohadas y echó la ceniza en la taza de la mesilla de noche. Hurgué entre mis escasas dotes de

diplomacia.

—¿Qué solías hacer cuando, ejem, te interesaba una mujer?

—Me entraban sudores fríos y zarpaba en el primer barco.

—¿Estabas…? Quiero decir, ¿había alguien?

Siguió fumando reflexivamente. Luego dijo:

—Comprenderás que, en mi época, un hombre tendría que ser un villano y un canalla para hacer… nada de esto… con una mujer a la que quisiera cortejar.

—¿Eres un villano y un canalla?

Levantó las cejas.

—La duda ofende.

—¿Había alguien?

—No en un sentido que hubiera empañado la reputación de ninguno de los dos.

—Ah. O sea. Vale. ¿Quién?

Molesta, le di una calada al cigarrillo. El corazón se me había hundido medio palmo en el pecho, o eso sentí.

—Fue sólo que no llegamos tan lejos…

—¿Cómo se llamaba? —pregunté, más airadamente de lo que sería capaz de soportar después, cuando recordara la conversación.

Me miró con el ceño fruncido. Al final dijo:

—Sarah. Por favor, no te sientas obligada a darme el nombre de ninguno de tus fantasmas. No quiero saber nada.

Me ofreció la taza con cautela. Había estado tan absorta fumando que al cigarrillo le colgaba un precario gusano de ceniza. Le di un golpecito y cayó en los posos del té fermentado en el fondo de la taza. Esos detalles se me antojaron enormes y terribles. Insistí:

—¿Y vosotros dos nunca…?

—Gatita. Por favor.

—Estás esquivando esta pregunta con mucho empeño.

—Porque te disgusta. No, no lo hicimos. A lo sumo pude haberle besado la mano, e incluso eso habría sido bastante escandaloso y atrevido.

No soportaba oírlo.

—Me da la impresión de que has hecho bastante más que eso.

—Qué observación tan amenazadora.

—¿Y bien?

—Supongo que sí. No con… mujeres que me hubiera gustado cortejar. Mi experiencia con las mujeres en general es limitada.

Había llegado casi al filtro del cigarrillo y me dolía la garganta.

—¿Y con los hombres? —dije, más por ganas de incordiar que porque hubiera notado su precavido rodeo sintáctico.

Para mi sorpresa, volvió a quedarse callado y miró la colilla de su cigarrillo. Al final dijo:

—Bueno. Uno pasa mucho tiempo en el mar.

—¿Qué significa eso?

—Basta —dijo, tajante de pronto.

Dejó caer su colilla en la taza y me quitó la mía, sobada entre los dedos, de la mano. Por el ímpetu de sus movimientos me di cuenta de que estaba a punto de levantarse de la cama, de salir de la habitación, de hacer como si nada de todo esto hubiera pasado… pero entonces se volvió de golpe, me agarró por los hombros y atrajo mi cabeza hacia su pecho.

—Rodéame con los brazos —me ordenó.

Me abrazó con firmeza. Sentí que me aplastaba la nariz, el cosquilleo de los rizos negros que le cubrían el esternón. Olía, atractivamente, a sudor. Doblé sobre su espalda el brazo que no estaba aplastado entre nosotros.

—No intento ocultarte nada —dijo en voz baja—. Simplemente, he intentado separar estos asuntos del resto de mi vida. Supongo que, si alguna vez me hubiera casado, habría mantenido la fantasía de una vida perfectamente casta, aunque sólo fuera para no humillar a mi esposa. No vas a saber nada especial o importante de mí haciéndome preguntas que sólo pueden herirte.

—En esta época, creo que diríamos que ese comportamiento es «deshonesto».

—En mi época podría haberse considerado un acto de generosidad.

Deslicé las yemas de los dedos por el hueco blanco entre sus omoplatos. Apenas pude notar, bajo la piel, el borde dentado del microchip que el Ministerio le había implantado al llegar, que les

había permitido vigilar sus movimientos con una precisión que a él le resultaba inexplicable.

—Quizá tengas razón —dije.

Lo besé. Los axiomas nos hacen sellar todo tipo de cosas con un beso. Votos. Sobres. Destinos. Pero los padres no siempre les dicen a sus hijos lo que significan los insultos y los improperios, para protegerlos. Pensé que sería mejor, por ahora, no mencionarle el microchip. Si quieres que te diga la verdad, intenté quitármelo de la cabeza y no darle más vueltas.

A la mañana siguiente, me desperté sola en la cama. Me quedé tumbada con una sensación de desamparo, compadeciéndome de mí misma, hasta que oí que llamaban suavemente a la puerta.

—¿Estás despierta?

—Ah. Hola. Sí.

—¿Quieres una taza de té?

—Sí. Gracias.

Subió el té y lo dejó en la mesilla de noche en lugar de acercarse a la cama a dármelo directamente. Me retorcí hasta incorporarme. Estaba desnuda bajo las sábanas. No hizo ademán de tocarme, pero tampoco salió de la habitación ni apartó la mirada.

—Adela va a mandar un coche desde el Ministerio. Tengo que vestirme...

—Si quieres, puedo acompañarte.

—No te preocupes, gracias. Tenemos cosas que hablar a solas.

Asintió. Parecía incómodo. Me pregunté si alguna vez había tenido una «mañana después», o si estaba improvisando acciones y reacciones, atrapado entre las expectativas de su época y las de la mía. Si te sorprende que pocas horas después de que un agente secreto intentara matarme estuviera preguntándome si le gustaba de verdad al hombre con quien me había acostado, recuerda que estar enamorado se parece al estado de aturdimiento causado por un golpe fuerte en la cabeza. El amor que sentía por él me producía una conmoción cerebral. Así que incliné la cabeza hacia el garrote.

No era tan ilusa como para creer que la vicesecretaria de Expatriación había pasado a ser mi supervisora porque le caía bien. Adela tramaba un plan que tenía que ver con Graham. La tutela que me imponía, tan extraña como forzada, sugería que quería alguien en quien delegar funciones, una hija putativa para cubrir el expediente. Me daba la impresión de que quería que yo manipulara a Graham, y que Graham fuera... ¿qué?

Llegué al Ministerio sudorosa y sin energía. Era otro típico día penoso como un dolor de muelas, tan apagado que ni siquiera podía calificarse de «gris».

Adela estaba sentada detrás de su escritorio, con una mano encima de la otra. Posaba con tanto esmero que me pregunté a qué meme estaría imitando. No me miraba a mí, sino a través de mí. En lugar de su mordacidad habitual, hablaba con una fría reserva. Actuaba como si yo fuera un ex al que no veía desde hacía mucho tiempo, un ex comprometido con una mujer mucho más joven.

—Señora. El brigadier. ¿Fue él quien asesinó a Quentin?

—La investigación está en curso.

—¿Por qué el brigadier persigue al comandante Gore?

—Quiere volver a casa.

—¿Eh?

La puerta del tiempo, explicó Adela, admitía un número limitado de lo que el brigadier llamaba «viajeros libres». Por eso el Ministerio perdió a dos de los siete expatriados originales: faltó capacidad para trasladarlos de una época a otra; fue como si hubieran intentado respirar con máscaras de oxígeno con un depósito que los demás habían agotado de antemano. Sin embargo, era posible hacer un hueco en la puerta —rellenar el depósito, por así decirlo—, haciendo que un viajero libre «saliera del tiempo». O sea, matándolo.

—¿Cómo saben eso en el Ministerio? —pregunté.

—Esa información fue extraída por los agentes de inteligencia.

—Tortura.

—Sabes que no usamos esa palabra.

—Eso significa que por aquí hay otros «viajeros libres» del futuro —aventuré—. Puesto que encontraron a uno al que torturar.

Adela me miró con una sonrisa tétrica.

—Desde luego —contestó—. No son sólo el brigadier y Salese, quiero decir. Ellos ya conocen las capacidades operativas de la puerta. Fue creada en su época. Esos dos nunca han estado equipados para pasar una larga temporada en el siglo XXI, por cierto. Creo que formaban parte de una campaña relámpago de asesinatos.

Me arranqué una piel del pulgar con los dientes.

—El brigadier utilizó mis huellas dactilares para acceder y desactivar el sistema de las cámaras de vigilancia en Parry Yard —dije—. Por eso no hay imágenes grabadas del asesinato de Quentin.

Su único ojo se enfocó como una cámara.

—Ésa es una infracción grave —dijo sopesando las palabras—. Una que no había previsto. Ya lo solucionaré. Te he apuntado a un curso de readiestramiento en armas de fuego. Como medida preventiva. Deberías ser capaz de mejorar rápidamente la puntuación. Después de todo, tú todavía tienes percepción de la profundidad.

Era una broma macabra, y hasta la propia Adela pareció darse cuenta. Cohibida, se llevó la mano al parche del ojo. Me quedé mirando su mano delgada, las finas líneas de las venas. Su mano se veía más avejentada que su cara; como si hubiera una década de diferencia, de hecho. Se fijó en que me fijaba.

—Botox —dijo secamente—. Me han perfilado la línea de la mandíbula. Me operé la nariz hace unos años. Me hice los lagrimales y los pómulos. Ésta tampoco es la forma natural de mis ojos. Llevo las cejas micropigmentadas.

—Ah —dije—. Siempre había supuesto que era cirugía reconstructiva, no cosmética. Tampoco es que sea asunto mío. Todo el mundo debería ser muy libre de hacer lo que quiera con su cara.

Fuera cual fuese la prueba, fallé. La cara de Adela se empañó de decepción.

—Me encargaré personalmente de solucionar esa brecha en las cámaras de seguridad —dijo—. Hasta que no baje el nivel de seguridad, todos los equipos expatriado-puente permanecerán confinados en sus pisos francos. Los viajes de ida y vuelta al Ministerio deben hacerse en vehículos oficiales del Ministerio, en compañía de

un escolta armado. Cualquier comunicación o movimiento entre los pisos francos debe autorizarse por partida doble desde Control.

Me dirigió una mirada casi maternal y añadió:

—Aunque en este caso, como soy tu supervisora, las solicitudes sólo tendrán que ir firmadas por mí. No te preocupes por el secretario.

Un coche del Ministerio me llevó de vuelta a mi nuevo y horrible hogar. Oí a Graham preguntar: «¿Cuáles son las órdenes?» antes siquiera de que me hubiera quitado el abrigo. Me restregué la cara, inquieta por aquella urgencia inusitada.

—Ninguna. Esperar instrucciones. Estamos confinados en la vivienda, excepto para asuntos del Ministerio.

—No puede ser. ¡Estás en peligro!

—Ya. Voy a hacer un curso para ponerme al día en el uso de armas de fuego. Lo saben, Graham. Lo han sabido en todo momento. Estaban intentando no perderlo de vista.

Me desplomé en el sofá. Vino a sentarse a mi lado, dejando medio metro cauto y cargado de electricidad entre nosotros.

—No sé si hacerte la siguiente pregunta, porque en comparación con todo esto me parece un asunto trivial, pero…

Esperé. Suspiró.

—En fin. Hace algún tiempo, le pregunté a Maggie sobre las «citas» —dijo, con el mismo desdén con el que una vez había dicho «compañera de piso».

—Le preguntaste a la lesbiana del siglo XVII sobre las citas modernas.

—Sí. Soy consciente de la ironía de la situación.

—Vaya. ¿Y qué te contó?

—Bueno, se rió de mí un rato largo. Pero. Según entiendo yo, una «cita» es como probarse ropa para ver qué tal te queda, salvo que la ropa son personas.

—Me parece una forma bastante brutal de decirlo, pero supongo que sí.

—¿Qué pasa si no te queda bien?

—Bueno. La gente rompe. Deja de verse. Y empieza de nuevo con

otra persona.

—¿Y si te queda bien?

—Depende de lo que quieran las personas implicadas.

—¿En qué momento se habla de eso?

—No hay un… plazo establecido, la verdad. Simplemente vas tanteando. Incluso mientras digo esto me doy cuenta del disparate que deben de parecerte las citas modernas. Pero se supone que dan más libertad y capacidad de decisión personal. Nadie tiene que comprometerse a nada que no quiera.

Se pasó las manos por el pelo. Los rizos se le aplastaron y volvieron a levantarse. Sentía un deseo incontenible de tocarlo. Así que me sorprendió, como al dar un bocado y morder hueso, cuando me dijo en voz muy baja:

—Quiero tocarte.

—Dios. —Suspiré, y me abalancé sobre él.

Además del curso de readiestramiento en armas de fuego, Adela insistió también en que me apuntara a clases de defensa personal, de Criptografía Básica, y a un repaso de las relaciones internacionales de mi «área de especialización» al que todos los agentes de operaciones debían asistir cada cuatro meses, a menos que estuvieran trabajando sobre el terreno. A Graham y Cardingham también les concedieron derechos especiales de circulación y transporte exclusivo para que continuaran la instrucción de campo en el Ministerio. Arthur y Margaret no gozaban del mismo grado de libertad. Era un alivio para mí. Gracias a que yo trabajaba con Adela, pronto me darían información sobre el paradero de los pisos francos donde ambos se alojaban, pero quería que estuvieran en lugar seguro hasta disponer de los recursos mentales necesarios para preparar los próximos movimientos. En una partida de ajedrez, razoné, no te precipitas sobre el tablero con todos los peones y quemas las torres. Esta analogía delata el desapego y la falta de sentido de la realidad que tenía después de que intentaran asesinarme.

Asistía a las sesiones de entrenamiento en el campo de tiro con

Adela. Había un marcador colgado en la pared. Aunque no era oficial, se actualizaba cada semana, y no podía evitar fijarme en que «G. Gore» estaba siempre entre los cuatro primeros puestos, oscilando arriba o abajo junto a dos agentes de operaciones y uno de los intendentes. Era inevitable que Adela y yo nos topáramos con el centro de nuestro proyecto en el campo de tiro. Y así fue: un miércoles templado como la papilla, allí estaban Graham y Thomas Cardingham.

—Qué armas de pacotilla —decía Cardingham (en voz alta, llevaba orejeras)—. Mejor romper a un hombre con mi verga que matarlo con este apestoso revólver.

—Eres muy mal perdedor, Thomas —dijo Graham.

Me sorprendió que no censurara a Cardingham. Tal vez era el lenguaje con el que se hablaban los hombres cuando las mujeres no estaban cerca.

—Diantre, con un mosquete en la mano tal vez no me encontraría un rival tan simpático.

—Vas a caer del marcador. ¡Ah, pero se me olvidaba que esta semana no estás en el tablero! Ni la semana pasada tampoco, creo recordar.

—Ya, no estoy habituado a empuñar armas tan pequeñas. Tal vez usted esté más acostumbrado a ese tamaño. Debería preguntarle a su puente.

Al oír eso, Graham se puso colorado.

—Cuidado con lo que dice, teniente —repuso fríamente.

Cardingham, cortado, se enfurruñó como un chiquillo.

—Hola —saludé, porque quería ver qué pasaba.

Los dos hombres se dieron la vuelta.

—Vaya, qué honor —dijo Cardingham con una ironía feroz, e hizo una reverencia—. Acabamos de hablar de ti. Con todos mis respetos por el buen comandante, hay que decir que te menciona a menudo.

—Espero que sea para contar cosas buenas —murmuré mirando a Graham.

Sin embargo, él no parecía oírme. Miraba perplejo a Adela. La miré y me desconcertó ver una repentina ternura en su cara, aunque conociéndola podía ser que los rellenos de silicona se le estuvieran

derritiendo.

—Ella es Adela —la presenté—. Mi supervisora. Adela, sin duda conoce al comandante Gore, y supongo que también al teniente Cardingham…

—Sí —dijo Adela carraspeando—. Estoy al corriente de quiénes son.

—Es un honor ser digno de su atención —señaló Graham cortésmente—. ¿Va a acompañarnos?

—No —dijo Adela. Se le puso una voz pastosa. La palidez se extendió por sus mejillas—. Lamentablemente debo irme… pero espero que mejores tus marcas y subas por lo menos veinte puntos.

—Sí, señora —contesté, sin saber que decir.

Adela asintió con la cabeza y nos miró a los tres. Luego murmuró algo parecido a un «buenos días» y se marchó.

—Es muy rubia —musitó Graham.

Parecía confuso, como si le hubieran dado un huevo pidiéndole que lo empollara.

—Rubia de bote. Creo que su tono natural es castaño muy oscuro, de ahí que su pelo tenga esa textura pajiza.

—Las mujeres de esta época parecen todas hechas por el mismo molde —intervino Cardingham—. Tal vez sean las «sustancias químicas» del agua. He oído que los poderes dominantes echan venenos que castran a los hombres y apaciguan a los débiles. Tal vez clonen a las mujeres.

—¿No están ambos entrenándose para ingresar en el cuerpo como agentes de operaciones? Ahora usted forma parte de los poderes dominantes, teniente —repuse con dulzura.

Miré a Graham de reojo y me sorprendí, además de llevarme un buen chasco, al ver que no decía nada.

Pero la mayor parte del tiempo Graham y yo lo pasábamos encerrados en casa. El estado de emergencia que sellaba nuestras puertas también tenía el efecto de truncar nuestros pensamientos y entreverarnos con una intensidad desconocida para mí. Sólo nos teníamos el uno al otro, y las habitaciones en las que nos teníamos el uno al otro.

A finales de febrero, con la brusquedad de un hombre que entra en un teatro abarrotado cuando la función ya ha empezado, sobrevino una tarde de luz vívida y calor. Era como si hubieran quitado un paño mojado del cuenco del cielo. Me quedé en la azotea, entre las rejillas de ventilación, y volví la cara hacia arriba.

—Sí —musité como una demente—. Ah, ah, ah. Sí.

—¿Ahora el verano empieza en febrero? —preguntó Graham, de pie a mi lado.

—No. Tenemos estos días de calor intempestivo. Excepto que ocurren tan a menudo que de intempestivos tienen poco. ¿Te acuerdas del calentamiento global?

—La fiebre de la tierra.

—Mmm...

—Pues pareces encantada de la vida.

—Terrible, ¿verdad? —murmuré—. No, no me gusta la crisis climática. Pero aborrezco el invierno.

—Se te ve más animada —dijo.

—¿Ah, sí?

—¿Volvemos dentro? —sugirió, con la vaguedad con la que hablaba cuando estaba a punto de meterme las manos por debajo de la blusa.

Algunas cosas del hecho de acostarme con un oficial de la Marina victoriana no me causaron ninguna sorpresa, y otras me asombraron. Graham intentaba siempre rozar el límite del libertinaje, pero mis parámetros eran mucho más amplios que los suyos. Yo no tenía el mismo sentido del pudor, pero tampoco creo que lo tuviera de la santidad.

Algunas cosas tal vez eran suyas, o tal vez eran de la mentalidad de su época. No se acostaba conmigo si estábamos colocados o borrachos (me volví abstemia). No me pegaba, ni siquiera si se lo suplicaba, aunque yo supiera que le apetecía —por varias razones tengo buen ojo para captar eso—, y aplacaba el deseo de ponerme las manos encima con trucos interesantes: curiosos juegos con tazones de leche y presión de los pulgares en mis huecos. No parecía querer que su cuerpo se involucrara en el sexo en absoluto. Siempre me desnudaba primero, y luego se desnudaba él. No me dejó que se la chupara hasta semanas

después de que hubiéramos empezado a acostarnos, e incluso entonces tuve que hacerlo con las luces apagadas, resoplando como un oso hormiguero. «No deberías», me susurró mientras me sujetaba la nuca con las dos manos.

Graham disfrutaba besando más que nadie a quien hubiera besado nunca; no como antesala de otros actos, sino como un acto con valor propio. Me besaba hasta que me ardía la boca. Me sujetaba las muñecas para que no pudiera pasear las manos por debajo de su cintura y me besaba hasta que me estremecía de ansia. Llegué a conocer muy bien su boca. Mantenía una relación cariñosa con sus hombros, su cuello, su pecho, sus brazos, sus torneadas pantorrillas, sus pies (tan sensibles). Pero con todo lo demás era tímido, y arisco como un gato callejero.

Yo enloquecía con su cuerpo en contextos no sexuales. Si se le levantaba la camisa y se le bajaban los pantalones cuando intentaba alcanzar una estantería alta, dejando asomar una media luna de su cadera, el corazón me latía tan fuerte que casi podía oírlo. El lunar de su cuello me parecía un poema. Ver cómo buscaba el tabaco palpándose los bolsillos era una experiencia increíble. A él, en cambio, le gustaba mirarme mientras estaba en la ducha, y a mí no me importaba. Se quedaba fumando mientras miraba, y yo salía del baño con el pelo mojado.

Me daba cuenta cuando iba a correrse, porque cuando estaba dentro de mí le gustaba hablarme, pero al llegar al clímax apenas dejaba escapar un gemido ahogado, así que el volumen disminuía a medida que se acercaba. Me hacía preguntas —qué sentía, qué quería, cómo lo quería— por el mero placer de escuchar mis respuestas.

Y seguían momentos fugaces de paz. Abrazándome, como los poemas abrazan las palabras. Sonriéndome, como diciendo: «¿No te alegras de que hayamos sobrevivido los dos?» Contemplando la puesta de sol por encima de mi hombro, me acariciaba la mejilla con el dorso de la mano. Sus preciosos hoyuelos, porque sonreía mucho, porque creo que siempre sintió que estábamos tan divididos por la pasión como por el decoro, y en ningún momento era más feliz que cuando estábamos tranquilos y en calma.

Todo esto sucedió en las que ahora sé que fueron nuestras últimas semanas juntos. Dentro de la trama de esta historia, esos recuerdos significan poco. Después de la primera vez que Graham y yo nos acostamos juntos, simbólicamente están cortados por el mismo patrón. Podría haberte escrito sin incluirlos; al fin y al cabo, las cosas que pasan entre los amantes se pierden de todos modos bajo el peso de la historia. Pero lo escribí porque necesito que seas testigo. Él estuvo aquí, junto a y con y en mi cuerpo. Vive en mí como un trauma. Si alguna vez te enamoras, serás una persona enamorada el resto de tu vida.

Llegó marzo, suave y color pastel. Parecía que hubieran lavado el aire. La resplandeciente frescura de la primavera daba a los tejados y al mobiliario urbano un lustre amable. A pesar de que me enfadaba, cada día, aterrada de morir en una ráfaga de luz azul, alimentaba también una frágil alegría. Era desconcertante. A veces me sentaba en la cama mirando a Graham, sumido en los rescoldos silenciosos del sueño a primera hora de la mañana, y quería lamerle todo el cuerpo. Quería ponerlo en un relicario junto a mi corazón. Quería que me ascendieran rápido para disponer siempre de la potencia de fuego necesaria para protegerlo. Y alcanzar la veteranía suficiente para impedir que se fuera, aunque en esto prefería no pensar demasiado.

Una noche, preparó un *yao hon* impresionante, y entonces intentó comerse el suyo con cuchillo y tenedor.

—Oye. Esto está delicioso, pero no puedo deshacerme en alabanzas si te pones a trincharlo todo con cubiertos.

—¿Qué demonios estás haciendo con esa inocente hoja de lechuga?

—Lo que se supone que hay que hacer. Suelta el tenedor, por el amor de Dios. Es como ver a la Inquisición española con el aplastapulgares.

—No sabes comer. Mira. Ahí va tu gamba. Adiós, gamba.

—Sí, bueno, pues resulta que es la manera correcta de hacerlo. ¿Quién de los dos aquí no es «una inglesa de pura cepa», eh?

—¿Quién de nosotros sabe cocinar? —replicó.

Al acabar me puse a fregar los platos, pero se aclaró la garganta y dijo:

—He pensado que podríamos salir. En bicicleta. Y llevarnos una botella de ponche caliente.

—Ya no se nos permite hacer ese tipo de cosas.

Me cogió la mano, empapada de jabón como estaba, y me besó una burbuja del nudillo.

—A veces rechinas los dientes tan fuerte que me despiertas en plena noche. Prefiero que rompamos una regla a que tú te rompas esas pobres muelas. Anda, venga. Vamos a descomprimir un poco.

Sonreí. Graham era un oficial de la Edad de la Vela que había asistido a los inicios de los barcos de vapor. De todas las expresiones y frases hechas que detestaba, «descomprimir» era la que más. Sospeché que la usaba intentando cautivarme. De hecho, sus siguientes palabras fueron:

—Además, quiero enseñarte algo especial.

Me encanta sentirme especial. Por supuesto, me despertó suficiente interés como para romper la regla.

No me había subido a una bicicleta desde que habíamos llegado al piso franco, y me electrizó la sensación de libertad que me daba: moverme en la dirección que quisiera, gracias al gozoso esfuerzo de mi cuerpo. Tras media hora pedaleando por la superautopista de bicicletas, la ciudad retrocedió y las calles se oscurecieron. Pronto tuvimos que abrirnos paso por barrios residenciales apenas iluminados, donde las casas dormían agazapadas. Luego llegamos a unos senderos azulados con el suelo de guijarros sobre los que se cernían los árboles. La luz de mi bicicleta rebotaba en su espalda.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Llegaremos a un campo abierto. Muy pronto.

Cuando llegamos, el campo era una línea negra trazada en la oscuridad más profunda. Avanzamos a trompicones con las bicicletas por la tierra húmeda.

—Ahí —dijo.

—¿Qué?

—Las estrellas.

Parpadeé y levanté la vista. Era cierto. Lejos de la sucia gasa de la contaminación lumínica de Londres, en la fresca noche de marzo, el cielo estaba lleno de estrellas. Me volví hacia Graham. Cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, vi que miraba hacia arriba.

—No puedo calcularlo exactamente sin la ayuda de un sextante —dijo—. Pero quería ser capaz de orientarme.

—¿Para poder navegar a aguas más seguras en caso de que Londres se inunde cuando se derritan los casquetes polares?

—Para saber dónde estaba cuando te conocí.

Siempre había pensado en la felicidad como una cosa estridente y exagerada que lanzaba el aliento al cielo como una pelota. En cambio, ese instante de felicidad me robó el habla y el aire. La alegría me paralizó por completo y no supe qué hacer.

—Ven aquí —me dijo suavemente, y me estrechó entre sus brazos.

Apreté la cara contra su cuello. Mi cuerpo echaba chispas y no me podía mover, excepto para recostarme en él. Me embargaba una alegría tan inmensa y estremecedora que me parecía que tenía que haber cometido un crimen para conseguirla. Nadie me había dado permiso para sentirme así, y pensé que tal vez no tenía derecho. Graham me pasó los dedos por el pelo, y la felicidad me dio miedo, me angustió. Era imposible sentir tanta alegría sin saber también que iba a perderla.

VIII

Abril de 1848. El comandante Gore lleva ocho meses desaparecido; se le da por muerto. El verdadero suplicio está a punto de comenzar. Graham no verá nada de esto. Lo imagina. Lee libros sobre el tema, publicados décadas, siglos después de que suceda. Toma las espantosas imágenes conjuradas por eruditos y aficionados y urde una historia.

La tripulación del *Erebus* y el *Terror* pasa con apuros el invierno de 1847. Su mejor tirador ha muerto; tampoco es que haya mucho que cazar. Una tormenta en el hielo acaba de golpe con otra partida de caza de dos oficiales y tres hombres, cuyos cuerpos nunca se encuentran. Otros sucumben a las inclemencias del tiempo, al escorbuto, a la locura. Los hombres pasan hambre y deliran soñando con carne asada. No hay suficiente carbón para calentar los barcos, ni velas para iluminar el invierno ártico. Los audaces aventureros de Franklin yacen durante horas a oscuras, demasiado helados y hambrientos para

moverse, mientras la oscuridad parece un cartón empapado en tinta y pegado en los ojos de buey. Los barcos huelen a carroña.

Llega la primavera. Para entonces han muerto nueve oficiales y quince hombres: la mayor tasa de mortalidad de una expedición polar en cientos de años. Crozier, cuya alma habita a duras penas su cuerpo descamado y encogido, ordena abandonar las naves. La expedición de Franklin —todavía, en 1848, «la expedición de Franklin» y no «la expedición perdida de Franklin»— recorrerá a pie ochocientas millas, con provisiones que escasamente alcanzarían para la mitad de ese recorrido, esperando encontrar en la travesía hacia el sur caza y aguas abiertas.

Atan los botes balleneros sobre patines y los colman con lo que suponen que van a necesitar. Tiendas de campaña, por supuesto; sacos de dormir de piel de foca y ciervo; la comida, en su mayor parte enlatada; una muda de ropa interior por hombre y armas para cazar. También otras cosas. Llenan los botes hasta arriba de jabón, libros, candelabros, diarios y vajilla. Temen que les hagan falta. Temen por todo, así que no dejan nada. El peso de los botes les destroza la espalda. Les rompe las articulaciones. Poco a poco van muriéndose.

Tiran de los botes.

Los oficiales tiran junto a los marineros. Incluso

Crozier y Fitzjames tiran. Los marineros están demasiado débiles para hacerlo solos. Sus esfuerzos carecen de belleza, sobre todo después de las primeras cincuenta millas. Sólo son cuerpos doloridos, llenos de quemaduras del frío y aquejados de disentería. A cada cirujano que sigue en pie se le asigna un guardiamarina para mantener a la tripulación desesperada lejos de los botiquines. Los soldados tienen órdenes de disparar en el acto. Goodsir, durante un tiempo, es uno de esos cirujanos, pero enseguida contrae una infección dental y muere con la sangre envenenada. Tiene suerte; lo entierran.

Tiran de los botes.

Empiezan enterrando a los muertos en fosas poco profundas y, más adelante, apilando rocas sobre los cadáveres en túmulos improvisados, pero pronto hay demasiados muertos. Dejan los cadáveres donde caen.

Siguen tirando.

Abandonan las latas vacías, las baratijas, la ropa. A su paso van dejando extraños oasis de quincalla; civilización en estado larvario. Van perdiendo poco a poco la noción de «expedición», la noción de «Inglaterra». Ponen un pie delante del otro y tratan de no perder la cabeza.

Tiran.

El paisaje parece suspendido en cristal. Es como atravesar una ilusión perfecta y terrible. El cansancio

es omnipresente, el Dios de los huesos y los tendones.

Gore lee que una treintena de supervivientes del centenar de tripulantes llegaron a un último campamento. «Cala del Hambre», lo llamaron exploradores posteriores. Todavía están a cientos de millas del destacamento europeo más próximo.

Gore sueña con sus amigos. Ve a Le Vesconte tumbado sobre la lona de una tienda de campaña derribada. «Henry», dice en el sueño. Le Vesconte no responde. No tiene piernas y le falta la mitad de la pelvis. El hueso de la cadera asoma a través de la carne desgarrada como las regalas de un barco naufragado. El hueso no es blanco, sino color marfil con motas grisáceas. Le Vesconte tiene la boca floja, entreabierta. El fruto morado oscuro de su lengua cuelga de sus labios. Sus ojos están blancos y viscosos. Ahora miran hacia dentro de las cuencas.

Gore sueña que ve al teniente Little, del *Terror*, arrastrándose hacia el cadáver. Un hilo de sangre resbala despacio por la cara de Little. Tiene los ojos empañados. Gore comprende, en el sueño, que Little ya no puede ver a las personas, sólo ve carne. «Edward, escúchame», dice Gore. Little se arrastra por las piedras. «Edward. Eso era un hombre. No comida.»

Los testimonios de los supervivientes sugieren que los inuit intentaron ayudarlos en la medida de lo posible. Sin embargo, más de cien europeos mal

equipados, ya moribundos, en una tierra donde los inuit vivían en la más estricta subsistencia, en un año en el que el verano no llegó nunca, eran demasiadas almas que salvar. Nadie había invitado a la expedición de Franklin a ir al Ártico. ¿Por qué insistieron en abandonar sus cuerpos tan lejos de su tierra natal? Ésa es la respuesta racional.

Gore sabe que hay más. Piensa en el rostro de la mujer a cuyo marido mató. Se despierta con el sabor de la carne muerta en la boca. Por el amor de Dios, o por la venganza de Dios, él ha sobrevivido a este imposible giro del destino y tiene que recordarlos a todos y además a ella. No será responsable de otra muerte, de otro amigo perdido. Sueña con la amarga determinación de un hombre que debe llegar al campamento antes del anochecer.

8

Los días oscilaban entre la lluvia catastrófica y el calor intempestivo, alternando la oscuridad y la claridad con la severidad de un tablero de ajedrez. Jugábamos a la vida doméstica, reorganizando nuestro nuevo y extraño hogar en torno a las pertenencias que el Ministerio había decidido incautar de nuestra antigua casa.

El Ministerio, mientras tanto, se cerró a cal y canto. El equipo administrativo comenzó el engorroso y problemático proceso de trasladar los datos y la información confidencial a otro servidor seguro. Las comunicaciones internas eran un desastre. Los correos electrónicos rebotaban o se enviaban con duplicados histéricos. Los teléfonos hacían pantallazos azules. Incluso nuestras tarjetas de acceso dejaron de funcionar bien. Simellia se quedó atrapada en un misterioso vestíbulo porque su tarjeta de acceso hizo que la cerradura se derritiera al acercarla; acabó rociada por una aterradora lluvia de chispas verdes hasta que saltaron las alarmas.

Yo estaba en el edificio en ese momento, de camino a una reunión con Adela. La alarma sonó curiosamente nasal, como una queja al límite de la articulación. Alguien del Departamento de Operaciones y Mantenimiento pasó a toda velocidad a mi lado y yo lo seguí. Cuando llegamos a la puerta fundida, alcancé a oír a Simellia recitando a todo pulmón el monólogo de la hueca corona de *Ricardo II* al otro lado, golpeando rítmicamente la puerta con los yambos.

—¡Te oímos! —grité—. Vamos a sacarte de ahí.

—La «vamos» a sacar, ¿eh? —murmuró la mujer de mantenimiento.

Los operarios de servicios internos detestaban a los puentes. Nunca

entendí por qué, pero me pagaban demasiado como para que me preocupara.

Simellia salió; volvía a llevar su uniforme chic, aunque había perdido peso y se movía con un aire sepulcral dentro de su americana deconstruida. También se había dejado el pelo a lo afro; nunca antes la había visto con el pelo natural. Le sentaba bien, aunque no estaba segura de que le gustara que se lo dijera, así que me callé.

—Eres tú —dijo ella.

—La misma. Hola.

—Aquí tres son multitud —rezongó la mujer de mantenimiento.

Al ver que no le hacíamos caso soltó un bufido y se fue. Las instalaciones del Ministerio sufrían imprevistos cada media hora durante el cierre de emergencia; la necesitarían en otra parte.

—Técnicamente, Ivan debería estar aquí, pero ya sabes que está en proceso de destitución —dije.

—¿Qué?

—Adela cree que es mejor dejar a Cardingham en manos del cuerpo de agentes de operaciones. Podemos convertirlo en un soldado, pero lo más probable es que nunca sea un metrosexual moderno.

—He oído que Ralph está bajo arresto domiciliario —dijo Simellia.

—En custodia preventiva —la corregí—. Al haber estado en Defensa, probablemente sea un objetivo prioritario en cualquier lista negra contra el Ministerio.

—¿Sabes dónde está su piso franco?

Me encogí de hombros. Sabía dónde estaban los pisos francos de todo el equipo. Adela me había desvelado que la beligerante jerarquía del Ministerio nos consideraba a Graham y a mí el tándem puente-expatriado de mayor rango. Merecíamos más acceso, necesitábamos más acceso, en vista de que la adaptación de Graham estaba resultando tan fundamental y prometedora. Aunque era injusto, también era útil. Ciertamente, la insistencia de Adela en recalcar que éramos especiales de alguna manera coincidía con mi experiencia de estar enamorada.

—Mi tarjeta ha dejado de funcionar en el recinto del Ministerio y Adela ha cancelado nuestras tres últimas reuniones —dijo Simellia—.

He intentado que se evalúe de nuevo la prescripción de benzodiacepinas de Arthur y su propio equipo de Bienestar me lo impide. ¿Sabes de qué va todo esto? Lo único que nos han dicho es que son «protocolos de emergencia».

—Alguien intentó matarme —dije—. El brigadier.

Observar lo que sucedía en el rostro de Simellia fue como cuando te haces un corte con un papel y empiezas a sangrar. Vi el impacto inicial, el instante de pensar que tal vez no sea nada, la sangre. Se acercó a mí con intención de abrazarme, creo, pero me rozó con la mano y notó la pistola que llevaba debajo de la chaqueta. Se apartó.

—Puedo comentarle a Adela lo de Arthur, si quieres —le dije sosteniéndole la mirada—. Voy a verla ahora.

—Gracias —contestó Simellia, muy fríamente—. Sería un detalle por tu parte. Cuídate.

Una agradable tarde de primavera, quedé con Arthur, Margaret y Graham para ir a ver una exposición de Turner. Los expatriados se habían inventado un juego que consistía en ir «a la caza de fantasmas». Visitaban un lugar —un pub, un monumento, una casa señorial— o una galería o un museo para ver si veían algo o a alguien que reconocieran de su época. En este caso, esperaban que Graham sería el que vería más fantasmas, ya que la exposición estaba dedicada a las marinas de Turner. De hecho, yo había organizado la grata excursioncita —vigilada por agentes de paisano y autorizada por Adela— en parte porque quería poner a prueba los límites de mi estatus especial, pero también porque me sentía responsable de los expatriados. Después del traslado a los pisos francos fue evidente que Arthur y Margaret no gozaban de la misma «integración cultural enriquecedora» que Graham, o incluso que Cardingham; con eso quiero decir que el Ministerio los encontraba sencillamente menos relevantes. Cada vez se dedicaban menos reuniones a su proceso de adaptación, a sus objetivos a largo plazo. Sólo los experimentos de «legibilidad» seguían funcionando con cierta constancia. Además, sabía que Graham —que mantenía un programa de visitas supervisado

y a menudo restringido— les había contado algo a los dos sobre lo que hacíamos a puerta cerrada, en la cama; no sabía qué, porque Graham respondía con vaguedades y evasivas cuando le preguntaba, pero debía de haber encontrado una palabra para decir que éramos «amantes» sin sentirse excesivamente victoriano y avergonzado, y ahora yo no tenía ningún control sobre cómo habrían encajado Margaret y Arthur la noticia. Necesitaba aclarar las cosas.

A Margaret, que sabía cómo colar en el cine latas de refrescos y aperitivos, no le impresionó la idea de ir a ver una exposición. Lo que era lógico si pensabas en todo lo que había tenido que aprender: a comprar en los supermercados, escogiendo entre marcas y sabores; a beber en una lata de aluminio; a la poca fiabilidad del mostrador de las palomitas; a la invención del cine.

—O sea que ¿vamos a ver cuadros de simples botes? —preguntó, exasperada, en el coche.

—Barcos, sesenta y cinco, barcos —dijo Graham—. Los mejores de la flota.

—Botes grandes —añadió Arthur. A Graham se le tensaron los hombros.

La exposición estaba dividida en varias salas, que trazaban la evolución estilística de Turner a lo largo de su vida. Contemplé con apatía cuadros detallados y virtuosos de «botes grandes» en el mar, escorándose espantosamente en medio de la tempestad.

—¿Te mareaste alguna vez navegando? —le pregunté a Graham.

—No desde que era un niño. A un Gore es casi imposible que se le revuelva el estómago.

—Me mareo sólo con mirar estos cuadros.

—Pobre gatita, no podrías ser un gato de navío.

No fue hasta que me adentré un poco más en el siglo de Turner, en las décadas de 1830 y 1840, cuando empecé a entender el porqué de su fama. El detalle forense de las primeras pinturas había desaparecido. En su lugar, el drama sensorial de la lluvia, el viento y las olas se retrataba con trazos amplios y difusos, más sugerentes que descriptivos. Me quedé boquiabierta frente a *El último viaje del «Temerario»*, encandilada por su imposible sol naranja. Sentí una mano

suave en la mandíbula. Era Arthur.

—Cierra la boca, que te van a entrar moscas —me dijo.

—Ja. Es impresionante, ¿no?

—Mucho. Incluso Maggie ha dejado de quejarse. Cuarenta y siete está allí, embelesado…

Eché un vistazo. Graham tenía la mirada clavada en un lienzo en el que yo me había detenido también poco antes, *Barco de esclavos*.

—Ah, sí. Dejémoslo recrearse.

—Me ha hablado un poco sobre la época en la que navegaba con la Escuadra Preventiva. ¿Se diría así, «navegar con»? —añadió Arthur, avergonzado por la carga de afecto que había en su voz.

—Ni idea. «Flotando por ahí» es a lo que llega mi nivel de especialización en la materia. Ven. Vamos a sentarnos.

Margaret ya estaba en uno de los bancos acolchados del centro de la sala. Nos saludó con la mano.

—He hecho que sonara la campana —dijo.

—¿Has disparado una alarma?

—Sí.

—¡Enhorabuena! —dijo Arthur—. ¿Cuánto ha tardado?

—¡He sentido mi «síncrono» inmediatamente! El guardia se ha puesto como un basilisco. Doy fe de que no se me ocurriría robar estos cuadros. No soy una gran amante de los botes.

—De los botes grandes —recalqué. Arthur se rió y se acomodó entre las dos.

Arthur me cohibía. La mayoría de los cuartetos amistosos no funcionan en cuadrados sino en líneas, y Arthur y yo éramos los que más lejos estábamos. A mí me caía bien, y en cualquier otra circunstancia habría sido imposible no adorar a alguien con tan buen corazón como él. Pero estaba enamorado de Graham. Hasta el último poro, como un sarpullido. Cuando Graham miraba más de la cuenta a Margaret, yo me ponía de los nervios, así que no podía ni imaginarme lo que a Arthur le costaba estar conmigo. A pesar de todo, era la persona más indulgente que había conocido. Sospecho que se culpaba a sí mismo: su género, su época, su corazón.

—¿Has tomado ya una decisión con las escuelas de cine, Sesenta y

cinco? —estaba preguntando.

—Praga —contestó Margaret sin demora—. No está tan lejos. Podréis venir a visitarme.

Las principales habilidades de Margaret eran de tipo doméstico, tareas a las que apenas se había dedicado desde que llegó al futuro y que no tenía intención de retomar. «Se las apañaba con las letras», como ella decía, pero seguía asistiendo a clases de alfabetización para adultos. Se había obsesionado con la idea de las escuelas de cine, de vivir en un mundo en el que podía aprender a hacer películas, que eran su pasatiempo favorito en el siglo XXI. El Ministerio contaba con un presupuesto para reciclar a los expatriados, pero de ninguna de las maneras iban a dejar que Margaret abandonara Londres, y mucho menos Gran Bretaña. Tal vez Ralph había estado alentando sus fantasías.

—¿Tú adónde irás de aprendiz, Dieciséis? —le preguntó Margaret a Arthur.

—¿Tienes ya alguna idea de lo que te gustaría hacer en este desafiante nuevo mundo? —añadí.

—Descansar —dijo Arthur.

—Ja. A quién no. En vez de eso podrías probar algo escandalosamente extravagante. ¿Una *troupe* de circo? ¿Baile gogó profesional? ¿Contabilidad?

Arthur sonrió. No paraba de hacer girar el anillo de sello del dedo. Margaret le dio la mano para calmarlo.

—Di lo que piensas.

Arthur suspiró.

—Creo que las conquistas de las sufragistas son impresionantes —empezó—. Actualmente hay muchas «oportunidades profesionales» para una joven brillante y ambiciosa. Pero no puedo evitar darme cuenta de que el intercambio no ha sido del todo equitativo. Rara vez veo a muchachos cuidando a ancianos o fregando el suelo. La gente todavía lanza miradas sospechosas a un hombre que camina con un niño sin una esposa al lado. O lo mira con lástima.

—¿Quieres trabajar con niños? —pregunté, alarmada. No teníamos material sobre cómo actuar si a los expatriados se les despertaban

instintos paternales, y a mí tampoco se me daba muy bien con la gente normal. Arthur me miró con desesperación.

—¿Lo ves? Te sorprende. Y quizá te decepcione.

—No, no es eso… Arthur, por supuesto que es posible…

—¿De veras? He leído de todo sobre la liberación de los maricas… ¿Se dice así, «los maricas»? En fin, y sobre la mujer trabajadora y la revolución feminista, etcétera, etcétera. Pero… sabes que yo no soy Cuarenta y siete, que no me duermo viendo películas y programas, y me doy cuenta de lo que os gusta en esta época. Usáis los mismos patrones que nosotros; que ya usaban en los tiempos de Gray y también en los de Maggie. La diferencia es que ahora simplemente esperáis que las mujeres saquen más partido de todo.

—Pero tú no eres una mujer, Arthur —le dije.

Me lanzó una mirada divertida, no en plan arrogante, sino juguetona, para que la captara, y dijo:

—Pero tampoco soy el modelo de hombre perfecto.

—Eres el modelo de un huevo perfecto —dijo Margaret.

—Gracias, Sesenta y cinco.

—Es que te quiero mucho, huevo.

—Yo también te quiero. ¡Ése es un buen ejemplo de lo que intento decir, por cierto! Se supone que tengo que salir del cascarón y convertirme en algo muy útil y eficaz, para que todo ese jaleo de traerme aquí merezca la pena. Incluso en casa… perdón… en mi época, siempre tenía la sensación de que habían invertido dinero y esfuerzo en formarme, y que más me valía prosperar y encajar en el lugar adecuado sin salirme del molde bajo ningún concepto. La recompensa es, bueno, un montón de cosas buenas: hijos, una familia, cierta paz de espíritu… Sin embargo, tiene un coste: es ajustarse a la fórmula. Y yo, como sabéis, no encajo en el molde.

—Entonces… ¿quieres tener hijos? —pregunté con el titubeo en la voz.

Arthur me lanzó otra mirada, pero esta vez fue impenetrable. Me invadió una vergüenza atroz (un sentimiento que me acompañaría durante semanas, meses, años…). No encontraba las palabras adecuadas para contestarle, de hecho ni siquiera imaginaba —como

inmigrante altamente cualificada amparada por el benévolo estado británico— qué tipo de respuesta podía darle, pero apareció Graham y eso fue mi salvación. Arthur se volvió hacia él.

—Hola, Gray. ¿Te has quedado a gusto viendo los botes grandes?

—Barcos. He terminado con esta sala, sí.

—¿Y has visto botes bonitos? —preguntó Arthur jovialmente.

—Barcos —repitió Graham, y se marchó.

Nos levantamos y nos arreglamos la ropa. A todos se nos quedó una expresión de bochorno y excitación, como de niños que han sido sorprendidos haciendo garabatos en las paredes. Seguimos a Graham a la otra sala y nos apiñamos a su alrededor cacareando fastidiosamente.

—¡Esta vela parece una nube! Es prodigiosa. ¿Alguna vez confundiste una vela enemiga con meros fenómenos atmosféricos, Cuarenta y siete?

—Me gusta el pañuelo que lleva este tipo en la cabeza. ¿Tú también te ponías un pañuelo de ésos? ¿Así de... chulo?

—Este cuadro es muy bueno. Qué estallido de luz. Como si la embarcación fuera a recoger pasajeros para llevarlos al cielo. El transbordador particular de Dios.

—Sois tediosos a más no poder —dijo Graham con calma—. Debería mandar que os azotaran por insubordinación.

—¿Alguna vez ordenaste azotar a alguien? —le pregunté.

Sin hacerme caso, se acercó a la cartela del cuadro. De pronto se enderezó, con la mirada vacía, y se marchó en silencio.

—Oh. —Arthur suspiró afligido—. ¿Crees que hemos ido demasiado lejos?

Leí la leyenda:

> ¡HURRA POR EL BALLENERO *erebus*! ¡OTRO PEZ! (1846) Turner tomó el nombre del HMS *Erebus*, que junto a su navío gemelo, el HMS *Terror*, había zarpado el año anterior al Ártico. Fue una gran tragedia, pues ni el barco ni sus tripulantes regresaron de la expedición.

—Vaya —murmuré.

Todos mis intentos de consolar o hacer hablar a Graham cayeron en saco roto, por supuesto. Encauzó la conversación de modo que su abatimiento momentáneo pasara desapercibido. Era uno de sus trucos, que manejaba tan hábilmente como el solapamiento perfecto entre su «síncrono» y su «diácrono». Daba un rodeo a las habitaciones donde se agazapaban los restos quemados y rotos, y yo nunca era capaz de ver los daños por los barrotes.

Los coches nos llevaron de vuelta a nuestros pisos francos. Margaret y Arthur languidecieron al entrar en los vehículos. Los tiempos en que deambulaban a su antojo habían terminado. El siglo XXI era algo que transcurría al otro lado de las ventanillas. Sentí lástima por ellos, por supuesto. Habían estado a merced del Ministerio desde que llegaron. Cada vez que tomaban aire o que derramaban una lágrima estaban bajo vigilancia. Sin embargo, el Ministerio los había devuelto a la vida. Algún derecho tenía a decidir cómo encauzar esa vida.

En casa, Graham, con la mandíbula tensa y los ojos apagados, me empujó contra la puerta.

—¿Te acuerdas de que así fue más o menos como nos besamos por primera vez? —le dije.

—No me preguntes por las cosas de las que me acuerdo —murmuró.

Le pasé las manos por el pelo y me enterró la cara en el cuello.

—Por favor —murmuró.

Cuando estaba dentro de mí y me rociaba la garganta con su aliento, me pregunté qué le estaría pasando por la cabeza. Besándolo hasta que me dolieron los labios, intentaba oír sus pensamientos. ¿Cómo se sentiría al ser el único que había regresado? ¿El único que aún tenía un cuerpo que tocar, que lastimar, con el que anhelar? ¿El último que todavía podía morir?

Nuestro nuevo alojamiento estaba desangelado y lleno de goteras, y era tan incómodo como un traje mal confeccionado. Empecé a ser consciente de su vulnerabilidad, como si fuera una casa alquilada con cerraduras que no había tenido la oportunidad de cambiar. El entrenamiento para las pruebas de los agentes operativos incluía un

curso de defensa personal, y, ante la insistencia de Adela, me apunté para ver si me animaba un poco. Después de seis sesiones, Adela apareció un día vestida con ropa de deporte cara.

—Practica conmigo —me dijo—. Quiero ver lo que has aprendido.

—Básicamente que casi siempre es mejor huir.

—Por algo se empieza —dijo Adela, y me derribó de una segada. Caí en la colchoneta con un vergonzoso gruñido.

—¡No has avisado de que empezábamos!

—Quien te ataca no suele avisar —contestó Adela plácidamente.

Me aparté rodando justo antes de que me hundiera el talón en el estómago, y gateé para ponerme en pie.

—No, si es el brigadier, me disparará y ya está... Tiene un arma que suelta una luz azul y...

—Te has escapado una vez. A ver, ¿por qué golpeas tan despacio? Ahora te he agarrado la muñeca.

Me solté y retrocedí.

—¿Qué significa eso de que me he escapado «una vez»? —jadeé—. ¿Va a volver? ¿Tienes alguna información nueva? ¿Dónde está? ¡Ay! ¡Uf!

—Era sólo un comentario. Eres más capaz de lo que crees. ¿Cómo está el comandante Gore? —preguntó Adela bloqueando fácilmente dos débiles puñetazos—. Tengo entendido que el intendente solicitó permiso para entrenarlo con armas de largo alcance. Estás anunciando tus golpes.

—No quiero hacerte daño.

—No me lo vas a hacer —dijo, y me asestó un buen porrazo en el hombro.

—¡Ay!

—Bloquea.

—¡Ay! ¡Eso intento! Sí, está en el Ministerio casi tanto como yo. No sólo para entrenar. También está redactando una cronología histórica, creo. ¡Aah! Porque a ver. Nadie explica la Guerra Fría mejor que los archivistas. ¡Joder! ¡Ay! Además, hace un tiempo le solté un episodio crucial de la historia sin contexto y está documentándose por su cuenta revisando misiones desclasificadas.

—Los bombardeos alemanes y el 11-S.

—Ja. ¡Ay! Las trincheras y Auschwitz, en realidad.

Adela se quedó paralizada, con el filo de la mano extendida a mitad del golpe.

—¿Qué?

—Mencioné «Auschwitz» fuera de contexto y se pasó toda la noche buscando información sobre el Holocausto.

—¿No le contaste lo del ataque a las Torres Gemelas? —preguntó Adela. Parecía desconcertada de verdad. Seguía con la mano en el aire. Dudé, pero decidí que eso significaba que el combate había terminado y me relajé.

—No. Dios, ¿te imaginas? Ya se pasó 1839 volando por los aires el sultanato de Adén. Si le hablara de la guerra contra el terror no sé hasta qué punto podría mantenerlo al margen de, pongamos, prejuicios racistas.

—Sí —dijo Adela con voz trémula—. Si se hubiera enterado de repente, se habría convertido al Ministerio en el acto.

Me miró a los ojos y añadió:

—Supongo.

Poco a poco la mirada se agrió.

—Tenía la guardia baja. Habría sido sensato atacar en ese momento —dijo, y me soltó un puñetazo en la cara.

Después de arrearme esa paliza, Adela estuvo de buen humor varios días. Conseguí que me diera permiso para llevar a Graham de paseo en bicicleta por Greenwich, a ver el monumento conmemorativo de la expedición de Franklin.

—No podemos esperar que pueda adaptarse sin pasar página —le dije—. Y quizá así mejore el control sobre su «síncrono» y su «diácrono». Sé que ya tiene una puntuación alta en legibilidad voluntaria, pero no hay nada malo en reforzarla.

Me escrutó como si observara a un gato que, con una sagacidad insólita, ha traído a casa un billete de diez libras en lugar de un ratón muerto.

El día que elegí resultó ser, de hecho, ideal. La luz era suave y uniforme, como harina cuidadosamente tamizada. Alteradas por la racha de calor, las rosas estaban floreciendo fuera de temporada y se derramaban luminosas en los jardines de las fachadas y las plazas públicas. Una brisa fresca corría junto a nosotros mientras pedaleábamos; me hacía pensar en un caluroso apretón de manos. Igual que cada vez que hacía buen tiempo, me embargó la sensación de que mis problemas y mis padecimientos daban una tregua, y se reanudarían tras una pausa en la que podía, espiritualmente hablando, ir al baño, beber algo y recomponerme un poco en general.

A la luz del sol de marzo, los edificios del Antiguo Colegio Naval Real parecían limpios y tersos como un lienzo. Graham contempló con gesto ceñudo las verdes extensiones de césped.

—Es un monumento a sí mismo.

—Sí, pero muy hermoso.

—Qué curioso que yo haya sobrevivido para ver cómo mi época envejece lo suficiente para ser celebrada como legendaria.

Subió poco a poco por el sendero mirando a su alrededor como si nunca antes hubiera visto un edificio en plena naturaleza.

—Gatita —me llamó, y corrí obedientemente a su lado.

Había al menos otras dos personas a la vista, lo que significaba que estábamos en público, lo que significaba que no iba a besarme ni abrazarme, pero me dio la mano y me la apretó un instante. Para él eso era una escandalosa muestra de afecto.

Caminamos uno al lado del otro hasta la capilla, a una distancia casta y decorosa, y subimos los escalones.

—Oh —exclamó.

—Ajá.

—De alguna manera no me imaginé que estaría... ahí mismo.

El monumento conmemorativo a la expedición de Franklin, bajo el cual yacían los restos mortales vagamente identificados del cirujano ayudante Harry Goodsir, estaba en una hornacina cerca de la entrada de la capilla. Me dio apuro ver el cartel a medio enrollar de una exposición recién clausurada y un pequeño conjunto de postes negros para ordenar la cola que habían dejado cerca. Debería haber sido un

momento grandioso, desgarrador, importante. Con música lúgubre de órgano, sin duda. En lugar de eso, el monumento parecía olvidado.

Se quedó mirando durante largo rato la lista de oficiales grabada en la placa.

—Entonces ascendieron a Edward —dijo en voz baja—. Bien.

—El resto de la tripulación recibió el grado de oficial, también.

—Ah, eso siempre fue así. A menudo había que esperar a que muriera alguien para ascender. Sólo que es insólito que la persona que muere sea uno mismo.

Sonreí insegura. Estaba muy pálido. La sombra, por algún efecto óptico, se había tragado el verde de sus ojos. Ahora se veían de un marrón parduzco, opaco, como un árbol en primavera que no ha vuelto a brotar.

—¿Y el doctor Goodsir está…?

—Sí.

—La última vez que lo vi estaba en plena forma. Vino al observatorio magnético y se entusiasmó hablando sobre los líquenes. Me dijo que el musgo es señal de que Dios tiene sentido del humor y los hongos de que tiene capacidad de asombro. Era muy excéntrico. Te habría caído bien.

—Sí. He leído las cartas que mandaba a casa. Parecía un hombre divertido.

—Olvido que somos objetos de estudio para ti. Que puedes leer nuestra correspondencia privada.

—Lo siento.

—No, no lo sientas. Al menos todavía se los recuerda y le importan a alguien.

No supe cómo reaccionar. Le toqué la palma con los dedos. Carraspeó suavemente y dijo:

—¿Te importa que me quede un rato aquí a solas?

—Por supuesto que no. Ah. ¿Quieres que espere?

—Tal vez sea mejor que te distraigas con alguna otra cosa.

—Ah. Sí. Iré al museo.

Me arrepentí de decir eso, porque en el museo exponían reliquias desenterradas de su expedición frustrada, pero Graham ya tenía la

mente en otra parte. No me miró, pero alargó una mano y me rozó la mejilla, como si acariciara distraídamente a un animal.

—Gracias —me dijo.

Al final pasó una hora antes de que me enviara un mensaje redactado con esmero en el que me proponía encontrarnos junto a la entrada del túnel peatonal de Greenwich. Almorzamos en un puesto de comidas y pude ver cómo intentaba descifrar la receta del *pisang goreng* cubierto de Nutella. Bromeé diciéndole que tendríamos que comprar una manta ignífuga; me acusó de tener poca fe y me preguntó por qué hasta entonces nunca le había dejado probar la Nutella. Le respondí que intentaba evitarla para no dejar de lado el resto de los alimentos de la pirámide alimenticia.

—A propósito de ese tema —dijo.

—¿Sí?

—El canibalismo.

—Ah.

—Yo conocía a esos hombres.

—Sí.

—Y sé que no habrían hecho algo así.

Me miró, como debatiendo cuánto pesaría si mi cuerpo estuviera hecho de cientos de judías y me metiese en una botella.

—¿Qué crees? —añadió.

—Lo siento. Si sabes eso, entonces sabes cómo lo hemos sabido. Los inuit no tenían ninguna razón para mentir. Y, bueno, al final encontramos los restos. Los británicos, quiero decir, y los canadienses y así sucesivamente. Los huesos tenían marcas de cuchillo. Hay indicios de un fenómeno que se llama «pulido de la olla»...

Levantó el tenedor de madera y me callé. Tenía los labios lívidos. Y el resto de la cara también, pero los labios me sobresaltaron. Finalmente dijo:

—¿Crees que los nativos decían la verdad?

—Graham. Es lo que pasó. Hay pruebas arqueológicas.

—Pero entonces crees que yo podría haber hecho lo mismo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo. Se estaban muriendo de hambre.

—Y los esquimales no los ayudaron.

—Nosotros decimos «inuit». Se cruzaron aquí y allá. Sé que hay constancia de al menos una cacería conjunta de caribú después de que abandonaran los barcos. Aun así. A ver. Debes recordar cómo era la isla del Rey Guillermo. Simplemente no hay suficiente caza para abastecer a tantos hombres.

Me dirigió una mirada extraña, turbia, como si estuviera enterrando algo en el fondo de su cráneo.

—¿Se sabe quiénes fueron los últimos supervivientes?

—No. Unos treinta hombres llegaron al campamento final de la Cala del Hambre. Pero no sabemos quiénes eran. Algunos creen que los últimos en sucumbir fueron el capitán Crozier y el doctor McDonald, basándose en el testimonio de los inuit, pero en realidad no tenemos ni idea.

Vi el alivio en su cara. Me pregunté a quién habría imaginado, hambriento y con los ojos vacíos, sacándose hebras fibrosas de una pantorrilla de entre los dientes.

A la mañana siguiente, estaba en mi cama cuando me desperté.

Dormíamos juntos casi todas las noches. Graham se dormía tan rápido que parecía que le desconectaran un enchufe del cerebro. Tenía un aire aniñado tan dulce cuando dormía que me daba miedo. Lo adoraba y sentía como si estuvieran arrancándome una capa de la piel.

Pero cuando me despertaba casi nunca lo encontraba todavía en la cama, porque se levantaba un par de horas antes que yo. Cuando lo vi allí tumbado boca arriba mirando al techo, me dio un escalofrío.

—Nunca volveré, ¿verdad? —dijo.

Hablaba con una voz grave y coloquial, como si estuviéramos retomando una charla interrumpida hacía cinco minutos. Me arrimé a él y le puse una mano en el pecho.

—No. No puedes.

—No creo que en el fondo lo creyera. Pero es verdad. Están todos muertos. Todos los que conocí están muertos. Todo lo que tenía en mi

vida se ha ido.

Le froté el pecho con el pulgar. «Haz que te sienta cercana y no pierdas la calma. Céntrate en actuar. Acepta la confusión, no exijas explicaciones», me había aconsejado el equipo de Bienestar. Me miró con ojos absortos y vacuos, como un animal mira un libro.

—No queda nadie en el mundo que me conozca desde hace más de unos meses. Soy un extraño en tierra extraña.

—Yo te conozco.

—¿Me conoces?

—Lo intento. Me gustaría conocerte mejor.

Algo se suavizó en su rostro, suficiente para dejarme vislumbrar el océano de tristeza que había contenido y seguía conteniendo, cada noche, cada día.

—Ven aquí —me dijo.

A veces la gente me preguntaba si había «vuelto» a Camboya. Yo decía que había «ido de visita».

En una de esas visitas, con mis padres y mi hermana, mi madre organizó una excursión al pueblo costero de Kep. Allí, las mujeres que atendían los puestos del mercado cocinaban anguilas y chipirones a la brasa y nos desplumaban alegremente —el acento de Penh de mi madre era tan mal pasaporte como los rasgos occidentales de su familia—, y comíamos pescado y arroz con *prahok* y melón amargo en una plataforma de madera elevada para pícnic. Un vendedor ambulante de bebidas con tatuajes *sak yant* le dijo a mi madre que las buenas chicas jemeres no bebían, y mi padre tuvo que comprar las cervezas y llevárselas a escondidas, levantando un abanico cada vez que ella daba un sorbo, una operación con la que acabaron desternillándose de risa.

Cuando acabamos de comer y nos quedamos con un recuerdo del lugar, mi madre nos llevó por la costa hacia el norte. Al final encontramos lo que estaba buscando en una parcela abandonada llena de maleza que apestaba a animales. Mi madre recogió algo rojo del suelo.

—Mirad.

Era un fragmento de una baldosa primorosamente labrada en la que todavía se veía el dibujo gastado de un mandala. Asombrados, empezamos a mirar el suelo alrededor de nuestros pies.

—Aquí estaba la casa de vacaciones de mi familia —dijo mi madre—. Tu abuela eligió estas baldosas.

Cuando algo te cambia de arriba abajo, dices: «La tierra se movió bajo mis pies.» Sin embargo, la tierra sigue estando ahí. Es tu relación con la tierra lo que cambia.

Con el proyecto de los viajes en el tiempo fue la primera vez en la historia que se extrajo a una persona de su época para insertarla en un futuro lejano. En ese sentido, la situación de los expatriados era única. Pero los ciclos de pérdida y asilo, de éxodo y soledad, se suceden como las riadas en el curso de la historia de la humanidad. Yo misma los había presenciado a lo largo de mi vida.

Sabía que Graham se sentía zozobrar en aguas peligrosas. Me deseaba, eso ahora era obvio, pero o bien hubiera preferido que el deseo no lo dominara, o bien que lo hubiéramos hecho a su manera. Graham mantenía una relación inestable con todo lo que pertenecía a nuestra época, pero sabía cómo hacerme el amor y sabía que era lo que yo quería. Si hubiera dependido de él nunca me habría tocado, me habría cortejado castamente en aquella casita hasta que el Ministerio hubiera hecho de él un hombre capaz de encontrar a una mujer honesta con la que convivir.

Supongo que quiero decir que yo lo había traicionado, porque le dijeron que yo era su ancla y en cambio me empeñé en que él se convirtiera en la mía. Y por supuesto lo traicioné en otros sentidos, al no revelarle algunos secretos e informar sobre él. Pero todo eso estaba en la descripción original del puesto trabajo.

Se sentó con la espalda apoyada en el cabecero y me sostuvo en su regazo, penetrándome sin prisas. En la boca y los pechos notaba el escozor placentero donde me había besado y raspado con la barba incipiente. Me retorció un pezón entre los nudillos como si fuera la

cuenta de un rosario y me sujetó las caderas con un brazo, inmovilizándome.

—Déjame...

—Sé buena y ve despacio.

Me aparté de él un par de veces e intenté provocarlo con la boca y las manos para que embistiera. Nuestros cuerpos estaban resbaladizos por el sudor y, al apartarme, el aire frío del dormitorio me acarició con un peculiar erotismo gélido. Cuando volví a él, me limpió la boca a lametazos.

—Déjame...

—No —dijo, y me mordió con suavidad en el cuello.

En la mesilla de noche, mi teléfono del trabajo empezó a sonar.

—Oh...

—No contestes.

—Es... ah... es del trabajo...

—Tal como lo entiendo, tu trabajo soy yo. Por lo tanto, estás trabajando. ¿Te gusta... cuando estoy muy dentro... así?

El teléfono dejó de sonar. Al cabo de unos segundos de silencio, empezó de nuevo.

—Ay... Dios... debería...

Suspiró, me levantó y me dejó caer de espaldas. Enganché un tobillo alrededor de sus caderas. Pronto ni siquiera necesitó ese apremio. La cama aporreaba brutalmente la pared. Me corrí, hundiéndole un pie en la pantorrilla, entre los porrazos del cabecero y el timbre del teléfono. Fue muy estresante. Graham llegó al clímax poco después, jadeándome al oído. Al acariciarle la espalda noté el relieve del microchip.

Toda la tensión lo abandonó y se desplomó sobre mí.

—Ufff. ¡Pesas!

—Creo que me he deslomado tratando de aguantarte las caderas en el ángulo correcto —dijo plácidamente—. No hay de qué, por cierto.

—Sal. El teléfono.

—Me quedaré aquí hasta que vuelva a sentir la columna vertebral.

Me retorcí tratando de quitármelo de encima.

—Te vas a pringar los muslos —observó—. Y entonces te pondrás de

un humor de perros.

—¿Qué ha sido de la púdica virgen con la que me casé?

—Bueno, no nos casamos. Vivimos en el concubinato. Ahora estoy mancillada.

Por fin se apartó de mí y se enrolló las sábanas alrededor de la cintura.

—Tú tampoco eras virgen —dije con picardía. No me hizo caso.

El teléfono se iluminó con un mensaje de texto. Era de Adela.

Ven al Ministerio inmediatamente.

IX

Mayo de 1859. La expedición de búsqueda del capitán Leopold McClintock lleva ocho meses varada en el helado estrecho de Bellot. Los estragos del frío, el escorbuto y el largo invierno ártico han devastado a su tripulación. Ahora que ha salido el sol es posible desplazarse en trineo.

El teniente Hobson, oficial a las órdenes de McClintock, se dirige hacia el sur por la Tierra del Rey Guillermo. Varios esquimales le han contado que, nueve años atrás, vieron a un grupo de treinta hombres blancos hambrientos y andrajosos: presuntamente eran los supervivientes de la expedición que sir John Franklin había emprendido para descubrir el paso del Noroeste. Nadie ha visto los dos barcos de Franklin, el *Erebus* y el *Terror*, desde julio de 1845. Tampoco han encontrado a ninguno de los oficiales y marineros que navegaban con él.

Los esquimales también dejaron caer otras cosas que habían visto. Cuerpos desmembrados en campamentos provisionales. Botas hervidas en ollas, botas todavía

llenas de carne humana. Muescas de cuchillo en una tibia, huesos de los dedos chupados hasta el tuétano. Un último campamento en un puerto de tierra firme donde encontraron un cadáver con la cadena del reloj ensartada en unos cortes en los lóbulos de las orejas, tal vez porque quería guardarlo a buen recaudo, tal vez aferrándose a la idea de que aún podría volver a un lugar donde el reloj tuviera algún valor. Hobson engulle a cucharadas su ración y se pregunta a qué sabrían sus propios bíceps.

En el lugar que los europeos llaman «cabo Félix», Hobson encuentra los restos de un campamento. Todavía hay tiendas de campaña montadas, llenas de pieles de oso y sacos de dormir de lona. Encuentra dos sextantes, cartuchos, gafas para la nieve, tornillos de latón. Llega a la conclusión de que no se trata de un campamento de último recurso, sino de un observatorio científico, instalado para pasar los meses más templados del verano. Únicamente le llama la atención la extraña rapidez con que lo abandonaron, dejando atrás valiosos materiales de la Marina Real.

Siguiendo en trineo hacia el sur, descubre un túmulo de piedras apiladas. En su interior encuentra la única comunicación de la expedición de Franklin de la que se tendrá noticia: dos anotaciones escritas a mano en una hoja con el membrete del Almirantazgo.

El primer mensaje, con letra firme y segura, dice así:

Los navíos de Su Majestad *Erebus* y *Terror* invernaron en el Hielo en latitud 70° 05' N., longitud 98° 23' O. Habiendo invernado en 1846-1847 en la isla de Beechey, en lat. 74° 43' 28'' N., long. 91° 39' 15'' O., después de haber navegado por el canal de Wellington hasta la latitud 77°, y regresado por el lado oeste de la isla Cornwallis. Sir John Franklin al mando de la expedición. Todo bien.

La partida, compuesta por 2 oficiales y 6 hombres, abandonó los barcos el lunes 24 de mayo de 1847.

(Firmado) GM. GORE, Teniente.
(Firmado) CHAS. F. DES VOEUX,
Oficial de cubierta.

El segundo, escrito en los márgenes con letra temblorosa:

25 de abril de 1848

Los navíos de Su Majestad *Terror* y *Erebus* fueron abandonados el 22 de abril, a 5 leguas al N. N. O. de este punto, después de permanecer varados desde el 12 de septiembre de 1846. Los oficiales y la tripulación, que constaba de 105 almas, al mando del capitán F. R. M. Crozier,

desembarcó aquí en lat. 69° 37’ 42’’ N., long. 98° 41’ O. Esta hoja de papel fue encontrada por el teniente Irving bajo el túmulo de piedras que suponemos construyó sir James Ross en 1831, 4 millas al norte, donde lo habría depositado el difunto comandante Gore en mayo junio de 1847. Sin embargo, la columna de sir James Ross no ha sido hallada y el papel se ha trasladado a esta posición, que es en la que se erigió la columna de sir J. Ross; sir John Franklin murió el 11 de junio de 1847; y la pérdida total por muertes en la expedición ha sido hasta la fecha de 9 oficiales y 15 hombres.

(Firmado) JAMES FITZJAMES,
capitán del H. M. S. *Erebus*.
(Firmado) F. R. M. CROZIER, capitán y oficial.
Y partimos mañana, día 26, por el río Back.

La nota revelaba dos datos importantes.

En primer lugar, que la expedición había abandonado los barcos en abril de 1848, tras dos veranos consecutivos tan fríos que el mar no había llegado a descongelarse. Veinticuatro hombres habían muerto ya, y el alabado Franklin se encontraba entre ellos. Francis Crozier y James Fitzjames, capitanes del *Terror* y el *Erebus* respectivamente, habían emprendido

con la tripulación de ambos barcos una marcha de ochocientas millas. Ninguno, por lo que Hobson pudo saber, sobrevivió al empeño.

En segundo lugar, que el teniente Graham Gore —a quien habían ascendido a comandante sobre el terreno — había muerto antes de emprender la marcha. La historia se lo había tragado, sepultándolo como hace el mar cuando engulle a un marinero desventurado.

9

Cuando llegué al Ministerio, Adela me lanzó una mirada desquiciada. Parecía que no le hubieran inyectado bien el relleno facial, y me di cuenta de que era la primera vez que la veía sin maquillaje. Un mechón de pelo tieso le sobresalía un palmo por encima de la cabeza.

—Hay un topo —ladró.

—Un...

—Pensé que era Quentin. Fue la última vez. Por eso lo neutralizaron.

—Neutrali...

—Estás en peligro, ¿lo entiendes? —dijo agarrándome de los brazos.

Me quedé mirándola, acalorada por el shock. Notaba la adrenalina bajo la piel. Me sentía blanda como la plastilina.

—Ya sé que estoy en peligro. El brigadier...

—Alguien dentro del Ministerio le está pasando información —dijo Adela—. Y no sé quién es.

De pronto pensé que siempre había creído que era una chica de verdad, pero que acababan de darme un golpe en el ojo y en lugar de sentir dolor, sólo había notado un chasquido: no era más que una muñeca, sin mayor capacidad de raciocinio que una botella de agua.

—¿Cómo sabes que hay un topo en el Ministerio? —pregunté.

Adela levantó las manos.

—¡Ha habido una filtración! —dijo. Nunca la había oído hablar con signos de exclamación. Le quitaba una década de encima—. ¡Se filtró la ubicación de la puerta del tiempo! ¡Y sigo sin encontrar al brigadier! ¡He buscado en todos los sitios donde debería estar!

Nos miramos fijamente, sin preocuparnos por controlar los gestos.

Vi que algo resbalaba por la cara de Adela. Pensé, al principio, que estaba presenciando una insólita efusividad emocional, pero cuanto más la miraba, más me convencía de que los extraños parapetos de su mentón y sus pómulos volvían a moverse. Parecía viscosa, agitada por una conmoción reciente.

Me quedé mirando, fascinada, cómo cedía el andamiaje de su expresión.

—Has dicho que Quentin fue el topo «la última vez». ¿A qué te referías?

Adela se pasó los dedos por el pelo. El enorme remolino que tenía a un lado de la cabeza empezó a aplanarse, grasiento y apagado.

—Un día tendrás que dejar de hacer preguntas estúpidas en aras del presentismo conversacional —dijo—. Actuando así no te haces querer. Sabes exactamente a qué me refería.

Después de la reunión con Adela, volví a nuestra decrépita buhardilla llena de goteras y me senté en nuestra mísera cocina a intentar leer un informe, aunque en realidad me quedé mirando la misma página durante veinte minutos. Graham había salido con la moto, un permiso que aún no le habían rescindido. Lo oí aparcar en el patio abandonado que ocultaba la entrada a nuestro piso y, al cabo de unos minutos, oí la llave en la puerta. Entró dando traspiés, y me llamó con una voz ahogada.

Me puse en pie con el corazón desbocado por el pánico. Casi nunca me llamaba por mi nombre, mi verdadero nombre, no «gatita» o «mi puente» sino mi nombre de pila, que pronunciaba bien desde el principio. Me precipité hacia el recibidor. Estaba desencajado. Tenía la cara sudorosa, blanca como la cera.

—Algo le ha pasado a Maggie —dijo.

Había estado preocupado desde que fuimos a la exposición, y se sentía responsable. Un buen oficial cuida de su tripulación. Así que había ido a visitarla. Cuando llegó a la puerta de la antigua tienda que, con una

cortina en el escaparate, ocultaba el piso franco, le extrañó ver una franja oscura en el quicio, como un poste pintado. Una curiosa ilusión óptica. Habían reventado la puerta de una patada y la habían dejado un poco entreabierta, de modo que por la ranura alcanzaba a verse el pasillo oscuro del otro lado. Entró y llamó a Margaret. Su voz aterrizó de un modo inquietante en la penumbra.

Encontró las escaleras. Subió, a pesar de que normalmente nunca lo habría hecho. Se respiraba un olor a podredumbre, a despojo. En el lavabo, agrietado y con baldosas medio levantadas, la bañera estaba llena. Ralph bajo el agua. O una cosa a medio sumergir que antes había sido Ralph. Los ojos abiertos, ciegos. La cara ya estaba empezando a abotagarse. Graham retrocedió, cruzó el rellano hasta la puerta astillada del dormitorio. Vio la figura en la cama. Una mujer muerta. Estrangulada. Durante unos segundos, la tez morada y correosa no le dejó distinguir los rasgos. Entonces advirtió que no era Margaret, sino otra mujer. Pelo rubio ceniza, y más alta. Una chica con quien ella había estado saliendo, con quien había mantenido una relación clandestina. Ahora una antigua amante. Alguien había entrado y había puesto patas arriba la habitación. Margaret no estaba.

—Dios mío —gemí.

—Sé adónde podría haber ido —dijo Graham.

—¿Adónde?

Me contó que había un sistema de túneles, medio derruidos, cerca de Greenhithe, en Rainham. Los polígonos industriales excavaron sus cimientos encima de los túneles, y el Támesis había anegado una parte importante de ellos, pero a lo largo del último año, circulando con la moto por la zona hasta los límites, había averiguado que seguían existiendo. Cuando él estaba en la Marina se utilizaban normalmente, y no eran ningún secreto, pero ahora parecían estar ocultos. A Arthur y Margaret siempre les había dicho que, si algo se torcía, se escondieran allí y él iría en su busca.

Me rasqué el cuello nerviosa, dejándome marcas de arañazos en la piel.

—¿Por qué les dijiste eso? —balbuceé—. ¿Qué esperabas que saliera mal? ¿Cuándo lo planeaste? ¿Por qué no me contaste nada?

Sólo respondió a la última pregunta.

—Supuse que tú estarías conmigo —respondió—. Y que yo cuidaría de ti. Primero debemos ir a casa de Arthur. No creo que sepa lo que ha pasado. Luego nos refugiaremos en los túneles.

Quise añadir algo, pero en lugar de eso dejé escapar un pitido.

—Haz la maleta —me dijo—. Ropa de abrigo. Impermeables. Lleva puestas todas las prendas que puedas, para ahorrar espacio. Necesitamos agua y raciones de emergencia.

—Bien. De acuerdo. Bien. Puedo acceder a material de supervivencia en el Ministerio. Yo… sí… si cogemos la moto puedo…

—Hay una caja escondida en la cisterna del retrete —dijo.

Ahogué tal grito que me atraganté con mi propia saliva. Cuando dejé de toser, carraspeé.

—¿Has planeado todo esto?

—Hice planes por si esto llegaba. Me dijiste que estabas en peligro. Y no sería un buen oficial si no me hubiera anticipado a este momento. Date prisa. Sólo tenemos las bolsas de la cisterna y el maletero de la moto para llevar equipaje, así que sé prudente.

Me moví, conmocionada. Encontré la caja en nuestra cavernosa cisterna eduardiana, arranqué las válvulas al sacarla. No importaba, porque si el brigadier y Salese sabían dónde vivía Margaret, también sabían dónde estábamos nosotros. Probablemente tenían acceso a los datos del microchip; si no al rastreo en directo, sí a los resúmenes de los informes. No volveríamos a pisar este lugar.

Si Graham les había pedido a los expatriados que se reunieran en un sitio, me sería más fácil meterlos a todos bajo custodia protegida. Sólo tenía que ser rápida; más rápida que el arma de luz azul, más rápida que la velocidad a la que se transmitía la información de un topo. Santo Dios. De una patada mandé la caja de raciones de emergencia a mi habitación para ir a coger el arma. Funda, caja, paso ligero hasta el dormitorio de Graham. La adrenalina me electrizaba.

Lo encontré cargando una pistola. Había volcado el último cajón de su mesilla de noche, desparramando lo poco que contenía. Supuse que la escondía debajo.

—¿Qué coño haces tú con eso?

Enarcó las cejas, pero no me miró. Me acerqué un poco más.

—Uf, Graham, es del arsenal del Ministerio.

—Sí.

—Los intendentes...

—No saben que la tengo —dijo enérgicamente.

Pisó con fuerza el cajón vacío. La tabla del fondo se astilló y vi un destello azul oscuro. Pasaportes. Estaba dispuesta a apostar mis raciones de emergencia a que llevaban nombres falsos.

Recordé el tiempo que había pasado en el Ministerio, encantando a todo el mundo con su cháchara y sus preguntas. Pensé en lo bien que se le daba hacerse el inocente, en lo inescrutables que podían ser sus ojos cuando se lo proponía. Recordé que no hacía saltar las alarmas, que la tecnología moderna no lo registraba como una presencia humana. Lo miré fijamente y me pregunté si lo conocía.

Por fin me miró a los ojos. No dijo nada, pero me dio un beso, rápido y urgente. Algo es algo.

Me pasé el trayecto en moto pegada a Graham, al borde de las lágrimas, con un cúmulo de preguntas agolpándose en mi mente.

¿Qué me había dicho Simellia? «El propio equipo de Bienestar de Arthur me lo impide.» Ivan, destituido, ¿qué había sido de él? Ralph, muerto. Ed «dimitió» después de lo de Anne Spencer, ¿por qué no pensé en verificarlo? Hacía semanas que no veía al secretario. Trabajaba exclusivamente, incluso en complicidad, con Adela. ¿Y si el secretario había llegado a un acuerdo con Defensa? ¿Con el brigadier? ¿Y si el «topo» no era un topo, sino un entramado de pasadizos subterráneos que socavaban el proyecto, un antiproyecto, un último empujón desde Defensa para hundirnos y absorbernos en nombre de la seguridad nacional? ¿Y si me había equivocado de institución? Náuseas, pánico, los golpes amortiguados de una migraña retumbándome en la cabeza.

Nunca había estado en el piso franco —un antiguo consultorio médico, erizado de andamios— que compartían Arthur y Simellia, y no me encontraba en condiciones de fijarme en los detalles; aun así

pude advertir que la puerta principal estaba entornada y la cerradura rota.

—¿Simellia? —gimoteé, al mismo tiempo que Graham gritaba:

—¡¿Arthur?!

Graham entró en el edificio y se metió por una serie de pasillos con tufo a desinfectante y moqueta gris que daban a cuartos apenas amueblados y con las paredes de aglomerado. Vi que en un enorme espejo contra la pared se proyectaba un bilioso reflejo oblicuo, pilas y pilas de libros para los que Simellia aún no había encontrado estanterías. Imaginé el arma de los rayos azules en cada sombra y cada recoveco. Al abrir de una patada una puerta anónima tras otra, acribilladas de marcas, confundí un grabado de Basquiat, un perchero de abrigos y una cortina con el brigadier, y en cada ocasión desenfundé el arma para hacerle frente.

Arriba se oyó algo que sonaba como un golpe de arco sobre las cuerdas de un violín. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era un alarido humano.

—¿Graham?

Subí corriendo las escaleras y entré en la habitación más próxima blandiendo el arma.

Graham estaba agachado. Nunca he podido olvidar la expresión de su rostro en aquel momento.

Arthur yacía en el suelo, con los ojos nublados y abiertos. Tenía la cabeza girada en dirección hacia mí cuando entré en la habitación. De sus labios manaban sangre y vómito, que caían sobre la alfombra como el bocadillo de una viñeta. En el aire había un hedor acre, enfermizo.

—No.

«No puede ser», pensé. Apreté los ojos y volví a abrirlos. Graham estaba pasando una mano por la cara de Arthur, cerrándole los párpados. «Cuidado, vas a asustarlo», quise decir.

—¿Está...?

—Sí.

—Dios mío.

—Tenemos que irnos —dijo Graham rotundamente—. Espérame

abajo.

Retrocedí poco a poco para salir de la habitación. Vi cómo Graham se inclinaba y apoyaba la frente en la sien de Arthur. Luego me di la vuelta y bajé las escaleras con las piernas temblorosas.

En una mesa junto a la puerta principal se apilaban paraguas, folletos, llaves, calderilla y otros objetos. Había un cuadernito, y sin pensarlo lo abrí y lo hojeé. Era la letra de Arthur. Me lo metí en el bolsillo. «Se lo devolveré luego», me dije. Me di cuenta de que era el pensamiento de una persona en estado de shock, pero no pude evitar pensarlo.

Graham bajó rápidamente las escaleras detrás de mí. Llevaba el anillo de Arthur en un dedo. Mientras lo miraba, se puso el guante de motorista.

—Vámonos —dijo.

Ni su voz ni sus ojos delataban emoción alguna.

El trayecto hasta los túneles pasó como un fogonazo. Tomamos las autopistas, que eran estruendosas y anónimas. «Así es el camino al infierno», pensé. No lleno de buenas intenciones, sino una pista de asfalto estridente con vehículos conducidos por individuos que no saben ni les importa que Arthur esté muerto.

Greenhithe, como una larga garganta gris, nos regurgitó junto a los muelles. Abandonamos la moto y los cascos detrás de un almacén y cogimos las maletas.

—No está lejos —me dijo—. La entrada queda oculta por la marisma.

Me apoyé en su hombro, más que nada para no perder el equilibrio. Se dio la vuelta y me atrajo hacia él, agarrándome por el impermeable. Me apretó tan fuerte que me dolió. Noté cómo temblaba, él, que nunca movía un músculo sin un propósito perfectamente claro. En todo momento, yo no dejaba de pensar: «Los microchips, los microchips. Han encontrado a Arthur gracias a los microchips. Suéltame, no me abraces: tengo que pensar qué hacemos con los microchips.»

Adentrarse en los túneles fue como descender a una pesadilla. El olor a agua salobre y algas podridas saturaba el aire, que resultaba húmedo y gélido a la vez. Tuvimos que vadear una cámara inundada, con las bolsas sobre la cabeza, antes de que el corredor volviera a subir. Empezamos a abrirnos paso por unas catacumbas menos inmundas, bien pavimentadas y acanaladas con puntales de hierro. Escruté las paredes a la débil luz de las linternas que llevábamos. Por lo que alcancé a ver, aquéllos eran túneles de servicio del astillero.

Desembocamos en un depósito rudimentario, más seco que el resto del túnel y dividido por muros de piedra.

—¿Maggie? —susurró Graham.

—¡Gray!

Margaret apareció por un orificio del techo. Se había escondido dentro de un conducto de ventilación en desuso. Estaba cubierta de cieno y tenía los ojos desorbitados. Se dejó caer, aterrizando pesadamente, y se incorporó corriendo para arrojarse a los brazos de Graham. Él la levantó del suelo, con la cara entre su pelo apelmazado.

—Huí. —Margaret sollozó—. La abandoné, huí, sin saber si vendrías...

—Por supuesto que iba a venir. Ya te lo dije.

—Tenía tanto miedo...

Me acerqué tambaleante hacia ellos. Sentía como si tuviera las extremidades recocidas. Margaret gritó al verme. Soltó a Graham y me abrazó con fuerza. Le di un beso en la frente y escupí el barro al suelo.

Cuando Margaret consiguió apaciguar el llanto, se volvió para mirar por encima del hombro.

—¿Y Arthur? —preguntó.

Miré a Graham. Suspiró. Dejó caer los hombros.

—Llegamos demasiado tarde —dije, para que no tuviera que hacerlo él—. Ha muerto.

No tuvimos mucho tiempo para lamentarnos. Graham y yo nos quitamos la ropa empapada y nos pusimos otra seca. Nos explicó la distribución de aquel depósito, tal y como la entendía. Había tres

entradas, una de las cuales estaba sumergida. Las otras dos eran el largo corredor de la catacumba que acabábamos de atravesar, y un angosto pasadizo más peligroso y medio derruido al que se accedía por debajo de un puente de la autovía.

De pronto oímos forcejeos y gruñidos en algún lugar del tejado.

Margaret y yo nos agachamos instintivamente. Graham se enderezó y amartilló una de las pistolas.

En la pared cerca del techo se recortaba un cuadrado negro, hacia donde Graham estaba apuntando el arma ahora. Apareció una silueta en medio del cuadrado. Cayó al suelo, como un huevo recién puesto, en el mismo momento en que Graham disparó. El disparo resonó tan fuerte que Margaret y yo chillamos.

—¡Por la sangre de Cristo, comandante, soy yo!

Un macuto de lona gris, el huevo, quedó colgando del cuadrado. La cara de Cardingham se asomó por el agujero. Parecía descompuesto.

—¡Tú! —gritó Margaret—. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Cardingham saltó con gracia hasta el suelo.

—Nuestro comandante me habló de la guarida, doy fe. Aunque me ha costado horrores encontrarla. ¿Qué querrías, verme muerto, como el capitán? Baje su arma, señor.

—¿Cómo sabes que Arthur ha muerto? —preguntó Graham.

—Mi puente ha estado ausente demasiado tiempo. Me dirigí a su casa, pues pensé que esa mora sabría dónde se escondía mi guardián. Encontré el cadáver. Baje el arma.

Graham, finalmente, dejó caer el brazo.

—¿No viste a nadie más por allí? ¿Un hombre alto, de pelo canoso oscuro y porte militar? Ostenta el rango de brigadier…

—No, señor. ¿Cree que esto es obra de soldados profesionales? ¿No puede ser la venganza de un amante? ¿Sabía que Arthur era sodomita, comandante?

Graham puso el seguro y guardó el arma en silencio. Luego dijo:

—A la amiga de Sesenta y cinco también la han asesinado, probablemente por accidente, pensando que era ella. Hace dos meses el brigadier y su compañero intentaron matar a mi puente y capturarme. Estamos a salvo por ahora, pero debemos planear nuestra

huida…

—No estáis a salvo —solté.

Todos se volvieron hacia mí.

—Lleváis un microchip —dije—. Veamos. Es un dispositivo diminuto implantado en la espalda, justo debajo de la piel. No importa que no os detecten en los escáneres modernos. Sois como el Hombre Invisible con una antorcha encendida en la mano. El Ministerio sabe exactamente dónde estáis, en todo momento, y hay alguien que le está dando esa información al brigadier.

Por un instante no se oyó otra cosa que el oscuro golpeteo del agua contra la piedra a lo lejos. Casi pude sentir el pasmo con que la sangre se retiró del rostro de Graham antes de que me preguntara en voz baja:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Todos llevabais el microchip cuando os entregaron a vuestros puentes. Así que. Desde el principio. Supongo.

Margaret y Cardingham se quedaron mirándome, estupefactos, pero la cara de Graham se contrajo. Su boca se contorsionó con furia. A pesar de que logró controlarlo, sentí el impacto de su desdén.

—Thomas, ¿llevas una navaja encima? —le preguntó a Cardingham.

—Tengo un «botiquín de primeros auxilios», y entre los instrumentos hay un escalpelo, una aguja curva e hilo. Creo que estamos de acuerdo.

—¿Sabes dónde están esos «microchips»? —me preguntó sin mirarme.

—Sí.

—Me extirparás el mío y coserás la herida. Yo se lo extirparé al teniente Cardingham y tú a Margaret. Luego tiraré esos chismes al río. Thomas, pásame el escalpelo.

Graham me condujo a un cuartito separado de la habitación por una puerta de madera podrida. Era un lugar seco y oscuro como el carbón. Por alguna peculiaridad de la construcción amortiguaba el ruido y cuando hablaba o me movía, las sombras se tragaban el sonido.

Se desnudó hasta la cintura, de espaldas a mí, y se arrodilló. Encajé una linterna en una grieta de la pared y alargué la mano. En cuanto lo toqué, tembló con un escalofrío. Me pregunté si estaría pensando, como yo, en todas las veces que había acariciado su espalda desnuda.

—¿Qué queríais de mí? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo?

—¿Por qué me habéis resucitado? ¿Por qué has entrado así en mi vida?

—Te... te salvamos. Yo quería conocerte.

Hundió la cabeza entre las manos.

—Bueno —dijo—. ¿Has satisfecho tu curiosidad?

—Graham.

—Por un tiempo, de veras creí que tú... ¿Qué planeabas hacer conmigo? Meterme en un sistema de archivo, supongo. Donde pudieras conservarme guardado en una caja.

—Nunca quise...

—¡Sí que lo quisiste! —gritó, tan fuerte que su voz retumbó en las paredes. Se volvió de golpe para mirarme, con los ojos centelleantes de rabia—. Sí que lo quisiste. Tenías una idea muy clara de lo que yo debía ser. Te has empleado a fondo para conseguirlo.

Respiraba rápido y con dificultad. No estaba hiperventilando, pero casi.

—No es justo —dije—. Has sido mi razón de ser.

—Y en el calor de tu obsesión, ¿no se te ocurrió pensar que yo también soy una persona?

El color de su cara se enfrió. Lo que estuviera ardiendo en sus ojos, lo apaciguó. Se dio la vuelta.

—Escalpelo. Deja de llorar —dijo—. No podrás hacerlo bien si estás llorando.

Margaret sollozó durante toda la operación. En cuanto acabé de coser la herida, se volvió para mirarme y me agarró la muñeca. Su piel lucía perfecta y opalescente bajo la suciedad de los túneles. Me sujetó la barbilla y me obligó a mirarla a los ojos, todavía llenos de lágrimas.

—Escúchame bien —me dijo— y nunca lo olvides. Te perdono.

Me incliné y acerqué la cara a su cuello, estrechándola entre mis brazos, tan menuda, cálida y temblorosa.

—Lo siento —le susurré—. Lo siento, lo siento.

Graham se llevó los microchips de allí con la intención de lanzarlos río abajo, creo: había dejado de hacerme partícipe de sus planes. A su regreso, nos dividió en guardias de tres horas, que haríamos en el extremo más alejado del corredor de las catacumbas. Cardingham sería el primero. Graham lo seguiría, luego yo, y después, por la mañana, Margaret.

—¿Por qué no podemos irnos ya? —pregunté temblando.

—La marea —dijo secamente, sin mirarme—. Hasta que no se aleje por la mañana, nuestras vías de escape son tan limitadas que movernos sería un suicidio. En este momento sólo hay una ruta segura que podamos tomar, bordeando el río, y estoy convencido de que están vigilando las orillas.

Margaret y yo doblamos unas prendas sobrantes a modo de almohadas y nos acurrucamos debajo de los abrigos. Nos quedamos abrazadas, despiertas y nerviosas. Graham, en el cuarto de al lado, trabajaba en algo a la luz de las linternas, algo relacionado con los pasaportes. No se había dignado a mirarme desde que le había quitado el microchip de la espalda.

—¿Cómo mataron a Arthur? —susurró Margaret.

—Con veneno, creo.

—¿Sufrió mucho?

Pensé en el vómito, en la sangre. Pero recordé que la cara de Arthur estaba tersa y relajada. Quizá había sido rápido. Cada vez que me venía a la cabeza, sentía una especie de frenesí, un impulso desesperado por levantarme y sacudirme y moverme y solucionar el problema. No había nada que solucionar. Arthur estaba muerto.

—Si alguna vez encuentro a ese brigadier —susurró Margaret—, le romperé los huesos, uno por uno. Dieciséis habría querido verme en paz, pero eso no puedo obedecerlo. Era como un hermano para mí. Un

hombre de mármol en un mundo donde todos los demás son de barro.

Se echó a llorar de nuevo, derramando lentas lágrimas de mercurio líquido, con el rostro inmóvil. Toqué una y miré cómo se le extendía por la piel.

—Era una buena persona —dije.

Al final noté que el cuerpo de Margaret se crispaba al sucumbir a un sueño inquieto. Debí de dormirme también, porque la sala se alejó de mí. Soñé, inevitablemente, con Arthur. Soñaba en capas de sueños en los que me despertaba en el sueño y él estaba allí y yo decía: «Gracias a Dios, soñé que habías muerto», y volvía a despertarme en el sueño, y sabía que estaba muerto, y volvía a despertarme en el sueño, y pensaba que seguía vivo. Mi conciencia se dividía como una piel agrietada, desgarrada hasta sangrar.

Me despertó una sacudida brusca. Volví en mí con un gruñido hostil.

—Te toca hacer guardia —dijo Graham, desde arriba.

Me incorporé a trompicones, como un globo al inflarse. Me dolía todo, especialmente el cuello. No estaba del todo despierta, así que al ver a Graham reaccioné como habría hecho un día antes. Me dejé caer contra él y hundí la cara en su hombro. Se puso rígido, pero no se movió.

—Feliz cumpleaños —murmuré.

—¿Qué?

—Hoy hace un año. Que llegaste.

Se quedó quieto y en silencio un momento más. Aspiré su olor familiar, sentí el ritmo familiar de su respiración. Luego me apartó.

—Te toca hacer guardia —repitió.

Cuando me entrevistaron por primera vez para el puesto de puente, Adela me dijo: «Tu madre fue refugiada.» Pero mi madre nunca se describió a sí misma como refugiada. Era una imposición narrativa, igual que «apátrida» y «superviviente».

Como muchos hijos de inmigrantes, mi hermana y yo cuidábamos de nuestros padres tanto como ellos de nosotras. Nuestra madre nos

necesitaba para abrirse paso en su nuevo país. Su necesidad nos marcó a ambas de distinta forma. Mi hermana se dedicó a catalogar, a relatar y recordar lo que ella llamaba «la verdad». Yo me obsesioné con el control, que supongo que es otra forma de decir que quería dominar el relato.

Graham no iba desencaminado cuando me dijo que yo había querido moldearlo a mi antojo. ¿Cómo podría haberme resistido? Llegó a mí como una historia. Ahora había dejado que la historia se me fuera de las manos. Me entró el pánico y él tuvo que cuidar de mí. Había dicho algo que debería haberme callado, y ahora estaba enfadado conmigo. Debería haberme hecho cargo de la situación, y en cambio allí estábamos: escondidos en un sótano, esperando enfrentarnos al brigadier y al topo por nuestra cuenta y riesgo. Sin embargo, alguien me había puesto en las manos un arma, una plataforma bajo los pies: ¿dónde estaba ella ahora para dar la orden final?

En el pasillo de la catacumba, me iluminé con la linterna y encendí el móvil. Seis llamadas perdidas de Adela. Le mandé un mensaje:

Ayuda.

Contestó al instante.

¿Dónde estás?

Túneles de servicio astillero Rainham. Puedes rastrear telf?

Acepta la llamada cuando llegue. No hables ni te muevas.

En cinco minutos llegó una llamada de rastreo. La acepté y esperé. Incluso alcé el teléfono para tener mejor cobertura, aunque la experiencia me había enseñado que era un gesto inútil.

Tengo ubicación.
¿Armas? ¿Alguna señal del brigadier?

2 armas con 47, el brigadier no está. Qué debo hacer batería baja.

Puedo ponerlos en custodia protegida. Enviaré brigada de rescate. Ven a mi encuentro aquí. NO HABRÁ MÁS CONTACTO. Topo todavía suelto no sé si nos están vigilando.

Me envió una ubicación: a una media hora a pie, justo al lado del río. Probablemente hubieran rastreado hasta allí los microchips que Graham había tirado al agua.

Saqué el cuaderno de Arthur del bolsillo de mi chaqueta. Había un pequeño bolígrafo dorado en el lomo. Sostuve la linterna entre los dientes y escribí:

Sé lo que parece, pero por favor no temas. He ido a buscar ayuda.

Arranqué la hoja y la dejé en el suelo, sujeta e iluminada por mi linterna. Luego, alumbrándome con el teléfono, fui al encuentro de Adela.

Eché a andar por las marismas a la escasa luz del alba, pero pronto el sol se filtró en el aire. Los pájaros enloquecieron. Nunca me había dado cuenta de lo psicótico que sonaba el coro del amanecer: sus agudas notas de algarabía, sus gorjeos desesperados. Aunque también era cierto que nunca me había sentido tan exhausta o asustada.

Adela estaba de pie en el barro sembrado de escombros, al pie de una escalera de piedra con unos postes metálicos oxidados. El Támesis se agitaba a sus espaldas.

Bajé las escaleras y llegué junto a ella antes de darme cuenta de que el brigadier y Salese también estaban allí, y que el brigadier estaba apuntando a Adela con el arma de luz azul.

—Huy —exclamé.

—«Huy», en efecto —dijo Adela secamente.

—No os mováis, o dispararé —advirtió el brigadier.

—Llevo un reflector —repuso Adela—. Sirve por lo menos para

cinco disparos. ¿Cuánta energía le queda a ese trasto? Sé que vaciaste la mitad de la batería en el intento de capturar a Mil ochocientos cuarenta y siete. Y no has conseguido volver a tu época para recargarla.

—No me hace falta dispararte a ti —respondió el brigadier—. Le dispararé a ella y será el fin de las dos.

—Te equivocas otra vez —dijo Adela—. Ella ya está en otra línea temporal. Le habló a Mil ochocientos cuarenta y siete del Holocausto en vez del 11-S y creo que eso lo llevó por un camino distinto. El vínculo está roto.

—¿Por qué disparándome a mí iba a matarte a ti, de todos modos? —pregunté. Lo solté sin pensar lo que decía. Estaba tan asustada que notaba el corazón desbocado. Un sudor frío me recorría las costillas, provocándome un cosquilleo desagradable.

Adela suspiró.

—Sabía que yo de joven era una chica muy ingenua —dijo—. Pero no pensaba que tanto.

—Sois una sola —ladró Salese—. Un yo futuro y un yo pasado de la misma persona.

Estaba demasiado concentrada en el arma para volverme hacia Adela, pero le pregunté:

—¿Tú eres yo?

—No repitas las palabras como si fueras un loro. Sí. Me sorprende que no te hayas dado cuenta a estas alturas. Soy de, veamos, veintitantos años más en tu futuro. Estos dos son del siglo XXIII.

Tenía sangre en la nariz y en la garganta. Y con el pánico, mi cuerpo latía en sitios que no tocaba.

—Arthur está muerto —dije para que Adela dejara de hablar.

A Adela se le cayó literalmente la cara de tristeza; era increíble ver la horrible contorsión de sus facciones. Luego se controló y adoptó un gesto inexpresivo.

—Arthur Reginald-Smyth. Sí. Y Margaret Kemble.

—Maggie está viva —informé.

Esta vez se le iluminó la cara, y no hizo nada por disimularlo.

—¡¿Está viva?! —chilló Adela.

—El Ministerio de esta línea temporal es menos eficiente que el original —intervino el brigadier. Me di cuenta de que le temblaba ligeramente la mano con la que sostenía el arma. Cuanto más observaba, más signos de agotamiento, enfermedad y suciedad advertía en los futuristas. Cualquiera que fuese la misión que los había traído hasta aquí, no estaba saliendo según lo previsto.

Adela miraba boquiabierta al brigadier.

—¿Menos eficiente? —dijo—. Esta vez no habéis matado a Sesenta y cinco, el Ministerio la ha salvado.

Salese se quedó boquiabierto.

—¿Que no la hemos matado?

—Exacto —dijo Adela—. Asesinasteis a mis amigos. La última vez fueron Arthur y Maggie, los dos. En cambio, esta vez sólo a uno.

—No. Tú tipos anulados. Aspiramos un papel.

—Hay informes desclasificados —tradujo el brigadier— que demuestran que el Ministerio dio la orden de matar a los expatriados no combatientes al comprender que la puerta sólo admitía a un número limitado de personas.

Me quedé con cara de pez durante unos segundos, hasta que salí de mi estupor.

—¿Los ha matado el Ministerio? ¿Lo has hecho tú? ¿Tú lo sabías? —increpé a Adela.

Ella se quedó mirándome, sin embargo, temblando de un modo extraño.

—Arthur es el nombre de mi hijo —murmuró.

—¿Qué?

—Arthur John Gore.

Estaba a punto de decir algo cobardemente estúpido, como: «Ni siquiera estoy segura de querer tener hijos», cuando Adela se adelantó y apuñaló a Salese en la garganta.

No fue un impacto fácil. Una pantalla verdosa crepitó y parpadeó sobre el cuerpo de Salese, como una especie de escudo, pero Adela gruñó y traspasó el halo electrizante, consiguiendo clavarle el cuchillo. Un cuchillo que yo no había visto hasta ahora y que de pronto cobró protagonismo. La sangre salió disparada, golpeó la

carcasa verde y chorreó por el interior. Salese se atragantó entre arcadas, con los ojos en blanco. Todo esto duró menos de tres segundos.

Entretanto, yo me había abalanzado sobre el brigadier con la mente completamente en blanco. Era un hombre grande, pero hueco por dentro. Llevaba tiempo pasando hambre, pude notarlo por cómo cedían sus carnes cuando lo toqué con los nudillos. No le daba miedo el dolor. Le pegué una patada en la espinilla y oí un crujido, le di un puñetazo en la boca y sentí cómo se le saltaba un diente en la encía lívida, y lo encajó todo sin inmutarse. Me agarraba la mano mientras forcejeaba con él, tratando de arrebatarle el arma de luz azul. Entonces volvió la cabeza, sólo un momento, y debió de ver la suerte que había corrido Salese, porque noté que aflojaba la mano. Tiré con fuerza. Finalmente me hice con el arma de luz azul; tenía dos dedos dislocados, pero el brigadier retrocedía.

—Has matado a Sal —dijo. Tenía la voz desgarrada. Con horror, vi que las lágrimas le resbalaban por la cara.

A los pies de Adela, el cadáver de Salese se desangraba sobre la arena, tiñéndola no de rojo, como hubiera esperado, sino de un color más cercano al negro.

El brigadier echó a correr. Levanté el arma de luz azul. Era muy parecida a una pistola, o a lo que una pistola podría soñar en convertirse. Reconocí, instintivamente, la mira y el gatillo. Así que disparé.

Hubo un breve parpadeo turquesa, y entonces el arma hizo exactamente el mismo ruido que hace una aspiradora cuando la desenchufas. Luego se apagó, providencialmente, porque mi cerebro se dio cuenta de lo que acababa de hacer y lo que pretendía y vomité.

Cuando volví a enderezarme, Adela me miró con lástima.

—Yo siempre vomitaba. Luego te acostumbras.

—¿Por qué has...?

—Los reflectores están diseñados para proteger a quien los lleva de las balas de plasma. No se diseñaron pensando en cuchillos metálicos.

Alargó la mano y, sin ceremonias, volvió a colocar en su sitio los dedos dislocados. Los pájaros cantaron ahogando mis gritos.

Volvimos andando hacia el escondite. Yo la miraba, y ella miraba el camino que teníamos por delante. Parecía como si le hubieran extirpado los órganos y los hubieran almacenado en frío; peor aún, como si eso hubiera pasado cuando ella creía que se dirigía a una fiesta de cumpleaños.

—Quieres preguntarme sobre el futuro —dijo por fin.

—Bueno. Sí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo es?

—Qué pregunta tan anodina. El Reino Unido está en guerra con los Territorios Tigre desde hace una década. Casi deportaron a Mai, justo al principio, pero el Ministerio intervino. Ahora está muerta. Mai y papá están muertos. ¿Quieres saber cómo murieron?

—No —contesté, sorprendida—. ¿Por qué me dices eso?

—Todavía lo estoy procesando. No fue hace tanto tiempo. Si te sirve de consuelo.

—Joder, por el amor de... ¿Qué son los Territorios Tigre?

—Un absurdo apodo mediático, no debería haberlo usado. Países donde solía haber tigres, más o menos. China, India, Tailandia, Camboya, Vietnam, Nepal. Un par más. Nos quieren derrocar. Estados Unidos y Brasil están de nuestro lado. Rusia está en plena guerra civil: empezaron a usar armas químicas a principios de la década de 2030 sin pensar en lo que les harían a los cultivos. Los tigres se han extinguido.

—¿Y de dónde dices que vienen el brigadier y Salese?

—De más adelante. Siglo XXIII. Creemos que hicieron la puerta del tiempo en ese siglo. Al parecer, el planeta no va por buen camino, desde el punto de vista climático, así que están tratando de cambiar la historia. Asesinatos selectivos, principalmente, recabar un poco de información. No creo que tengan recursos o infraestructura para mucho más. Se quedaron atascados aquí cuando incautamos la puerta.

Caminamos en silencio. Me había acalorado tanto y estaba tan llorosa que mi radio personal se había expandido varios centímetros de mi cuerpo.

—¿Por qué «Adela»? —le pregunté.

—Estaba empezando el libro de nombres de bebés, y tenía prisa —dijo.

—Ah. ¿De verdad perdiste el ojo en Beirut en 2006?

—No. Battambang, 2039.

—¿Y lo de… la cara?

Otro suspiro triste.

—Ah. Resulta que viajar en el tiempo tiene efectos secundarios. Incluso el cuerpo olvida tu «sincronía» y tu «diacronía», si lo haces con cierta frecuencia. Pensamos que sería una ventaja táctica, pero supongo que lo mismo dijeron de las armas químicas que destruyen las cosechas. Acertaste al suponer que mi cirugía era reconstructiva. Me atrevería a llamarla «de salvamento». Al no poder corregir el cambio del «síncrono» perdimos al agente Cardingham, allá en el 34. Pobre hombre. Nunca me cayó bien, pero ésa fue una forma terrible de morir.

—Y has dicho que. Bueno. ¿Tenemos… o tienes un hijo?

—Sí.

—¿Con…?

—Sí.

Nos incorporamos a la carretera. Los tacones de sus botas repicaban marcialmente sobre el asfalto. La sombría maleza se cernía a nuestro alrededor.

—Nos casamos poco después de que pasara todo esto la primera vez —dijo Adela—. Después de… los funerales. Fue… duro. Graham me puso el anillo de Arthur en el dedo. Eso fue… demasiado. Dejé de llevarlo. Creo que lo entendió, pero fue… difícil. Realmente pensé que podría evitarte todo eso, si esta vez encontraba al topo.

—¿Y qué hay de todo el rollo que soltaste de no cambiar la historia?

—La gente no es la historia —dijo Adela con desdén—. Ay, ¿por qué cuando era joven no escuché nada de lo que me decían? Mientras el Ministerio esté en el poder, la historia habrá sucedido tal como

nosotros decimos.

—¿Y tu, mmm, nuestro...?

—Arthur nació un año después. Ahora es un adolescente.

Eso me desconcertó. Cuando oí «mi hijo» me lo había imaginado en términos místicos: un niño de dos o tres años, con las mejillas sonrosadas y unos ojos curiosos, irradiando inocencia como una barra de plutonio. Saber que Arthur Gore era un adulto, con opiniones y pensamientos articulados, era desconcertante.

—¿Cómo es?

—Nos odia. Igual que cualquier adolescente. Es un mocoso deslenguado —añadió, y noté el orgullo en su voz—. Claro que no es fácil ser un adolescente del siglo XXI teniendo por padre a un patriarca victoriano.

—¿Él es un patriarca?

—No se le da tan mal como podría ser. Pero tiene unas expectativas muy altas y exige que se cumplan. Y espera que además obedezca de buena gana. El amor filial y todo eso. El honor. El mérito.

—O sea, él es una madre asiática.

—Ja. Sí.

Adela revisó el arma futurista, que me había quitado sin decir palabra.

—Echo de menos a Mai —dijo en voz baja—. Deberías pasar todo el tiempo que puedas con ella. Y con papá también.

—Lo haré. Mmm... ¿sabe tu marido que estás aquí?

—¿Quién crees que ordenó esta misión?

Me detuve en seco en la carretera. Adela se volvió hacia mí.

—Es por eso que el brigadier estaba aquí: por mí, y por él, para interceptar nuestras líneas temporales tan pronto como sea posible. Tengo entendido que, en su época, consideran que el Ministerio y el gobierno británico son culpables de la situación de su Gran Bretaña. Supongo que invertimos en armas y en fábricas que no eran lo que vosotros probablemente todavía llamáis «emisiones neutras de carbono». Un término adorable. Quedó desfasado... quedará. De todos modos, la situación era desesperada. No os falta mucho para la primera guerra por los recursos. O para la primera División Especial

de la Guardia Costera. Graham estuvo muy involucrado en eso. Al final llegó a capitán de fragata —añadió con una leve una sonrisa.

—¿Qué diablos es una División Especial de la Guardia Costera?

—Patrullas defensivas. Los migrantes, ya sabes. Llegaban en botes. Había demasiados. Empezaron a intentar entrar por la fuerza.

La miré fijamente. Se encogió de hombros, cansada, y continuó:

—Me preocupé cuando dijiste que no le habías contado a Graham lo del 11-S, porque en mi línea temporal fue eso lo que hizo que se enrolara inmediatamente en el Ministerio. Mercenarios entrenados atacando a civiles. La necesidad de tácticas de combate para evitar otro ataque. Nuevas cruzadas tras el desmoronamiento del Imperio. Y un largo etcétera. Tenías razón sobre cómo reaccionaría. Recuerdo que mencionó la expedición a Adén. Aunque estoy segura de que se negaría a calificarla de «racista», tú ya sabes que le da un sentido peculiar a esa palabra. En el Ministerio lo ascendieron rápidamente. Mucho más rápido de lo que te ascendieron a ti. Es bueno. Trabajó sobre el terreno varios años, pero llegó a los altos mandos por la vía rápida. Graham es… ¿cómo te lo diría? Sumamente superior.

—Pero ¿por qué te envió a ti?

—Insistí. Yo conocía esta misión mejor que nadie.

—Pero ¿por qué?

Me miró de arriba abajo. Se le ablandó un poco la expresión. No con la acostumbrada extrañeza. Creo que era nostalgia.

—Cuando tengas mi edad, te darás cuenta de lo verde que estás —me dijo—. Tenía que asegurarme de enderezar la situación para que todo siguiera su curso. La mayoría de las cosas no suceden. La mayor parte del universo es zona de aparcamiento.

—Pero…

—El mundo está en guerra. Nos estamos quedando sin nada, y todo el mundo cree que tiene derecho a arramblar con las migajas. Pero mientras exista el Ministerio, mientras llegue a existir en el papel que adoptó en mi época, contaremos con la ventaja tecnológica. Eso no es baladí, contar con armas que otros no tienen, con soldados que otros no tienen. Algunos países se quedan atrás, pero así es como funciona el progreso. Aunque tú nunca prestabas atención cuando se hablaba de

historia, ¿verdad?

—¿Mataste a Quentin? —pregunté.

Se llevó el pulgar a la boca y se mordió la uña.

—En realidad —dijo— lo matamos las dos. Puesto que tú eres yo.

—Pensé que había sido el brigadier. Alguien con mis credenciales de acceso apagó las cámaras de vigilancia…

—Has de saber que tenemos las mismas huellas dactilares.

—Ah. Cierto. Pero ¿por qué lo hiciste?

—Porque la última vez Quentin era el topo, y pensé que por su culpa habían… habían asesinado a Maggie y a Arthur. Pues él les pasaba información del Ministerio al brigadier y a Salese. Nos estaba puteando de lo lindo. No te puedes imaginar cómo es Gran Bretaña en mi época. Volver aquí fue un shock. Es todo tan decadente. Como entrar en Roma antes de que los bárbaros la saquearan. Creo recordar que cuando teníamos tu edad los *boomers* estaban obsesionados con el racionamiento de alimentos como ejercicio ideológico. Pues déjame decirte que nadie disfruta con el racionamiento de alimentos.

—¿No sabías que el Ministerio hizo matar a Maggie y Arthur?

—No. Ninguno de nosotros lo sabía. Bueno. Supongo. Graham es tan veterano ahora…

—¿Crees que lo sabe?

—Bueno, hubo un tiempo en que las cosas iban mal entre nosotros. Fueron varios años. Papá estaba muy enfermo, y Mai hacía lo que podía para cuidarlo, y Arthur tenía muchos problemas en la escuela, y los dos estábamos desbordados de trabajo… En fin. Nos… distanciamos. Supuse que tenía una aventura.

—¿No se lo preguntaste?

—Intentamos correr un tupido velo. Además, ¿desde cuándo Graham ha contestado a una pregunta directa?

Al pronunciar estas palabras se le tensó la voz, pero recuerdo que el cariño le iluminó la piel. «Sigo amándolo. A pesar de todo, al menos sigo amándolo», pensé.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

Adela pensó antes de contestar.

—No.

—Oh.

—Vivir en guerra no te hace feliz. Estar siempre triste no te hace feliz. Que tu hijo te desprecie no te hace feliz, joder. Matar a alguien para no perder tu sueldo no te hace feliz. Hablando de eso...

—¡No vas a matar a Graham!

—No, no voy a matarlo. Lo quiero.

—Yo...

—Apenas lo conoces. Pasarán dos años hasta que lo veas llorar.

—¿Llora?

Adela esbozó una sonrisa casi imperceptible y se sumió en un agitado ensimismamiento. Sentí que se alejaba del momento como la marea de la orilla; o sea, pude percibir cómo su atención se retiraba a algún «confín» remoto. Era escalofriante. Su «diácrono» actuando en contra de ella, supongo; o dos décadas de remordimientos acumulándose con tal fuerza que cambiaban la forma de sus pensamientos. Me pregunté qué se sentiría al darse cuenta de que la versión de la historia que había vivido durante años era una mentira. Debido a la decisión que tomó acto seguido, nunca llegué a experimentarlo.

—Ten —me dijo. Miré hacia abajo. Llevaba una tableta del tamaño de la palma de la mano con una tarjeta de memoria. Intenté cogerla con la mano que todavía me dolía. Negó con la cabeza y la cogí con la otra—. Las contraseñas del Ministerio —dijo—. Para este proyecto.

—¿Por qué me las das?

Se pasó la mano por el pelo rubio de bote y las raíces negras brillaron con un orgullo desvergonzado e imposible.

—Porque toda la vida he sido una mujer de compañía, y mira adónde me ha llevado eso. El Ministerio mandó matar a Arthur y a Maggie. Nadie me avisó. Él no me avisó. De haberlo sabido...

—Maggie sigue viva —le dije.

Otro origami de emoción le arrugó la cara.

—Ah, Maggie —murmuró.

—¿Puedes volver atrás de nuevo y salvar a Arthur?

Pensé que me soltaría otro «Eres boba, chica», pero Adela simplemente parecía triste.

—El tiempo —me dijo— es un recurso limitado. Como todos nuestros recursos. Sólo puedes experimentar tu vida una vez. Y se puede viajar en el tiempo, hasta cierto punto, aunque es como fumar: cuanto más fumas, mayor es el riesgo que corres de morir por los efectos secundarios. Y sí, se puede volver atrás y cambiar detalles, hasta cierto punto, pero la frecuencia tiene un límite. Cada vez que abres una nueva senda en el tiempo se desgasta un poco más, y si volvemos demasiado a menudo y ahondamos demasiado en el mismo lugar, una y otra vez, extrayendo historia de la misma veta de carbón, al final se desplomará. Nos engullirá, como un agujero negro. Hay que hacer las cosas bien.

—¿Y qué significa eso, por el amor de Dios? ¿En este contexto? ¿Adela?

—Debo ir a buscar a los expatriados supervivientes. Los pondré a salvo. Las brigadas especiales de Defensa están en camino, con escáneres térmicos y gafas de infrarrojos, porque los protocolos de emergencia son los que son, así que al menos puedo llegar antes y adelantarme a sus técnicas de rastreo. Pero tú irás al Ministerio, con esas contraseñas, y pondrás fin a este proyecto. Medio Control soy yo: todavía conservo esa autoridad. Si queremos hacer las cosas bien, debemos asegurarnos de que Control es todo mío, y para eso hay que borrar el proyecto.

—Si me voy ahora, Graham pensará que los he traicionado.

—Ya se lo explicaré. Los llevaré contigo, al piso franco, y desde ahí podremos planear los próximos movimientos. Confía en mí. Esta vez haremos las cosas bien.

Sonrió, de repente, y fue la primera vez que la vi sonreír de verdad. Entonces me vi reflejada en ella: su boca, sus mejillas, sus ojos.

—Él es maravilloso, ¿verdad? —dijo—. Había olvidado lo guapo que era cuando nos conocimos. Y lo feliz que era. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan feliz como aquel día en que coincidimos en la galería de tiro. Lo he echado tanto de menos... No te imaginas cuánto.

—Manos arriba, por favor —dijo una voz clara y serena.

Me di la vuelta. No había nadie a la vista. Una densa maleza esmeralda rodeaba la carretera. Podía estar escondido en cualquier

parte. Su voz llegaba con una sonoridad extraña.

—Despacio, gatita —dijo Graham, con la misma calma—. Vas a tener que dar algunas explicaciones. Señora, ponga las manos en alto. La tenemos en el punto de mira.

—Hizo oídos sordos, señor —oí gruñir a Cardingham—. Rechazó mi consejo y ahora ya ve cómo conspiran estas rameras. Se ha revolcado en la cama con la muerte.

—Cierra el pico, Thomas.

—Comandante Gore y teniente Cardingham —dijo Adela escudriñando los matorrales—. Tengan la seguridad de que no queremos hacerles ningún daño.

—Supongo que eso depende de lo que se entienda por daño —indicó Graham desde su escondite, en un tono de lo más cordial—. Tal vez no tengan intención de matarnos. Pero vigilar a un hombre, arrebatarle su libertad y usarlo como una herramienta… ¿no consideraría eso dañino?

Adela se inclinó hacia mí.

—Yo en tu lugar huiría antes de que lleguen las brigadas especiales —susurró—. La cosa se va a poner fea muy rápido.

Cuando vuelvo la vista atrás a ese momento, siempre me pregunto: ¿qué debería haber hecho? ¿Quedarme? ¿Discutir? ¿Suplicar? ¿Echar a correr hacia el sonido de su voz pidiendo compasión? ¿Habría cambiado algo?

Mientras corría, sonó un disparo. La bala pasó tan cerca que oí el silbido. Y pensé: «Ése no era Graham. No era Graham quien acaba de dispararme. No puede haber sido Graham. Porque si hubiera sido Graham, no habría fallado.»

X

Los individuos a quienes no puede sino considerar sus captores lo conducen por un pasillo. Ha averiguado, mediante delirantes ensayos de prueba y error, que los bultos bajo sus chaquetillas son armas. Han sido unas semanas difíciles.

—Estuviste en la Campaña de Descubrimiento, ¿verdad? —dijo uno de los asistentes de bata blanca—. Piensa en esto como una misión de descubrimiento.

Así, este nuevo mundo se le presenta como un trabajo que puede hacer bien o mal.

Al final del pasillo hay una puerta. Al otro lado de la puerta hay una habitación. En la habitación está el oficial que será su «puente» hacia el futuro.

Cuando entra, ve a un fantasmita que desliza los pies sobre la alfombra. Pelo negro. Piel morena, radiante y tersa. Unas pestañas negras y espesas. El indescriptible color de su boca. Ella lo mira. Él no puede mirarla a los ojos. Aparta la vista, sintiendo la

punzada del helor de la sangre en las muñecas. ¿La ven los demás? Todos están tan quietos que no puede saberlo. Quizá se le manifieste sólo a él.

Hay un hombre que, según cree, debe de ser el oficial, e intenta centrar la mirada en ese rostro. Pero el fantasmita da un paso al frente.

—¿Comandante Gore?

—Sí.

—Soy su puente.

Más adelante —y tendrá muchos días y semanas y meses por delante— verá que el parecido con la mujer inuit, que han alimentado la culpa y la fantasía, es mínimo. Su pelo es menos lustroso, su piel más pálida, sus rasgos más felinos. Los ojos tienen una forma distinta. Además, es varios centímetros más alta y más esbelta. Y sin embargo, sin embargo…

Los caminos de Dios, como había observado una vez el teniente Irving, no son nuestros caminos. Sus métodos pueden ser misteriosos. Sus intenciones, sin embargo, las graba en la carne.

Dios me entregó a ti, gatita. Es Su voluntad que yo sea tuyo. En Su infinita misericordia, me ha ofrecido la redención.

10

Corrí con todas mis fuerzas. Cuando me detuve, vi que tenía toda la ropa mojada y el sudor me envolvía como plástico barato. Apestaba y tenía sed. Todavía estaba en el puto Greenhithe y no me quedaba batería suficiente en el móvil para llamar a un Uber.

Tuve que coger un autobús, trenes varios, otro autobús y por último el metro para llegar al Ministerio. El día se abrió a mi alrededor. Avancé sorteando su yema rancia y amarillenta, sintiendo que la luz y el color me lastimaban los ojos. En una película de espías, esto se habría resuelto en el montaje. En cambio, yo no tuve más remedio que avanzar trastabillando hasta mi conclusión narrativa, paso a paso.

Subí por las escaleras mecánicas hasta el despacho de Adela. Aunque no llegué a entrar. Simellia me estaba esperando arriba.

—Dios mío. Simellia. Dios mío. Tienes que ayudarme. Arthur...

—Vamos —siseó.

La seguí obedientemente. Me vi reflejada en el cristal de las puertas mientras se abría paso por salas desconocidas, tecleando contraseñas desconocidas. Tenía el color de un polluelo recién salido del cascarón, y me sentía igual de fea. El pánico nunca me ha sentado bien.

Por fin Simellia pareció encontrar una habitación conveniente para hablar en privado.

—Joder —gemí dejándome caer en una silla—. Simellia. Arthur está muerto.

Rompí a llorar, abriendo las compuertas del llanto que se había acumulado en mis pulmones desde el día anterior. Estaba tan ocupada

sonándome los mocos y resoplando que tardé un minuto en limpiarme la cara con la manga y darme cuenta de que Simellia me apuntaba con una pistola.

—¿Es una pistola? —dije absurdamente.

—Sí.

—Ah.

Miré a mi alrededor. Estábamos en un cuartito precioso, con muebles de color crema y mostaza y lo que a mis ojos parecían paredes de hormigón armado, exquisitamente empapeladas. No había ventanas.

—¿Dónde estamos?

—En el vestíbulo.

—¿El...?

—Antes de la puerta del tiempo.

—Creía que a los puentes no nos permitían estar cerca de la puerta del tiempo.

—No se nos permite.

Pestañeé como si tuviera los párpados de goma.

—Oh, vaya. Tú eres el topo.

Simellia hizo una mueca.

—Sí.

—Dios mío.

El calor y la rabia me subieron por el pecho; enormes como un sol, se redujeron a una pelota de tenis al llegarme a la garganta, y salieron en forma de otro «Oh». Al final, conseguí articular un par de sílabas más:

—¿Por qué? —Como Simellia, que tenía la frente fruncida por el esfuerzo de no echarse a llorar también, no contestó, le dije—: Pero debías de saber lo que le pasaría a Arthur, ¿no es cierto?

—Me contaron lo que le pasará al África subsahariana.

—¿De qué estás hablando?

—Dentro de doscientos años. Se acabó. Sudamérica prácticamente desaparece también, excepto Brasil y sus satélites. La mitad de Gran Bretaña está bajo el agua. Europa lanza bombas sobre cualquier barco en el Mediterráneo procedente del norte de África. No hay refugiados.

Mueren allí o regresan y mueren de enfermedades, hambre y calor. Miles de millones mueren, miles de millones. Luego, cuando empieza a escasear el agua, viene la reacción en contra de las comunidades de inmigrantes. Salese me contó...

—¿Les creíste?

Simellia sonrió con tristeza.

—¿«Les creí»? —repitió como un eco—. ¿Tanto te has esforzado por ser una chica blanca que tienes que preguntarme si el racismo existe?

—Eso no es justo.

—¿Ah, no? ¿Sabes en lo que te has convertido?

—En una empleada del Ministerio. Igual que tú.

—Eres una asesina.

—Una funcionaria.

—Me enseñaron pruebas. De lo que hizo el Ministerio. Hace. Hará. En el futuro. En cuanto lo supe, no dudé en ayudarlos. Por supuesto que no quería que Arthur muriera, pero si hubiera intentado poner cualquier obstáculo al Ministerio, habrían sabido que era yo y me habrían detenido y me habrían hecho Dios sabe qué, y habrían encontrado a Salese y al brigadier y...

Se interrumpió, con los labios temblorosos. Miró hacia arriba un instante, pero evitar que cayera aquella lágrima hubiera sido como tratar de contener una catarata con una pala.

—Me estás apuntando con una pistola —dije cautelosamente—. ¿Por qué me has traído aquí? Si es para matar a Adela matándome a mí, no funcionará. Parece que hemos cambiado la historia. O los detalles, al menos.

—No voy a dispararte a menos que pretendas escapar. Sólo necesito tenerte en el punto de mira.

Cambió el peso de un pie al otro. Llevaba una falda de lino amarillo apagado cortado al bies que le caía con garbo por las pantorrillas. Su elegancia destacaba aún más en contraste con la torpeza con que empuñaba el arma.

—¿De verdad piensas esas cosas de mí? —pregunté al final.

—Creo que podría pasar.

Por encima de todas las emociones que sentía, con el arma

apuntándome y la vida deshilachándose en los bordes, estaba dolida. Miré a Simellia con cierto resquemor amargo, como si se lo sirviera en un plato con la cucharilla de postre. Soltó un fuerte bufido.

—Creo que piensas que estás haciendo lo correcto —dijo—. Siempre has sido muy prudente conmigo. Preocupada por lo que decías o por cómo me lo iba a tomar. Realmente creíste que tenías algo con Mil ochocientos cuarenta y siete, ¿verdad?

—Yo…

—Dejaste que se escaqueara una y otra vez. Te observé. Gore ha llegado a través del Imperio, pues creía en el Imperio. Y tú también. Leí tu expediente. Las cosas por las que pasó tu familia. Por eso te alistaste. Para ponerte detrás del matón más fuerte del patio.

—¿Sabes qué? —le dije—. Yo te apreciaba mucho, Simellia, de verdad.

—¿Sabes qué? No es cierto. Te gustaba y ni siquiera entendías por qué, taradita. Te preguntabas cuándo empezaríamos a competir. O cuándo yo te pondría a prueba. Nunca he querido ponerte a prueba.

—¿Qué querías?

—Quería no ver que te convertías en una fascista a cámara lenta.

Mientras hablábamos pensé en la instrucción del Ministerio. Concretamente en el entrenamiento con armas de fuego y defensa personal. Simellia se había formado en psiquiatría y psicopatología, no en operaciones sobre el terreno. Desde donde estaba sentada vi que no le había quitado el seguro al arma. Así que, en lugar de responderle, le di una patada en la rodilla tan fuerte que le crujió la rótula.

—¡Joder!

—Aaa…

—Dame…

—¡Suelta!

Al final de esta desgarbada escaramuza, yo sostenía su pistola y la mía, y me sangraba un poco la boca, y Simellia estaba sentada en el suelo sujetándose la pierna.

—Hija de puta —dijo, en un tono que parecía divertido y furioso a la vez—. ¿Ahora vas a matarme?

—No. Ya se encargará el Ministerio de eso, supongo. O de

despedirte.

—Ay, el Ministerio va a despedirme. Un destino peor que la muerte.

—¡Dios! ¿Puedes hacer el favor de...? Voy a zanjar esto, vale ya.

—Vamos camino de la destrucción climática total.

—Podemos evitarlo. Empiezo a sospechar que la historia cambia sin cesar. ¿Cómo puedo llegar a la puerta del tiempo? Pregunto como la persona que ahora tiene las armas.

Simellia se incorporó del suelo y caminó cojeando. Tocó un panel de la pared que a primera vista era igual que todos los demás paneles, y se encendió una pantalla. Tocó un teclado y se hizo a un lado.

—El brigadier está ahí dentro —dijo—. Así que yo que tú quitaría el seguro.

Solté una risita amarga. Me guardé su pistola en la funda y le tendí la mano. Probablemente por un momento pareció una alegoría de la Amistad, pero entonces le retorcí el brazo detrás de la espalda y le encajé la pistola entre los omoplatos. Segunda parte de un tríptico: la Amistad con Armas. Arthur, después de todo, había muerto bajo su custodia. Que también hubiera muerto bajo la mía era una idea que en realidad no quería contemplar.

—¿Vamos? —dije, y Simellia, que nunca se reía, se echó a reír.

En medio de la sala había un marco de metal. Tenía la altura y la forma de una puerta. Cuando lo vi, me desinflé: ¿de verdad había pasado por aquellas últimas veinticuatro horas de horror, caos y violencia para encontrarme con el típico cliché de una producción de bajo coste?

Luego me fijé en la máquina compacta, espantosa, que había al otro lado del marco.

Podría intentar describirla, pero las palabras se retuercen y se dispersan cuando trato de recrearla mentalmente. Tenía boca, creo. A su alrededor no había color. A su alrededor no había forma. La amenaza irradiaba de su caparazón, que parecía a la vez construido y surgido de la nada. Aunque no pretendo saber cómo funcionaba la puerta del tiempo, fui capaz de imaginar qué aspecto tendría cuando

estaba encendida. Aquel artefacto monstruoso regurgitaba el insondable cosmos desde sus entrañas hacia el exterior, y el marco de la puerta lo capturaba y lo canalizaba hacia un tiempo y un lugar concretos. La máquina disparaba el tiempo como un rifle dispara balas. No es de extrañar que, cuando la incautaron, pensaran que era un arma. No es de extrañar que, cada vez que se encendía, hubiera bajas. Debió de ser eso lo que Quentin había visto: no un arma pensada para empuñar, sino la propia puerta del tiempo, abriendo una senda en el tiempo a través del aire y los cuerpos de aquellos adolescentes.

—Una belleza, ¿eh? Nuestra obra maestra, hecha con nuestros últimos recursos.

El brigadier estaba agachado cerca de la puerta del tiempo, de la máquina en sí, no del marco. Y la estaba tocando, pero debido a la misma naturaleza de la puerta resultaba difícil comprender lo que estaba haciendo. El brigadier tenía muy mal aspecto. Diría que era la única persona que había visto en todo el día que estaba tan desmejorada como yo.

—Ahora me matarás —dijo, sin más.

—Mmm —murmuré, ya que un «no» parecía que podría restarme un poco de ventaja, pero un «sí» era una grosería—. ¿Qué pasa si te dejo volver a casa?

—A casa —repitió el brigadier en voz baja—. En mi época hablamos de «refugio». Por el «refugio subterráneo», que sé que en esta época imagináis como un lugar inhóspito, espartano, de los tiempos de la guerra. Pero —y aquí perdió su acento de la BBC, y sonó como Salese— es mejor estar en un refugio que al aire libre cuando el aire está lleno de toxinas. Si vuelvo al refugio, volveré a luchar.

—La atmósfera que rodea la región de Inglaterra donde viven está llena de residuos tóxicos procedentes de experimentos con armas químicas —dijo Simellia—. Autorizados por el Ministerio en el siglo XXII. Así que dice que seguirá luchando…

—Gracias. Ya lo había captado.

—La guerra no se detendrá —insistió Simellia, con la voz trémula. Luego tragó saliva—. La historia se repetirá, al pie de la letra. La

puerta significa que simplemente seguiremos yendo y viniendo, una y otra vez, una y otra vez, una y otra v…

La zarandeé y se calló. En mi defensa diré que la intención era buena. No me veía capaz de soportar que Simellia se derrumbara. Si aguzaba el oído, me llegaban los pasos sincronizados de botas con intenciones beligerantes. Llegaban los pesos pesados. O Adela había huido con los expatriados provocando una respuesta marcial, o la habían detenido y estaban a punto de detenerme a mí también. Lo averiguaría cuando llegaran. El brigadier levantó la vista.

—Mataste a Sal.

—No, Adela… Bueno. Sí. ¿Salese era tu…?

—Era mío. No usamos las palabras que vosotros usáis en esta época. Sal era mío y yo era de Sal, y no hay más.

—Lo… siento. Aunque tú también intentaste matarme.

—No sabes en quién te has convertido para nosotros. —Se levantó despacio. El ruido de las botas se aproximaba—. Al menos hemos visto Londres. Había leído mucho sobre esta ciudad. Adolescentes góticos en el mercado de Camden. Oficinistas descalzos en el césped de los parques. El Big Ben. Cuánta vida hay aquí.

—¿Por qué? ¿Cómo es Londres en tu época?

El brigadier se encogió de hombros. Fuera se oyeron gritos.

—Ha desaparecido —dijo.

El problema del poder privado y singular es que reduce el mundo a la punta de una flecha. Tu corazón late en el extremo, un único punto de referencia encapsulado y estanco. Si abandonas por un momento la trayectoria, si consideras por un instante la presión de un sinfín de fuerzas externas, la flecha irá más lenta, flaqueará, empezará a caer. Tu corazón acabará clavándose en la tierra. Si ejerces el poder en solitario, el único camino es hacia fuera y hacia delante, lejos del mundo terrenal de las preocupaciones compartidas.

Espero que me perdones, o que al menos me entiendas. La única que tenía un arma en aquella sala era yo. El brigadier estaba acabado, derrotado. Simellia también. Salvarlos nunca había sido mi deber. Si pensaba en Adela era sólo para recordar con qué afán hablaba de hacer las cosas bien, la pobre desgraciada. Y pensé en Graham. Pensé:

«Nunca voy a permitir que me lo quiten.» Mi amado objeto portátil. Como si sólo yo tuviera elección.

Así que vacié el cargador de la pistola en la máquina.

La habitación se inundó de luz roja. Una alarma rasgó el aire: *ee ee ee ee ee*. El suelo vibró de un modo infinitesimal e imaginé que las puertas blindadas del edificio se estaban cerrando de golpe y bloqueando todas las salidas. Alrededor de la puerta del tiempo había color y había forma, pero no eran colores o formas que yo reconociera. La visión de un color inusitado me aterrorizó. Solté la pistola.

—Dios santo —dije—. Hostia puta. ¿Y qué pasa ahora?

—¡¿No lo sabes?! —gritó Simellia, por encima del ruido.

—¡No! ¿La máquina va a matarnos?

—¡Y yo qué sé!

Tan bruscamente como había empezado todo, las alarmas, el clamor y las sacudidas cesaron. La máquina hizo un ruido similar a un eructo siniestro. El brigadier se puso a hurgar. Hubo una serie de pitidos perplejos, un estallido rojo. Vi una pantalla: un sistema operativo, supuse. Entonces al brigadier le ocurrió algo absolutamente espeluznante, una especie de implosión-explosión, un desgarro en el aire como si toda la habitación fuese un decorado al que hubieran clavado un cuchillo. Si un agujero negro pudiera estornudar, tal vez tendría ese aspecto. Entonces... algo... nimio y sin embargo plagado de estrellas... quedó suspendido en el aire. El brigadier se había esfumado.

Mientras contemplaba esa galaxia colgante y me preguntaba si volvía a estar enferma, Simellia se abalanzó sobre mí para arrebatarme la otra pistola de la funda.

Habían sido veinticuatro horas enervantes. Había dormido en un suelo de piedra con el corazón roto por la muerte de un amigo. Así que intento perdonarme por dejar que Simellia me arrebatara el arma sin más y me la pusiera en la sien. Los pesos pesados irrumpieron y se encontraron con una situación de toma de rehenes entre la maquinaria.

—¡O me dejáis salir de aquí o le pego un tiro! —bramó Simellia—.

¿Sabéis quién es? ¿Sabéis lo que puede pasar si muere? Porque yo no, pero soy la única que está tan desesperada como para querer averiguarlo.

—¿Qué? —gemí.

—Eres un duplicado único en el espacio-tiempo —siseó Simellia—. Seguro que tienen órdenes de protegerte a toda costa, para que la puerta del tiempo no sufra daños. Ahora cállate.

Alguien gritó desde detrás de una máscara: «Retiraos.» Los fusiles de asalto apuntaron al techo. Nos escabullimos hasta el vestíbulo por el pasillo. El aire estaba lleno de un humo irritante y, sin máscaras, nos costaba horrores respirar: reconocí la táctica de la instrucción básica. Fue el intento de fuga más chapucero, asfixiante y angustioso de la breve historia del Ministerio. Pero funcionó.

Simellia me soltó en un aparcamiento cerca del Ministerio, pero sin dejar de apuntarme con la pistola. Estaba temblando y la boca del cañón ondeaba en el aire como una abeja borracha.

—Ahora me voy —indicó.

—¿Adónde?

—No te lo voy a decir. Un poco de seriedad.

Escruté su cara, cenicienta y exhausta.

—No lo sabes, ¿verdad? —le dije—. Crees que puedes huir. ¿Adónde vas a huir, Simellia? ¿Adónde puedes ir sin que te encuentren? Y si no pueden encontrarte a ti, encontrarán a tu hermano. A tu hermana. Vamos, Simellia. Dame el arma. Iremos a buscar a Adela y...

Simellia negó con la cabeza, tenazmente.

—No —dijo—. Basta de concesiones. No voy a volver a formar parte de esto nunca más.

—¡Entonces ¿qué vas a hacer?! —grité exasperada—. ¿Quién crees que te ayudará ahora, excepto el Ministerio?

—Contaré la verdad sobre lo que ha pasado aquí. Habrá muchos más como yo. Tantos que no te lo vas a creer. Tu problema siempre ha sido que perdiste la fe en los demás.

—Simellia, sé sensata —le pedí, pero ella estaba retrocediendo en la penumbra, con la pistola en alto. El amarillo de su falda lamía la oscuridad.

—Vete a casa —me dijo—. Vete y ya está. Aquí terminamos tú y yo. Vete a casa.

Así que me fui.

Subí al metro. Tenía el pelo enmarañado, la ropa sucia y arrugada, apestaba a sudor, y ni siquiera era la persona con la pinta más rara del vagón.

Cuando llegué a casa, abrí la puerta, entré y me quité los zapatos. Respiraba como si hubiera olvidado cómo se hacía y me reiniciaba manualmente una y otra vez. Fui a la cocina a prepararme una taza de té, porque ¿por qué no prepararse una taza de té cuando llega el fin del mundo?

Graham estaba en la cocina.

Estaba sentado delante de la mesa y me apuntaba con una pistola.

—Oh —dije.

Lástima que aún no se me hubiera ocurrido otra respuesta, dada la frecuencia con la que la gente me encañonaba con un arma últimamente.

—Pon las manos donde pueda verlas.

—¿Qué estás haciendo?

—Cállate. ¿Te han seguido?

—No lo creo. Traté de destruir la puerta. Pensé que, si la destruía, acabaría de una vez esta pesadilla. Graham, ¿por qué me apuntas con un arma?

—Porque no me fío de ti.

Se levantó y me estremecí. No le temblaba el pulso en absoluto. Vi el destello del anillo de Arthur en su dedo. Ni siquiera parecía enfadado. Tan sólo estaba, fuera de toda duda, de toda explicación posible, amenazándome a punta de pistola. Había quitado el seguro, por supuesto.

—Si disparas a quemarropa, me matarás —le dije.

—Lo sé.

—Dios mío, ¿qué estás haciendo? Intenté ayudaros.

—Nos ocultaste cosas. Todos los planes del Ministerio. Adela me lo contó todo antes de morir.

—¿De morir?

—Supongo que eso fue lo que le pasó.

—No lo entiendo.

—Lo que tú entiendes o no entiendes me importa un bledo.

—¿Dónde está Maggie?

—A salvo.

—¿La puedo...?

—No. La mantengo a salvo de ti.

El pánico estalló y creció en mi pecho.

—Graham, yo... tienes que entender... sólo estaba haciendo mi trabajo...

—¿Cómo puedes pensar así?

—Tenía órdenes... pensé que podría arreglarlo —dije. O gimoteé, de hecho. Estaba descubriendo que cuando la muerte me acechaba me volvía una llorica.

—Tenías órdenes —repitió—. Qué fascinante que hayas nacido y te hayas criado en el siglo XXI y no oigas cómo suena lo que dices. Tanta ambición, tantas maniobras, y resulta que todo se reduce a «cumplir órdenes». Antes me parecías tan sutil, una estratega, una maga. Y pensar que era por pura cobardía. ¿Entiendes que Arthur está muerto por tu culpa?

—Escucha...

—Cállate. Adela dijo que tenías las contraseñas.

—Sí.

Señaló con la barbilla el portátil que había encima de la mesa. El mío, no el suyo. Me asaltó la dolorosa imagen de verlo sacándolo con cuidado de mi habitación, colocándolo en la mesa de la cocina, con la pistola sujeta en el cinturón.

—Quiero que lo borres todo —dijo.

—Lo haré, lo haré. Por favor, baja el arma.

—No. Siéntate.

Temblando, me dejé caer despacio sobre la silla.

—Graham, escucha, ¿Adela te contó quién era?

—Borra todo lo relacionado con este proyecto.

—Sí… mira… lo estoy borrando… pero… ¿sabes quién era ella? En el futuro, tú y yo…

—Nada de «tú y yo» —dijo de forma seca—. Existías tú, y un pasatiempo que tenías. Deja de hablar. Destruye todo rastro de este proyecto. O te juro por Dios que apretaré el gatillo y te enviaré junto a Arthur para que le pidas disculpas directamente en nombre del Ministerio.

Tecleé y vi cómo iban apareciendo los archivos, uno tras otro. Tenía la cara llena de sudor y lágrimas. Cambió de posición y la pistola me rozó el pelo, muy ligeramente. Grité aterrorizada. Con el rabillo del ojo vi que se crispaba. Me volví hacia él y, por un instante, nos sostuvimos la mirada. Le tembló la boca.

—Date prisa —susurró.

—Graham…

—¡Deja de repetir mi nombre!

Tecleé y cliqué temblando sin control. El dispositivo que Adela me había dado desencriptaba los códigos de acceso, pero estaba tan aterrorizada que seguía viendo cincos como si fueran sietes y estuve a punto de bloquear la clave. Durante unos segundos vi mis propios informes psicológicos —el equipo de Bienestar había hecho seguimiento de todos los puentes— y cuando me borré fue como una sentencia de muerte. En la pantalla seguía latiendo un verde enfermizo ochentero. Oía a Graham respirar agitadamente, intentando calmarse, como si soportara un dolor atroz.

—¡Ya está! ¡Ya está! Baja el arma y déjame…

—Me voy —dijo—. Me llevo a Maggie conmigo. No intentes seguirnos la pista. Sé que cuando me convertí en tu amante me usaste a tu antojo y ahora me desprecias, pero creo que Maggie aún te importa. Si la capturan, la matarán. Si de verdad la quieres, no los ayudes.

—¿Me amaste alguna vez? —pregunté, impotente.

—Quédate aquí. No me sigas —me dijo.

Salió de la cocina andando de espaldas, sin quitarme ojo. En el pasillo se dio la vuelta y se escabulló a toda prisa. Salió dando un portazo.

Permanecí inmóvil sentada a la mesa de la cocina. Encima del dintel había un reloj y vi cómo marcaba cinco minutos, diez minutos, quince minutos. Pasó media hora. Cuarenta y cinco minutos. Sólo cuando vi que la manecilla avanzaba implacablemente hasta el siguiente número tomé conciencia: se acabó. No habría un regreso dramático de película en horario de máxima audiencia, ni arrepentimientos ni besos de reconciliación. Se había ido.

Estaba todavía sentada a la mesa, mirando cómo la esfera del reloj se volvía borrosa mientras las lágrimas caían, cuando llegaron los agentes del Ministerio para arrestarme. Como en mi desconsuelo había tocado fondo, le dije al agente que me detenía: «Ah, hola», como si fuera el cartero. Me miró como si me hubiera quitado la careta que ocultaba a una malvada de Scooby Doo. Fue una expresión tan grotesca que, a mi pesar, me eché a reír.

Resultó que sorprendentemente muy poca gente sabía que la difunta Adela Gore venía del futuro. Revelar esa información al oficial equivocado en el interrogatorio hizo que me pusieran bajo arresto domiciliario en un nuevo piso franco. Pasé allí menos de una semana. No soy capaz de describir lo largo que se hace un día cuando crees que vas a tener que aguantarlo indefinidamente. Es una forma de tortura, ahora me doy cuenta. Retener a alguien en una jaula contra su voluntad viene a ser igual que agarrarlo del pelo y dirigir todos sus movimientos. Y yo había estado tan ocupada —como buena abeja obrera, como buena mula de carga— que mi familia y amigos no se extrañarían si no sabían nada de mí en seis días. Me había convertido en una isla solitaria, y ahora me hundía bajo las olas.

El sexto día llegó un coche para llevarme al Ministerio. Tenía las ventanillas ahumadas. Una mujer con un discreto bulto de pistola en

su traje pantalón agresivamente unicolor se sentó frente a mí durante el trayecto.

Me llevaron a la planta de Control, a una bonita sala luminosa y con cortinas de un verde vivo. El secretario estaba sentado tras el típico escritorio del malo de una película de espías. Me sirvió un whisky. Eran las tres de la tarde. Busqué en vano un gato blanco y peludo.

—Ay, ay, ay —murmuró el secretario, comprensivo.

Me llevé el whisky a los labios y dejé que me quemara la herida del tamaño de una uña que me había hecho con los dientes. Era el mismo whisky que bebía Graham —por supuesto, whisky que proporcionaba el Ministerio— y tenía un regusto a las conversaciones con él. Me entraron unas ganas locas de fumar un cigarrillo.

—Sabían que yo era Adela —dije mirando dentro del vaso.

—Lo sabíamos. Ella nos lo dijo.

—¿Cuándo?

—Mucho antes de que te unieras a nosotros. Incluso antes de que empezara el proyecto. Creo que fue un mes después de que incautáramos la puerta del tiempo. Ay, esa puerta endemoniada... No teníamos ni idea de cómo funcionaba. La llevamos a las instalaciones de armas experimentales que tienen en Defensa.

—¿El departamento de bolígrafos explosivos?

Me dedicó una sonrisa indulgente.

—La mayoría almacena armas químicas y biológicas —me explicó— y se dedica al desarrollo de programas informáticos maliciosos, pero a todos nos gusta el bueno de Bond, ¿no? En fin, una tarde, un técnico del laboratorio apareció gritando por el pasillo con las tripas colgando de los pantalones, pobre muchacho. Se había detenido en la línea del rayo justo en el momento que no debía. Y ella había cruzado.

—¿Ella?

—La mujer a quien conociste como Adela Gore.

Solté el vaso de whisky de golpe. El secretario tenía una pluma estilográfica con un tintero y un soporte de latón que cayeron al suelo.

—Antes de esto estuve en defensa —dijo recogiendo la pluma—. Consejo asesor de Westminster. Ella misma me eligió.

Vi cómo el vaso se rompía y salía despedido; unos fugaces fuegos

artificiales de ámbar y cristal junto al anaquel de los libros. Un par de segundos después me di cuenta de que había estampado el vaso contra la pared. El secretario no se inmutó y me sentí muy cansada de repente. Volví a sentarme, sin tener conciencia de que me había levantado.

—Así que cruzó —dije— y contó que venía del año 2040 o lo que fuera y que tenían que hacer que la historia sucediera, utilizando la puerta del tiempo. Elegir a ciertos expatriados de ciertas épocas para que pasaran ciertas cosas en el futuro, como si fuera pan comido. ¿Fue más o menos así?

—Tal cual.

—Entonces ¿por qué había que matarlos? ¿A Maggie y a Arthur?

El secretario abrió los brazos ampliamente hacia la ventana, en un gesto que abarcaba toda la ciudad.

—Querida mía —dijo—. Estoy seguro de que te has dado cuenta de lo valiosos que son los expatriados para nosotros. Pero sólo si se los puede instruir. Por desgracia, Mil seiscientos sesenta y cinco y Mil novecientos dieciséis contenían datos valiosos, pero como agentes habrían sido inútiles. No te sientas culpable, ni en el presente ni en el futuro. Adela Gore no lo sabía. Dirigió el proyecto de creación de futuro de forma competente, pero eso fue lo único que hizo. Nunca poseyó, por lo que sé, dotes de liderazgo ni estuvo en la toma de decisiones, aunque sobre el terreno fue una agente de indudable eficiencia. Y tú, me temo, ni siquiera eres Adela Gore. Has fracasado, en todas las permutaciones, en el intento de alcanzarla. Lo cual me lleva a abordar el asunto para el que he pedido que te traigan hoy.

Sentí que se me abrían dos círculos fríos en las palmas de las manos.

—La indemnización por despido —dijo.

—Igual que «despidieron» a Maggie y Arthur.

Me miró perplejo y me acercó un papel mecanografiado. En la parte superior había una cifra asombrosamente grande, coronada por el símbolo de una libra esterlina.

—Un momento. ¿De verdad me van a echar?

—Los expatriados están muertos, desaparecidos o bajo custodia. No sé en quién te convertirás en un futuro, pero no parece que vayas a ser

la señora de Graham Gore, agente del Ministerio. En cualquier caso, debido a tu relación particular con la puerta del tiempo, es prudente dejarte en paz. Por ahora.

Levanté la muñeca en un acto reflejo. Tenía tantas ganas de morderme las uñas como de fumar un cigarrillo. Me senté, tan sutilmente como pude, encima de la mano.

—Entonces. ¿No van a matarme?

El secretario suspiró.

—Ven conmigo —dijo.

Me condujo a la pared más alejada (era una oficina tan grande que puedo describir una de las paredes como «alejada»). Un panel de madera emitió un pitido muy poco propio de la madera y se abrió de par en par. En ese momento ya nada me sorprendía. Fui tras él por un corredor reforzado de acero y cristal, pasando junto a varios guardias armados y diversas alarmas. Al final llegamos a una sala enorme, austera, como un laboratorio desvalijado recientemente. En el centro, sobre una mesa de autopsias, estaba...

—Ésa era Adela Gore —anunció el secretario—. Creemos que ocurrió cuando Simellia intentó sabotear la puerta. Los hombres que estaban allí me han dicho que fue como si explotara, pero a la inversa, y con luz en lugar de vísceras. Sin embargo, su tránsito a... lo que quiera que esto sea... funcionó como distracción, y permitió huir a Mil ochocientos cuarenta y siete, Mil seiscientos sesenta y cinco y Mil seiscientos cuarenta y cinco.

—Sí, eso es lo que le pasó al brigadier también... —dije despacio. Había algunas trampas ocultas en la conversación que tendría que sortear—. Entonces ¿Simellia destruyó la puerta?

El secretario me miró atentamente.

—Creo que lo intentó. Las brigadas especiales encontraron balas procedentes de un arma de fuego del Ministerio incrustadas en el suelo y la pared, y parece que ha huido con otra.

Aguardó a ver qué le decía yo. Y yo seguí echando balones fuera.

—Sí... —añadí—. Es verdad que tenía un arma. ¿Qué quiere decir con que «intentó» destruir la puerta?

—Es una máquina extraordinaria. Capaz de perforar el tejido mismo

del espacio-tiempo. No creo que pueda destruirla algo tan prosaico como un arma de fuego. Está… dañada. No estoy autorizado a revelar nada más. Te aconsejo que no sigas por ahí, no sea que empiece a hacer preguntas.

—¿Y todos los expatriados están en paradero desconocido? —dije rápidamente para cambiar de tema.

—Gore y Kemble sí. A Cardingham lo encontraron y lo detuvieron. Está cooperando. Tengo entendido que siempre ha cooperado con nosotros, sea cual sea la línea temporal.

—Simellia —dije de golpe.

—Ya sabes lo que le espera cuando la encontremos —señaló, con cierta delicadeza.

—Dios mío. Usted no puede…

—Sí que puedo. Es más, debo. A menudo oigo hablar de «solidaridad» a gente como vosotras. Una palabra que describe la unidad de un grupo con un interés común. Un grupo que se protege de peligros externos que amenacen su seguridad. Estoy describiendo a los ciudadanos, y a un país. ¿Lo ves?

Todavía tenía en la mano mi hoja de despido y empecé a retorcerla hasta convertirla en un cucurucho empapado de sudor. Por cierto, aún pienso a menudo en ese discursito. Pienso en lo mucho que Simellia se habría indignado con la expresión «gente como vosotras», metiéndonos a las dos en el mismo saco, rozando la ofensa.

—Es usted un hombre perverso.

—Me alegro de que te permitas el lujo de pensar así. Significa que tu vida es tan segura que te complace jugar con la idea de moralidad individual. Los individuos no son importantes. Un país sí.

Me quedé mirando la caja con la galaxia pintada que había sobre la mesa, o mejor dicho, que flotaba ligeramente por encima de ella. No parecía tener todos los planos en las dimensiones que yo estaba acostumbrada a ver e hizo que me lloraran los ojos. Me pregunté si yo había matado a Adela o si su línea temporal simplemente había dejado de existir.

Imaginé a Graham en algún lugar del futuro, esperando a que su mujer volviera a casa, hundiéndose en la pesadumbre a medida que

pasaban los años; un adolescente que se hacía hombre y lamentaba no haber abrazado a su madre más a menudo. Aunque quizá a ellos también los había destruido, borrándoles su línea temporal. Mi hijo, a quien nunca llegué a conocer, vencido por la atrofia antes de existir.

—Como no sabemos qué le pasó —dijo el secretario mirándola—, debemos asegurarnos de que no te pase nada, porque ella era una versión de ti y quién sabe qué efecto podrías causar en el futuro. Tienes mucho potencial. Y eso es estupendo, ¿no? Pero si vuelves a acercarte a menos de ciento cincuenta metros de este edificio, recuerda que el personal de seguridad tiene órdenes de abrir fuego.

Me quedé sin trabajo, me quedé sin casa. Conseguí que el Departamento de Reclamaciones del Ministerio recuperara la mayoría de mis pertenencias, pero durante semanas no dejaba de descubrir que me faltaba un cinturón, un vestido, un recuerdo que debía de haberse perdido en la rápida evacuación de la casa que se hizo por orden del Ministerio. Me faltaban la mitad de los libros, entre ellos *Animal acorralado*. La bolsa galliforme me llegó tan deformada que era irreconocible. Lo más frustrante fue que me devolvieron mis aparatos electrónicos, pero sin cargadores. Me lo tomé como la última putada que me hacían.

Se quedaron con todas las cosas de Graham. Técnicamente todas sus pertenencias las había pagado el Ministerio, y por tanto eran propiedad del Ministerio, pero me hubiera gustado conservar algún recuerdo.

Me confiscaron el portátil y el teléfono del trabajo. Como nunca usaba mi teléfono personal —un modelo antiguo con media pantalla— para hacer fotos, tampoco tenía fotos suyas. Tan sólo me quedaban las reproducciones de internet del daguerrotipo de 1845, igual que antes de que él entrara en mi vida. Me ponía el collar galliforme y lo calentaba entre las yemas de los dedos intentando recordar sus manos. Pero la imagen se desvanecía. Una mañana me desperté y descubrí que ya no recordaba exactamente de qué color eran sus ojos.

Dejé la ciudad y me fui a vivir de nuevo a casa de mis padres. La

versión pactada con el Ministerio era que me habían despedido al reestructurar el Departamento de Idiomas, y eso fue lo que les conté a mis padres: el puño del Ministerio metido en el recto, accionando mi mandíbula.

Volver a casa era doloroso. Allí estaban mis padres, los autores de mi sangre y mis neurosis, y eran gente del montón. Personas increíblemente corrientes, sobre las que nadie escribe las novelas. Pensé en los tratos que yo había hecho con el poder, por el poder, a cambio de entregar mi vida personal a precio de saldo, cuando en realidad lo único que ellos querían era que fuera feliz y tuviera un trabajo decente.

Mi padre me aseguró que la indemnización que me habían dado por el «despido» era muy buena e intentó contagiarme su visión positiva; mi madre se tomó mis apuros como algo personal y prometió echar «una maldición» —no especificada— a mi antiguo jefe. En su vida había mostrado un apego por los maleficios o los conjuros mágicos, pero daba gusto verla con energía. Y yo, básicamente, me derrumbé. Volví a ser una cría, reducida a una triste insignificancia frente a la impasibilidad del mundo adulto. Graham se había ido, llevándose a la mujer en la que habría podido convertirme a su lado.

Me pasé varias semanas llorando, o sin llorar cuando era tal la sensación de vacío que ni siquiera podía invocar las lágrimas. Podía estar subiendo las escaleras y, de repente, sentirme tan desbordada por ese vacío que tenía que sentarme y quedarme una hora apoyada contra la pared. Podía estar fregando los platos y de pronto me perdía por completo en ese vacío, con las manos en el agua hasta que se enfriaba y las palmas se me ponían pálidas y arrugadas como la nata de la leche.

Un día leí el cuaderno de Arthur, que el Ministerio había pasado por alto quitarme, probablemente porque Arthur nunca había sido una amenaza, y menos aún muerto. Decir «un día» es un poco forzado: eran las tres y media de la madrugada, una hora en la que para mí era normal estar despierta en aquella época. La mayor parte del cuaderno

eran listas de preguntas:

¿Qué es una RPV? ¿Quién es Mussolini? Swinging Sixties: ¿significado? Brigada de Corrección Política: ¿quiénes son y dónde tienen su base?

Al pasar la página estaban las respuestas garabateadas. Supuse que Arthur y Simellia mantenía reuniones periódicas para repasar estratégicamente las preguntas. Nunca lo hice con Graham. Fui, en muchos sentidos, un mal puente.

Había otros dos tipos de escritos en el cuaderno, y casi los confundí entre sí. Uno eran anotaciones apresuradas de letras de canciones. A Arthur, a diferencia de Graham, parecía gustarle la música moderna, e intentaba seguir la pista de lo que escuchaba. El otro eran poesías.

Sus poesías eran terribles, y supongo que debía de darse cuenta —nunca podría haber sido Rupert Brooke o Siegfried Sassoon—, pero no podía evitar escribirlas. Había algo imposiblemente noble en ese empeño, artúrico en esencia. Leí uno de sus poemas y lo oí en su voz. La herida que tenía en mi interior seguía deshaciendo sus propias suturas. Los echaba mucho de menos a todos. Ahora que se habían ido, sentía que los conocía mejor que cuando estaban conmigo. Para mí Graham era un vástago del Imperio, y yo para él una inconformista radical por el mero hecho de existir. Si nos hubiéramos visto con más claridad...

Salí al jardín y me detuve en el césped inmaculado de mis padres. En el cielo, como los símbolos de las banderas de señales, estaban las estrellas. Maggie vio esas mismas estrellas, y Arthur, y Graham también. Pero las estrellas no son eternas. La mayoría estaban ya muertas, y lo que veía ahora eran fantasmas. En algún momento del futuro de nuestro planeta, el firmamento será distinto. Tal vez para entonces no quede nadie, si el mundo que describía el brigadier era cierto. Estas estrellas eran un bello regalo pasajero de nuestra época: la época que compartíamos todos, la era de la humanidad. Algún día me moriría, como todo el mundo, así que más me valía aprovechar la vida.

A la mañana siguiente me levanté de la cama de un salto para ir a desayunar, animada tras cuatro horas de sueño. Les pregunté a mis

padres si les apetecía dar un paseo por el bosque, ya que hacía buen tiempo. Vi sus caras de alivio. Recordé el ruego de Adela:

«Deberías pasar todo el tiempo que puedas con ellos.» Intenté recordar quién era yo antes de que él llegara a mi vida.

La primavera dio paso al verano. El verano estalló y se asentó. Mi hermana me consiguió un trabajo de correctora externa, de manera que empecé a recibir de nuevo correos electrónicos, pero al menos no tenía que matar a nadie ni espiar a mis amigos. Había dejado de llorar todos los días, aunque aún me daba la llorera de vez en cuando. Seguía viviendo con mis padres, aunque estaba pensando en volver a Londres. El dinero que el Ministerio me había pagado por mi silencio acumulaba polvo en la cuenta del banco. Era más pasta contante y sonante de la que jamás había tenido y no quería tocarla.

Una tarde, mientras esquivaba correos electrónicos en el antiguo dormitorio de mi hermana, ahora convertido en mi despacho, mi padre me llamó para que bajara.

—Te ha llegado un paquete un poco peculiar.

—¿Ah, sí?

—Lleva en correos un par de semanas. Estaban intentando averiguar cómo dar con nuestra casa. Aunque va a tu nombre.

—¿Cómo pueden haber pasado por alto la casa? Tiene el número en la entrada.

—Bueno. Compruébalo tú misma.

Me entregó un pequeño paquete. Inmediatamente sentí como si el suelo se agrietara bajo mis pies. En la esquina tenía un sello de Estados Unidos, pero el resto del paquete estaba cubierto con la lánguida letra cursiva de Graham. No había dirección. En cambio, había escrito una descripción aproximada de dónde creía que estaba la casa y qué aspecto tenía, basándose en mis historias de infancia, y encima de todo había escrito mi nombre.

Abrí el paquete. Dentro estaba mi ejemplar perdido de *Animal acorralado*.

Había algo metido entre las páginas. Abrí el libro y saqué una

fotografía. En primer plano se veían unos abetos, de un verde esmeralda reluciente, y tierra silvestre y pisoteada. Me pareció distinguir un lago al fondo, centelleando con un brillo prometedor. Era un paisaje anónimo en su belleza.

En el margen izquierdo de la fotografía se veía un destello difuso. Ladeándola, entorné los ojos y me acerqué intentando adivinar qué era. Había unos mechones dorados al viento, de un intenso tono cobrizo, ligeros como telarañas. Pelo. Con una rodaja vertical fucsia. Estaba mirando una larga melena rubia fresa y el borde de un brazo con una chaqueta rosa chicle, tan lejos del objetivo como para que otra persona hubiera hecho la foto. Así que era una foto en la que aparecían dos personas: una justo fuera de campo y otra detrás de la cámara. Estaban vivos.

Iba a meter de nuevo la fotografía en el libro cuando advertí que había una página marcada con un pasaje subrayado.

Leí:

> Supongo que ella sabía que en capacidad emotiva y en inteligencia éramos idénticos. Las emociones gobernaban su cerebro, aunque defendiera sus emociones con una lógica aplastante; la lógica no tenía nada que ver con su fervor. Yo jamás hubiese sospechado que lo mismo me sucede a mí y, sin embargo, es cierto. Nunca he sido partidista, nunca me he inclinado decisivamente por un lado o por otro de la balanza, ni me doy cuenta de los contratiempos, por más graves que sean, hasta que ya ha pasado la ocasión. No obstante, me empujan las emociones, aunque las domino cuando empiezan a brotar.

Al final de la página había otra nota, escrita con la misma caligrafía desmañada con la que había firmado la nota del túmulo en 1847. Decía:



—Cariño, ¿estás bien? —me dijo mi padre. Parecía desconcertado. A saber qué viaje facial acababa de presenciar.

—Ah. Sí. Papá, ¿sabes qué árboles son éstos?

—¿Abetos de Sitka, tal vez?

—¿Dónde los encontrarías?

—En la costa oeste de América. Probablemente la foto esté tomada en Alaska.

—¿Cuál es la ciudad más grande de Alaska?

—Anchorage —contestó mi padre en el acto. Me di cuenta de que se alegraba de que me interesara por sus conocimientos de barra de bar y también de que no estuviera llorando en el sofá—. ¿Tienes unos amigos por allá?

—Sí —contesté abstraída.

Pensaba en el colchón de dinero intacto, en los correos electrónicos que no tenía ganas de contestar. Pensaba en el paradero aproximado que podría identificar a partir de una sola fotografía, si era meticulosa.

—Sí —dije, un poco más claramente—. Hace más de un año que no tengo vacaciones. A lo mejor me voy de viaje.

Así es como cambias la historia.

Por lo que tú sabes —o por lo que el tú que soy yo sabe— el portal del tiempo está roto. Tal vez nunca recibas este documento, que te cuenta en qué te convertirás si sigues esta versión de ti misma. Si por casualidad llega a caer en tus manos, quiero que sepas cómo sucede todo, paso a paso, para que puedas cambiarlo. Yo existo al principio y al final de este relato, lo cual es una especie de viaje en el tiempo, pero espero que encuentres la forma de contenerme. Sé cuánto has deseado que tu futuro se incline a acariciarte la cara y te susurre: «No te preocupes, todo se arreglará.» La verdad es que nunca se arreglará si sigues cometiendo los mismos errores. Puede ir a mejor, pero para eso debes permitirte imaginar un mundo en el que tú seas mejor.

No quiero parecer pesimista. Es sólo que ahora veo qué equivocadas fueron las decisiones que tomé. No hagas lo mismo. No entres creyendo que eres un nodo de un proyecto grandioso, que tu pasado y

tu trauma definirán tu futuro, que los individuos no importan. Amarlo fue lo más radical que hice jamás, y ni siquiera fui la primera persona en esta historia que hizo lo mismo. Pero puedes enderezar las cosas, si lo intentas. Tendrás esperanza, y ya te han perdonado.

El perdón, que te devuelve a la persona que eras para empezar de nuevo. La esperanza, que existe en un futuro en el que tienes otra oportunidad. El perdón y la esperanza son milagros. Te permiten cambiar tu propia vida. Son viajes en el tiempo.



Nota de la autora

El 19 de mayo de 1845, dos barcos de la Marina Real Británica, el HMS *Erebus* y el HMS *Terror*, zarparon del puerto de Greenhithe, en Kent, en busca del paso del Noroeste, (entonces) una ruta hipotética a través del Ártico de América del Norte que conectaría el Reino Unido con los reinos comerciales de Asia. A finales de julio de 1845, dos balleneros avistaron el *Erebus* y el *Terror* en la bahía de Baffin, frente a la costa occidental de Groenlandia, esperando a que mejoraran las condiciones climáticas para adentrarse en el laberinto ártico. La expedición no volvió a ser vista por embarcaciones europeas. Tras siete años de búsqueda, el 1 de marzo de 1854 se dio oficialmente por perdida la expedición y por muertos a todos sus miembros. No fue hasta 1859 que William Hobson, teniente en una de las muchas misiones de rescate que trataron de dar con su paradero, encontró en un túmulo de piedras la nota de cabo Victoria, cuyo texto se reproduce en el capítulo nueve de esta novela.

Al mando de la expedición había estado sir John Franklin, veterano explorador del Ártico, conocido como «el hombre que se comió sus botas» tras la desastrosa, letal y posiblemente caníbal expedición Coppermine de 1819. El capitán del *Terror* era Francis Crozier, marino y científico de dotes excepcionales que había participado en cinco expediciones anteriores al Ártico y la Antártida; el *Erebus*, el buque insignia, iba capitaneado por James Fitzjames, un hombre carismático y ambicioso sin experiencia polar alguna. El segundo oficial a las órdenes de Fitzjames en el *Erebus* era el teniente primero Graham Gore, uno de los seis oficiales de la expedición con experiencia previa en el Ártico.

Se conserva muy poco material sobre Graham Gore. No tenemos ningún registro de su nacimiento, ni de su testamento, ni de las cartas que escribió en el transcurso de la expedición. Contamos con su hoja de servicios, pero apenas ha quedado información sobre su experiencia personal a lo largo de su carrera. Su padre, John Gore, era el capitán del HMS *Dotterel,* y en 1820 inscribió a Graham a los once años como «joven voluntario» en la tripulación del barco, por lo que sabemos que debía de tener unos treinta y cinco años cuando zarpó con la expedición Franklin. El perfil más perdurable que nos ha llegado es el que trazó James Fitzjames en una carta a su cuñada, Elizabeth Coningham:

> *Graham Gore, el teniente primero, un hombre con mucho aplomo, muy buen oficial y de lo más encantador, no es un caballero tan mundano como Fairholme o Des Voeux, sino más del estilo de Le Viscomte [sic], aunque sin su timidez. Toca la flauta travesera tremendamente bien, a veces dibuja de maravilla y otras veces de pena, pero en conjunto es un tipo excelente.*

Aun siendo uno de esos personajes que aparecen en las notas a pie de página, es posible deducir ciertos datos acerca de Gore. Fue un oficial que gozaba de popularidad y aprecio; trabajó ininterrumpidamente desde el principio de su carrera, algo poco común para un oficial de la Marina Real en tiempos de paz, y muchos de los hombres que sirvieron con él destacaron su amabilidad. Tocaba la flauta travesera y le gustaba dibujar (contribuyó con varias ilustraciones a la obra de John Lort Stokes *Discoveries in Australia*, después de servir como teniente primero de Stokes a bordo del HMS *Beagle*). Era un magnífico cazador, y a menudo aparece en cartas y memorias ajenas disparando a cualquier cosa que se le pusiera a tiro (caribúes, focas, conejos, cacatúas, garcetas, de todo: donde ponía el ojo, ponía la bala). Y, a juzgar por el único daguerrotipo que se conserva de él, era un hombre muy atractivo.

Extrapolé muchos rasgos de Gore para esta novela. Fitzjames menciona que lo vio pescando por la borda del *Erebus* con un puro en

la boca: convertí a Gore en un fumador empedernido. Stokes recuerda a Gore comentando impasible: «Maté al pájaro…», después de que le estallara una escopeta en las manos con tal fuerza que lo tumbó de espaldas: doté su personalidad de un temple y un buen talante fuera de serie. Deduje que, con tanta práctica, debía de tener buena puntería. En las únicas cartas que se conservan de Gore, digitalizadas por el sitio web de Arctonauts.com, aparece como un hombre divertido y seguro de sí mismo, que hablaba así de su carrera en la Marina:

> *pero (por iluso que pueda ser) siempre he tenido el presentimiento de que algún día, tanto si me gusta como si no, llegaré a lo más alto del escalafón*

Así que lo puse, en una versión de su futuro, en lo más alto del Ministerio. Tanto si le gustaba como si no.

La primera versión de esta historia se escribió para divertir a unos amigos. Nunca me propuse que tuviera más de media docena de lectores. Sin embargo, me alegro de que *Un puente sobre el tiempo* surgiera de aquel proyecto. En todo caso, me ha enseñado que leer las notas a pie de página siempre merece la pena.

Agradecimientos

Ha hecho falta toda una sala de oficiales para botar este navío. Gracias a Federico Andornino y Margo Shickmanter, mis brillantes editores, que le dieron chispa, fuerza y precisión al texto: la novela es más bonita de lo que era gracias a ellos. Gracias a Chris Wellbelove, mi agente, por la fe que puso en mí y por la claridad con la que vio la historia; tanto él como su ayudante, la maravillosa Emily Fish, leyeron y releyeron y re-releyeron *Un puente sobre el tiempo* y aun así nunca perdieron de vista el corazón del libro.

Gracias a Lisa Baker, Laura Otal, Anna Hall, Lesley Thorne y a todo el equipo de Aitken Alexander Associates, que han encontrado tantos nuevos puertos para *Un puente sobre el tiempo*: trabajar con vosotras ha sido un sueño. Gracias también al equipo de Sceptre: Maria Garbutt-Lucero (mi heroína), Holly Knox, Kimberley Nyamhondera, Alice Morley, Melissa Grierson, Helen Parham, Alasdair Oliver, Vicky Palmer y Claudette Morris; y al equipo de Avid Reader Press: Alexandra Primiani, Katherine Hernandez, Meredith Vilarello, Caroline McGregor, Katya Buresh, Alison Forner, Clay Smith, Sydney Newman, Jessica Chin, Allison Green, Amy Guay y Jofie Ferrari-Adler.

Gracias a Anne Meadows, cuyos generosos comentarios y afectuosos mensajes de ánimo en un momento crucial de la primera reescritura cambiaron este libro para mejor.

Me siento en deuda, y agradecida, por todas las amistades que hice cuando empecé a interesarme por la suerte de unos muchachos que hace mucho tiempo murieron en las regiones polares. Gracias en especial a los amigos que leyeron sobre la marcha la primera versión

de *Un puente sobre el tiempo*, sin los cuales el libro nunca habría existido: Isaac Fellman, Lucy Irvine, VP James, Theodora Loos, Kit Mitchell, Waverley SM, Allegra Rosenberg, Sydni Zastre, Arielle, Berry, Ireny, Jess, Kate, Leo y Rebecca. También estoy profundamente agradecida por haber visto la serie de televisión de AMC *The Terror*, creada por David Kajganich, sin la cual nunca habría conocido a Graham Gore.

A mi amiga Rach, admiradora de Wilfred Owen, se le ocurrió la idea del teniente Owen de Arthur y la procedencia del sello. Dejamos a vuestra imaginación decidir en qué felices circunstancias pudo entregarse aquel anillo.

En este libro hay un ingente trasfondo de documentación. Quiero dar las gracias especialmente a Edmund Wuyts, de Arctonauts.com, que me ofreció un material inestimable en todo lo relacionado con Graham Gore; y a Russell Potter, en cuyo blog *Visions of the North* descubrí, entre otras cosas, que Gore estaba casi con toda seguridad detrás de que el cronómetro marino Arnold 294 (visto por última vez en el *Beagle*, en Australia) figurara como «Perdido en las regiones árticas con *Erebus*». Le he dado a esta discrepancia un cariz más nefando del que quizá tuvo; lo siento, Graham.

En el capítulo final de este libro, cito *Rogue Male* (1939), de Geoffrey Household. Mi edición (y, por tanto, la de Graham) es la reedición de 2007 de la New York Review of Books (hay traducción española: *Animal acorralado*, Alfaguara, Barcelona, 2009).

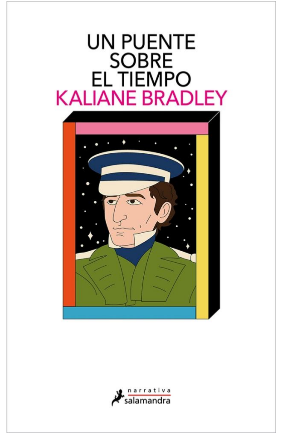
Para dar forma a los pasajes árticos, me basé en *Frozen in Time: The Fate of the Franklin Expedition*, de Owen Beattie y John Geiger; *I May Be Some Time: Ice and the English Imagination*, de Francis Spufford; *May We Be Spared to Meet on Earth: Letters of the Lost Franklin Arctic Expedition*, editado por Russell Potter, Regina Koellner, Peter Carney y Mary Williamson; *Discovering the North-West Passage: The Four-Year Arctic Odyssey of H. M. S. Investigator and the McClure Expedition*, de Glenn M. Stein; la traducción de L. H. Neatby de *Frozen Ships: The Arctic Diary of Johann Miertsching 1850-1854*; *Narrative of an Expedition in H. M. S. Terror: Undertaken with a View to Geographical Discovery on the Arctic Shores, in the Year 1836-1837*, de sir George Back; los diarios

árticos inéditos de sir Robert John Le Mesurier McClure, que se conservan en la Real Sociedad Geográfica de Londres; y los conocimientos de mis amigos expertos en exploraciones polares. Cualquier imprecisión o pifia que se encuentre en *Un puente sobre el tiempo* es responsabilidad mía.

Gracias a mi familia: a mis padres, Rany y Paul, y a mis hermanos Brigitte, Pauline y David, por su amor y su apoyo inquebrantable. Gracias a Becky, Narayani y Anna por su aliento y su cariño, y por dejarme hablar durante horas sobre un tipo muerto hace siglos.

Gracias, por encima de todo, a Sam. Sin ti esta felicidad no tendría ningún sentido. Gracias por creer en mí desde el principio.

Una comedia romántica combinada con viajes en el tiempo, un *thriller* de espías y una ingeniosa exploración de la naturaleza del poder y el potencial del amor para cambiarlo todo: ¡Bienvenidos a *Un puente sobre el tiempo*, la estimulante primera novela de Kaliane Bradley!



En un futuro próximo, a una funcionaria le ofrecen el sueldo de sus sueños y, poco después, le comunican en qué proyecto trabajará: un ministerio de reciente creación está reuniendo a «expatriados» de toda la historia para determinar si viajar en el tiempo es factible.

A ella se le encarga trabajar como «puente»: vivir con, ayudar y supervisar al expatriado conocido como «1847» o comandante Graham Gore. En lo que respecta a la historia, el comandante Gore murió en la condenada expedición de Sir John Franklin al Ártico en 1845, por lo que está un poco desorientado al vivir con una mujer soltera que muestra regularmente sus pantorrillas, rodeado de conceptos extravagantes como «lavadora», «Spotify» o «el colapso del Imperio Británico». Pero con un apetito por descubrir, un hábito de fumar siete cigarrillos al día y el apoyo de un encantador y caótico elenco de compañeros expatriados, pronto se adapta.

Pero lo que el puente pensó que sería, en el mejor de los casos, una complicada e incómoda dinámica de compañeros de piso, evoluciona

hacia algo mucho más profundo.

Cuando sale a la luz la verdadera idea detrás del proyecto del gobierno, el puente se ha enamorado de forma fortuita y ferviente, con consecuencias que nunca habría imaginado. Obligada a enfrentarse a las decisiones que les unieron, debe enfrentarse a cómo lo que haga a continuación puede cambiar el futuro.

Un puente sobre el tiempo se construye a partir de una fusión de géneros e ideas exquisitamente original y febrilmente divertida, y nos pregunta: ¿Qué significa desafiar a la historia cuando la historia vive en tu casa?

Traducción de Eugenia Vázquez Nacarino

La crítica ha dicho:
«El debut más seductor del verano».
Cosmopolitan

«Una ficción de evasión ingeniosa y sexy [que] tiene un gran impacto... Fresca y emocionante».
Los Angeles Times

«Eléctrica... Me encantó cada segundo».
Emily Henry

«Cautivadora... Imaginad que *Un puente sobre el tiempo* tuviera un romance con *Un caballero en Moscú*... Lectores, os envidio: hay una novela inteligente e ingeniosa en vuestro futuro».
Ron Charles, *The Washington Post*

«Un debut emocionante. Es muy inteligente; es muy ligero; y la persión obvia nunca oscurece por completo la extensión pura, magnífica y salvaje de sus ideas».
The Guardian

«Rápida y pertidísima, una mezcla de ingenio y asombro que rompe

géneros».
The Observer, 10 mejores novelistas de 2024

«Me encantó su combinación de extrema fantasía, gran seriedad y fría sobriedad».
The Times

«Haz sitio en tus estanterías para un nuevo clásico».
Max Porter

«Hace reflexionar y es terriblemente inteligente, pero también me ha hecho reír a carcajadas».
Alice Winn

«Una visión hilarante y conmovedora del mundo… Una trama que incorpora abundantes referencias al espionaje de John le Carré y Mick Herron, combinada con la comedia incisiva y acertada de Douglas Adams».
The Boston Globe

Kaliane Bradley (Walthamstow, 1988) es una escritora y editora anglo-camboyana afincada en Londres. En 2022, obtuvo los premios Harper's Bazaar Short Story por su relato «Golden Years» y el V.S. Pritchett Short Story, otorgado por la Royal Society of Literature, por «Doggerland». *Un puente sobre el tiempo*, su primera novela, ha entrado en las listas de *The New York Times*, *The Sunday Times*, *L.A. Times* y *The Washington Post*, fue seleccionada por Barack Obama en su lista de lecturas recomendadas, los derechos de traducción se han vendido a veintisiete idiomas y ha obtenido el Goodreads Choice Award 2024 en la categoría de ciencia ficción.



Título original: *The Ministry of Time*

Primera edición: febrero de 2025

ISBN: 978-84-10340-45-9

Compuesto en: Comptex & Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
X: @SalamandraEd

Instagram: @SalamandraEd
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros
TikTok: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Índice de contenido

Hitos